JOSE CONSUEGRA HIGGINS

Desde mi Colombia

UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR

Desde mi Columna, tomo 1
José Consuegra Higgins

Portada
Acuarela del arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar
(De la colección de David Sánchez Juliao)

Ediciones
Universidad Simón Bolívar

Segunda edición
Febrero, 2007

Impresores
Artes Gráficas Industriales Ltda.
Calle 58 70-30
editorial_mejoras@yahoo.com

Printed and made in Colombia

A manera de justificación

Recientemente en Bogotá, en agradable y amistosa tertulia con los escritores, académicos, editores e intelectuales David Sánchez Juliao, Rafael Escalona, Fernando Soto Aparicio, Joaquín Molano Campuzano, Otto Morales Benítez, Antonio Cacua Prada, Raúl Alameda, Isidro Parra Peña, Manuel Zapata Olivella, Jorge Pérez, Benjamín Ramírez, Marcela Tussedu, Patricia Arteaga, se hablaba del libro de Oscar Alarcón, allí presente, que próximamente editará Plaza & Janés.

Se trata de una compilación de los artículos que el prestigioso columnista y ex Director de la Superintendencia de Notarías, publica semanalmente en el diario El Espectador.

Hace poco, también, recibí tres volúmenes que recogen los ensayos históricos y periodísticos del consagrado hombre de letras y eminente jurista vallecaucano, doctor Armando Barona Mesa.

El penalista, político, doplomático y escritor, reúne en pulcras ediciones buena parte de sus colaboraciones periódicas en el diario Occidente, de Cali.

Esta estimulante realidad me persuade a seguir el ejemplo y a complacer generosas insinuaciones de amigos que me honran con comentarios sobre la nota que todos los martes (antes era los lunes) ha venido apareciendo en la página editorial de EL HERALDO, el diario que dirige en Barranquilla el intelectual y ex Ministro, doctor Juan B. Fernández Renowtzky.

Con sentimientos de gratitud transcribo parte de algunos de los mensajes recibidos en los últimos meses de ami-gos que consideran de interés la edición en un libro con el contenido de la columna mencionada.

Ellos dicen así:

"Me he acostumbrado a salir los martes al mediodía a la Séptima, como antes hacíamos en los inolvidables días de la juventud, en busca de EL HERALDO para leer su columna.

He leído la más reciente y sigue usted con esa mente lúcida y esa fluidez que alumbra caminos y sirve de guía. Esa columna donde habla del dinero es bellísima, y esa otra donde sugiere, en estos tiempos de venta de patrimonio nacional, que se remate también el Capitolio y la Casa de Nariño, incluyendo sus habitadores, es apenas lógica, de un estremecimiento altamente humano y de una tristeza histórica infinita.

Sus conceptos sobre la amistad de la columna pasada la leí varias veces. Realmente la amistad es una hermandad, ya que "si un hermano, Dios lo coloca a nuestro lado, un amigo es un hermano que uno ha seleccionado cariñosa y entrañablemente".

Ahora, me atrevo a recomendarle ¿por qué no publica un libro con los artículos?

HORACIO GOMEZ ARISTIZABAL
Bogotá, 11 de Febrero de 1997

"El libro suma los instantes y proyecta los pensamientos en el tiempo en una dimensión más sólida.

Por eso te sugiero que armes una obra con los instantes de tu columna de EL HERALDO en un nuevo libro".

DAVID SANCHEZ JULIAO
Bogotá, 20 de Febrero de 1997

"Mis amigos y espontáneos corresponsales de Barranquilla me hacen llegar recortes con tu columna semanal de EL HERALDO. Acá en Buenos Aires la fotocopio y distribuyo entre compañeros de afanes latinoamericanistas. Ella nos sirve de estímulo en la afirmación de los idearios bolivarianos y sanmartinianos en favor de una patria grande común.

Que interesante sería que la Universidad Simón Bolívar recogiera todo ese material doctrinario en un libro".

JORGE JULIO GRECO
Presidente de Unidad Latinoamericana,
Buenos Aires, 20 de diciembre de 1996

"En mis cátedras me valgo de su columna de los martes en los distintos temas que trata sobre economía regional, nacional y latinoamericano. A mis alumnos les facilito EL HERALDO, que compro en El Portal de los Dulces cuando voy camino a la Universidad, para que saquen copias.

Ahora estamos esperando la nueva edición anunciada de la Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios, y ojalá algún día se le dé por publicar una selección de sus artículos".

FLORENTINO RICO CALVANO
Cartagena, 11 de enero de 1997

"Aquí, en Moscú, un grupo de amigos latinoamericanos hemos creado el Centro Social Cultural Unión Latinoamericana, con el propósito de fomentar y difundir los ideales de la unidad entre todos los latinoamericanos que vivimos en Rusia.

También nos anima el deseo de propiciar un organismo de asesoría a los empresarios rusos en el campo del comercio y relaciones industriales con sus colegas de América Latina.

Regularmente mi padre y amigo suyo, doctor Jaime Serrauto Flórez, ex-Presidente de Unidad Latinoamericana, me hace llegar su Revista. Y me complacería muchísimo representar a Desarrollo Indoamericano y ser su corresponsal, para difundirla entre los paisanos que trabajan en el proyecto de crear la Cámara de Comercio Ruso-Latinoamericana.

La Revista Desarrollo Indoamericano es conocida acá en los medios académicos. Sus amigos Nicolás Dikó, Vladimir Lukin, Victor Volsky y otros, continúan recibiéndola. Yo me valgo del material (los ensayos de los científicos sociales de América Latina y de sus artículos que ya ha publicado en el periódico EL HERALDO) para el estudio de los problemas económicos y sociológicos de nuestro Continente.

Recuerdo su artículo *"Nos duele Moscú"*, donde describía la ciudad que conoció en los tiempos de la Unión Soviética. Acá lo comentamos con los paisanos. Porque la verdad es que las transnacionales de Europa se han repartido lo que fue la Unión Soviética a través de la privatización y con la colaboración de testaferros. En

un comienzo los padrinos oficiales del neoliberalismo calcularon la riqueza de Rusia en una cantidad de rublos que permitía entregarle a cada ciudadano un certificado con un valor nominal de diez mil. Ahora, después de las devaluaciones antes no conocidas, dicha cifra apenas sirve para comprar una botella de Vodka de mala calidad.

Esta globalización del neoliberalismo ha sido la causa del hambre y la violencia actual. Pero yo tengo la esperanza que esto acabará. Y en el compromiso reivindicativo necesitamos más que nunca del pensamiento y la ideología correcta".

CARLOS SERRUTO DIAZ
Moscú, 1 de Febrero de 1997

Bueno, si las razones anteriores son valederas, con suma complacencia, y aprovechando la solidaridad de Jorge Pérez, Fernando Soto Aparicio y Patricia Arteaga, los buenos amigos en la Editorial Grijalbo, entrego a los lectores este libro.

JOSE CONSUEGRA HIGGINS
Universidad Simón Bolívar, Barranquilla

Contenido

Recuerdos

Página

El amor y los cementerios 19
Recuerdos de velorios y difuntos 23
¿Fue el tiempo pasado mejor? 27
Recuerdos de otros inviernos 31
La Noche Buena se viene 35
Usiacurí y Julio Flórez 39
Recuerdos de Bogotá 43
Recuerdos de Cartagena 47
Recuerdos de Santa Marta 51
Recuerdos de Juan de Acosta 55
Recuerdos de fútbol 59
Recuerdos de Gerardo Molina 63
Recuerdo de Jorge Child y otros amigos 67
El niño y el mar 73
Recuerdos de Gardel 77
Recuerdos de Carlos Parrish 83
Recuerdos de la Universidad del Atlántico 87
La alegría y la tristeza en el vivir 93
Defensa del Ministerio de la Cultura 97
Nos duele Moscú 101

Libros

La Costa y el libro 107
Pasto, libros y alegrías 111
Barranquilla y los libros 115
Sobre escritores costeños 119
Sobre libros y cine 125
Bibliotecas y sabiduría de los pueblos 131
Libros, revistas y chocolate 135
Un asomo de sombra en la imaginación 139
El aborto y la moral 143
Periodismo idiomático 147
Sobre libros y revistas 151
Los cuentos del quinto patio 155
Televisión, bibliotecas y libros 159
Por el fomento de la costeñidad 163
Alegrías, tristezas, violencia y paz 167
Augurios y nuevos libros 171
Pioneros de la inquietud ecológica 175
Días alegres, días de libros 181
Sobre libros, cervezas y teatros 185
Palmar de Varela y Santo Tomás 191
Avalúo de los bienes urbanos 195

Economía

El Centralismo ha muerto.
Viva el centralismo 201
Por la descentralización en
el Atlántico y la Costa 207
¿Integración o desintegración costeña? 211
De Barranquilla a Maracaibo 215
La afirmación regional 219
La dependencia económica y la amistad 223
Algunas causas del subdesarrollo 227
Dos voces sensatas y autorizadas 231
El neoliberalismo y lo propio 235
¿Quiénes son los neoliberales? 239
¿Qué se dirá mañana de este caos? 243
De nuevo al antinatalismo 247

Universidad

La universidad y la cultura 253
Las universidades y el lucro 257
Defensa de las universidades 261
Los abogados y las universidades 265
Las universidades de la Costa 271
La Universidad del Atlántico 275
Nos duele la Universidad 281
El salto educativo 285
La Universidad y Sabanalarga 289

América Latina

¿Son ridículas nuestras guerras? 297
Sobre guerras absurdas 301
El pensamiento latinoamericano 305
Los cien años de Mariátegui 309
Volver a Venezuela 313
El Papa y la vida 317
El Papa y la mujer 321
La prepotencia del poder 325
Carlos Martín Leyes y la política 329

Academia

Elías Muvdi y el idioma 335

Costumbres y tradiciones

Por la vida y las buenas costumbres 341
Estas costumbres de ahora 345
Barranquilla, la bella 349
¿Barranquilla, ciudad sin memoria? 353
Sobre la historia de nuestras ciudades 357
Mompox y el desconocimiento
de lo nuestro 363
Sobre tradición y buenas costumbres 367
Sorpresas gratas de diciembre 371
Bendito carnaval 375
Carnaval, bendito seas 379
Carnaval, política y violencia 383
El teléfono y las conversaciones 387

La Iglesia de San Roque y el Cementerio Universal 391
La zanahoria y los alcaldes 395
Tubará y su cultura 399
Estado, Peaje y Puerto Colombia 403
Mar, árboles y vallas 407
La Navidad de ayer y hoy 411
Navidad y luces 415
El progreso de Barranquilla 419
El patrimonio de Curramba 423
Los Cortissoz, la aviación y la gratitud 427
¿Futbolistas o niñas? 431
De regreso a Bogotá 435
La Guajira y la gratitud 439

Cultura

Jorge Artel, el poeta, el amigo y el hombre .. 445
Simpatía por nuestra música 451
Barranquilla y su leyenda 455
¿Bogotá, Santafe o Bacatá? 459
La prohibición de las citas 463
Sobre los homenajes 467
Una buena obra de Comfamiliar 471

Bolívar y los Libertadores

La vigencia de Bolívar 477
Bolívar y San Martín 481
Bolívar, San Martín y la integración 485
Bolívar y el periodismo 489

Recuerdos

El amor y los cementerios

Con expresiva generosidad varias veces el ilustre Director de EL HERALDO, doctor Juan B. Fernández Renowitzky, me solicitó que siguiera escribiendo esta columna semanal. Consideraba yo que mi compromiso con algunas actividades (universitarias, políticas y periodísticas) ya estaban cumplidas. Sin embargo, al festejar hoy setenta años de existencia, he pensado que es una edad adecuada para volver a empezar.

Durante muchos años he escrito esta columna. Y en algunos de mis libros transcribí temas tratados en ella. Por ejemplo, así lo hice, en las *Ideas Económicas de Simón Bolívar, El Pensamiento Económico Colombiano, Del Recuerdo a la Semblanza, etc.*

Reinicio, pues, el honroso compromiso, hoy martes 12 de abril de 1994.

A mi lado está el doctor Leonello Marthe Zapata, Vice Rector de la Universidad Simón Bolívar. Entonces aprovecho la ocasión para contar anécdotas del amor en el cementerio y comentarle los muy acertados comentarios de Chelo de Castro, en reclamo de las bancas en las tumbas de sus antepasados.

Recuerdo que en mi reciente libro *Las Sorpresas del Tiempo* reconozco la admirable labor adelantada por el doctor Marthe y los Hermanos de la Caridad en el Cementerio Universal. Porque el día del entierro de la Tía Pacha pude comprobar que tenía razón don Eduardo Carbonell su asiduo visitante, cuando hablaba del encanto de los atardeceres en las estrechas callejuelas de los mausoleos restaurados. Y también observé que estaba equivocado en mis juicios al comparar los cementerios modernos, con sus flores y sepulturas a ras de tierra, y los antiguos camposantos.

Alguna vez le dije a mis amigos soviéticos que el capitalismo, aunque sólo fuera en los terrenos de los muertos, se acercaba más a la esperanza igualitaria socialista. Y eso puede ser cierto, pero debo reconocer también que la tumba colectiva expresa y simboliza de mejor manera la unidad familiar, una de las pocas cualidades positivas que perduran en el mundo del subdesarrollo.

Y qué interesante y ejemplar es comprobar que los vivos no olvidan a sus muertos y se acercan en las tardes

a rendirle testimonio a la gratitud. Yo suelo hacerlo con mis padres, y bajo el mandato del ancestro que perdura por encima de la razón, los visito para contarles sucesos del presente. Mi amigo el escritor Ramón Molinares sabe de estas ocurrencias y la otra noche me dijo que estaba pensando en unos conversatorios, como el llama a las conversaciones, en tumbas de intelectuales, en compañía de su cuerda de jóvenes promisorios tomasinos, autores del libro *"Visionarios"*. Y con una sonrisa en los labios, comentaba que así se tendría la ventaja de discutir la obra del difunto sin temor a protesta.

Pero si el doctor Marthe no quiere bancas para los enamorados, le respondí, mucho menos aceptará críticos literarios. Naturalmente, le dije, queda la posibilidad del convencimiento. Los Marthe son de origen francés, y a los franceses se les tiene como súbditos del amor. Hasta en los dibujos animados del cine y la televisión, el personaje de la galantería y el amor es un zorrillo francés, tan vendado como cupido, que llena de caricias a una linda madamoisselle distinta a su especie. El amor según los poetas, es el principio y fin de todo, el más bello y prodigioso de los sentimientos humanos. Y, al decir de Víctor Hugo, un ardiente olvido de todo. Hasta del lugar donde se expresa, podría agregarse, en este caso un cementerio.

Que en los cementerios de Nueva York o Bogotá no existen bancas, podría argumentarse. Bueno, y eso que

importa. Tampoco en esas ciudades hay carnavales. Lo que importa es que nuestros muertos reciban la visita de sus deudos y que estos encuentren un sitio donde sentarse, aunque sea compartiéndolo con los enamorados.

Recuerdos de velorios y difuntos

Todo cambia de prisa. Pero, tal vez, en asuntos de velorios, las cosas han ido más rápido. Con los entierros modernos en los llamados jardines, los llantos gritados, con muy particulares formas de autos dolientes, apenas si se escuchan en barriadas y pequeñas poblaciones, aunque ahora sin el rigor de antes.

Lo que sí puede afirmarse que permanece igual, es el miedo a los difuntos. Porque todo el mundo lamenta la muerte del ser querido. Sin embargo, después de dejarlo en su santa sepultura, nadie desea volver a verlo. Las ánimas, como jocosamente comenta Rita Márquez, apenas hay que imaginarlas...

Antes, en mi pueblo, los velorios eran toda una institución. Cumplían variadas misiones y, pese al aparente simbolismo del pesar, a la larga se mostraban

como oasis en el bucólico y monótono existir. En ellos se encontraban los jóvenes para cruzar miradas e iniciar relaciones casaderas; se referían los cuentos y chistes después de los rezos, y hasta el acontecimiento se aprovechaba para llevar a cabo lo que ahora podríamos llamar convenciones regionales.

En el velorio de mi bisabuelo Nicolás Esmeral, así sucedió. Como era hombre pudiente y generoso, a su amplìa casa de la loma de la iglesia llegaron delegaciones de todos los pueblos a dar el pésame. Y allí se quedaron, con sus hamacas guindadas en las amplias caballerizas, o los petates extendidos en los pisos de cemento. Eran tantas que cada cuatro o cinco días se sacrificaba una res y Camargo, el sirviente leal, en las mañanas iba a la roza de varias cabuyas en busca de yuca, maíz verde y ñame, para los sancochos. Pasado el riguroso mes de los rosarios vespertinos, todavía algunos estaban en sus sitios con propósitos de esperar el cabo de año. Fue entonces cuando el tío José de la Cruz, el de los bigotes quijotescos, vino de Molinero con fuete en mano a poner fin al derroche que, según su propio comentario en medio de una juma, hacía peligrar el monto de la herencia.

En cuanto a los llantos en voz alta y sus relatos, la gracia y la picaresca estaban presentes. En estos gemidos se conocían verdades ocultas. *Te acuerdas, Juana, cuando te compraba las manos de millo por la*

cerca, comentaba en su llanto la mujer del muerto, mientras el hermano de la visita por fin se enteraba de la razón de los saqueos en su troja. Pero, a pesar del alboroto y las expresiones de deseos de encontrarse muy pronto con la persona fallecida en el más allá, todo era simples decires. Eso lo sabían muy bien mi padre y Carlos Arturo Llinás, bromistas empedernidos, cansados como estaban de los llantos gritados de mana Rosa, la vecina, rogando a San Antonio, patrono milagroso para encontrar cosas perdidas, que le devolviera a su difunto marido. Entonces resolvieron cubrir a Marceliano, el bobo que se prestaba para todo a cambio de una calilla, con una sábana blanca, bien perceptible en la noche clara de luna llena. Después de colocarlo en la cola del patio comenzaron a anunciar en voz alta que mano Foncho había resucitado. Eso fue suficiente para que Carlos Arturo y mi padre volvieran a dormir tranquilos, desde muy temprano, como era la costumbre. Porque la viuda, y el cortejo de comadres que todas las noches sin mancar le escuchaban sus ruidosos pedidos, corrieron despavoridas a refugiarse en otras partes.

En la Universidad Simón Bolívar gozamos las simpáticas ocurrencias de algunos de sus funcionarios. El doctor Antonio Spirko, por ejemplo, le saca el cuerpo a mi pariente Moisés Consuegra, ex marmolista de profesión, que no pierde la costumbre de su antiguo oficio, y se la pasa con una muestra dibujada de lápida ofreciendo restauraciones de tumbas.

Y el Vicerrector Leonello Marthe Zapata, el de los famosos libros "*El Aborto en Colombia*" y "*Cartas desde la Trinchera*", me hace recordar a mi primo Armando, el gracioso carpintero que en Baranoa aprendió a recetar, y puso en la puerta de su pequeño taller un aviso con la siguiente leyenda: "*Se atienden enfermos y se hacen cajones. Servicio completo*".

El doctor Marthe Zapata, en su condición de médico de parturientas y Presidente de la Sociedad de Hermanos de la Caridad que administra el Cementerio Universal, alega que coadyuva en el advenimiento a esta vida y apenas facilita el buen recaudo a la eternidad. Porque, para él, masón de traca mandaca, hay que valorar y cuidar en toda plenitud la vida antes de trasladarse al reino del Gran Arquitecto del Universo. Por eso recita de memoria los versos de Maragall: "*¿Si el mundo ya es tan bello, si se mira con la paz en los ojos, qué más en otra vida puedes darme Señor*?". Además, por la experiencia que le dan las tardes cuando recorre las callejuelas de su bien cuidado campo santo, piensa que razón tenía Bécquer, cuando escribió: "*¡Dios mío, qué sólo se quedan los muertos*!".

¿Fue el tiempo pasado mejor?

Aunque el poeta no lo hubiera dicho, a todo el mundo le parece innegable. Las personas de edad madura piensan que los tiempos pasados fueron mejores. Siempre ha ocurrido así y seguirá ocurriendo, por lo menos en lo que se refiere a los recuerdos gratos que tuvieron que ver con la niñez y la juventud. Naturalmente, se entiende que se trata de asuntos personales, en el marco de una determinada organización social. Porque, los grandes cambios que se operan, gracias a los procesos revolucionarios y al progreso de la humanidad, nadie puede darse el lujo de negar su trascendencia. De todas maneras, sea lo que fuere, la verdad es que la evocación se endulza y la imaginación moldea situaciones y encantos bajo el rigor de una nostalgia un tanto escapatoria. Tal vez el compa Manué, con su decir gracioso, al estilo costeño, resumía muy bien el apego a las costumbres alejadas, cuando exclamaba:

"Desde que inventaron la nevera y el bidé, ni la carne sabe a carne, ni la mujé a mujé".

Hoy, primero de noviembre, cuando escribo esta nota, es día de los Angelitos, pero ya casi nadie se acuerda. Ahora se festejan las brujas, importadas del Norte. Anoche pasé varias horas en la puerta de la casa en compañía de los nietos repartiendo caramelos a los niños. En buen número llegaron disfrazados y con bolsas para guardar las golosinas. Muchos se quejaban, a su manera infantil, porque en todas partes le daban la misma clase de bombones. Antes, los "angelitos" eran distintos, casi siempre frutos de la tierra: pedazos de caña dulce, guineos manzanos, guayabas, pulpa de coco. Pocas veces "arrancamuelas", que costaban mucho: tres por un centavo. Los niños recorríamos las calles en pareja, pues todo lo obsequiado se amarraba, en forma de sarta, de pitas y cabuyas sostenidas por las puntas. Y los cantos no exigían, apenas solicitaban: *"Angeles somos, del cielo venimos, pidiendo angelitos, para nosotros mismos"*. Ahora es amenaza individualista bilingüe: *"Triqui triqui, Halloween, quiero dulces para mí, si no hay dulces para mí, se le crece la nariz"*.

Pero, en fin, si se dejan a un lado estos fenómenos propios de la dependencia cultural, resulta interesante observar que el espíritu festivo todavía se impone al temor y al aislamiento, grandes plagas de estos tiempos. Porque las familias estaban en las terrazas (por lo

menos, en mi barrio) para compartir con los niños, y las madres desfilaban con sus hijos, aunque fuese repitiendo los estribillos extranjerizados.

En mis observaciones de viaje anotadas en libros y artículos he descrito el lamentable paisaje de las ciudades de hoy, con barrios encerrados que impiden el acceso de la gente, y casas con rejas altas que semejan jaulas. En Maracaibo, por ejemplo, los vecinos poco se tratan, porque las tapias de hierro separan y aislan. Ya Barranquilla, lamentablemente, va por ese camino. Y podría decirse que la inseguridad es la causa, pero no del todo. Hay otros motivos más protuberantes, muy propios del consumismo que nos impone la propaganda. Ellos juntos moldean las costumbres del presente. Como anota el periodista Juan Guillermo Aldana, en las grandes urbes el único factor común entre sus habitantes es el miedo. "Miedo a salir, miedo al robo, miedo al atropello, a la estafa, a la carestía, al despido, miedo al fracaso. De ahí que para muchas personas la calidad de vida se convierte en el índice de cosas que aseguren hermetismo y aislamiento. Un televisor, un estéreo, un teléfono, un botellón de agua ozonizada, un apartamento con portería y un carro con pasacinta antirrobo, garantizan que la vida es maravilla, sin nadie más que las otras víctimas que componen la familia".

Antes el miedo era, por cierto, a las brujas, malas horas y demás personajes que la imaginación creaba.

Y en las calles se departía sin temor al atraco, al sicario o al chofer irresponsable. En la cuadra, o en el barrio, casi todos eran amigos o, por lo menos, conocidos en disposición y ánimo para reunirse, conversar o departir. Y cuando el licor, los celos o cualquier otro agente perturbador rompía la armonía, los puños bastaban para dirimir diferencias y discordias.

¿Acaso, me pregunto esta mañana de saudade, se encuentre fundamento para añorar el pasado cuando hacemos del recuerdo un compañero favorito?

Recuerdos de otros inviernos

Comparto el atardecer con los doctores Armando Arrázola Madrid y Leonello Marthe Zapata. Vienen a conversar sobre el contenido de *El 20 de Enero*, el hermoso relato que acaba de escribir el jurista Arrázola Madrid, historia de las costumbres ya perdidas en el tiempo de su añorado Sincelejo. Ya leí los originales, y como es tema de mis preferencias, inicio con agrado la charla.

Cae una llovizna que sirve de decorado y el mar ofrece un gris detenido que invita a disfrutar el paisaje. En verdad esa clase de lluvia menuda es sencillamente bella. Involucra ternura y despierta sensaciones vitales. Observar la gota cristalina deslizarse por la hoja, o detenerse en su dimensión esférica en la flor de la cayena, justifica plenamente el éxtasis ocioso.

El día lluvioso obliga al comentario. Barranquilla y la Costa padecen el rigor de un invierno que causa daño en viviendas y vías. Entonces les comento que en mis recuerdos, unos sesenta años atrás, sucedió algo parecido. Después de una semana de aguaceros, volvimos a la escuela. El profesor escribió en el tablero con la tiza, para que todos hiciésemos igual en los cuadernos: *Hace ocho días no se le ve la cara al sol.*

Sin embargo, bueno es aclarar que corría octubre, mes tradicional de las lluvias. Porque en junio el Veranillo de San Juan ofrecía una pausa y en agosto las brisas elevaban las cometas. A veces las lluvias se alejaban en mayo, cuando más se necesitaban para asegurar la cosecha de la "primera", o las siembras de abril. Entonces era necesario acudir a la Santa Cruz en procura del milagro. En casa de don Manuel Redondo, se guardaba la Cruz, forrada en tela negra y con un cordón de punta a punta en los brazos horizontales de donde colgaban medallas de plata y de oro por los favores recibidos. El 3 de mayo, si las nubes lloronas no aparecían, la procesión recorría las calles al anochecer.

Para esta fecha don Manuel se convertía en el personaje del pueblo. Aunque no disimulaba su disgusto por la irreverencia de su sobrino Gregorio, veterano de la huelga de la Zona Bananera y lector de Vargas Vila, quien comentaba que él no se arrodillaba ante la madera

que había cepillado y clavado Mano Nando, el carpintero del pueblo.

De todas maneras, la Santísima Cruz gozaba de la estima de conservadores y liberales, porque ellos cultivaban la tierra y necesitaban las lluvias, y en los tiempos de sequía los homenajes y mimos le sobraban. No era el caso de San Isidro, el Santo labrador con misión especial de quitar el agua y poner el sol. En los meses de octubre al paciente San Isidro en todas las casas lo envolvían en trapos y lo colocaban de cabeza en el baúl de la ropa hasta cuando cesara el invierno. La búsqueda del milagro era a mano dura. A la rogativa se le acompañaba con el castigo de arroparlo en posición incómoda.

Mi padre era un terco de marca mayor. Todos los años el arroyo desbordado inundaba la casa. Recuerdo las madrugadas que despertábamos con el agua cubriendo el piso de cemento. A esa hora mi madre y los vecinos recogían muebles y chismes (como todavía oigo decir por la televisión a una madre damnificada de los barrios del sur, al referirse a los utensilios de cocina) para el traslado a la loma donde vivían mis abuelos.

Yo no se si mi padre conocía la frase del Libertador Simón Bolívar, pero durante muchos años se empeñó

en doblegar la naturaleza a sus designios. Mi madre guardaba en un cofre los ahorros de la venta de la leche de sus veinte vacas y él los utilizaba en cavar el cauce y alejar el barranco del lado opuesto al patio. Pero siempre perdió la batalla. Sobre todo ese invierno, semejante al diluvio, de ocho noches y ocho días sin descanso.

Lo paradójico de toda esa obstinación de mi padre era el hecho de que el pueblo estaba rodeado de tierras libres, sin dueños, donde cada cual podía construir su residencia; y en la loma de la iglesia y de la escuela nunca conocieron inundaciones. Tal vez mi padre defendía como verdadero hombre el nido, inicio de su hogar, levantado con ladrillos y sueños.

Ahora, le comento a los doctores Marthe Zapata y Arrázola Madrid, el asunto es distinto. Este invierno derrumba las viviendas humildes de las familias obligadas a residir en sitios inadecuados. Se trata de lugares bajos, inundables, cercanos a los arroyos. Están allí no porque quieran sino porque no encontraron otros espacios. Mientras tanto, por obra y gracia de la propiedad privada sin función social, las tierras de las zonas altas de la ciudad, permanecen ociosas esperando el engorde de la valorización.

La Nochebuena se viene...

En mi pueblo el 24 los festejábamos los niños, apenas con la compañía de algunas señoritas. Parece que los adultos quedaban cansados de las juergas de los días de las velitas. Porque la patrona es la Virgen de la Inmaculada, y todo el año reposaban los ánimos, apenas con la interrupción de los carnavales, para entregarse al jolgorio compartido, desde el siete hasta el nueve de diciembre, inclusive. Por cierto, en una de las últimas visitas a Isabel López, los que recuerdan su historia oralmente transmitida, me hicieron saber que la buena costumbre religiosa de iluminar los sardineles en la madrugada del siete y la noche del ocho, se inició, en el Atlántico, en dicho corregimiento.

Días antes del 24 se arreglaba el pesebre. Era la sencillez en el extremo. Unas pajitas, flores silvestres

y pequeñas imágenes que simbolizaban al padre, la madre y el recién nacido. La novena se rezaba acompañada de cánticos. Como el techo de la iglesia se había quemado muchos años atrás, el esplendor de las noches decembrinas cubría el rito.

Entonces los cielos dejaban ver miles de estrellas. No se conocía la luz eléctrica y al pueblo lo rodeaban los bosques ejidales. Por eso el espectáculo mantenía el entorno natural de los tiempos bíblicos. Incluso, a nuestra imaginación infantil, no se le dificultaba descubrir la Estrella de Belén.

Todo era espontáneo y limpio de sentimientos extraños. Nadie solicitaba nada, ni mucho menos pretendía relucir su vanidad con adornos espectaculares de emulaciones ostentosas entre vecinos y revoltillos con panzudos papanoeles. Los juguetes, por lo general, se lo elaboraban los propios niños. A mi me gustaba imitar el corral de los animales domésticos.

A los calabozos biches le introducía palitos que semejaran las patas y el rabo para dar forma a las vacas, terneros y toros. Los trompos, de guayacán y canalete, las maderas apreciadas por su dureza, eran fruto del virtuosismo de todos, con la ayuda de pedazos de vidrios de las botellas vacías de ron Blanco, que hacían de cepillo, y clavos recogidos en los desperdicios de la carpintería de Fernando Barraza.

Los niños cantábamos con el solo acompañamiento del sonido de las brisas. Aún recuerdo algunas coplas que ahora llaman villancicos:

La noche buena se viene,
la noche buena se va...
y nosotros nos iremos,
y no volveremos más.

Después volví a cantar esos versos en el Colegio de San José, de la calle de Las Flores, en Barranquilla. Y en estos momentos, cuando puedo razonar más allá de la hermosa simplicidad de la inocencia, me confunde el mensaje, que descarta el regreso, poco apropiado para el consuelo de la fe cristiana.

La verdad es que la Navidad obsequiaba alegría para todos, aunque los niños la gozáramos más. Ahora sucede lo mismo. Esta noche he paseado las calles de Barranquilla en compañía de mis nietos. Ellos encuentran a la ciudad más bella y alborozada con los bombillos multicolores.

Entonces Arlencita, ya dispuesta a recibir la visita anunciada en los días del carnaval de amiguitas de otras partes, dice que todo debe quedar así hasta esa fecha. Yo no discuto sus deseos. Los tiempos cambian y las costumbres también. Sin embargo, al escucharla regreso al pasado, y pienso que en sus palabras no hay nada de

profano. Porque son dos fiestas de máxima alegría y regocijo. Todo nacimiento es motivo de dicha. Y más si el nuevo niño, como en el caso de Jesús, involucra la esperanza y es emblema de ánimo promisorio y placentero. Los carnavales, a la vez, expresan, con todo el vigor del alma popular, la fiesta de la vida.

Usiacurí y Julio Flórez

Recibo una invitación de la Asociación de Poetas del Atlántico, Aspa, para un encuentro el 10 de febrero, en la casa de Julio Flórez, en Usiacurí. La nueva buena me entusiasma. Lamentablemente compromisos adquiridos no me permitieron asistir.

En el campo de la poesía, en Isabel López, mi infancia la satura Julio Flórez. Es cierto que en la escuela también se recitaban los Nocturnos de Silva, las fábulas de Pombo, la Canción de la Vida Profunda, de Barba Jacob, o las Cigüeñas Blancas, de Valencia. Pero, en la masa popular los cantos nostálgicos de Flórez eran favoritos.

Mi madre me dormía con las Flores Negras, y el profesor Félix Márquez, poeta frustrado, obligaba a recitar gran parte de la cosecha del hijo adoptivo de la vecina Usiacurí.

De ahí que en mi memoria perduren versos, que siguen siendo favoritos. Alguna vez escribí en esta columna que a un poeta lo salva un par de versos. Y citaba algunos de ellos para resumir el patrimonio creador de los autores. Sin embargo, de la entrega de Flórez, en distintas situaciones emocionales, me acompañan varios, para saborear mejor, el estado de ánimo.

¿Cuántas veces no les he dicho a los compañeros de inquietudes, ante la agradable sorpresa: "*Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!*"? Y, con interpretación propia, en el reclamo de la discordia hogareña, suelo razonar, a manera de excusa: "*El amor nada vale sin tormentas, sin tempestades... el amor no existe*!". En los atardeceres, al evocar ilusiones, a veces se hace obligatorio, también, repetir: "*Algo se muere en mí todos los días...*". Para luego complementar la aflicción con el recuerdo de "*un triunfo no alcanzado*".

La última vez que estuve en el museo-casa del poeta fue en compañía de dos novelistas cubanos. Aquí tengo ahora en mis manos la foto tomdada esa tarde. Allí están Manuel Cofiño, Jorge Onelio Cardozo, Ernesto Robledo, el celoso guardián, doña Anita y Ana María Barros de Robledo. Cofiño y Cardozo no querían regresar. La cariñosa acogida de los Robledo, el paisaje quebrado de Usiacurí y la grata confianza que ofrece su gente, invitaba a recorrer sus calles onduladas.

Cuando niño muchas veces estuve al lado de mis familiares de Usiacurí en momentos festivos. Mi abuelo se casó en segundas nupcias, con doña Angela Barros. Y ella con frecuencia hablaba de su tierra. Después, el tío José P. Esmeral, jurista, político y periodista, orgullo de su corregimiento, festejó en casa de don Carmen Barros, patriarca y suegro, el matrimonio con la Nena Barros. Esa mañana llegué en el anca del caballo que llevaba a la tía Carolina, la maestra virtuosa.

Usiacurí entonces era el pueblo más apreciado del Atlántico. Por cierto, hasta allá llegaba la única carretera asfaltada conocida que partía de Barranquilla. Las aguas medicinales de sus fuentes milagrosas servían de atractivo a enfermos y turistas del país. La fama del Higuerón, El chorrito, Santa Ana, Chacanita y Los Mellos, era legendaria. Dolores de estómago, reumatismos, males de ojos, en fin, todas las dolencias de esos días, se alejaban con el frescor de sus aguas.

Entonces los hoteles y casas de familia albergaban peregrinos. Y las hacendosas señoras aprovechaban la ocasión para tejer con sus manos morenas sombreros, cofres, abanicos, tapetes, papeleras y muchas otras linduras artesanales. En esos tiempos utilizaban la Palma de Cuba, que la traían de la isla caribeña. Ahora la materia prima, la Palma de Hiraca, llega de Maríalabaja y sus contornos.

Ya las aguas azufradas del Higuerón que atrajeron a Julio Flórez no existen. Los pozos prodigiosos se secaron cuando el progreso irracional hizo sentir su presencia. De nada valieron entonces las protestas de los correctos ciudadanos encabezados por el dirigente popular e inolvidable amigo Jorge Urueta. Pero ahí perdura el legado de la buena artesanía y el afecto solidario al poeta de la sana bohemia y el dulce decir.

A comienzos del siglo en Barranquilla se festejaba la magia curativa de las fuentes de Usiacurí y el encanto de la poesía de Flórez: *"Este viejo canoso/ vino malo de cojera.../ ¡Y hoy no lo alcanza un venado/ corriendo a toda carrera!"*. En el teatro Apolo la ciudad canta y se divierte. Los jóvenes enamorados repiten con el coro: *"Los versos de Julio Flórez/son bellos como mi amada./ Los versos de Julio Flórez/ son como la naranjada./ Los versos de Julio Flórez/ guardan miel en su tonada./ Los versos de Julio Flórez/ tienen luz de madrugada"*.

Ahora quiero decirle a Ventura Díaz Mejía, Adolfo Ruiz Mejía, María Gallardo y Santiago Alba, los directivos de Aspa, que pronto estaré en Usiacurí en compañía del pariente santandereano Jorge Consuegra y los boyacenses Fernando Soto Aparicio, Jorge Pérez y Helí Alba Alba, con sus tiples y guitarras para entonar, en un amanecer en el barrio Granada, las notas del pasillo y los versos que jamás se olvidan: *"Oye: bajo las ruinas de mis pasiones/ y en el fondo de esta alma que ya no alegras/ entre polvos de ensueños y de ilusiones, brotan entumecidas mis flores negras"*.

Recuerdos de Bogotá

Aunque el chofer del taxi que tomo en el aeropuerto se empeña en sugerirme los nombres de hoteles, le hago saber que nunca como ahora deseo alojarme en los que están situados en la Calle 23 con carrera novena. El motivo es sentimental. Quiero estar en el sector donde viví hace medio siglo. Porque en diciembre de 1945 llegué a una pensión, de una familia del Departamento de Bolívar, en la calle 22 entre las carreras octava y novena. Todavía, en la 23 con Séptima, está la misma Droguería Nueva York.

Eran los tiempos, a mi parecer, de la bella ciudad que conservaba en el centro sus rasgos del pasado y hacía de la Carrera Séptima un espléndido paseo peatonal, a pesar de los tranvías.

En la noche asisto a un homenaje que se me ofrece en la Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

Allí están, además de los académicos, los amigos de ayer y de siempre. En la mesa principal me acompañan Otto Morales Benítez, Isidro Parra Peña, Raúl Alameda, Roberto Carbonell, Blanca de Molina, Fabio Morón Díaz, César Esmeral Barros.

Como todo el día estuve con el doctor Héctor Lossa transitando las calles de los barrios del Norte, aprovecho la oportunidad para leer en mi intervención un artículo publicado en EL HERALDO sobre mis recuerdos de Cartagena y comparar con los de Bogotá.

No puedo disimular la impresión contrastable de la Bogotá actual y la que conocí en mi vida de estudiante, y después, como miembro del Consejo Nacional de Planeación y profesor universitario. Al gran Otto Morales Benítez le hace mucha gracia cuando califico de poco atractiva la selva de edificios que germinan en las ciudades. Cuento que en Barranquilla, cuando voy de mi casa a la Universidad, me toca pasar por una nueva barriada de construcciones de lujo, altas y apretadas, unas cerca de otras, que yo llamo tugurios cinco estrellas. Pero ahora encuentro que eso es apenas un sitio de menor tamaño comparado con los extensos barrios de Bogotá. Tanto es así que ya desde las calles, como sucede en Cartagena con el mar, no se puede ver el fascinante paisaje de otros tiempos de cerros y sabana. Entre otras razones, porque los propios cerros y la sabana sirven ahora de albergue a centenares de rascacielos.

Antes se justificaba vivir en apartamentos para gozar de la grata oportunidad de contemplar mejor el horizonte, los atardeceres, o recibir el aire fresco de las alturas. Pero ahora, en el reducido espacio que separa una construcción de otra, apenas si desde el balcón o la ventana hay condiciones para mirar las ventanas de los vecinos de enfrente o de atrás.

A mis amigos anfitriones les hablo de la Bogotá que perdimos, de cafés bohemios con la mitad de sus mesas al servicio de los estudiantes. La Carrera Séptima era el lugar del encuentro y del lucimiento. Tan grato su recorrido que se le llamaba "septimazo". Por ella caminaban ex presidentes de la República, Ministros y toda clase de personajes en las horas del día y de la noche. Un amigo pregunta si no había rateros y atracadores, y le respondo que entonces en las calles sólo estábamos pendientes del Loco del Tranvía y de "Pomponio quiere Queso", dos inofensivos chifladitos que repartían diversión con sus ocurrencias.

Los domingos el espectáculo semejaba un desfile de la convivencia y la amistad. Los jóvenes aprendices de militares lucían sus vistosos uniformes; los estudiantes, el vestido recién planchado y los libros en las manos, como prenda de orgullo. Tanta era la confianza y la placentera costumbre del diálogo en el andar, que el asesino inconsecuente se vale de esa oportunidad para

atentar contra el caudillo del pueblo, Jorge Eliécer Gaitán. Desde ese infausto 9 de abril de 1948 las costumbres comenzaron a cambiar.

Hoy todo es distinto. La conversación obligada es sobre el ambiente de inseguridad que prevalece. Pero más que la propia inseguridad, lo que desmoraliza es la desconfianza, la prisa y el existir de angustia y atropello. Avenidas intransitables y edificios apiñados. Visito a mis editores en busca de refugio, pues imagino que hasta ellos sólo llegan intelectuales y escritores, pero las normas son iguales. En Plaza y Janés me esperan Carlos Sánchez Montoya y Benjamín Ramírez. Sin embargo, en la puerta de entrada el guardián me somete a los requisitos de rigor, con un ramillete de precauciones.

Al llegar a Grijalbo, casi en las afueras de la ciudad, en busca del amigo gerente Jorge Pérez y de los escritores Fernando Soto Aparicio y Jorge Consuegra, después de anunciarme, el portero con uniforme y armas, me obliga a dejar un documento de identificación. En ese momento apenas tengo en el bolsillo la credencial de mi paso por el Senado de la República, que guardo como preciado recuerdo.

Todo eso lo relato a los amigos en un tono de tristeza en la añoranza romántica. Entonces Otto Morales Benítez, maestro del ensueño, comenta: "Pienso que José tiene razón; aquellos tiempos son dignos de guardarlos en el mejor estante de la memoria".

Recuerdos de Cartagena

Ahora comprendo la razón de la nostalgia del gran Juan Zapata Olivella. Y aunque él intenta explicarme otra causa con argumentos de su ciencia médica, a la larga, en el transcurso de las charlas telefónicas, es fácil para mi descubrir la pena que siente por la ciudad que se le escapa.

Y digo lo anterior, porque yo también, después de varios años de ausencia, experimenté algo parecido.

En la década de los años sesenta viví en Cartagena. El doctor Gumersindo Serje Ahumada dirigía la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Cartagena, que poco tiempo atrás había fundado en compañía del doctor Alberto Ruíz Vélez.

Como se trataba de una profesión nueva, y en su afán de asegurar la excelencia académica, el doctor

Serje seleccionó a un grupo de catedráticos de distintas regiones del país que ya contaban con experiencia. Entre ellos, Jorge Child, Raúl Alameda, Federico Billón, de Bogotá; Carlos Calderón Mosquera y Bianor García, del Chocó; Fabio Morón Díaz, de Chinú; Luis Meléndez Mosquera, Fernando Llinás Toledo, Eduardo Santos Ahumada, Rubén Maury Pertuz, Jaime Medina, Alcides Vargas Castro, del Atlántico.

Con algunos de esos amigos, y en mi condición de Director del Instituto de Investigaciones Económicas, formé parte de un grupo de intelectuales que intentó saborear en plenitud el placentero transcurrir de entonces. Y no pretendo conceptuar que lo de antes fuese mejor a lo actual, pero en mi recuerdo pesa un paisaje un tanto distinto.

Ahora encuentro multitud de edificios que ya casi no permiten ver el mar desde las calles. Joyerías y toda clase de almacenes para turistas, ocupan los locales que fueron residencias en la sagrada zona amurallada. Y hasta la televisión hace saber que se prohibe a las negras vender sus sabrosuras en las playas.

Mis nuevos amigos, la familia Tinoco Támara, que dirige la Universidad IAFIC, invitan a un almuerzo en un club social. Entonces, bajo el estímulo del recuerdo, solicito que vayamos a La Boquilla. A mi memoria vienen los atardeceres con rumor de olas cuando doña

Anita iba a comprar el pescado fresco que mis hijos, apenas de pocos años, sacaban de las propias atarrayas. Eso era una auténtica aldea de pescadores, de sabor bucólico y familiar. Distinto a lo anterior, me espera una fila interminable de docenas de casetas, cada una con su debido "equipo de sonido" al máximo volumen, que difunden merengues dominicanos.

A Bocagrande solo dos buses de tiempos inmemoriales, pero siempre limpios, le prestaban servicio. En las tardes, cuando el maestro Roberto Burgos Ojeda, Director del Departamento de Humanidades, no tenía programa de algún prestigioso conferencista, un recital o una tertulia en casa de Petra Villalobos, los amigos me acompañaban al Hotel Playa, de los hermanos Peñaranda. Caminábamos por la Avenida San Martín, para seguir escuchando los comentarios picantes de Jorge Child. Después, a la orilla del mar, Cecilia Porras hablaba de pintura mientras Carlos Villalba Bustillo y los hermanos Ismael y Carlos Guete, salía en busca de Tito Bechara para que repitiera, una vez más, sus andanzas por Europa y presagiara el porvenir de la ciudad.

En la noche salgo con los míos a recorrer las calles de Bocagrande, pero ya las residencias se convirtieron en edificios o restaurantes. En sus puertas no están las mecedoras blancas que nunca se guardaban. Porque, como graciosamente comentaba Gonzalo Zúñiga, ningún ratero que se respetara era capaz de apropiarse de lo ajeno.

Después a dormir, mejor dicho, a intentar dormir, pues si es cierto que el Hotel Playa permanece igual, con la sonrisa de Conchita en la recepción, los decibeles de la música de la calle no lo permiten.

Ya de regreso, un poco fatigado por esta nueva Cartagena de turistas, pienso en Juan Zapata Olivella y las cocadas de ajonjolí que comprábamos en el Portal de los Dulces para saborearlas cuando me invitaba a recorrer las murallas que construyeron con sangre y sudor sus antepasados. Vuelvo a llamarlo por teléfono y al final concluimos: Las botas del Tuerto López las cambiaron de sitio y tamaño, pero Cartagena, a pesar de este mundo moderno que no nos pertenece, sigue siendo la ciudad más hermosa de Colombia y América, y guardamos por ella el mismo cariño que le tuvo siempre su genial poeta.

Recuerdos de Santa Marta

Eran los bellos tiempos de la juventud. Porque en la juventud todos los tiempos son bellos, sin importar las limitaciones. Y mas aún cuando a la razón de la existencia la acompañan inquietudes, idearios y sueños. Como entonces no había universidades en Barranquilla, desde el bachillerato se comenzaba el compromiso de la participación en los quehaceres intelectuales y políticos.

A Jorge Eliécer Gaitán lo seguían, en un comienzo, estudiantes, profesionales y pequeños y medianos comerciantes. Los políticos profesionales respaldaban a los candidatos oficiales. Yo dirigía el Frente Nacional, el periódico del gaitanismo en el Atlántico. Después vino "Grito", de Juan Barrios y Luis Felipe Palencia Caratt, "Colombia", de Santos Valencia Asprilla, etc. En el Magdalena se editaba "Vanguardia", de Julio Ortega Amarís y Asdrúbal Amarís.

En busca de estos amigos y para hacer proselitismo, salí una noche de diciembre, época de vacaciones, en compañía de José Angel Bolaño. Ir a Santa Marta era una especie de incursión a lo desconocido y exótico. A las ocho de la noche los buques, o lanchas, como se les llamaba, iniciaba su lento recorrido por el caño Clarín. Como puede suponerse, nuestra condición de estudiantes no nos permitía la relativa comodidad del camarote. En la cubierta tocaba soportar el ruido del motor y los miles de mosquitos. Apenas si se lograba un poco de distracción en los intentos de atrapar los peces que saltaban por todas partes. Ya en la media noche el paisaje cambiaba y los zancudos desaparecían, al penetrar el barco en la Ciénaga Grande. Esa noche de 1944 la guardo en el recuerdo grato, por la luna llena que iluminaba las aguas tranquilas con extensos caminos de reflejos que parecían señalar la ruta.

Antes de llegar a Ciénaga nuevamente era necesario buscar la entrada de otro caño. Más o menos a las seis de la mañana, con sonrisa en los labios a pesar del trasnocho, bajamos presurosos a esperar el tren que venía de la Zona Bananera rumbo a Santa Marta. Entonces no había carreteras ni nada parecido.

A Santa Marta la descubrí sencillamente bella. Casas blancas, calles quietas y gente alegre que brindaba confianza y amistad. Aunque su bahía presentaba el encanto de su serenidad, más me impresionó el legado

de su pasado colonial. Como en Puerto Colombia aún la Isla Verde protegía el azul de sus aguas, llegaba saturado de baños marinos. Sin embargo, el primer domingo nos sumergimos en sus aguas frescas y hasta fuimos a dar, en un bote de remo de un pescador militante de la antigua Jega, a El Rodadero, llamado así por el uso que le daban a sus arenas blancas los muchachos, al deslizarse por la pendiente. Por cierto, en ese sitio y sus alrededores, no se encontraban ni ranchos y mucho menos expendios de ninguna clase.

Ahora llego con mi familia a Santa Marta después de pasar unos días en el bosque de edificios de El Rodadero. Vamos directo a la Catedral a bautizar el nieto de la profesora Candelaria Cruz. Desde lo alto de las estribaciones de la Sierra Nevada que circundan la ciudad, la observo como antes, aprisionada en los cerros, pero con el mismo encanto. En la puerta de la Iglesia admiro sus edificios y me complace el sosiego. Después, al leer EL HERALDO, no comprendo las informaciones sobre asesinatos de dos mujeres y atraco en un banco.

Como es "puente", El Rodadero está repleto de turistas. El sábado en la noche en el bulevar peatonal frente al mar saludo amigos y conocidos. Todo es sano y compartido. El domingo me instalo en una silla de tela debajo de una carpa. La playa parece un hormiguero humano. Los barranquilleros son fáciles de distinguir.

Cargando estruendosos radios parecen competir con el vecino y hacer de esta nueva moda una especie de "cachet". Los pudientes abren las puertas de sus automóviles para que el ruido abarque varias cuadras. Los antioqueños, tal vez radicados en Barranquilla, imitan el ejemplo, aunque siguen con las botellas de aguardiente en sus manos. Los vendedores de todo semejan eslabones en una cadena andante interminable.

Yo disfruto ese jolgorio colectivo, y sólo en la tarde retorno al mundo de los libros, en compañía de las hermanas Marina y Angela Salcedo, en los acogedores salones de su hotel.

Recuerdos de Juan de Acosta

Hacía un buen tiempo no recorría las calles de Juan de Acosta. Antes eran de arena, apropiadas para pasear a caballo. Muchas veces lo hice así, derrochando juventud y amistad con Tomás Arteta. El, en el caballo moro de su padre, don Gilberto, y yo, en el castaño preferido de mi tío Carlos Higgins. Entonces ellos, don Gilberto y don Carlos, eran los pilares centrales de la armazón social de la comunidad, uno conservador, el otro liberal. Pero sus jefaturas políticas no los apartaban de la comprensión y el compromiso mutuo en el servicio a sus paisanos.

Esta tarde transito las mismas vías, ahora encementadas. Lo hago a pie, en ambiente de tristeza, al lado del féretro del tío.

El desfile es impresionante, con un millar de personas llegadas de todas partes. La iglesia repleta de damas

y familiares que comparten la liturgia. Durante una hora se rinde el homenaje religioso con sermones y espontáneas expresiones de condolencia. Después, en la puerta del cementerio, los poetas leyeron sus loas y el Alcalde decretos de honores. Y todos escuchan a los oradores en sugestivo silencio, como si quisieran hacer suyas las palabras que recuerdan las virtudes del difunto.

En verdad los reconocimientos responden adecuadamente al perfil de una figura legendaria. De esas que obligan a retroceder en las páginas de la historia para comparar con el patriarca de otros tiempos. Padre de cuarenta hijos o más, no conoció la mezquindad en el campo del amor. Pero a todos los retoños prodigaba su cuidado. Muchos de ellos son profesionales distinguidos y el resto gente de trabajo. Su semilla se esparció hasta Venezuela, y allí estaban todos dejando constancia de sus sentimientos al vínculo fraternal.

Podría decirse que Juan de Acosta era la familia del tío Carlos. Sentado en el sardinel, como se acostumbra en los pueblos, en las noches recibía la visita de compadres y amigos, que escuchaban los informes sobre lluvias y gozaban con sus ocurrencias y gracejos.

Mientras escucho las décimas de Angel Alfonso Molina, los versos de José Luis Higgins y el decir panegírico de Fermín Molina, Gilberto Mario Arteta, Alcy Villanueva, Balmar Aguilar y los sacerdotes Silvio

Salej y Dagoberto Berdugo, pienso en los razonamientos de Goethe: "*Vivir en el corazón de aquellos que hemos dejado, eso no es morir*".

Ya de regreso en la carretera vuelvo a los primeros años de la juventud a encontrarme con un Juan de Acosta repleto de gracia y colorido. Entonces, para llegar a sus predios, primero se pasaba por Tubará. Dos poblaciones distintas: Una, de orgullosa idiosincrasia indígena y muestrario de cultura autóctona; la otra, especie de islote de la descendencia española, con muchas personas de piel blanca, cabellos rubios y ojos azules.

Distinto a otros pueblos, en Juan de Acosta la pobreza no se expresaba con exagerada elocuencia. En casi todos los patios de las casas un pozo provisto de surtidor manual, daba agua potable y permitía el riego de jardines. Eran, y siguen siendo, patios adornados con flores tropicales y racimos de granadas. Las mujeres, bellas amas de casa, siempre han cuidado con esmero las rosas y cayenas como para que emulen con ellas en todos los sitios del hogar.

Parlanchín y juguetón el costero mitigaba el rigor del clima con la chanza y el divertimento. El pasatiempo de entonces dependía de las constantes bromas a paisanos y compañeros. Ese modo de ser semejaba el recreo en el trabajo diario. Tal vez por eso mi padre

encajó perfectamente en sus costumbres. A sus dominios llegó con investidura de Alcalde Mayor y unas horas después de la posesión estaba involucrado, sin saberlo, en el gracioso acontecer.

Su estreno de mandatario fue atender una demanda por la visita furtiva de un zorro humano al gallinero de un vecino en la noche que acababa de pasar.

Justiniano Molina, que hacía de Secretario, se le acercó al oído, y le dijo: Esas fueron las del sancocho que le brindaron de bienvenida sus amigos esta madrugada. Pregúntele al Churry. Ya el vino acá bien temprano y dejó el dinero, valor de las gallinas.

Ahora encuentro en el sepelio del tío Carlos al Churry y lo amonesto por iniciar tan temprano la consabida borrachera del velorio. Y entonces me responde: Si es la misma, la de los buenos tiempos de Carlos Higgins y tu padre, don Nacho, cuando me obsequiaban una copa para que les llevara recados a las novias secretas.

Recuerdos del fútbol

El Estadio Moderno abarca la mayor parte de mis recuerdos en la afición por el fútbol. Es que fueron los tiempos de la infancia. Y parece que la memoria hace de los primeros años el material más apreciado en el mundo del ensueño. Así sucede con el mensaje onírico y la grata reminiscencia del pasado engalanado.

Entonces los paisanos solían reunirse los domingos y días de fiestas en el barrio Montes, en casa de Fernando Barraza, carpintero y patriarca. De allí, en las horas de la tarde, los adultos caminaban unas pocas cuadras para aplaudir su equipo favorito. Entre esos, nunca olvido el color de las camisetas del Juventud, el Sporting, el Caldas, el Nariño, el Once de Noviembre. Puerto Colombia también tenía su onceno en primera división.

Desde muy temprano, para poder aprovechar la sombra de un mediano almendro que había crecido en la tribuna de sol, siempre estaba al lado de mi tío Enrique Esmeral, hincha entusiasta del Sporting.

A mí, más que el entusiasmo por una divisa en particular, me gustaba admirar el virtuosismo de algunos jugadores. Tanto así que en las tardes, cuando a las cinco salía del Colegio San José, me iba a mirar desde la tribuna de sombra (porque entonces las puertas permanecían abiertas) las prácticas, y a estar siguiéndole los pasos al Flaco Meléndez, a Marcos Mejía, Julio Torres, Guarapo Mendoza, Humberto Picalúa, José Matos, la Espada Yepes, Seberiano Lugo, José Escorcia y tantos otros, que después siguieron la ruta del Estadio Municipal. Por cierto que algunos de ellos, cuando la memoria olvidadiza de sus manejadores los dejaron a un lado, les facilité la oportunidad de vincularse, en condición de entrenadores, a las universidades de Atlántico y Simón Bolívar, como fueron los casos de Memuerde García y Picalúa. Lo mismo hice después con mi pariente y paisano Antonio Rada, el cañonero de Isabel López, aunque Toño, con un poco de coquetería donjuanesca, aclara de inmediato, cuando yo hago mención, delante de las damas, de los buenos tiempos, que era él, como niño, quien me cargaba los guayos en la Plaza del Cementerio, y no al revés.

El fútbol entonces parecía un espectáculo de empuje. Como la victoria se reconocía por goles a favor, todos

los que jugaban se ponían al servicio de alcanzar ese objetivo. Eran jóvenes que vestían una camiseta para agradar al público. Nadie recibía sueldos ni gozaba de prebendas, ni mucho menos -y después de Espartaco, Bolívar y José Hilario López- se compraban o vendían seres humanos para hacer negocios deportivos.

Ahora se hacen comparaciones entre lo de ayer y hoy, y cada uno tiene sus gustos. Por mi parte, la añoranza de la simplicidad, el pundonor, el entusiasmo espontáneo, la conducta cristalina, me inclinan al pasado. Incluso lo que podría considerarse la pasión del hincha mantenía sus límites. Nunca supe de atropellos o grescas, ni mucho menos de actos barbáricos. Se aplaudía y se animaba con gritos, pero nada más. Cuando la selección del Atlántico regresaba del interior después de un campeonato nacional, los niños estábamos, regocijantes de alegría, al lado de los adultos en los muelles donde atracaban los buques del Magdalena.

El 20 de Julio, camino a Soledad, donde Rafael Laufaurie, Presidente de la Academia de la Historia y Edmundo Barrios, Alcalde Municipal, ofrecían una bella fiesta cívica y reconocían los méritos de sobresalientes ciudadanos, Chucho Rubio, conduce el automóvil y toma la vía de la calle de Las Vacas. A su lado va el doctor Rafael Bolaño, y como fervorosos partidarios del Junior, quieren saber del desempeño del

Pibe Valderrama, sin lugar a dudas, el más completo de los integrantes de la Selección Colombia de todos los tiempos. Pero por la radio los noticieros sólo hablan de equipos, directivos y jugadores mencionados en listas de narcotraficantes. En ese momento, precisamente, pasamos por el frente de lo que queda del Estadio Moderno, ahora aprisionado entre otras construcciones. Entonces cierro los ojos y vuelvo a ver a Mejía corriendo con el balón por el ala derecha, al Flaco pateando desde fuera del área el esperado gol, y a Escorcia en sus atrapadas de películas, como dicen los pelaos de ahora.

Recuerdos de Gerardo Molina

Con compañeros bolivarianos miro una colección de fotos. Recogen la historia de una amistad compartida desde 1946 hasta el día de su muerte. Una tarde, como lo relato en mi libro *Del Recuerdo a la Semblanza*, llegué a la Rectoría de la Universidad Nacional con una carta de Jorge Eliécer Gaitán. Yo había viajado a Bogotá a estudiar derecho, la profesión más adecuada para un pichón de político. Acá, en Barranquilla, dirigía el semanario Frente Nacional, órgano oficial de la izquierda gaitanista de entonces. Al visitar al Jefe y darle a conocer mis propósitos, me observó que Colombia era país de abogados, mientras faltaban economistas. Y de inmediato, sin consultar mi parecer, escribió la nota para el doctor Gerardo Molina. El ilustre Rector, a su vez, me introdujo hasta Antonio García, Director del Instituto de Ciencias Económicas que funcionaba en las amplias instalaciones de la Facultad de Derecho.

Apenas una hora duró la conversación con el gran educador y maestro, en este primer encuentro. Pero fue suficiente para iniciar una amistad de siempre, después, compartida, también, con su dignísima compañera y esposa, Blanca Ochoa.

La primera impresión de la Ciudad Universitaria aún perdura en la memoria como uno de los sucesos gratos de mi existencia. Su pulcritud semejaba la imagen y personalidad de quien dirigía sus destinos. Paredes blancas, jardines florecidos, céspedes verdes, árboles sombrosos y, por todas partes, sobre todo en las bibliotecas, una juventud en disposición y ánimo para adquirir conocimientos.

Y no se trataba de mozuelos ajenos a la insurgencia. Por el contrario todos los viernes, después de la conferencia de Gaitán en el Teatro Municipal recorríamos la Carrera Séptima en compañía del pueblo agitando idearios y chocando con la policía.

Porque ya los tiempos difíciles que aún perduran, se iniciaban en los campos. La violencia daba sus frutos y hasta manifestaciones de silencio denunciaban los tristes sucesos. Pero los predios de la Universidad se respetaban. Nadie manchaba muros ni se encapuchaba. Con el escudo de la lucha idealista, de noche se asistía a las reuniones de capacitaciones compartidas con obreros, para adquirir conocimientos y conciencia como

solía decirse. En esos sitios, precisamente, se escuchaba la palabra autorizada de Molina y García, orientadores de la corriente socialista del liberalismo. Esto me permite opinar que el grupo de estudiantes pioneros de los estudios de conomía política en el país, supimos aprovechar la oportunidad de contar, como profesores y compañeros de inquietudes políticas, a las más destacadas figuras de la intelectualidad colombiana radicada en Bogotá: Gerardo Molina, Antonio García, Jorge Eliécer Gaitán, Guillermo Hernández Rodríguez, Luis Rafael Robles, Leopoldo Lascarro, Néstor Madrid Malo, Delio Jaramillo Arbeláez, Diego Luis Córdoba, Adán Arriaga Andrade, Arturo Valencia Zea, Jaime Jaramillo Uribe, José María Ots Capdequi, Alfredo Vásquez Carrizosa, Diego Montaña Cuéllar, y otros.

Gerardo Molina era el maestro por antonomasia. No conocía placeres distintos a la entrega del estudio, de la investigación y la enseñanza. Su hogar, la cátedra y el escritorio de historiador político, moldeaban el trípode de sus máximas responsabilidades. Y, como fructífero resultado, hoy sus hijos avalan los lineamientos de una conducta vertical; sus discípulos entre ellos el Director de esta primera tribuna del periodismo costeño, doctor Juan B. Fernández R., respondieron adecuadamente en los caminos que el destino señaló; y sus libros enriquecen la bibliografía nacional.

Las obras escritas por Gerardo Molina, en verdad, son muestrario elocuente de la investigación seria,

indispensables como instrumentos de consulta en cualquier propósito de conocer la historia política colombiana. Así, los tres tomos de "*Las Ideas Liberales en Colombia, desde 1849 hasta el Frente Nacional*", comprendían la grandeza y miseria del transcurrir político. El maestro Molina partía del principio de que la nación que no conoce su pasado no puede entender su presente. La anterior trilogía la complementó con el "*Brevario de las Ideas Políticas*", que resume, en el campo mundial, la evolución y las diferencias entre liberalismo clásico y moderno, el socialismo, la social democracia y el comunismo soviético. Y, para consumar ese esfuerzo y responder a sus convicciones, publicó en 1987 "*Las Ideas Socialistas en Colombia*".

Hoy miércoles 21 de junio, cuando escribo estas notas, me preparo para recibir el viernes próximo en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, a su viuda Blanca de Molina. Viene ella acompañada del doctor Carlos Gaviria, Magistrado de la Corte Constitucional, por invitación especial de nuestra Alma Mater, la Fundación Gerardo Molina y la Corporación Creamos del Caribe. Que sea esta la feliz ocasión para expresarle sentimientos de amistad y recordar tantos buenos momentos compartidos en el ayer.

Recuerdos de Jorge Child y otros amigos

Cada año prodiga alegrías y tristezas. En 1995 fueron muchos los días de grata complacencia, pero también algunos causantes de penas. Presenté libros para tener la oportunidad de compartir con amigos y familiares. En el campo del disfrute tal vez ese tipo de acontecimiento llena de plenitud mis ambiciones. En contraste, algunos amigos y compañeros de idearios partieron para el más allá. Entre ellos quiero mencionar a tres por el significado de su obra intelectual y creadora.

Manuel Briceño Perozo, Presidente de la Academia de Historia de Venezuela y uno de los escritores más fecundos del hermano país. Autor de cien libros y folletos parecía mantenerse en permanente emulación prolífica con otros colegas, como Guillermo Morón. Dirigió también la Sociedad Bolivariana y el Archivo

General de la Nación. En el campo de la docencia, desde 1939 estuvo al frente de la cátedra en la Universidad Central de Venezuela. Fue miembro de varias academias latinoamericanas y la Universidad Simón Bolívar le concedió el título de doctor Honoris Causa.

Pedro Vuscovic, Ministro de Economía e ideólogo del democrático y socialista gobierno de Salvador Allende. En la dictadura de Pinochet se exilió en México, donde continuó enseñando en la cátedra. Allí su labor de analista de problemas económicos en ensayos que siempre publicó *Desarrollo Indoamericano*. Formó parte del brillante grupo de investigadores y teóricos de los años sesenta, en el apogeo de la Cepal y el entusiasmo marxista, al lado de Alejandro Lipchutz, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel, Marta Harnecker, Gonzalo Matner, Clodomiro Almeyda, Paulo Friery, André Gunder Frank, Sergio Vuscovihc Rojo y Oscar Waiss.

Ricaurte Soler, el infatigable director de la Revista Tarea, la publicación panameña más significativa en la divulgación del pensar social y político. En el mes de julio lo ví por última vez en el Parafinado de la Universidad de Panamá. Después de mi conferencia nos fuimos al histórico recinto del Congreso Anfictiónico, donde nos esperaba su ilustre Presidente, doctor Aníbal Illueca Sibauste. Con Luis Carlos Reyes, Carlos Del Cid, Justo Arroyo y Giovanna Benedetti, la delegación

barranquillera de la familia bolivariana escuchó complacida una especie de informe de la realidad panameña. Unos días después recibí la noticia de su muerte.

Ricaurte Soler fue un escritor apasionado por la libertad y la revolución social. Antiimperialista y bolivariano, en sus libros "*Formas Ideológicas de la Nación Panamericana*", "*Cuatro Ensayos de Historia sobre Panamá y nuestra América*", "*Clase y Nación en Hispanoamérica*", "*Idea y Oligarquía*", la afirmación nacionalista y latinoamericana constituye el tema central. En 1994 Miguel A. Candanedo O., resumió su pensamiento al decir: "*Ricaurte Soler es el pensador más relevante de la teoría de la patria en el presente siglo; es nuestro filósofo de tiempo completo*".

Y ahora, apenas al comenzar este 1996, los periódicos informan sobre la muerte de Jorge Child. La noticia me doblega. Desde 1946, hace exactamente medio siglo, iniciamos una fructífera amistad. Nos conocimos en el Instituto de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional. Fuimos pioneros en esos estudios. También en la formación del Partido Socialista que orientaban Gerardo Molina y Antonio García. De nuestros profesores aprendimos el amor por la cátedra. Porque, en verdad, Molina, García, Luis Rafael Robles, Abdón Espinosa Valderrama, Guillermo Hernández Rodríguez, José María Ots Capdequí, Leopoldo

Lascarro, Adán Arriaga Andrade, Diego Luis Córdoba, Arturo Valencia Zea, Alfredo Vásquez Carrizosa, Jaime Jaramillo Uribe, etc., eran verdaderos maestros. Su labor no se limitaba a la simple exposición. Iba más allá, con el estudio compartido, la guía en las lecturas en sus bibliotecas privadas y la responsabilidad de escribir "conferencias", que después se convertían en libros.

Tal vez la temporada que compartí más estrechamente con Jorge Child fue la de Cartagena. Con Raúl Alameda, Gumersindo Serje, Carlos Calderón Mosquera, Bianor García, Roberto Burgos Ojeda, Fabio Morón Díaz, Carlos Villalba Bustillo, Petra Villalobo y Cecilia Porras, su esposa, disfrutamos la placidez cartagenera de los años sesenta en medio del alborozo de la formación de una pléyade de jóvenes que después supieron responder en la cátedra y el manejo de la economía local y nacional.

De esos jóvenes alumnos de entonces es grato recordar a Florentino Rico, Ruderico Trujillo, José Vicente Mogollón, Hermes Darío Pérez, Marta Fernández Guerrero, Alfonso Osorio, Dionisio de los Ríos, José Maciá, Argemiro Bermúdez, Nancy Polo, Hernán Amador, Mayito Jiménez y Freda Hawky.

Jorge Child Vélez era la entrega en la amistad y el compromiso creador. Nunca parecía tener pausa en el trabajo intelectual. Incluso, de la conversación, siempre

salpicada de humor, sacaba temas para sus columnas. Cuando la Universidad Simón Bolívar le otorgó el título de doctor Honoris Causa como un reconocimiento a su obra escrita, solicitó cumplir con el tradicional rigor universitario, y el día de la ceremonia hizo entrega de un estudio económico y político, a manera de tesis, que después se publicó como libro.

Ante la muerte de amigos es necesario hacer del recuerdo de sus vidas un motivo de fuerza estimulante en el intento de responder a su legado fructífero.

El niño y el mar

En la edición de EL HERALDO, del jueves 30 de marzo, y en la misma página, una al lado de la otra, leo dos noticias que tienen que ver con un mismo sitio: Un niño, de apenas ocho años, se vino solo a Barranquilla desde Medellín para conocer el mar. Esa es una, con fondo poético y mensaje de sueños. La otra, imagen de estos tiempos conturbadores, concede a la capital de Antioquia la poca grata distinción de ser la ciudad más insegura del país.

El corresponsal aclara dudas y con cifras en las manos, demuestra que Medellín aventaja a Bogotá y Cali, las tres ciudades más importantes. Así, mientras en Medellín hay, en promedio, veinte homicidios por mes por cada cien mil habitantes, en Cali se registran ocho y en Bogotá cuatro. En el caso de lesiones personales y robo de vehículos el fenómeno es más o menos parecido.

Lo triste de estas realidades, materia, por cierto, nunca desgastaba para el análisis sociológico y la interpretación política, es que la apacible Medellín de otros tiempos, es la ciudad industrial, religiosa y de clima benigno de Colombia.

Se supone que el desarrollo económico que se alcanza en la etapa manufacturera condiciona niveles de vida que permiten al ser humano disfrutar de comodidades y de cierta seguridad de convivencia. Las prácticas religiosas, por su parte, pregonan la hermandad y condenan los delitos.

¿Cómo puede explicarse, entonces, tanta descomposición social, precisamente, donde en el pasado se daban situaciones distintas?

El propio niño, personaje de la sorprendente historia, también forma parte de una confirmación violenta que acongoja. Su infancia, en vez de transcurrir en una aula de escuela compartiendo alegrías con vecinos y amiguitos, se distorsiona en terminales de buses vendiendo dulces.

Sin embargo, aunque sea mucho el esfuerzo que debe hacerse para dejar a un lado lo existente, el episodio comentado hay que apreciarlo en toda la dimensión de un mensaje particular. Si el niño se atreve al misterio de la aventura para mirar al mar, su expresivo sentir merece interpretarse como reflejo de un anhelo colectivo distinto.

El mar es sosiego y majestuosa esperanza. Ahora hasta su rumor lo recogen en grabaciones con el fin de acercar el sueño placentero. Yo me asomo a la ventana en cada amanecer para decirle que despierto a gozar de su presencia. En los meses de invierno, cuando las brisas son tenues, se mantiene tranquilo, mostrando el esplendor de sus colores; en estos días, al despedirse marzo, parece emular en movimiento con los alisios. Y se vuelve parlanchín como en busca de diálogo. Lo contemplo y comprendo el capricho del niño.

Entonces recuerdo los juegos de mi infancia. En las noches repletas de estrellas, allá en la bucólica aldea, muchos deseos tenían que ver con el mar: Varita de la Virtud, por la Virtud que tú tienes y la que Dios te ha dado, llévame a navegar para contemplar otros cielos... Pero, bueno es decirlo, también se añoraban las montañas. El profesor nos hablaba de las alturas y su frescor eterno. Y a ese paisaje, de la misma manera, lo queríamos conocer. Por eso pienso que en todas partes hay niños como el de Medellín. No importa que las estadísticas señalen cifras de delitos más altas en un lugar que en otros. La violencia domina los espacios. Ella, que sigue el camino de los vicios, del afán del dinero fácil, de la injusticia social y del libertinaje, no distingue parajes.

Qué conveniente sería sacar provecho del insinuante recado de los niños, y empeñarse en rescatar las buenas

costumbres del ayer, los valores de los abuelos, los principios morales perdidos. Que no se ahorre esfuerzo en la búsqueda de la justicia social. Que se despejen los caminos y se asegure la convivencia y la paz, para que los niños de Medellín puedan venir a contemplar el mar y los niños barranquilleros lleguen al Valle de Aburrá a recibir el frescor primaveral adornado con orquídeas.

Recuerdos de Gardel

Esa tarde Jacinta Mercado alborotó al pueblo. Todas las semanas viajaba a Barranquilla a llevar productos de la tierra, gallinas y huevos, y regresaba con encargos que le hacían las comadres. La única carretera asfaltada que había entonces en el Atlántico era la de Barranquilla a Usiacurí. Sólo los veranos pasaban la "Caterpilar", o la "cuchilla", como se le llamaba a la máquina arregla caminos, que seguía a Isabel López hasta llegar a Cartagena. Por eso los mercaderes de los pueblos del sur del Departamento iban a Usiacurí en busca de los buses y camiones que transportaban sus cargas. Los caballos, mulas y burros se quedaban en el amplio patio del dueño de los vehículos, el cachaco Moreno. Mi casa era una especie de subestación. En su patio gigantesco también los compadres de Santa Cruz, Repelón, Luruaco o los Pendales, descargaban los bultos de cazabes o bollos en las noches para seguir la marcha en las madrugadas.

Pero ese día Jacinta tomó la delantera para encabezar la caravana. Su burro pardo parecía compartir el afán de difundir la primicia, porque el paso era más acelerado y no dejaba de rebuznar como si se tratara de trompeta anunciadora. Los cajones, especie de contenedores modernos, amarrados al sillón de lado y lado, venían casi vacíos, porque a Jacinta la doblegó la noticia y sólo quiso, después de vender lo suyo, volver para transmitir el triste suceso. Por eso, desde la primera casa, de la calle principal, comenzó a gritar: ¡Murió Gardel!, ¡Murió Gardel!

Cuando mana Jacinta llegó a mi casa, ya todo el pueblo conocía la nueva mala. Allí dejó los periódicos que mandaba el doctor José P. Esmeral, el periodista, que en compañía de Pedro Pastor Consuegra, representaron en esos años en Barranquilla el aporte, en el periodismo, del pequeño corregimiento. Porque uno había fundado La Nación, el gran diario que alcanzó a circular simultáneamente en Barranquilla y Bogotá en esos tiempos de buques de andar despacio y telégrafo, y el otro dirigía El Liberal, de Pedro Juan Navarro.

La noche fue de duelo espontáneo. Varias familias congregaron vecinos para rezar el rosario con el fin de que descansara en paz el alma del ídolo. Al día siguiente los niños estábamos al lado de los jóvenes en casa del bisabuelo Nicolás, que vivía en la parte alta de la loma,

y como hombre rico, tenía victrola y discos de Gardel. Allí sudaba Marceliano, el bobo fornido, dándole vueltas a la manigueta para que siempre hubiese cuerda y no dejara de sonar la victrola.

Hacía pocos días Gardel había llegado al país por Puerto Colombia, y se le escuchó en Barranquilla, con lleno total en el Teatro Apolo, y en Cartagena. Porque así tenía que ser. Todo entraba por acá para seguir al interior, digamos a Bogotá o Medellín, no al revés. Y Gardel era festejado y admirado en todas partes, quiero decir, en el mundo. París, Viena, Madrid, Nueva York, lo aclamaban, igual que Colombia entera. Incluso los vuelos de los aviones de los viajeros marítimos partían de acá, porque aquí nació la aviación comercial. Mas aún, como bien me recuerda Alfredo de la Espriella, Barranquilla fue pionera en la divulgación del tango.

En 1919, por ejemplo, el Club Barranquilla, de la "crema de la sociedad", fundó una academia de Tango, cuando todavía en Buenos Aires se le consideraba música arrabalera. Y hasta Sarita Herrera, la cantante de Usiacurí que en su época fue lo mejor de Colombia, ganó su primer concurso interpretando valses, como "Celosa", y tangos popularizados por Mercedes Simone y El Charlo.

En Barranquilla vivían unas tías solteronas en casa de unas señoritas aristócratas de Cartagena. Las

recuerdo con su piel de muñecas de porcelana. Todas ellas, en la parte interior de la tapa de los baules, mantenían el retrato de Gardel y según los comentarios que les escuchaba, eso era común entre estudiantes y niñas casaderas.

Años después, ya en Barranquilla, cuando estudiaba en el colegio San José, en cierta ocasión, todos sábados y domingos, acompañaba a mis primos y vecinos de la calle Obando al teatro Caldas a ver las películas de Gardel.

Eran dos películas que pasaban regularmente en los cines descubiertos desde las ocho hasta las once y media de la noche. Pero en esa temporada de funciones el hermoso espectáculo duraba hasta la madrugada. Porque el público en cada canción de Gardel pedía que se repitiera parte del "rollo", y los operadores, contagiados con el entusiasmo, complacían a la audiencia. Y el asunto continuaba, al salir del cine, en las esquinas, con jóvenes que intentaban imitar la cadencia bonarense.

Carlos Gardel fue el artista y cantante de todos los públicos. Pienso que nadie lo ha superado. Porque ahora pueden llenarse estadios con decenas de miles de jóvenes melenudos, o de pudientes que pagan hasta cientos de miles de pesos para escuchar a consagrados tenores o barítonos, pero, al fin y al cabo, son grupos o élites. En cambio Gardel gozaba de la romántica

simpatía, propia de esos tiempos, de ricos y pobres, campesinos o citadinos.

Yo, desde la niñez, fui gardeliano. Por eso cuando llegué por primera vez a Buenos Aires, lo primero que hice fue salir con doña Anita, Jorge Greco, Leonardo Passo y otros amigos, a escuchar tangos en las barriadas bohemias repletas de cantantes de gargantas sentimentales que me hicieron recordar la voz temblorosa de Jacinta Mercado, cuando divulgaba en mi pueblito el triste mensaje de la muerte de Carlos Gardel.

Recuerdos de Carlos Parrish

Recibo una llamada telefónica del periodista Jaime Jiménez, quien quiere una entrevista para uno de sus reconocidos programas radiales. Antes de iniciar el interrogatorio comenta que no me vio en los homenajes ofrecidos al gran barranquillero y urbanista, don Carlos Parrish, por el intelectual Alfredo De la Espriella, en el Museo Romántico y la Universidad Autónoma del Caribe.

Don Carlos preguntó por tí, y dije que tal vez estabas enfermo o fuera de la ciudad, comenta.

En verdad, le aclaro, nunca recibí invitación y apenas a través de la lectura de los periódicos supe del feliz suceso.

Yo conservo por don Carlos un recuerdo muy grato, pues gracias a su gentil tratamiento en una operación

comercial, pude adquirir el lote donde más tarde construí la vivienda-biblioteca que sirve de estudio y de mirador del espléndido Caribe.

Desde muy joven me acercaba a las oficinas de la progresista urbanizadora en procura de autorizaciones de avisos para los distintos periódicos que me tocó dirigir. *Tribuna Estudiantil*, fue el primero, cuando apenas cursaba segundo año de bachillerato en el Colegio San José. Eran simples pininos en la difícil profesión, con pocas páginas que divulgaban poemas, cuentos y relatos de la vida estudiantil. Dos años después vinieron los de sabor político, reflejando ánimos en épocas de sana insurgencia. *El Momento, Frente Nacional* e *Izquierdas*, en tiempos diferentes, recogieron las inquietudes de una juventud deseosa de responder a compromisos imaginados.

Y para todos esas actividades la juventud encontraba la respuesta comprensiva de un hombre de formación universitaria. Ahora reviso las páginas de esas sencillas publicaciones del ayer, y en ellas encuentro el apoyo benéfico del anuncio oportuno que permitía la financiación de las modestas ediciones.

Lo mismo puedo decir de revistas con mayor envergadura editorial, como *El Economista* y *Desarrollo Indoamericano*. Con el educador y hombre de letras, Fernando Cepeda y Roca, me detenía en las tardes, de

vez en cuando, en el despacho de don Carlos, para escuchar su palabra autorizada sobre el porvenir de Barranquilla. Era un enamorado de la ciudad y sentía sus afanes, problemas y logros.

Pero vuelvo a Pradomar. En compañía de doña Anita me la pasaba, hace veinte años, recorriendo ese lugar en busca de un lote para instalarme a contemplar el mar. Entonces eran pocas las viviendas y todo estaba cubierto de zarzales y malezas. Sin embargo, el esfuerzo de esquivar espinas, recibía la grata recompensa de mirar, desde lo alto, el paisaje de las espumas blancas.

Un día un celador me hizo saber que uno de esos predios era de propiedad de la firma Parrish y Compañía. Y allí estaba, a la mañana siguiente, en la oficina de don Carlos. Le hablé de mi aspiración, y me respondió que costaba sesenta y nueve mil pesos. Le ofrecí sesenta, y de inmediato aceptó. Entonces, como no contaba con ese dinero, quise firmar un cheque posdatado. Pero don Carlos, con generosa confianza, le ordenó a Raúl Lazcarro que adelantara los trámites de escritura y que todo lo tuviese listo para cuando yo regresara.

Mientras tanto, doña Anita sufría sin comprender mi ligereza. Como ella siempre ha manejado el presupuesto familiar, estaba al tanto de la liquidez. De inmediato la consolé: *Prepárame la maleta que sigo a Bogotá a*

sacar una nueva edición de la revista Desarrollo Indoamericano. Y así fue. Al mes estaba de regreso gozoso para firmar la compra.

Ahora, en los atardeceres, cuando las bandadas de alcatraces, con su vuelo pausado adornan el paisaje, el sol se enrojece y la presencia del Castillo de Salgar parece duplicar el encanto, recuerdo con gratitud a don Carlos por la oportunidad que me facilitó.

Y mientras saboreo el frescor de las brisas y la manera de ser del Caribe, unas veces multicolor y otras teñidas con el marrón del Magdalena, no puedo comprender, cómo don Carlos Parrish, el costeño integral del ayer, se la pase por otros lados, y no viene, y con menos prisa, a contemplar el bello horizonte en el Pradomar que él urbanizó.

Recuerdos de la Universidad del Atlántico

Por varias razones asistí complacido la otra noche a los festejos de la restauración en Bellas Artes. Enfrente de la espléndida e histórica edificación está la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar. Ahora toda la cuadra ofrece una visión agradable con árboles bien cuidados y el contraste del blanco y el amarillo de las paredes de las dos aceras. Y en el campo del recuerdo, que alimenta el ánimo para seguir apreciando la arista rosada de la existencia, encontré la grata oportunidad de volver a mirar, después de dos décadas, sitios que fueron para mí motivo de inquietudes y esfuerzos.

Loable, desde todo punto de vista, el empeño del doctor Gustavo Bell Lemus y de todos los funcionarios que participaron en el necesario y oportuno hermoseamiento.

En la recepción el maestro Aquiles Escalante, que ha pasado buena parte de su fecunda existencia en el ambiente acogedor de los ahora bien iluminados pasillos, me observaba que los dos gestores, el señor Gobernador y el señor Rector, doctor Pedro Falco, tal vez por un olvido involuntario, no incluyeron en la nómina de personalidades saludadas en sus discursos, a los señores ex rectores de la Universidad del Atlántico. Sin embargo, ambos oradores tuvieron el cuidado de hacer saber que la obra restaurada era el fruto de toda una historia de aciertos en distintas administraciones.

Está bien que el reconocimiento esté siempre presente en la memoria de los ciudadanos. Y en el caso de la Universidad del Atlántico, por ser esta Alma Mater pionera de los estudios superiores en Barranquilla, la exigencia es mayor. Así, la gratitud obliga a valorar la obra precursora del filósofo Julio Enrique Blanco, complementada por los doctores Rafael Tovar Ariza, fundador del Instituto de Investigaciones Etnológicas, y de la Revista *Divulgaciones Etnológicas*; del periodista y ex ministro doctor Juan B. Fernández, en cuya administración se construyó el tercer piso de la sede de la avenida 20 de Julio, se amplió la biblioteca central y se adecuó la cancha de basquetbol; del intelectual Fernando Cepeda y Roca; de los educadores José Stevenson, quien por conducto del diputado, y ex-decano de Economía, doctor José Watnik presentó el proyecto de Ordenanza para que la gobernadora,

doctora Blanca F. de Castro, donara cuarenta y tres hectáreas para la Ciudad Universitaria; Eduardo Santos Ahumada, quien envió a más de treinta profesores a especializarse al tiempo que organizaba los cursos de especialización en la misma Universidad; José Lacorazza Varela, Elberto González Rubio, Ernesto Cortissoz, Antonio Vallejo, Esteban Páez Polo, Cristian Ujueta, en fin, de tantas figuras que le sirvieron con dedicación y entusiasmo. Cada una de ellas puso su granito de arena y dejó las huellas de sus intenciones y ser-vicios.

En mi caso no puedo negar el beneplácito que me ofrece la ya debilitada memoria al regresar a momentos compartidos con Jorge Artel, José Stevenson, Alvaro Castro Socarrás, José Ramón Llanos, Walter Suárez Glaser, Jaime Fernández, Liuba de Schumulson, Enrique García Pimienta, Erminio Aronna, Julio Quevedo, Ernesto Barros, Pedro Biava, Pedro Peñaloza, Gunder Remz, Delia Donado, Ernesto Certain, Jairo Parada, Matilde Maal, José Coley, Fidelina Herrera. Apenas estuve un poco más de un año dirigiendo los destinos de la Universidad del Atlántico, pero todos nos empeñábamos en multiplicar las horas como para dejar constancia de nuestro paso.

Eran otros tiempos, como anotaba el ex presidente Alfonso López Michelsen en reciente artículo publicado en EL HERALDO, apenas de presupuestos de centavos

y pesos, distintos a los de ahora, de miles de millones, y los gobernantes se mostraban apáticos, cuando no desafectos con el quehacer universitario, pero, por lo menos, se intentaba responder al compromiso.

La Universidad crecía en ese año de 1972 y adelanté trámites necesarios para trasladar el Colegio Barranquilla para Varones a las antiguas instalaciones de la Escuela Industrial, para anexarle como se hizo, su muy funcional edificio. En la entonces Escuela de Bellas Artes se remodeló el Museo Antropológico, los pisos de cemento fueron cambiados por mosaicos y piedra en la sala de entrada, y al teatro se le dotó de acondicionadores de aire y adecuadas cortinas y tramoyas. Sin embargo, lo que podría considerar digno de mención fue la tarea adelantada en favor de cambios en las costumbres académicas y criterios culturales.

En la noche del lunes 26 disfruté el programa artístico. Siempre sostuve que la cultura no podía valorarse por la capacidad para imitar, copiar o repetir lo ajeno. Cierto es que la cultura y la ciencia, en sus acepciones universales, constituyen un patrimonio del mundo. Pero la misión y el deber de cada pueblo en particular, es aportar y valerse de su ciencia, su arte y su técnica, para participar con su cuota al enriquecimiento de esta cultura. Oír el magnífico Coro del maestro Alberto Carbonell interpretando de manera impecable nuestras cumbias y paseos vallenatos en

amistosa compañía con las tonadas de los compositores europeos en la voz de Astrid Carbonell, nos permitió a los dos, en agradable charla, al día siguiente, recordar lo mucho que le supliqué, hasta por fin lograrlo, que en su repertorio de entonces, copado por los clásicos europeos, introdujera parte de la riqueza folclórica autóctona.

En el campo de las bibliotecas y la publicación de libros, en mi tiempo, no se ahorró esfuerzo. La biblioteca recibió en su seno miles de nuevos volúmenes y muchas obras de autores nacionales y locales se editaron. Se reconocieron los méritos de los hombres de letras de América Latina y de la Costa, y en la cátedra se libró la batalla contra la enseñanza dogmática del manual extranjero, al facilitar la investigación que permitiese formulaciones adecuadas en el análisis de nuestros problemas. En fin, siempre sopesamos la honrosa oportunidad de seguir el buen camino de nuestros antecesores y de trabajar al lado de la juventud estudiosa.

La alegría y la tristeza en el vivir

La blancura de las paredes de los distintos edificios de nuestra Alma Mater, siempre complacidas para recibir el mensaje de la inspiración, exhibe los murales de Edison Roa y Moisés Manotas, sus artistas predilectos.

Edison es un caso muy particular de la constancia y el desprendimiento. Se instaló en Galapa, la madre histórica de Barranquilla, para sacar provecho al retiro. Allí, en su estudio, libre de distracciones que perturben, parece un eterno enamorado del lienzo.

Y como fiel muestrario del genuino cultor del arte, deja a un lado la motivación dineraria de su compromiso, para convertir el agrado por su obra en la gran recompensa. En días pasados en la Sala Jorge Artel, se inauguró una exposición de cuarenta y cinco cuadros que obsequió a la Universidad Simón Bolívar,

y que allí permanecerán como expresivo testimonio de la cultura costeña.

Ante tanta muestra de nobleza solo cabe la respuesta adecuada que involucre el reconocimiento. Por eso los directivos de esta Casa de Estudios Superiores, interpretando el sentir de sus profesores, estudiantes y funcionarios, le han concedido la Orden Académica del Libertador.

En esa fiesta de la gratitud, los Coros de Caujaral en cuya nómina de integrantes están, como Director, Larry Marthe, hijo del ingeniero y escritor Manuel Marthe Zapata, vinculado a nuestra Universidad desde su fundación, y Gustavo Raad Mulford, arquitecto constructor de sus edificios, compañero de Ignacio Consuegra Bolívar, el diseñador, en sueños, poesías y acuarelas, se sumaron al homenaje y al regocijo, para inundar el patio de actos descubierto, con la armonía de su canto y la belleza de la música autóctona.

Cuando todavía está presente la alegría de compartir con amigos y gozar la grata oportunidad de rendirles homenajes de admiración y gratitud, leo en los periódicos noticias sobre fallecimientos de personas ligadas a recuerdos de un ayer magnificente.

Nos entristece la muerte de profesores y amigos. El padre Espinal, el educador del Colegio de San José en

la década de los años cuarenta, y su incansable vocación por el canto. Su voz ronca y sus ojos vivaces, que obligaban a estar atento al movimiento de su batuta directora, se mantienen perennes en la memoria. Y también se ha ido Jorge Méndez Munévar, el catedrático de la Universidad Nacional, de expresión fácil y amistoso proceder.

Hace unos meses Raúl Alameda Ospino, Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, me informaba la muerte del gran Jorge Child. Y con palabras poco alentadoras, me decía: "Con la muerte de Jorge Child ya somos tú y yo, los fundadores vivos de los estudios de Economía en la Universidad Nacional y en Colombia. ¿A cuál de los dos le tocará el turno?".

Defensa del Ministerio de la Cultura

Resulta sospechosa la crítica que se hace al proyecto de la creación del Ministerio de la Cultura. En los muy superficiales argumentos que exponen sus adversarios es fácil notar la antipatía por la Costa, como sede que fue del Foro de la Cultura.

Por ejemplo, en un programa periodístico de Telecaribe, un señor y una señora que se consideran personajes de la cultura, minimizaban el encuentro dirigido por doña Jacquin de Samper, al llamarlo reunión de farándula en Barranquilla, tal vez porque no se realizó en la capital de la República.

El Foro de la Cultura tuvo como sedes a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad del Atlántico y la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar. En estas dos Casas de Estudios superiores actuaron sus

grupos folclóricos y de teatro. El folclor es la máxima expresión de la cultura del pueblo. Despreciar el folclor y confundirlo con profesión de farsantes, o charlatanes trapaceros, es dar muestra de una ignorancia pedante. Lo mismo puede decirse de la división que se pretende hacer entre educación y cultura. La cultura involucra educación y genera civilización, tecnología, arte, en fin, es creación general de valores. Como bien ya ha sido definida, ella es el resultado "de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre".

También se han escuhado algunas voces que se refieren al peligro de la burocratización en un Ministerio de la Cultura. Sin embargo, debe suponerse que los funcionarios del nuevo Ministerio será gente comprometida con el quehacer cultural (escritores, artistas, folcloristas, etc.). Y no deja de señalar cierto egoísmo el cuestionar la oportunidad de trabajo a los servidores de la cultura.

En Barranquilla se reunieron los más destacados escritores, educadores, pintores y artistas del cine y la televisión del país, para expresar responsables conceptos en ponencias serias y dignas de consideración. El ahora Presidente de la República, doctor Ernesto Samper Pizano, expuso entonces de manera clara el propósito que lo animaba, de convertir en realidad en su mandato el fomento de la cultura en todas sus manifestaciones creadoras. En carta que nos había dirigido días antes del evento, sentó su criterio: "No sólo en la actual cam-

paña presidencial, sino a lo largo de mi carrera pública, he sostenido que la cultura es el ingrediente fundamental en la identidad de los pueblos. Eso hace que esa identidad esté vinculada al concepto de desarrollo, ya que sin saber quiénes somos y en qué nos diferenciamos, resulta imposible que nos tracemos derroteros claros para el porvenir. No es entonces gratuito que el fomento de la cultura forme parte primordial de las propuestas cuya puesta en marcha considero insoslayable para desarrollar la agenda que Colombia necesita de cara al Siglo XXI".

A su vez, doña Jacquin de Samper, Primera Dama de la Nación, transmitió a la concurrencia en la Escuela de Bellas Artes, la razón del proyecto del Ministerio de la Cultura, que tanta expectativa ha despertado. En su discurso, de grata recordación, dijo lo siguiente:

"Barranquilla ha sido, a lo largo de la historia no sólo uno de los ejes claves del desarrollo económico de Colombia, sino también referencia decisiva en la evolución cultural... Barranquilla, contrario de esa Colombia ensimismada entre altas montañas y a la cual el ex presidente López llamó el Tíbet de Suramérica, amplió nuestros horizontes, y permitió que a través del río de la Patria, como Marco Fidel Suárez llamaba al Magdalena, fueran entrando al interior y se diseminaran por todo el territorio, las novedades fecundas, que a partir del siglo XIX, caracterizarían la paulatina inserción de Colombia en el ámbito mundial".

Nos duele Moscú

En mi libro Las Sorpresas del Tiempo hablo del Moscú que conocí en los años setenta, y en general de muchas ciudades soviéticas. En varias ocasiones viajé por el extenso territorio de las repúblicas socialistas, unas veces en ferrocarril, y otras por avión, o por vía terrestre. Después, cada dos años, asistía a Najodka, a un Seminario Mundial sobre Defensa de los Recursos Naturales. Precisamente, hace un par de semanas un amigo me comentó en una carta que le sorprendió encontrar en uno de mis libros crónicas sobre actividades ecologistas desde la década de los sesenta. En verdad, desde entonces, propicié la fundación de sociedades de ese tipo, cuando apenas eran pocos los que soñaban con un mundo distinto. Por cierto, uno de los activistas y directivos en Bogotá, fue el periodista Daniel Samper, hermano del Señor Presidente de la República.

La Moscú de mis recuerdos mostraba su encanto por todas partes. Calles limpias, palacios del pasado retocados, rosario de edificios que habitaban los trabajadores. La Plaza Roja ofrecía el espectáculo que facilita la confianza. Jamás vi en Moscú un pordiosero, ni mucho menos una prostituta. En mi libro cuento la anécdota de la mañana que encontré en una calle dos señoritas muy bien vestidas vendiendo jabones en una "chaza". Ellas me hicieron saber que eran ingenieras recién graduadas y la oficina estatal encargada de ubicarlas en oficios adecuados a su profesión, las tenía en esa labor para justificar el pago de sueldos. Porque tampoco, en las repúblicas socialistas existía desempleo.

Ahora todo es distinto. Tengo en mis manos un artículo publicado en la revista Time, ilustrado con fotos, que hablan de un Moscú horripilante, repleto de lacras sociales. Time no puede ocultar una realidad que cuesta trabajo creer. La solemne grandeza y el sentido de misión histórica, describe, se ha perdido: babushkas envejecidos pidiendo limosnas en los andenes, pandillas de niños acosando a los turistas, mujerzuelas asediando a los hombres de negocios extranjeros, banqueros recorriendo la ciudad en Mercedes blindados, mafiosos en trajes de lana que comen langosta acompañada de champaña en hoteles de cinco estrellas, ladronzuelos tuberculosos y un tránsito vehicular caótico como consecuencia de las ratas hambrientas que en el invierno pasado royeron los cables subterráneos que conectan

los semáforos. El esplendor y la dignidad de los moscovitas que antes disfrutaban los amplios parques y asistían orgullosos a compartir la solemnidad del cambio de guardia en la tumba de Lenin, ahora dirigen sus pasos a la Plaza Pushkin en busca de papas fritas de McDonald's bajo la sombra de un gigantesco aviso de Coca Cola.

En verdad no puede uno imaginarse que el hombre sea capaz de destruir lo que más ama, y llegar a situaciones de indolencia, como razonaban los antiguos. Allí, donde a la convivencia social se le rendía culto, ahora, en opinión de Time, sólo hay muestras del más crudo capitalismo salvaje. Dice Time: "Las bandas al estilo de la mafia han transformado lo que fuera bajo el régimen soviético una de las ciudades más seguras del mundo en una verdadera criminópolis. Durante los primeros seis meses de este año de 1994, la Policía reportó 813 asesinatos. También ha habido una oleada de delitos jamás vistos como el sicariato -unos cien asesinatos en 1993- y atentados con bombas. La violencia se ha convertido en negocio. Por estos días, cerca de cuarenta mil desposeídos duermen en los túneles del metro y piden limosnas en las puertas de los nuevos templos. En Tverskaya Moscú semeja Las Vegas, con casinos, clubes nocturnos y tiendas exclusivas. Pero los únicos que pueden pagar las entradas son los noviye bogative, o nuevos ricos... En la estación Kursky, una de las más concurridas de

Moscú, una adolescente, que se había cortado las venas, gritaba: Quiero morir, mi vida no vale nada. Estoy embarazada pero nadie me cree. Se alzó la camisa empapada de sangre que olía a orín para mostrar su estómago distendido. No lo soporto. Odio esta vida. Una mujer de la multitud, preguntó en voz alta: ¿En qué clase de personas nos hemos convertido?".

No soporto más y dejo a un lado a Time. Recuerdo la bella y plácida Moscú, y me lleno de tristeza. Han pasado y están pasando tantas cosas. Hace poco leí que en el Paraíso Terrenal, que es Suiza, tal vez, también, su gente cansada de tanta felicidad, comienza a suicidarse colectivamente, como queriendo regresar a las épocas oscuras de la edad media. Esta realidad rompe los esquemas y presupuestos teóricos del avance del hombre y la sociedad. Todo eso confunde, y apenas me permite exclamar: ¡Nos duele Moscú!.

Libros

La Costa y el libro

Este terminar del presente siglo es tiempo de significativo esplendor en la actividad libresca. Nunca como ahora en la historia de la cultura impresa del norte caribeño, se podía gozar el feliz acontecer de la presencia continua de nuevos libros. Ahora la más apetecible de las fiestas es la celebración de la entrega del esfuerzo intelectual en el cofre de la palabra escrita.

Mis amigos, que han pasado su vida al lado de los libros, se sorprenden. Y, como dice uno de ellos, el poeta Gustavo Raad, ahora los amaneceres en Caujaral no llegan solos, porque vienen acompañados de noticias que registran los diarios sobre libros y autores.

Parece como si el instinto defensivo de las personas que se sienten portadoras del compromiso creador se agigantaran ante la avasallante realidad de la televisión y los "nintendos", con sus distracciones fáciles y subordinación enfermiza.

Este Patio de Actos de la Casa de la Cultura, por ejemplo, casi todas las semanas engalana su espacio con cientos de rostros complacidos que se acercan a disfrutar las presentaciones.

Y es tanta la cosecha que en una sola velada concurren varios regocijos. Esta noche, sea el caso, son diez libros de diez autores que nos regalan sus frutos placenteros. Aquí han llegado ellos a compartir con amigos y admiradores, traídos de la mano por el editor, y también escritor, economista Andrés Viloria Terán.

El regocijo en la Casa de la Cultura es doble. Primero, por el honor que depara el acontecimiento en sí; y, segundo, por saber que entre los homenajeados están miembros de la familia Bolivariana, consagrados servidores de la cátedra.

Ya yo había escrito el prólogo de "Palmar de Varela", del profesor Rubén Fontalvo, el émulo de Ricardo Guardiola Barros en amores a sus terruños de las orillas del Río Magdalena. En este escrito solidario dejo constancia de mi afecto por las biografías del paisaje y el recuerdo de los sitios habitados en la infancia. Tanto es así, que el escritor tomasino Ramón Molinares, cuando me escucha suele declarar que abrirá un paréntesis en su compromiso con la novelística para contar las historias insólitas de su pueblo, donde el dogmatismo religioso del pasado convive con el libertino carnaval.

A Barranquilla la estudian, en un volumen de seiscientas páginas, Zenith de la Torre Silva, Andrés Viloria y Ricardo Guardiola. Este libro me llega en un momento oportuno: Acabo de repasar (desgraciado del libro que no excita otra lectura, decía D'Alembert) las páginas de "*Departamento del Atlántico*", editado en 1985, por Hernando Quintero Millán, bajo la dirección de Alfredo De la Espriella, y lo aprecio como afortunado complemento.

Adalberto Reales Utria, sociólogo egresado de la Universidad Simón Bolívar y desde hace quince años su ilustre profesor, recoge en "*Socio investigación*", propuestas metodológicas que habrán de servir de consulta y guía. Y, como para duplicar satisfacciones, acompaña el legado con los "Modelos para elaborar ensayos, reseñas, informes y ponencias".

Pedro Bahoque Daza vuelve a esta Casa de Estudios, donde ayer sirvió con eficiencia, con un *"Bosquejo de ser físico geográfico de Colombia"*. Mi amigo Alfredo Celedón Manotas, el incansable sabanalarguero (que nada tiene que explicar que es hijo adoptivo de la Arénosa, porque Barranquilla es el Atlántico, la Costa y el país: ese es el carácter de esta urbe metropolitana) deleita al lector con su *"Pachanga en Curramba"*, del cual opina el consagrado periodista, el del reciente "Acuarelas Costumbristas", Chelo de Castro, "es un exquisito libro y un notable esfuerzo intelectual". Y,

como para sumarse, con aportes provechosos, al esfuerzo de sus colegas, Elías Porter Pellet, trae las *"Cosas que hemos visto en Barranquilla o el Panorama de un Cuarto de Siglo"*.

En otro campo, el de la literatura cienfífica y social, el odontólogo Carlos Molina Jurado proporciona una séptima edición, corregida y aumentada, con pulcras ilustraciones de su *"Microscopia de Tejidos Normales"*. Juan Pacheco, titula su libro *"El Político y la Revolución Social"*, y el doctor Ricardo Guardiola, en otro ensayo, trata el tema de la *"Gerencia Social y la Normatividad y Municipalidad en Colombia"*.

Todo este conjunto de libros es el obsequio estimulante de la Editorial Efemérides, que esta noche sirve de banquete espiritual.

El arte de escribir merece respeto. Todos los oficios, comentaba un autor, los sabes cuando ya te son fáciles: el de escribir, sólo cuando empieza a serte difícil. Tanto el escritor, el editor y los que fomentan la creación intelectual, son dignos de la consideración de la comunidad. En mi memoria siempre están presentes las enseñanzas que recibí en la escuelita de mi aldea. Entonces el profesor nos hacía repetir: *Es puerta de la luz un libro abierto, entra por ella niño...* Porque los libros, según el juicio de los de antaño, se escriben para ser leídos y sacarles provecho, pues *"libro cerrado no fabrica letrado"*.

(Discurso en la Casa de la Cultura)

Pasto, libros y alegrías

En caravana salimos muchos miembros de la familia bolivariana rumbo a Bogotá, Pasto y Cali con la grata misión de presentar libros de Julián Sabogal Tamayo, Gustavo Raad Mulford, Ignacio Consuegra Bolívar, Salvador Osvaldo Brand, Cesar Esmeral Barros, Roberto Carbonell y Leonello Marthe Zapata.

En la Academia Colombiana de Ciencias Económicas la fiesta de la cultura y la amistad fué sencillamente espléndida. Allí estaban escritores, editores y catedráticos festejando el feliz acontecimiento. Otto Morales Benítez, Blanca de Molina, Isidro Parra Peña, Raul Alameda, Jorge Child, Jorge Pérez, Carlos Sánchez Montoya, Fernando Soto Aparicio, Jorge Consuegra, Josefina Acosta Carbonell, Apolinar Diaz Callejas, José Agustín Blanco, Héctor Lossa y muchos

otros, compartiendo el encuentro festejaron con alegría el nuevo aporte editorial.

Pasto sorprende al recién llegado. Hace treinta años no la visitaba. Ya casi no cabe en su plácido valle. Ahora es toda una ciudad, pero distinta a las otras. Porque goza de las maravillas del progreso de estos tiempos de electrónica y computadores y, sin embargo, mantiene su personalidad y las buenas costumbres del pasado. Cuando hablo con su gente me obliga al recuerdo de la Bogotá que conocí en los años cuarenta. Podría decirse que todavía Carreño y sus preceptos de urbanidad mantienen en ella vigencia. En el diálogo, por ejemplo, *las personas saben escuchar.*

Alguna vez comenté que en Barranquilla nadie tiene paciencia para esperar que termine la frase. Un día un amigo me dijo que desde hacía un mes me buscaba. Entonces intenté explicarle donde estaba. Y antes de que mencionara el sitio me interrumpió para adivinar: *"En Isabel López..."*. No, un poco más lejos, le aclaré: al otro lado de la bolita del mundo, en el Japón. Y ahora vengo de... "*Galapa*", volvió a interrumpirme el simpático contertulio, elocuente muestrario del conversador barranquillero. Tampoco, le respondí: *De Najodka, un puerto de la Unión Soviética, en el Pacífico, tan lejos de Moscú como de aquí a Moscú.*

En fin, esa espléndida Pasto, como el pastuso, nada tiene que ver con las caricaturas y los chistes distorsionadores de la televisión.

La vida cultural de Pasto es ejemplar. Mucho provecho se saca de su autenticidad. Reviso la correspondencia de estas dos semanas de ausencia y encuentro la voluminosa edición número 23 de "*Cuadernos de Economía*", de la Facultad de Economía, de mi Universidad Nacional de Colombia. Son trescientas páginas que recogen doce ensayos de análisis y divulgación de la teoría económica de los científicos sociales de los países dominantes. En ese momento se detiene a saludarme el profesor Alberto Peña Consuegra. De inmediato observa la bibliografía citada por los autores: todos son estudios de europeos o norteamericanos. Y pensar, le comentó, que fue otra la Casa de Estudios Superiores que yo conocí: la de Gerardo Molina, Antonio García, Leopoldo Lascarro, José María Ots Capdequí, Luis Rafael Robles, Guillermo Hernández Rodríguez, Jorge Child, Alfredo Vásquez Carrizosa, que en la cátedra mencionaban a los extraños apenas como referencia para después explicar el acontecer latinoamericano y nacional.

Lo que sucede en Bogotá contrasta con la inquietud universitaria de Pasto. La Universidad de Nariño, bajo la rectoría de Pedro Vicente Obando, y la vicerrectoría de Edgar Osejo y la Orientación de Luis Alberto Angel y Pedro Pablo Rivas, programó un seminario especial sobre el Pensamiento Económico de América Latina. Ese feliz acontecimiento forma parte de la actividad adelantada por el Centro de Estudios de Postgrado y

su especialización en Teoría y Política Económica de América Latina.

Durante dos días disertaron ante un auditorio de profesionales y estudiantes, Isidro Parra Peña, sobre el Pensamiento Económico de la Cepal; Julián Sabogal Tamayo, sobre el Pensamiento Económico Colombiano; Guillermo Narvaez, sobre el Pensamiento Económico de Nariño; Hernán Burbano Orjuela, sobre los Precursores del Pensamiento Latinoamericano. A mí me correspondió el tema del Aporte Latinoamericano a la Ciencia Económica.

Ahora puedo comentar que en estos campos de la valoración de lo nuestro, a Pasto se va a aprender.

Barranquilla y los libros

Resulta significativo y estimulante la respuesta que ofrece Barranquilla a los cultores del libro. En noche pasada unas quinientas personas asistieron a la presentación de cuatro libros en los predios de la Universidad Simón Bolívar. La Sala Jorge Artel apenas pudo albergar a doscientas de ellas, mientras las otras escuchaban atentas y de pies, en el patio adyacente, donde fueron exhibidos y podían adquirirse dichas obras.

Compartiendo el feliz suceso estaban allí intelectuales, escritores, académicos, profesores y amantes de la lectura. Elías Muvdi, Juan Pablo Llinás, Esteban Páez Polo, Luis Felipe Palencia Carat, Rafael Ortegón Páez, José Stevenson, Guillermo Rodrígez Figueroa, Cristian Ujueta, Elberto González Rubio, Gustavo Raad Mulford, Ignacio Consuegra Bolívar, Manuel Marthe

Zapata, Armando Arrázola Madrid, Rodolfo Zambrano, Roberto Mc Causland, Aida Sarta de Malvar, Nulvia borrero de Crissien, para solo mencionar los que compartían el estrado con Directivos de la Universidad y las personalidades de otros países y ciudades, entre ellas, Jorge Greco, Presidente de Unidad Latinoamericana, de Argentina; José Jardines Méndez, Vice Ministro de Cuba; Fernando Soto Aparicio, Jorge Pérez, Carlos Sánchez Montoya y Benjamín Ramírez de Bogotá; Julián Sabogal Tamayo, de Pasto; Carlos Tinoco y Florentino Rico, de Cartagena y Ernesto Palencia y Rubén Argote, de Valledupar.

Lo interesante del asunto -y esto permite valorar aún más este nuevo acontecer de la cultura barranquillera- es que a esas mismas horas, en otros sitios de la ciudad, también se festejaban acontecimientos similares con recintos repletos de asistentes.

Todos los días las páginas culturales de los periódicos registran la edición de libros escritos por nuestros poetas, novelistas, cuentistas, científicos sociales e investigadores. Hay un despertar en el mundo de las letras que se ve acompañado por el retorno sugerente de niños y adultos (antes prisioneros del nintendo y la televisión) a las páginas impresas. La otra tarde, por ejemplo, recibí una agradable respuesta de mi nieta Arlencita cuando le pregunté por el regalo que quería recibir el día de su cumpleaños. Un libro, me dijo de inmediato.

Otro detalle digno de mencionarse es el cuidado que ahora se tiene en la labor editorial: impresiones pulcras que invitan a la caricia de las páginas y a la mejor degustación de contenidos.

Por ejemplo, el libro *Cantos, Cuentos, otros sueños y Acuarelas*, es bella muestra del buen arte editorial. En la contraportada Fernando Soto Aparicio, escribió: "La poesía, intimista, subjetiva, personal, es una forma de mostrar los paisajes del alma; la pintura es otra manera diferente para interpretar los paisajes de la realidad. La música de las palabras y la magia de los pinceles, cuando se juntan, crean una indiscutible armonía. Lo que hace especial este libro es la simbiosis de las acuarelas de Ignacio Consuegra Bolívar y las palabras de Gustavo Raad Mulford. Poemas donde está presente el amor y el asombro ante la vida, y pinturas nostálgicas de paisajes vistos en ese terreno intermedio de la verdad y los sueños. Este es un libro para conservar, con el fin de retornar a sus páginas como a un lugar acogedor y amable".

La *Historia del Pensamiento Económico Colombiano*, del economista Julián Sabogal Tamayo, con sobria y atractiva edición, es uno de los estudios más completos que se han hecho del aporte o razonar de algunos gobernantes y economistas en el período de 1850 a 1950. Investigador serio y capaz, el autor recorre un siglo del acontecer nacional en los terrenos de la

economía y la política, para dejar al descubierto conveniencias e inconveniencias, originalidades e imitaciones y dependencias.

El *Diccionario de Economía*, de Salvador Osvaldo Brand, es algo así como una bandera de insurgencia y autenticidad. Hasta hace poco los diccionarios de las ciencias sociales conocidos eran escritos por investigadores de los países dominantes, con desconocimiento absoluto de la participación del Tercer Mundo, tal como recordaba recientemente en EL HERALDO el escritor venezolano Uslar Pietri. En su voluminosa obra el doctor Brand, sin ninguna clase de exclusión ni dogmatismo, define los términos de esa disciplina y valora los criterios de europeos, asiáticos, africanos, norteamericanos y latinoamericanos. En 1983, al analizar el contenido de este libro, el estudioso y crítico, don Benjamín Sarta, conceptuó en el prólogo: "Todas las condiciones positivas del saber, la responsabilidad, la honestidad y el análisis profundo y serio, sin desviaciones equívocas, se dan cita en este autor".

Sobre escritores costeños

En el suplemento literario de EL HERALDO me deleito leyendo las correctas observaciones del profesor Homero Mercado Cardona.

El ilustre profesor y gramático, autor de libros célebres (*Lenguaje Deductivo, A los ovejos también los entierran, etc.*) critica la conducta centralista y excluyente del sacerdote jesuita José Núñez, autor de un texto de literatura colombiana muy aceptado en los colegios de bachillerato.

Ya en escritos pasados tuve la oportunidad de mencionar a dicho autor, en mis notas de recuerdos, y a la génesis de su popular obra. Eran los tiempos de comienzos de la década de los años cuarenta. Entonces, al inicio de las tardes calurosas, se escuchaba en el salón de clases la palabra aflautada, con acento boyacense,

de un profesor regordete, cachetón y de expresivas facciones de sus antepasados chibchas.

El padre Núñez leía sus apuntes y recitaba de memoria los versos de Valencia, Silva, Pombo y demás paisanos del interior. No recuerdo que mencionara costeños ni que nada tuviera que ver con este paisaje tropical. Mi colegio de San José estaba en las calles de las Flores y Santander, entre los callejones Igualdad y Ricaurte, como, en buena hora, entonces se decía. Ocupaba toda la manzana, con una espléndida iglesia propia, cubierto por altas paredillas para impedir el acceso de los "*chinos de la calle*", como le gustaba aclarar al aristócrata Rector José Eustacio Pieschacón.

Lo interesante del asunto es que mientras el Padre Núñez cerraba los ojos, casi escondidos en los gruesos vidrios de las gafas, y se deleitaba así mejor, al escuchar sus propias palabras, con el legado de sus poetas favoritos, Gabriel García Márquez escribía versos para reírse a costa de sus compañeros y Juan B. Fernández con Joel Rivera improvisaban discursos en voz baja, como ensayando el turno venidero en el Congreso, mientras yo garrapateaba las notas literarias del periodiquito *Tribuna Estudiantil* y del programa radial de los domingos, de pomposo nombre, *Luz y Ciencia.*

Contrario al Padre Núñez, quien jamás sospechó que entre sus pupilos estaba el futuro y más grande novelista

de América Latina y Premio Nobel, el Padre Zaldívar, cura español, responsable de la "Segunda División", casi todas las tardes dejaba castigados a unos muchachos, con el compromiso de escribir un soneto o un cuento. Después, con motivo de su traslado a otra ciudad, le hizo saber al monaguillo Manuel Figueroa, ahora directivo de la Universidad Simón Bolívar y líder sindical, que él también se castigaba al tener que cuidarnos, pero lo hacía con agrado para fomentar el hábito de escribir, porque apreciaba en ellos cualidades para la bella disciplina literaria.

Pero, en fin, sin intentar librar al Padre Núñez de sus limitaciones regionalistas, sí quisiera que el profesor Mercado, en próxima ocasión, también juzgara los sentimientos negativos (complejos, envidias, prepotencias, etc.) de sus paisanos.

Porque en verdad el mundo de los intelectuales costeños y, principalmente, de los barranquilleros, es difícil y, a veces, doblegado por la dependencia intelectual del centro y del exterior. Entre nosotros el fenómeno de la dependencia desvirtua la autoestima. Muchos se niegan a valorar a sus coterráneos. Hasta se llega al exabrupto de descalificar al otro porque es el amigo. Qué escritor, ni qué poeta, ni qué intelectual va a ser ese Pedro, si yo lo conozco bien: Ese es mi amigo, declara sin rubor el crítico.

Los noticieros de Telecaribe, tan copados con los sucesos de violencia, jamás registran los actos culturales

de las universidades. Sobre el particular el periodista de la vieja guardia, Porthos Campo Pineda, al comprobar la ausencia de sus colegas de hoy en estos actos, observaba con ironía: Deje que en los predios de alguna de las universidades ocurra un hecho de violencia o de conducta amoral, y aquí estarán reporteros cubriendo la noticia con cámaras fotográficas o de televisión en manos, para difundir gozosos en la región y resto del país.

Los hombres de letras suelen mantenerse en grupos excluyentes que prefieren a lo extraño aunque en su medio la cosecha del mismo fruto sea abundante. Los domingos, por ejemplo, se levantan bien temprano en busca de los periódicos bogotanos y de sus suplementos literarios, confiada y única fuente de ilustración. En los predios universitarios la dependencia es planta cultivada con esmero. Los textos que se utilizan por lo regular son de otras latitudes, sobre todo de autores de países dominantes.

Si nos parece mezquino y poco conveniente para la correcta historia de la literatura nacional el proceder del sacerdote José Núñez, no es para imitar su estilo, sino para superarlo. Quiero decir, al valorar, sin prejuicios, los auténticos creadores nacionales. Pero, también, y de compromiso fundamental -y así lo hace sin ninguna clase de prevenciones egoístas, el investigador, sociólogo y literato Abel Avila en su Dic-

cionario de Escritores Costeños- comenzando por donde debe ser: por el conocimiento y aprecio de lo nuestro, como, con tanta razón, lo quiere el profesor Homero Mercado.

Sobre libros y cine

El año lo comienzo de regreso. Quiero decir, de vuelta a la lectura y al buen arte cinematográfico. Sobre la mesita de noche aguardaban turno varios libros. Y ya tengo en mis manos "*Etica y Moral, Ayer y Hoy*", de Juan Pablo Llinás; "*Ernesto Cortissoz, Conquistador de Utopías*", de Miguel García Bustamante; y "*Los Cismas de la Iglesia Católica*", de Roberto Meisel Lanner. Cada uno de ellos tiene para mí su atractivo.

También, después de mucho tiempo de ausencia de las salas de cine, fui a ver "*El Cartero*", especie de semblanza de un exilio imaginado de Pablo Neruda en una lejana isla italiana.

La violencia, la pornografía y el mal gusto, arrinconaron la provechosa costumbre del ayer. Cuando

Hollywood, Italia, Francia, Argentina, se preocupaban por el mensaje provechoso o la sana distracción, en todos los estrenos estaba allí, en las rústicas bancas del "Caldas", "Colombia" y "Granada", compartiendo disfrutes con los amigos de entonces.

Ahora, el reencuentro ha sido feliz. Porque en verdad, el tema, los diálogos y el paisaje de "*El Cartero*", son sencillamente bellos. En esas dos horas de filmación parece aprisionarse el homenaje más tierno y elocuente a la poesía. Allí el sentido figurado en el símil tácito del sentimiento, que toma el nombre de metáfora, a la larga domina a los asustados personajes que nunca antes escucharon esa palabra. Conmigo están mis nietos y también ellos gozan el milagro de la amistad y el amor que engendra la melodía del verso. Los poetas son hombres que han conservado sentimientos de niños. Y tal vez por eso están tan cerca de los otros hombres.

Una tarde, ya en la penumbra, el escritor David Sánchez Juliao me visitaba en compañía de unos intelectuales bogotanos. Miraban óleos de Obregón, Cecilia Porras y Edinson Roa, y acuarelas de Marco Ospina e Ignacio Consuegra Bolívar. Antes, doña Anita, tuvo la ocurrencia de colocar entre ellos un dibujo de Ignacio José, el nieto de apenas cuatro años. Yo les dije que ese era el "*Sol*", de Miró, adquirido en Cuba. Entonces todos se afanaron en descubrir detalles en los rasgos y trazos. Después, cuando supieron la verdad,

el gran David comentó con acierto: "*Por eso son genios, porque pintan como niños*".

Pero vuelvo a los libros, y me atrevo a referirme a "*Etica y Moral*". Y digo así, porque mi buen amigo doctor Llinás, en la primera página, a la manera gringa, advierte que queda prohibido la reproducción parcial (tal vez incluyendo citas) o el préstamo a otras personas distintas a quienes lo compraron. No encuentro motivo para semejante ocurrencia, y apenas imagino una de esas jugarretas que el diablo suele hacerle a los buenos creyentes.

Aunque sé que los sabanalargueros, sean abogados, médicos o economistas, gustan de los estrados judiciales, me arriesgo. Recuerdo la respuesta de Mario a Pablo, cuando éste le observa que utiliza sus versos para escribirle cartas a Beatriz: "*La poesía no es de quien la escribe sino de quien la necesita*". Más aún, pienso yo, la ética y la moral, sobre todo en estos tiempos difíciles.

Con ese argumento y disculpa, quiero decir que este nuevo libro del consagrado historiador obliga a definirse en asuntos de gustos. Porque a medida que las páginas pasan no sabe uno que es mejor: el brillante dominio del análisis filosófico, o el estilo aprisionado en una prosa cristalina.

La aridez de los temas filosóficos siempre han reducido su lectura a grupos de especialistas. Pero Juan

Pablo Llinás facilita el acceso con la sencillez y la redacción atractiva, preciados dones de los maestros de la palabra escrita. Como si no necesitase del esfuerzo, el adecuado razonar parece brotar espontáneamente bajo el respaldo de la indispensable erudición y el correcto reducir, para prodigar el deleite de la leída. Y con el apoyo de esta cualidad permite al lector pasearse por la historia de los caminos de la ética y la moral para concluir con sus propios conceptos: "*Un hombre es justo cuando obra de acuerdo con un orden social justo. Es justo un orden social cuando permite satisfacciones a todos y a todos les otorga la libre ventura*".

Con la pulcritud más exquisita que puede ofrecer el arte editorial, Grafos Ltda. y Lerner Ltda. regalan al buen gusto facetas biográficas de Ernesto Cortissoz y la historia de la aviación comercial colombiana, en el libro de Miguel García Bustamante e Hilda Strauss Cortissoz.

Esta obra es un homenaje a un conquistador de utopías, como expresiva y acertadamente se resume, en tres palabras lapidarias, la vida de un ejemplar ciudadano. Porque Ernesto Cortissoz, el soñador arriesgado y pionero del progreso, no se limitó a ver pasar el viento sino a seguir su camino para descubrir lo ignoto.

Cada página de este libro garantiza un doble deleite: fotos y testimonios del ayer que parecen racimos de lotos en la cristalina corriente detenida. Y a sus lados, fragmentos de cartas y opiniones con todo el sabor del

poema. A Alfredo de la Espriella le sobra razón cuando opina: "*Bien por estas memorias apasionantes, por esa cátedra magnífica del apostolado cívico contenida en la biografía de un personaje como Ernesto Cortissoz, cuyo perfil tallaba la imagen de quien ya en vida, era bronce*".

Roberto Meisel Lanner es un escritor de tiempo completo que incursiona en distintos temas con soltura y seguridad. Varios son sus libros sobre derecho aduanero, cuestiones religiosas, históricas y políticas. En la dedicatoria de "Los Cismas" me recuerda la amistad de la infancia, esa que perdura para siempre, con su padre Fernando. Eso es suficiente para leer sus razonamientos con simpatía. Y así lo hago, pero pienso que ellos exigen espacio para el concepto, justo y necesario, al decir del texto sagrado. Además, me agradaría que ella fuese a manera de diálogo como acostumbró en los prólogos. Y así lo haré en próxima ocasión.

Bibliotecas y sabiduría de los pueblos

Como en un simbolismo insinuante, la Biblioteca Piloto del Caribe, que será dirigida por los intelectuales Diego Marín Contreras y Luis Alarcón, fue luminosamente inaugurada en mediodía espléndido, con sol de noviembre en plenitud, que caía desde la mitad del cielo, libre de nubes y de poluciones arrastradas por las lluvias del día anterior.

Y digo simbolismo insinuante porque, a mi parecer, toda biblioteca, sea cual fuere el sitio donde esté o la hora que marque el reloj, el tesoro que resguarda en sus estantes -creación intelectual del género humano de todos los tiempos- se valora como la preciada luz de la sabiduría y del espíritu. Es verdad, como anota un historiador, ha habido bibliotecas desde los más remotos tiempos, y en todas las naciones han sido consideradas con el respeto que merecen estos depósitos del saber humano. Pero, no obstante su existencia desde el

lejano ayer, cada vez que una nueva aparece es motivo de fiesta.

Una comunidad sin biblioteca es como un barco sin brújula. Los marinos suelen cantar: "*Poco vale vivir; lo que importa es navegar*". Y sólo se navega cuando se sabe para dónde se va, o, por lo menos, si se acaricia, con fundamento de lo que se estudia y deduce del saber, la ilusión de encontrar algo distinto. Un pueblo ignorante, pensaba Bolívar, es víctima de la oscuridad opresora.

En el patio central del reconstruido edificio de la Aduana, el historiador Gustavo Bell Lemus, Gobernador del Departamento, inició los discursos. Después intervinieron, el señor Ministro de Educación, doctor Arturo Sarabia Better, y los doctores Iván Luis Mejía, Fabio Cabal y Rafael Sánchez Patiño.

Y, para finalizar el agradable acontecimiento, la excelsa poetisa doctora Meira Delmar, fue condecorada por Colcultura. Las instalaciones de la nueva Biblioteca Piloto del Caribe son sencillamente espléndidas. Viejos techos y paredes reconstruidos con exquisito gusto; confortables salas de lectura; inventario de publicaciones que irá enriqueciéndose con el paso del tiempo.

Bienvenidas las bibliotecas. Estamos en el apogeo de momentos difíciles de dominio de las imágenes

alejadas de los fructíferos compromisos del hombre. Televisión apabullante con muestrario hasta el cansancio de violencia, droga y mal gusto. Juegos juveniles que limitan el entendimiento y conducen a la dependencia y a la imitación funesta: Con cuanto horror, por ejemplo, se informa que jovenzuelos estudiantes cometen crímenes para plagiar a sus personajes favoritos de los nintendos o series televisadas.

Alguna vez mi buen amigo Juan Pablo Llinás se sorprendió al verme besar un libro. Y le dije: - Es simple gratitud. Entonces él, con sobrada autoridad, me hizo saber que aquel detalle lo compartía, porque los libros son esclavos modernos, o más que eso, pues nunca en su historia tuvieron Espartacos. Ellos permanecen silenciosos, en disposición y ánimo para ser manoseados, pero, siempre conservando el mensaje de la palabra escrita. Por eso, Ricardo de Bury, razonaba: "*Son los libros, maestros que nos enseñan sin varas ni férulas, sin gritos ni cóleras, sin vestido ni dinero. Si a ellos te acercas, no los encuentras dormidos; si inquiriendo les preguntas, no esquivan las respuestas; si yerras, no refunfuñan; si te muestras ignorante, no se ríen ni se burlan de ti*".

Esta mañana me ha llamado por teléfono mi pariente amigo el ex ministro y médico doctor César Esmeral Barros. Tiene listo los originales de un novedoso libro sobre medicina social y los alcances de la Ley 100 de

1993. Para estimularlo no le repito la vieja frase que sentencia la necesidad de escribir un libro, criar un hijo y sembrar un árbol, sino una más reciente que leí hace poco: Si quieres que mañana te recuerden escribe un libro.

Los libros son los huéspedes sagrados de las bibliotecas. Las bibliotecas, a su vez, semejan cofres dorados y guardianes del quehacer espiritual en el transcurso de los tiempos. En Egipto, anotaba Bossuett, las llamaban tesoros de los remedios del alma, porque saben curar la ignorancia, la más peligrosa de las enfermedades y el origen de todas las demás.

Quien fomenta la creación de bibliotecas merece el reconocimiento de la ciudadanía. Y no otra cosa fue la complaciente expresión de los centenares de rostros barranquilleros, que ese mediodía inolvidable, miraban en pleno gozo el histórico conjunto de la Aduana y el mural recuperado de Obregón, fruto acertado del empeño del Gobernador Bell Lemus, la Cámara de Comercio, Colcultura y Publicar S.A.

Libros, revistas y chocolate

Alguna vez dije que escribía libros para presentarlos, y los presentaba para encontrarme con mis amigos y conversar. Porque, en verdad, la ciudad moderna separa y arrincona. El llamado gigantismo urbano (distancias cada vez mayores, calles saturadas de vehículos, horarios esclavizantes) limita la tertulia.

Y si a todos esos fenómenos se agrega la inseguridad, que obliga a cerrar la puerta de la calle y guardarse en casa bien temprano, las fiestas culturales adquieren la misión de resguardar la fructífera costumbre del encuentro y la conversación.

Y, a propósito de presentación de los libros (o de bautismo, como llaman con acierto y gracia los venezolanos), este vocablo parece acomodarse más a la esencia del acontecimiento. Algunos puristas se apegan al Diccionario de la Real Academia Española para

mostrarse en desacuerdo con lo de lanzamiento. Porque lanzar es arrojar, soltar, vomitar, echar.

Otros dicen que la costumbre hace ley, y algún día se aceptará la acepción como un colombianismo. Más allá de la polémica, me atrevo a pensar, como tantas veces se ha conceptuado, que los libros son hijos de los autores. Por cierto, hijos que se paren con sacrificio y dolor en tiempo largo. Y a los hijos se les bautiza o se les presenta en sociedad, como bien puede leerse en las páginas sociales de los periódicos.

Bueno, volviendo al tema, esta tarde de brisas refrescante recibo la visita de escritores que quieren empezar el año con el aporte a las editoriales de nuevos manuscritos. Parece como si los hombres de letras tomaran bríos para contrarrestar los vientos adversos al mundo de los libros.

Hoy, por ejemplo, Benjamín Ramírez, quien comparte con Carlos Sánchez Montoya la responsabilidad de la dirección de la famosa editorial hispanoamericana, Plaza & Janés, me hace saber que en los últimos meses el costo del papel para libros subió en setenta por ciento. Este suceso lamentable permite suponer que a los predios de la cultura no se asoman las recomendaciones antiinflacionarias del Pacto Social.

Ramón Molinares, Luis Felipe Palencia y Rafael Ortegón escuchan a la manera de jueces. Yo leo prólogos; Gustavo Raad, versos y cuentos; Abel Avila,

trozos de biografías, y César Esmeral, comentarios críticos a la Ley 100 sobre Servicio Social. Son lecturas de parte de los originales de libros que se editarán en los próximos meses. Después llegan, para sumarse al coloquio, Ricardo Barrios Zuluaga y Leonello Marthe.

El atardecer es insinuante. Se hace entonces una pausa para contemplar el rosado en medio del fondo del gris del horizonte. Como no hay nubes que perturben, el sol, grande como nunca, cae encendido sobre el cenit. Es el momento apropiado para degustar el chocolate y las galletas criollas que han preparado doña Anita y la doctora Carmen de Raad.

Después le toca el turno a las revistas. Se habla también de las nuevas. Y escogemos dos, una de literatura y otra de cooperativismo. Vicente Pérez Silva trajo de Bogotá "*La Horca de Lorca*", con un ensayo suyo sobre el poeta Aurelio Arturo, y poemas inéditos del cantor de la Morada del Sur.

Un grupo de jóvenes economistas dirigen a "Perfil", para servir a los idearios de las cooperativas. Adalberto Munive lidera el empeño y explica propósitos: "*La idea fundamental del Perfil Cooperativo y Empresarial, es buscar la participación e integración de la economía solidaria y privada*". Son publicaciones serias, cuyo material conduce, otra vez, al diálogo y a la discusión provechosa.

Un asomo de sombra en la imaginación

Algo sugestivo e interesante, que complementa y enmarca el fruto de la inspiración melosa de una joven poetisa, la entresaco de un acontecimiento familiar, para mí de máximo contenido ejemplarizador, en un medio que confunde y conturba.

Me refiero al papel asumido por la familia Avila Pérez, como grupo familiar y conjunto de ciudadanos comprometidos en la altruista misión del servicio a la cultura.

Esta presencia unificada de padres e hijos es tanto más digna de aprecio cuanto la realidad social permite observar un alto grado de manifestaciones distintas. Lamentablemente, la libertad mal entendida, el esnobismo, la dependencia cultural y todo ese mundillo de costumbres y maneras de ser extrañas que moldean la

conducta de las nuevas generaciones, facilita la frivolidad, el desgano, los vicios y el comportamiento estéril. Tan lejos hemos ido que en los momentos actuales nada menos que un grupo mayoritario de miembros de la Corte Constitucional, de manera temeraria legaliza el consumo de drogas, vale decir, de una de las lacras que caracterizan la decadencia de estos tiempos.

Sin embargo, por encima de la confusión, y al lado de tantas familias nuestras que son auténticas reservas de la sociedad, los Avila Pérez cumplen, en particular y en equipo, con el encargo creador y la actividad divulgadora. Ellos escriben libros y editan libros. Abel José, el padre y jefe del clan, incursiona en distintas disciplinas: Investigador Social, literato y analista; María Teresa, la madre, Socióloga de la Universidad Simón Bolívar, es guía y consultora permanente; Abel José, Alvaro Evaristo, Adriana Teresa y Alfonso José, los hijos, cumplen a cabalidad el papel de sus inclinaciones. Precisamente, el libro que comento habla por sí mismo de lo expuesto: Lo escribe Adriana, lo edita Abel y lo ilustra Alvaro, por cierto, con pinturas de nostalgias nocturnas de expresivo valor estético. ¿Y qué decir de la tarea editorial?

El libro, pese al predominio avasallante de los medios de comunicación modernos, sigue manteniendo su vigencia de máxima presentación de la cultura. Así lo

entienden los propios personajes de la escena. Por eso los locutores de radio, o los actores de la televisión, publican libros con sus memorias y recuerdos. Saben ellos que es el camino adecuado para perdurar. La voz y las imágenes son libélulas de corto predominio: La página escrita, por el contrario, eterniza el pensamiento y conserva el mensaje de los tiempos. Por eso, quien dedica sus afanes al fomento libresco merece gratitud y aprecio.

Pero hablemos de un asomo de sombra en la imaginación. Aunque en verdad, ya los que tienen autoridad lo han hecho. Juan Zapata Olivella, el poeta de su raza y de las rosas, descubre en este poemario el universo interior que obliga a meditar; Reinaldo Bus-tillo Cuevas, otro poeta también de Cartagena, lo sabo-rea en la palabra saturada de música, color y aroma; José Luis Granados, el crítico y bibliógrafo, encuentra en sus versos el milagroso cambio, en signos y sílabas, de las obsesiones de la edad primaveral; Homero Mercado Cardona, el filólogo y catedrático, explora la melancolía del paisaje juvenil. Otros compañeros de inquietud creadora de la poetista, Tomás Rodríguez Rojas, Vera Liñán, Federico Santodomingo Zárate, Amaury Díaz Romero y Antonio Saldías, se entrelazan para compartir ensueños.

Yo, por mi parte, aunque profano, he seguido la ruta de la noche azul para volver a saber, una y mil veces,

que si falta el amor, el mar y la rosa no están presentes. Y degusto con Adriana los anhelos truncos del ayer. Creo que más cerca de la fantasía está la realidad que motiva el canto.

Por eso hago un poco de bromas al padre celoso que se empeña en aclararme que en el poema. "*Estrellas en el día*", sólo juega la imaginación, porque su niña mimada no está a la espera de príncipes que puedan devolverle los luceros. Los dos sabemos, a pesar de que él quiera ignorarlo, que la vida es la fuente inagotable de experiencias, ensueños y nostalgias.

Es cierto que hay un dejo de melancolía en algunos de los cantos, pero siempre el amor, cubierto en carmesí violeta, ofrece su cielo de esperanzas. No importa en qué sitio esté el motivo, en la ausencia o en el arribo. Porque el recuerdo, esa sabia vital de las hojas desprendidas que el viento aleja, le avisa que la aman. Alguna vez el amigo de un poeta comentaba la pena que sentía por su tristeza. Y entonces le dijeron: *Déjalo que sufra para que podamos nosotros recibir la cosecha de su inspiración y de su canto.*

Ahora, después de leer "*Un Asomo de Sombra en la Imaginación*", de esta nueva poetista barranquillera, me atrevo a aconsejarle a su preocupado padre: Que la dulce herida de los sueños esquivos desangre el corazón de Adriana, para seguir en el mañana, como ahora, mitigando el sopor del estío con sus tiernos reclamos al amor.

El aborto y la moral

Un día de estos pasados me atreví a decir que en cierta forma yo escribía libros para presentarlos, y los presentaba con el fin de tener la oportunidad de encontrarme con amigos.

Y ahora puedo agregar también: en esta Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar se patrocina el festejo, lo que los venezolanos llaman con gracia y acierto, bautismo del pensar impreso, entre otras cosas, al lado del homenaje que se le tributa al autor, en procura del encuentro, del diálogo y de la conversación adecuada sobre el acontecimiento.

Porque, triste es aceptarlo, cada vez más se siente el dominio de la cultura del ruido y de la charla intrascendente.

La otra mañana, el periodista Jaime Jiménez reunió en las instalaciones de la emisora Onda Nueva a un

grupo de servidores de Barranquilla. Y entonces, cuando el generoso anfitrión invitaba a los presentes a convertir la reunión en una tertulia, comenté, con ánimo complacido, que aquello era digno de imitar. Porque, nada menos que en los mismos predios de uno de los sitios originarios de la distracción contraria, se valoraba la importancia de la comunicación entre personas, que supone el manejo oral de ideas y conceptos.

Ahora resulta difícil el arte de la conversación. En las fiestas sociales o familiares el predominio de los equipos de sonido, con decenas de decibeles rompe tímpanos, no se puede escuchar cosa distinta al estruendo de los altoparlantes, hasta el caso se da de parroquianos alegrotes que gustan de abarcar las calles con la exhibición sonora de sus amplificadores, sin dejarle oportunidad a los vecinos para la meditación, la lectura o el coloquio familiar.

La conversación es, en verdad, una especie de don divino. Por cierto, exigente y difícil. La Rochefoucauld observaba que una de las causas de que se encuentren tan pocas personas que parezcan razonables en la conversación, es que no hay casi nadie, que no piense más en lo que quiere decir que en responder con justeza a lo que le dicen. El hombre barranquillero ofrece una modalidad muy particular, tal vez propia de su espíritu apresurado, que estropea el parlamento: siempre quiere adivinar lo que el otro va a decir, como si no tuviera

tiempo para la espera. Alguna vez, después de un largo viaje con doña Anita, me encontré con un amigo, y le comenté:

—*Acabo de llegar de...*

—*"Isabel López, Galapa, Soledad..."*, interrumpió el vivaracho barranquillero.

—No, de un poquito más lejos, me permití aclararle. *De Tokio, que queda al otro lado de la bolita del mundo.*

La conversación en algunos casos involucra el análisis crítico. Y nada más oportuno esta noche que conversar y, ojalá sea sobre "*El Aborto en Colombia*", el nuevo libro del doctor Leonello Marthe Zapata, que ya se encuentra en circulación y con tanta solidaridad estamos presentando.

La materia de que trata el libro del doctor Marthe es muy apropiada para el juicio. Y es esto lo que quiere el autor. Así lo hago yo en el prólogo, a manera de diálogo. Porque la crítica involucra el elogio y la identidad compartida como también la correcta observación que refuta o distingue. Ya se ha dicho que es más desalentador el silencio o la indiferencia que la propia crítica adversa. A veces, como opinaba un crítico, hay críticas y censuras que honran más que los elogios, porque ellas "*renuevan el pensamiento, excitan su ejercicio reflexivo y descubren a toda hora y momento nuevos horizontes donde ejercitar la insaciable curiosidad de la inteligencia humana*".

El tema del aborto está en el orden del día. Por un lado, la posición de la Iglesia que lo rechaza de plano. Precisamente los voceros del Vaticano anuncian una encíclica sobre el asunto. Por el otro, los neomalthusianos que lo acolitan entusiasmados en la embriaguez simbólica de estos tiempos de falacias y condones antinatalistas. Y en la posición intermedia, ajustada al mandato de la salud, y con respeto a sagrados valores de la ética y la moral, se encuentra el criterio de los apóstoles de la vida, los médicos de Marthe, que están al servicio de aquellas que, cuando la existencia peligra, reclaman el derecho de seguir viviendo, o la libertad de decidir su destino.

Con experiencia profesional y conocimiento teórico, el doctor Leonello Marthe Zapata defiende en su libro los casos de aborto que son dignos de defenderse. Su obra es un estudio médico, social y moral. Lo que quiere decir: los razonamientos se respaldan en valores respetuosos de la mujer, avalados por una erudita investigación de muchos años, en la cual está presente la madurez de educador y la reflexión concienzuda del buen ciudadano.

(Palabras dichas para presentar el libro *"El aborto en Colombia)"*.

Periodismo idiomático

Acabo de recibir una carta del jurista y escritor Horacio Gómez Aristizábal. La leo y pienso en Luis Felipe Palencia Caratt, en sus juicios y en su actividad creadora.

Dice el doctor Gómez Aristizábal: "*Me molesta que la patada de un centro delantero, las asentaderas de una reina, o los ganchos de un boxeador, conmuevan al país, mientras el intelectual es mirado con indiferencia cuando no con desprecio*".

Conceptos parecidos muchas veces se los he escuchado al veterano catedrático, preocupado por las costumbres frívolas de estos tiempos.

Al referirse a la vitalidad que engendra el compromiso, el penalista agrega: "*No siempre es verdad*

aquello de que envejecer es engordarse y quedarse solo. En la edad madura es cuando el águila vuela con majestad e imponencia. Para el caso del ser humano, es el tiempo en que el espíritu saborea mejores silencios y el alma sabias reflexiones".

Esas palabras parecen escritas para describir a Palencia Caratt. Porque ahí está él y su inquietud sin tregua, sin reposo ni cansancio, con mochila al hombro repleta de frutos y de sueños.

Con el mismo entusiasmo de la primera juventud el profesor Palencia Caratt recibe la aurora para salir presuroso a llevar el mensaje de sus conocimientos a los discípulos. Le gusta cumplir el papel de catedrático como en un rito que involucra exigencias y deleites.

Y nunca se queda en la repetidera. La lectura es su descanso, siempre en busca del dato que apoye el raciocinio o el análisis.

Como escritor es ejemplo de constancia. En los seminarios y revistas propias del pasado, o en la columna que publica en "EL HERALDO", ha estado presente con el mensaje oportuno que enseña y guía.

El cuidado por el correcto hablar y escribir es su tema preferido. Sabe muy bien que el celo y esmero al servicio del buen uso del idioma es una conducta de profundo contenido cultural y político.

En el acontecer de la dependencia económica, cultural e ideológica que doblega, la defensa de la lengua es el proceder valioso.

Precisamente "*Periodismo Idiomático*" cumple esa misión. O, mejor dicho, la ha venido cumpliendo desde su primera entrega de hace diecisiete años.

Por eso la complacencia de sus amigos y admiradores esta tarde al recibir la cuarta entrega del célebre libro, con nuevos capítulos y en una pulcra edición patrocinada por la Universidad Autónoma del Caribe.

¿Y qué podría decirse de este esfuerzo intelectual que ya cuenta con merecido puesto de honor en la bibliografía colombiana?

El propio autor, a través de la exactitud de su prosa, lo hace: "*Periodismo Idiomático*", explica, "*es un conjunto cordial de sugerencias para estimular la inclinación de hablar y escribir bien, hasta donde sea posible lograrse*".

Ahora, en estos momentos de alegría compartida, sea oportuno recordarle al doctor Luis Felipe Palencia Caratt que, por favor, no demore más la publicación de su libro inédito "*Valores Colombianos de la Costa*", tan necesariamente útil en estos años de inquietudes descentralistas, de afirmación regional y de búsqueda de un existir armonioso y justo en la patria colombiana.

Pues, si mucha razón tiene el doctor Horacio Gómez Aristizábal en sus observaciones, la verdad es, también, que en Barranquilla y la Costa en general, todos los días se presentan nuevos libros y las universidades y muchos otros centros de actividad cultural festejan y valoran la fructífera labor de los escritores.

(Palabras dichas la noche del viernes 15 de noviembre de 1996 en la Casa de Eventos de la Universidad Autónoma del Caribe).

Sobre libros y revistas

Los filósofos comparan a la vida con la naturaleza, para decir que ambas son duras y engendran el dolor y la alegría. Por eso recomiendan amarla a pesar de sus sinsabores.

Estos días me han llegado cargados de tristeza. La muerte del hermano Eusebio me doblega. Vuelvo al pasado, y en medio de la nostalgia y la pena, disfruto el ayer sencillo compartido. En la niñez, él era mensajero del cumplimiento del deber. Al lado de mi padre hundía la estaca primitiva en la tierra húmeda para sembrar el maíz que legó el ancestro indígena. Mientras yo chapoteaba en la pozas del arroyo, su infancia sólo conoció el trabajo y el estudio. Tanto así, que apenas en la pubertad, ya recorría los caminos en mulas cargadas de café molido que llegaba de Barranquilla, para distribuirlo en las tiendas de los pueblos vecinos.

Después vino la ciudad y su fructífera dedicación al derecho, como ejemplar autodidacta.

El doctor Rafael Bolaño Movilla, citando a Bernard Shaw y a Confucio, dijo en sus palabras de despedida: *No importa como muere un hombre; lo que importa es como vivió.* Y, a mi parecer afectuoso, la presencia, en su velatorio, en una noche y un día, de centenares de amigos y familiares de la Costa en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, como los muchos mensajes de condolencia recibidos, testimonian la admiración por toda una existencia dedicada al servicio de la comunidad.

Como en busca de alivio, me refugio en la lectura. Tengo a mi lado los últimos libros y revistas. Aquí están, por ejemplo, las Memorias Médicas del doctor Aquileo Hernández Barreto. Son trescientas páginas que resumen, en estilo ameno y diáfano, el ejercicio profesional de un médico meritorio. Aquileo y su hermano Alonso forman parte de la buena historia de Barranquilla. En mi juventud compartí con ellos algunas inquietudes políticas. Eran los tiempos en que, uno desde su consultorio, el otro desde su laboratorio, se daban el lujo de dejar a un lado los ratos del descanso para ocuparlos en la defensa de los idearios liberales. En otra ocasión retornaré a la lectura de estas Memorias, en los capítulos dedicados al Hospital de Caridad, lugar de gratas remembranzas, en las tardes de niñez cuando recorría

sus pasillos al lado de la tía Carolina, la generosa filántropa.

Roberto Meisel sorprende por la envidiable capacidad prolífica. En el transcurso de diez años ha publicado trece libros y anuncia siete más. Esta vez, en una bella edición de Tercer Mundo, entrega sus Máximas y Reflexiones, que incluye, además, ensayos sobre Quevedo, Gracián, Feijoo, Jovellanos y "Una Carta Procedente del Infierno".

Quisiera encontrarme con Roberto para intentar traerlo a nuestro paisaje. Porque no se imagina él lo mucho que ganaremos sus paisanos cuando su pluma fresca y erudita se ocupe también de los de acá, los del mágico mundo del subdesarrollo.

El paso del tiempo me ha ablandado. Las costumbres del ayer que se teñían con sangre las he arrinconado. Ya no encuentro distracción, digamos, en una corrida de toros, al estilo español, con muerte a la vista. Tampoco en el boxeo, con pescozones que abren herida o noquean. Y mucho menos en la lucha instintiva de los gallos que se hieren para divertir a sus dueños y apostadores.

Todo eso fue motivo de andanzas juveniles. En Bogotá asistía los domingos, con bota de vino al hombro, a la Plaza de Santamaría. Acá, en Barranquilla, formaba

parte de los patrocinadores del boxeo aficionado. Y, en Isabel López, me colaba en la gallera del tío Silvio Esmeral a la espera de gallos vencidos que después cuidaba para acosar gallos bastos.

Ahora el señor Presidente del Senado, doctor Julio César Guerra Tulena, me envía el libro del periodista sincelejano Rafael Ramón Camargo, "*Los Gallos finos en el Mundo*". Es la historia de las riñas de gallos finos en la región sucreña, escrita con deleite y pasión de gallero. Son anécdotas de una tierra con tradiciones que perduran salpicadas de gracia.

Y en el campo de las revistas, algo desconcertante. Sin que nunca lo supiera, apenas esta semana gozo el encuentro feliz con "*Calamar*", la Revista de Jota Prada Ce, que ya va por el número ocho. Es una publicación pulcra con un material que responde en plenitud a su misión: la de ser una Revista de Poesía. En este número ocho, con todo acierto, Héctor Mora selecciona la más célebre y conocida creación colombiana en el género de la poesía erótica. Son los versos del ayer y del presente que cantan al amor y sus placeres, sin pisar los terrenos de la vulgaridad o la pornografía. Y una lista de selectos colaboradores complementan el contenido con ensayos y artículos de lecturas obligatorias.

Gracias mil a los buenos amigos, que en medio de mi pesar, me ofrecen la oportunidad del alivio, con el reposo del pensamiento escrito.

Los cuentos del quinto patio

¿Será cierto que los cuentos son cuentos?

En el diccionario las acepciones abundan. Apenas la primera generaliza, al definirlos como relación de sucesos. Todas las demás se identifican con el concepto popular, de narración ficticia, fruto de la imaginación y hasta del embuste.

Yo creo que la realidad es madre exuberante y pródiga jamás igualada por la inventiva.

Que el escritor adorne y engalane en complemento feliz para ponerse a tono con las exigencias del arte literario, es otra cosa. Nunca olvido las ocurrencias del padre de Gabriel García Márquez, cuando lo encontraba en las calles del centro de Cartagena. Entonces me decía: "*Ese amigo tuyo es embustero. Las cosas que escribe no fueron así. Yo las recuerdo muy bien. Por ejemplo, el asunto de...*"

Y empezaba a relatar los hechos ocurridos en Aracataca, como simple testigo, a la manera de historiador.

Cuando el llamado cuento se refiere a cosas del pasado aún es mayor su hermandad con la vivencia. Ya decía Paul Geraldy, y cito a un francés para estar a tono con el novelista Ramón Molinares, que el recuerdo no debe enmarcarse en la rigidez de la versión histórica porque peligra el toque poético.

Empiezo a leer a "*Quinto Patio*", de Jairo Mercado, y desde las primeras páginas me aprisiona el tema y el estilo. Sus amigos me recomendaron que diera prioridad a los relatos con paisaje chino, pero me siento más cómodo en mi ambiente. Por cierto que este género de la remembranza goza ahora de estimulante acogida. Tal vez como un escape al oscuro panorama de violencia y medroso existir de nuestros días, las personas encuentran en las costumbres sencillas del ayer, una especie de refugio. Yo estoy más que complacido con un hecho que satura mis anhelos: Después de la primera edición del librito *Del Recuerdo a la Semblanza*, hace nueve años, en los últimos seis meses se han hecho tres más.

Empiezo la lectura con la *Noche del Cóndor*, y ahí me encuentro incluído en la hermosa descripción. Dejo a un lado a Los Palmitos para estar en la escuelita de Isabel López, con bancas largas que hacían de pupitres. Es cierto que a mi aldea no llegaban circos, pero sí maromeros y come candela.

Y también estaban los Toribio, Salvador y Ramón. José Miguel, que ahora cuida con afecto el Colegio, tenía la respuesta sincera. Cuando su padre, uno de los ricos de la vecindad, aguijoneado por las quejas del maestro, se acercaba a la escuela y le gritaba desde la acera de enfrente: *"¿Tú que quieres ser, hijo mío, burrero o doctor?"*. Contestaba de inmediato: *"Burrero, papá"*.

Pero Jairo Mercado no se limitaba a distraernos. *La apología del cóndor* involucra implicaciones que obligan a interpretar el hecho. A mí me sucedió algo parecido a sus compañeros de infancia. Un domingo, en Bogotá, por allá a finales de la década de los cuarenta, fui a un parque. Allí estaba el cóndor majestuoso del escudo y de los poemas que aprendíamos de memoria, como muestra, más bien, de vulgar sometimiento con olor de carroña.

Desde aquel momento pensé que ese endiosamiento no era gratuito. Algo tenía que ver con el centralismo que representa a los Andes, con todo el contenido de las alturas, y lo que en ella existe y habita, como algo superior. Desde entonces, cuando miro el escudo me valgo de la imaginación para convertir el cóndor en toche, la avecilla de vistosos colores y alegre canto, que no acepta cautiverio y prefiere la muerte a la pérdida de la libertad.

Continuo la caminata y también contemplo el "chevrolito". Regreso al banco de carpintería de mi paisano

Fernando Barraza, el colega del señor Pacheco, y vuelvo a verlo escupiendo por un lado del tabaco mientras escucha las quejas de las señoras por las mesas de patas irregulares que jamás pudo armar equilibradas.

Este *Quinto Patio* de Jairo Mercado, podría rematar, para rendir acatamiento a la síntesis, lo encuentro como una película de cinemascope, de ancho telón, donde cabe y desfila el mundo campesino costeño, su propio decir, sus sentires y morales. Y, aunque eso de por sí es riqueza de poesía, como feliz complemento al ensueño relatado, la frase adornada con la metáfora sirve de broche. Como esa que descubre en los ojos felices de una madre una lluvia menuda de polvo de rosas.

Televisión, bibliotecas y libros

En días pasados vino a Barranquilla mi admirado amigo, doctor José Jorge Dangond, Director de Inravisión, y declaró entusiasmado que en su mandato habría televisión durante veinticuatro horas, todos los días. Después lo encontré en una recepción social que se ofrecía para festejar su nombramiento, y al saludarlo sólo se me ocurrió decirle: *¿Por Dios, José Jorge, qué te hemos hecho para merecer tanto castigo?*

La verdad es que nuestra televisión es bastante deficiente y algo dañina: Los noticieros, expresivos muestrarios de la violencia que azota al país; las telenovelas, con los mismos argumentos simplistas y morbosos de las bajas pasiones; las películas norteamericanas y su repetido argumento de la violencia, las drogas y el sexo. Incluso, en algunos programas llamados de humor, el exceso de mal gusto y de la caracterización del homo-

sexualismo, parecen más apropiados para recintos cerrados.

Hace poco escuché una de esas bellas locutoras de un noticiero muy molesta porque un periódico norteamericano calificaba a Colombia como el país más violento del mundo. Pero, a renglón seguido, como suele decirse, se dio gusto presentando las escenas de policías, guerrilleros, niños y delincuentes muertos o masacrados en nuestros campos y en las calles de las ciudades.

En buena hora el doctor Dangond, como también el señor Ministro de Comunicaciones, doctor Armando Benedetti Jimeno, son hombres de letras. Ellos han declarado que la programación mejorará, para darle un espacio adecuado al fomento de la cultura y la estimación de nuestros valores intelectuales y morales.

Una televisión educativa y de sano esparcimiento es tan necesaria cuanto la lectura aparece ya como una costumbre pasada de moda. Recientemente una noticia daba a conocer los datos sobre esta materia. Mientras en el Japón cada habitante —y son más de cien millones— leía en el año treinta y tres libros, en Colombia apenas si llegaban a unas pocas páginas. Vale decir, ni a un libro por persona.

Los libros recogen la sabiduría de los pueblos. Ellos constituyen el auxiliar más provechoso para el actuar

y pensar. Son los libros, opinaba Ricardo de Bury, maestros que nos enseñan sin varas ni férulas, sin gritos ni cóleras. Si a ellos te acercas no los encuentras dormidos, y si inquiriendo les preguntas, no esquivan su respuesta; si yerras no refunfuñan; si te muestras ignorante, no se burlan de ti.

Lo curioso de todo esto es que el Japón y la China nos mandan sus aparatos de televisión gigantes y las computadoras, pero su gente sigue al lado de los libros y utilizando el ábaco para sus cálculos. La dependencia nos doblega y nos somete a los caprichos de los efectos demostración.

Esta semana Barranquilla recibirá la honrosa visita del señor Presidente, doctor Ernesto Samper. Viene él a protocolizar la Ley sobre Televisión. Ojalá el espíritu de la nueva norma sirva para superar las deficiencias actuales y definir al Estado como verdadero protector de las buenas costumbres y equilibrado orientador del uso de los canales. Porque en aras de la libertad y la competencia entre monopolios, que es la triste realidad de la economía de mercado de estos tiempos, en vez de mejoras pueden cultivarse más daños.

Mientras se anuncia, en buena hora, como gran acontecimiento para Barranquilla, la firma del estatuto de la televisión, también EL HERALDO publica la triste noticia del abandono que soporta la Biblioteca

Pública Departamental Meira Delmar, que me permito llamar así, como un merecido homenaje a la más grande poetisa colombiana del presente, su paciente directora en varias décadas.

Y qué interesante y provechoso sería para la juventud estudiosa, recibir el mismo día declaraciones del señor Gobernador, doctor Nelson Polo y del señor Ministro de Educación, doctor Arturo Sarabia Better, de respaldo a la Biblioteca. Saben ellos muy bien, que en estos tiempos de billones y miles de millones en las partidas presupuestales, una suma de treinta millones de pesos anuales para sostener una casa pública de libros que es parte de la historia del Departamento y de Barranquilla en este siglo, es sencillamente deplorable.

Por el fomento de la costeñidad

En su ensayo, "Reencuèntro con la dignidad extraviada", que sirve de prólogo al libro *"Pensamiento Costeño, Diccionario de Escritores"*, el profesor Homero Mercado analiza, a través del texto de literatura colombiana del sacerdote jesuita José Núñez, el fenómeno del centralismo discriminatorio.

Lo que tal vez no sabe el doctor Mercado es que el Padre Núñez escribió su obra en Barranquilla, cuando fue profesor del Colegio San José. Todos los días, a las dos de la tarde, llegaba impoluto, a leernos sus apuntes y a recitarnos poemas de sus paisanos del interior. El vivía el momento como si estuviese en su tierra páramuna boyacense. Aunque, para ser correcto, debo decir que algo había asimilado de Barranquilla: por lo menos gustaba ya del baño cotidiano, al medio día, porque, a lo mejor, en la mañana era de mucho sacrificio para un andino de esos tiempos de los años cuarenta.

Lo recuerdo con sus cachetes rellenos y sus cabellos lisos al estilo chibcha, enamorado de la literatura de su tierra.

Lo curioso del asunto, o no tan curioso, pués es fácil suponerlo, por aquello de su exclusivo apego a su paisaje lejano y a la creación intelectual de los suyos, es que poca influencia tuvo entre sus discípulos, desde el punto de vista del despertar de inquietudes y aficiones. Cosa distinta, como ya lo he mencionado en uno de mis libros, a la muy extraña, pero, al fin y al cabo simpática y benéfica, modalidad del padre Zaldívar, venido de España, que como responsable de la *"Primera División"*, casi todas las tardes dejaba castigado a dos o tres de sus discípulos para obligarlos a escribir un soneto o una página de relato.

Después se supo, por boca del monaguillo, el ahora don Manuel Figueroa, miembro de nuestra Sala General, que todo eso lo hacía, porque, a su parecer, en los castigados vislumbraba dotes de futuros escritores.

Y lo interesante de la historia es que el padre Núñez, embebido como estaba en el legado de sus coterráneos, no pudo imaginarse, como a lo mejor lo intuyó el padre Zaldívar, que entre sus educandos estaba, quien sería después, el más grande entre los grandes de la literatura latinoamericana, nuestro Premio Nobel, Gabriel García Márquez.

Sin embargo, en mi concepto, el profesor Homero Mercado no debe disgustarle las omisiones y prácticas regionalistas del padre Núñez. Porque más preocupantes son las marcadas muestras de dependencia y sumisión intelectual de los nuestros, propias de estos tiempos de colonialismo centralista. Precisamente, en una columna pasada en EL HERALDO, comenté el hecho de que en un Congreso de Escritores Colombianos, organizado en Santa Marta por samarios, todos los conferencistas eran oriundos del interior, y en cuanto a los escritores costeños, sólo se invitó a los residentes en Bogotá.

Pienso que toda esta apabullante realidad de discriminación y complejos sirve para valorar mejor la obra de los que rinden tributo a su tierra y a su gente, y dedican el tiempo al fomento de la cultura.

De ahí que considere que es ésta una fiesta de la costeñiidad. Porque esta noche se presenta el libro del sociólogo y escritor Abel Avila sobre el pensamiento costeño. Obra meritoria desde todo punto de vista, que bien merece la gratitud y el reconocimiento de los ocho millones de habitantes del Caribe Colombiano. Estudio serio e investigación prolija, responde a la disciplina intelectual del autor y, muy particularmente, a su autenticidad creadora.

Y también se rinde homenaje al músico Moisés Consuegra Jimeno, Director de la Orquesta Sinfónica de Barranquilla.

Desde los gratos años del maestro Pedro Biava la Orquesta Sinfónica forma parte de la vida artística y cultural de la ciudad.

Biava no nació aquí, pero siempre vivió y pensó como barranquillero. Se empeñó en valorar a los hijos de esta urbe y en fomentar el cultivo de sus capacidades.

Moisés Consuegra Jimeno respondió al reto compartiendo responsabilidades con cada uno de los integrantes de la orquesta y de sus generosos patrocinadores, en esta nueva etapa de estrecha relación de la Sinfónica con el pueblo.

Hablo en nombre de la Universidad Simón Bolívar para expresar a ustedes, amigos de esta Casa de Estudios, que estamos agradecidos, por haber llegado esta noche hasta este Patio de Actos de nuestra Casa de la Cultura, a compartir con nosotros el placer de rendir homenaje a dos hombres representativos del alma costeña, Abel José Avila Guzmán y Moisés Consuegra Jimeno.

(Palabras dichas el 17 de febrero).

Alegrías, tristezas, violencia y paz

Estamos viviendo tiempos caprichosos. Abril era antes el sofoco agudizado. En marzo terminaban las brisas y el frescor. Los ancianos decían: Abril, aguas mil. Esto para recordar que la estación de las lluvias se iniciaban entonces con el rigor de una atmósfera cargada que obsequiaba bochorno. Y mientras en Barranquilla los semblantes expresaban congojas por el calor agobiante y la amenaza de los arroyos callejeros, los campesinos dirigían las miradas a las nubes para expresar complacencias por sus holguras.

Ahora parece que hubiésemos regresado a diciembre: Desde mi ventana miro a los árboles que parecen danzar al compás acelerado de los ritmos que gustan a la juventud. Y de noche la frescura de los vientos invita a caminar.

La ciudad está agradable. Las calles se ven limpias y pululan los establecimientos comerciales y de servicio. La otra tarde acompañé a los nietos al circo y después, a las ocho de la noche, fuimos a la heladería. Por todas partes la gente se veía alegre disfrutando las ofertas de comida rápida y demás sabrosuras.

Ese mismo día dos sucesos, de esos que entre familia se les llama detalles, y que al decir del diccionario, son rasgos de amabilidad y afecto, me enternecen y animan. Una vecina radioescucha cuenta que en el programa dirigido por el periodista Jaime Jiménez, le preguntaron a un chofer de taxi por qué simpatizaba conmigo, y respondió: "Porque escribe libros". Y en la puerta de un centro comercial un joven me saluda y hace saber que lee esta columna. En sus manos tiene una bolsita con ciruelas de Campeche. Me ofrece una, y comenta: Para que siga escribiendo sobre cosas del ayer. Entonces le comento a doña Anita, a la manera del refrán: Nunca es tarde cuando la dicha es buena. Es la primera vez que recibo algo por escribir artículos.

El sábado asisto a la inauguración de un campeonato de softbol en las bien cuidadas instalaciones del campo de la fábrica Aluminios Reynolds. Los directivos, profesores y estudiantes de la Universidad Simón Bolívar participan con entusiasmo. El acto se inaugura con un vistoso desfile que recibe el aplauso continuado de la concurrencia. Sin embargo, me siento confundido

cuando el presentador anuncia por los parlantes la presencia de bandas de guerra de colegios de bachillerato. A las marchas marciales, con toque de cornetas y retumbar de tambores bélicos, las encuentro inapropiadas en estos tiempos que reclaman olvido para todo lo que tengaa que ver con hostilidades y beligerancias propias de las armas. Pero, en fin, lo que importa en ese momento es el plácido espectáculo de la práctica deportiva.

Contrasta ese acontecer de la alegría de vivir con la violencia que ensombrece al país. Los noticieros de televisión, sea el caso, son muestrario de barbarie que confunde y deprime. Los personajes de la escena parecen distantes del dolor y la tristeza que deja la muerte. Nadie quiere detenerse a valorar el encanto de la paz y la justicia social: Gobernantes sin claridad suficiente en estrategias políticas y económicas de conveniencia popular; oposición apenas interesada en sacar provecho del escándalo; jerarquía eclesiástica con actitudes de sabor partidista; guerrra intestina sin límites en el tiempo; justicia salpicada de protagonismo. En fin, todo el estamento de espalda a lo conveniente.

Mientras tanto, las inquietudes de reformas estructurales del ayer arrinconadas. El neoliberalismo facilitando la concentración de la riqueza. Con desparpajo las grandes empresas monopolistas pregonan sus fabulosas utilidades mientras los salarios reciben el

deterioro de la inflación. Los latifundios se acrecientan al lado de la escasez de alimentos y el desmedro campesino.

Ante esta realidad que acongoja, qué hermosa y necesaria se valora la paz. Una paz anhelada y como debe ser: libre de sicarios, extorsiones, secuestros y guerras civiles. Y libre también, de la violencia del hambre, de la injusticia social, de desigualdades humillantes. Una paz que permita vivir, como debe corresponder al ser humano: en armonía, confianza y respeto al derecho de los demás.

Augurios y nuevos libros

Este año se inicia con augurios estimulatnes. Al lado de la tristeza que depara el horror de la violencia, la amenaza de secuestros, la incertidumbre bélica, la sombra oscura de la corrupción administrativa, etc., llegan noticias y se reciben libros que mitigan la zozobra.

El médico, intelectual y pintor Vicente Trezza me escribe desde Nueva York, donde reside, y anuncia la donación de veinte cuadros. Sus palabras son: "Siempre recuerdo a Barranquilla y me agrada recibir noticias de su actividad cultural, especialmente en lo relacionado con presentación de libros. Y he decidido obsequiar a la Universidad Simón Bolívar veinte cuadros míos de la colección La Venganza del Sol, pintados en acrílico sobre lienzo. Quiero que ellos permanezcan en exhibición permanente en una sala especial en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar".

En el campo de los libros todo parece indicar que la actividad creadora habrá de continuar esplendorosa como en el año que pasó. El maestro Aquiles Escalante ya se encuentra corrigiendo pruebas de una nueva edición, ahora ampliada, de su famosa Antropología General. El consagrado antropólogo y educador vuelve al ruedo de la investigación científica con entusiasmo y entrega. Y nada más interesante para la cultura colombiana que este benéfico compromiso de retorno de uno de sus más autorizados exponentes de la ciencia antropológica. Porque, como él mismo la define, la Antropología es el estudio del hombre, en forma integral, de un ser de la escala zoológica portador de cultura. Es, por lo tanto, una ciencia natural, social y humanística.

El prolífico Abel Avila Guzmán parece no conocer el tiempo del descanso. Apenas se asoman los albores de 1997 y ya se apresta a entregar a las librerías un nuevo libro en edición pulcra embellecida en su presentación por sus hijos Adriana, Alfonso y Alvaro Avila Pérez.

Y el tema es más que provechoso en los campos del reconocimiento estimulador y la reseña pedagógica. Porque *"Visión Caribe de la Literatura Colombiana"* valora el aporte significativo de los hombres de letras de la Costa y facilita al lector y al investigador inventarios de obras publicadas.

Como correctamente lo califica el profesor Homero Mercado en el prólogo, el estudio del escritor Avila Guzmán es una visión para la historia, "un canto y una exaltación no tanto a la costeñidad en un sentido global, sino a los valores que, además de honrarnos y representarnos en todos los campos, nos enorgullecen".

Apenas hace un par de días inicié la lectura de *Maracas en la Opera.* Y qué oportuno el inicio del año para saborear la prosa de un artista de las letras que la cultiva con cuidado de jardinero. Ramón Illán Bacca triunfa en otros horizontes para obsequiar preseas a sus paisanos y admiradores. Su novela ganó el concurso literario de la Cámara de Comercio de Medellín del año pasado, y ya está en las librerías. Fue un veredicto unánime de un jurado de críticos que supo apreciar la capacidad creadora del artesano de la imaginación y el buen decir. Por eso se deleitan al dar a conocer el concepto: "Los murmullos que resuenan en la imaginación de Ramón Illán Bacca se escurren como gotas de tinta en el papel, adquieren la anatomía de la palabra y se acomodan en la intimidad de la novela para su encuentro con el lector".

Dino Manco Bermúdez y José Watnik Barón, personajes del periodismo y de la cátedra, han escrito la historia de los miembros sobresalientes de la comunidad judía de Barranquilla.

La lectura de este libro, editado con pulcritud, me ha permitido traer a la memoria pasajes de un ayer repletos de inquietudes periodísticas. Miro las muy nítidas fotografías que ilustran los textos, y en ellas encuentro a generosos empresarios que en cada nueva edición de la revista o el semanario de turno que entonces dirigía, cuando los visitaba en sus fábricas u oficinas, dejaban por unos minutos el compromiso cotidiano, para dialogar con afecto y entusiasmo sobre el porvenir de Barranquilla. Como también los intelectuales y académicos. Digamos por caso, a Julio Hoesnisberg, el historiador y contertulio en la Librería Nacional; Liuba de Schmulson, compañera de idearios renovadores en la Universidad del Atlántico; Carlos Kalusin y Alfredo Steckerl, los infatigables industriales.

Pioneros de la inquietud ecológica

En la columna pasada escribí sobre la visita que me hicieron tres amigos, los doctores Gustavo Raad y Ruben Fontalvo, y el periodista Jaime Santiago. Fontalvo llegó con los originales de su libro sobre la historia de Palmar de Varela, y Santiago en busca de información sobre actividades pasadas en el campo de la ecología.

Santiago comienza a interrogar. Entonces traigo a la memoria los actos precursores de años atrás. Ahora es muy común hablar de la preservación de los recursos naturales y son muchos los que se alinean en las filas protectoras. Incluso la iniciativa oficial propicia conductas a su favor.

Antes éramos pocos los que hacíamos de pioneros entusiastas. En mi condición de fundador y primer

presidente de la Sociedad de Defensa de los Recursos Naturales de Colombia y Valoración del Hombre, una noche de amistad y encanto, en octubre de 1973 instalé en Bogotá el Comité de la Capital de la República, integrado por el científico y sacerdote Jesús Emilio Ramírez y los doctores Julio Carrizosa Umaña, Director del Inderena, Darío Samper, Rector de la Universidad Libre; Gerardo Molina, ex Rector de las Universidades Nacional y Libre; Joaquín Molano Campuzano, fundador de la Universidad Jorge Tadeo Lozano; Delio Jaramillo Arbeláez, ex Ministro del Trabajo y Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Santo Tomás; Rafael Baquero, Director del Instituto Cultural Colombo-soviético; Carlos Echeverri Herrera, Profesor del Colegio Mayor del Rosario; Arturo Valencia Zea, tratadista del Derecho Civil; Nestor Madrid Malo, escritor; Mario Carbonell Salas, Profesor de la Universidad La Gran Colombia; Julio César Turbay Quintero, estudiante; Carlos Calderón Mosquera, diplomático y profesor de la Universidad Libre; Hernando Abisambra, del Instituto Colombiano de Servicios Sociales; Federico Billón, geógrafo y profesor de la Universidad Incca; Gonzalo de las Salas, de la Universidad de Boyacá; Enrique Pardo Parra, ex Ministro de Minas y Petróleos y Senador: Jorge Villegas, escritor y catedrático; Alvaro Godoy, Antonio Rodríguez, José Luis Robayo, profesores universitarios; Daniel Samper Pizano, columnista de "El Tiempo"; Benigno Acosta Polo,

escritor y columnista de "La República"; Humberto Plazas Olarte, director del seminario "El Sol"; Eduardo Vanegas, Presidente de la Unión de Marinos de Colombia; Hernando Restrepo Botero, Luz Colombia de González y Alejandro Gómez.

El periodista Jaime Santiago toma nota, y pregunta acerca de las actividades en Barranquilla, y le hago saber que en nuestra ciudad estaba la sede nacional de la Sociedad, y de su junta directiva formaban parte Benjamín Sarta, Jorge Ganem, Joaquín Molano Campuzano, Enrique Pardo Parra, Hugo Angel, Ernesto Saa Velasco, Gerardo Molina, Darío Samper, Julio César Turbay Quintero y Ana Bolívar de Consuegra, todos ellos en representación de las distintas regiones del país.

Por cierto, le informo a los tres amigos presentes, en la Universidad Simón Bolívar se realizó un Congreso organizado por nuestra Sociedad con la participación de científicos y personalidades del mundo, tal como ya se había hecho en México, Lima, Caracas y Montevideo. En la ciudad soviética de Najodka, el puerto mercante de Rusia en el Pacífico, también cada dos años se llevaba a cabo una reunión con los delegados de todos los continentes. Varias veces asistí a ellas en compañía de doña Anita.

A finales de mayo y comienzos de junio de 1974 en Villa de Leyva se adelantó un seminario con el

propósito de formular, confrontar con la realidad y discutir respuestas de índole jurídico legal correspondientes y adecuadas a la estructura de utilización de los recursos naturales renovables y a un sistema de política y protección del medio ambiente. El temario de ese encuentro fue completo e incluyó el diagnóstico de la realidad nacional, el proceso histórico de la política gubernamental sobre recursos y las causas del agotamiento de la riqueza renovable y no renovable, la estructura de la dependencia extranjera, la apropiación de los recursos para beneficio propio, etc.

En la edición No. 26 de la Revista Desarrollo Indoamericano, del mes de noviembre de 1974, el doctor Joaquín Molano Campuzano, autor de libros de Geografía Económica, escribía: "El derecho inalienable de los países en desarrollo de disponer libremente de sus recursos es una de las formas de la lucha dirigida a la liquidación total de los remanentes del pasado colonial". Eran los años de la insurgencia y de los sueños. Nadie imaginaba la crisis del socialismo y el advenimiento del neoliberalismo del presente.

El profesor Fontalvo con los originales ya empastados a manera de libro, muestra que desde las primeras páginas estudia el fenómeno de la alteración ambiental. E informa que en su Palmar de Varela la contaminación del aire no es todavía un problema mayor, pero los basureros existentes en los alrededores, las aguas

estancadas en descomposición y el ruido de los aparatos difusores de música, ofrecen daños y perjuicios.

Como si nosotros no fuésemos también víctimas ocasionales de los tormentos producidos por los aparatos instalados en cantinas y casas de familia, como se les llama a las viviendas, en las barriadas de Barranquilla y los pueblos de la Costa, el doctor Fontalvo se detiene para mencionar con énfasis los efectos nocivos para la salud por la agresión de los sonidos. El exceso de decibelios, explica, "es un factor estresante de primer orden que causa hipertensión arterial, infarto del miocardio, constantes modificaciones en la secreción ácida estomacal, gastritis, úlceras, insomnios e incluso infertilidad y disminución de la actividad sexual".

Días alegres, días de libros

A la escritora francesa se le ocurrió llamar a su novela "Buenos días Tristeza". Contrario a ese título sugerente de penas y desconsuelos, para mí la llegada de un nuevo libro me anima a exclamar en el disfrute del encuentro: ¡Buenos días, regocijo!

Por eso este final pródigo de 1996 permite sentirme abrumado por la presencia, en la biblioteca personal, de distintas y valiosas muestras de la creación intelectual costeña.

Pienso que nunca como ahora se publican tantos libros y, por cierto, tan necesarios en un medio aplastado por una televisión de violencia y trivialidad.

Y algo por demás interesante y promisorio: Ahora los propios gobernantes estimulan y patrocinan el

compromiso literario. Acabo de recibir la *"Antología de la Poesía Sucreña Contemporánea"* enviada por el doctor Héctor Alejandro Pérez Santos, Gobernador del Departamento de Sucre. En una expresiva carta el mandatario me dice: "La cultura como forma de expresión del conocimiento y la sensibilidad humana, ha sido tema de vital importancia en mi administración. Es así como he venido impulsando acciones dirigidas a rescatar a nuestros valores culturales y promocionar al artista sucreño".

Sin alardes de finuras de papel, pero con acogimiento a la pulcritud y buen gusto, como corresponde a su sensibilidad de poeta, Jorge Marel tuvo cuidado y acierto al seleccionar los mejores poemas de la lírica de su región sucreña. Allí, en esa pléyade de trovadores, están muchos que hemos conocido de cerca en los predios de la Universidad Simón Bolívar y a los cuales admiramos desde tiempo atrás.

De la Universidad de Cartagena también me llega *"El Pensamiento de Núñez en la Constitución de 1991"*. Es un libro escrito por Arturo Matson Figueroa, respaldado por su experiencia de gobernante (fue Gobernador del Departamento de Bolívar) y de catedrático. El doctor Carlos Gustavo Méndez Rodríguez, Vice Rector Académico de la más ilustre de las Casas de Estudios Superiores de la Costa, me lo hace llegar con una nota amistosa.

Rafael Núñez sigue representando la autenticidad y la fuerza ideológica de una época colombiana. Y el autor sabe valorar esas virtudes. En su prólogo, el constitucionalista y catedrático doctor Carlos Villalba Bustillo, reconoce los méritos del autor, estudiante brillante, incansable investigador de la historia y del derecho y académico seguidor de los pasos de Donaldo Bossa Herazo y Eduardo Lemaitre. En su presentación comenta: "El libro de Matson Figueroa tiene, de contera, la virtud de exponerse al análisis de la crítica histórica, como otro homenaje a la memoria del Regenerador, en el año en que se cumple el centenario de su muerte".

La Editorial Antillas, bajo la dirección del sociólogo y escritor Abel Avila, recoge los juiciosos análisis que el jurista y político, doctor Miguel Bolívar Acuña, ha publicado en su columna de EL HERALDO.

Bolívar Acuña heredó de su padre la devoción por el derecho. Considerado como una autoridad en el conocimiento del Derecho Penal, hace gala de sus observaciones críticas a normas recientes, y en el ejercicio de su profesión reconoce el criterio de la Corte Constitucional, cuando conceptúa que "el proceso penal no puede ser concebido como una serie de pasos encaminados a la demostración de una hipótesis planteada por el fiscal o el juez, porque el imputado debe ser oido y sus argumentos sopesados con indagaciones y estudios".

Ya he hecho saber en repetidas ocasiones la complacencia que comparto con amigos cuando adquiero un libro sobre la historia de nuestras poblaciones. Ahora Roque Mariano Acosta Echeverría me proporciona ese placer con su estudio de Galapa, el plácido municipio vecino de Barranquilla, cuyos habitantes del pasado se asentaron en las barrancas de San Nicolás para dar inicio a la Arenosa de hoy.

Y Ernesto Guerra, de la prodigiosa tierra vallenata, ofrece desde la lejana Suecia, tres libros que recogen sueños, desvelos y recuerdos. A veces la distancia es buen motivo para avivar la inspiración. Y el escritor Guerra le saca buen provecho. Ahí están, como expresivo testimonio, sus obras *"Cifrado Camino Amoroso"*, *"Con Azucenas y Tambores"* y *"Un inoportuno Reloj"*.

Termino estos comentarios, de gratitud y regocijo, con el ensayo acerca del humanismo de hoy, de Antonio Mora Vélez, editado por la Corporación Universitaria del Caribe, de Sincelejo. Siempre he estado pendiente, desde sus días de estudiante en la Universidad de Cartagena, de los logros literarios de este joven escritor. Ahora se desempeña como Secretario General de Cecar, pero sin descuido de su labor administrativa, sigue cultivando el género de la ciencia ficción.

Sobre libros, cervezas y teatros

El pintor Moisés Manotas, que todo lo observa, le decía alguna vez al Maestro Aquiles Escalante y a don Manuel Figueroa, sus compañeros dominicales de degustación de "frías". Nunca he sabido que la Fundación Santo Domingo se acuerde de nuestra Universidad Simón Bolívar, a pesar de estar seguro que los padres de nuestros seis mil estudiantes proletarios, igual que nosotros, como buenos calentanos amantes de las sabrosuras de la tierra, deben de ser leales "aguileros".

Cuando me informaron de esa ocurrencia, comenté ¿Y por qué me excluyen a mi? No puedo negar, y no sé si por el sabor o por regionalismo, que también prefiero a la botellita regordeta y amarronado entre las muchas otras que pululan en los supermercados en estos tiempos de apertura y librecambio. Y hasta estuve a punto de

bajarme del automóvil el sábado pasado, al mediodía, cuando pasaba por la tienda Santa Marta, de Cuartel con la Setenta y Cinco, al ver al jurista y columnista, mi amigo doctor Adalberto Del Castillo y Amador, como en los buenos tiempos compartidos en la juventud, saboreando, camino a su casa, una refrescante cerveza.

Pero debo decirle a mis compañeros de inquietudes académicas que me siento plenamente compensado de posibles olvidos pasados: Hace un par de semanas recibí una tarjeta de parte de la filantrópica institución invitándome a la presentación de la obra monumental de Rufino José Cuervo, con el anuncio del obsequio, para la Biblioteca de Humanidades de nuestra Casa de la Cultura, del valioso Diccionario. Como esa noche no estaría en la ciudad, le solicité al doctor Armando Arrázola Madrid que me representara, y así lo hizo. Es cierto que hasta la fecha no hemos recibido lo que espontáneamente se ofreció, pero eso no importa. Con la intención fue suficiente.

Y recuerdo todo esto para poder expresar, una vez más, que guardo por el libro, veneración y respeto.

Hoy leo en EL HERALDO la juiciosa columna de Antonio Abello Roca acerca de la memoria indiferente de estos tiempos que envía al rincón del olvido a personajes y acontecimientos.

Ante esa lamentable realidad que en nuestra ciudad

parece más expresiva, pienso en las palabras del profeta: Si quieres que mañana te recuerden escribe un libro.

Y eso es correcto. Porque sea cual fuere la gratitud de los pueblos, o el afecto y la memoria de la gente, algún día los que suelen visitar las bibliotecas para encontrar en ellas las fuentes del saber o el dato histórico, sabrán apreciar el concepto expuesto, la narración agradable o el verso expresivo de un lejano autor.

Así en cada presentación de un libro encuentro el momento oportuno y solaz para compartir, con máxima satisfacción, el memorable acontecimiento.

Tal vez por eso, y recordando el acertado proceder de Alfredo Gómez Zurek, llamé por teléfono al Teatro Municipal Amira de la Rosa, en busca de la sala principal para el festejo de la edición número cien de la Revista Desarrollo Indoamericano y la presentación de tres libros, *"Cantos, Cuentos y otros Sueños"*, de Gustavo Raad Mulford, con acuarelas de Ignacio Consuegra Bolívar, *"Historia del Pensamiento Económico Colombiano"*, de Julián Sabogal Tamayo, y *"Diccionario de Economía"*, de Salvador Osvaldo Brand.

Después de un largo interrogatorio, se me hizo saber que las cosas han cambiado. Apenas, y para libros de poesías o novelas, se facilita el Salón Múltiple, con

capacidad para recibir sólo hasta cincuenta personas, como quien dice, a un grupo elitista. Además, las obras de economía, historia, etc., que presumen tengan que ver con asuntos dinerarios, deben someterse al rigor de un contrato y pago de alquiler.

Entonces recordé a mi inolvidable amigo Rafael Juliao y a mis colegas y discípulos Miguel Urrutia, Gerente General del Banco de la República y Rafael Prieto Durán, Auditor General.

En algunos de mis libros y en esta columna, con gratitud y orgullo he mencionado la obsesión sin límites de esa figura de la medicina y del altruismo, que fue Rafael Juliao. Podría decirse que la mayor parte de su vida la dedicó a soñar, y trabajar, por un Teatro Municipal que pudiese servir, con exclusividad, para el fomento de la cultura y albergue generoso de la creación intelectual y artística. Muchas son las simpáticas anécdotas que cuento. Como aquella de los rebeldes estudiantes del Colegio San José, que no gustaban de las marchas agotadoras del padre Maldonado, "Pecho de Piedra", como le llamaban sus sacrificados alumnos, y entonces solían buscar el padrinazgo del doctor Juliao, naturalmente, después de expresarle su solidaridad con el proyecto del Teatro. Después, en la actividad de periodista, las páginas de los semanarios y revistas que dirigí estuvieron al servicio de su idea, y muchos fueron los reportajes publicados y las diligencias compartidas cuando ejercía funciones en la Planeación Nacional.

También regreso a mis años de profesor cuando me empeñaba en explicarle a mis discípulos que la Economía Política, la historia y todas las ciencias sociales son disciplinas humanas que forman parte de la cultura de los pueblos.

Pero, en fin, no todo puede ser sinsabores. Hoy el escritor Juan Pablo Llinás, Presidente de la Academia de la Historia de Barranquilla, me entrega su reciente libro, *"Etica y Moral"*, publicado en México. Su presentación se hizo en el auditorio principal del Museo Regional de Guadalajara, y la prensa, de esa, la segunda ciudad mexicana, registró, con comentarios de páginas enteras ilustradas con muchas fotografías, el feliz acontecimiento. Cuando charlo con el doctor Llinás de estas cosas de nuestra amada Barranquilla, se acerca el arquitecto Gustavo Raad. Al enterarse del tema, me comenta: Eso te pasa por estar buscando aleros ajenos. Ahí tiene el bello patio de actos de la Casa de la Cultura que diseñó tu hijo. Le contesto que por ser descubierto las lluvias pueden perturbarnos. Entonces, el también arquitecto, con esa gracia magangueleña, replica: Si exceptuamos a los damnificados, debo aclararte, como dicen en mi pueblo, que el agua solo le hace daño al cutre.

Palmar de Varela, Santo Tomás y el Libro

Palmar de Varela y Santo Tomás son ciudadelas apenas separadas en el espacio por frontera imaginaria. No obstante, cada una de ellas mantiene su personalidad y se empeña en divulgar su historia. En Palmar de Varela el profesor Ruben Fontalvo ahora, en su *Historia de mi Palmar*, ofrece un nuevo enfoque que involucra el aspecto ecológico, materia de moda en estos tiempos de descuido y atropello de las riquezas naturales. Y en Santo Tomás, Ricardo Guardiola y Andrés Viloria indagan el pretérito de la villa de la Semana Santa al estilo medieval.

Lo interesante de esta gratificante emulación, que tiene para mí motivos especiales de complacencia, es que los tres historiadores mencionados, son profesionales egresados de la Universidad Simón Bolívar.

Cuando charlo con los doctores Fontalvo y Guardiola los incito a mencionar personajes del terruño. Y de inmediato el sociólogo Guardiola empieza: Ahí tenemos al novelista Ramón Molinares y al legendario dirigente político, en su tiempo jefe del gaitanismo del Atlántico y varias veces Senador de la República, doctor Saúl Charris De la Hoz; al jurista y catedrático, actual Consejero de Estado, doctor Ernesto Ariza; a los escritores Aurelio Pizarro, Pedro Conrado y Julio Lara; al poeta Tito Mejía; al pintor Lisandro Alárraga...

Bueno, está bien, replica el educador Fontalvo. En Palmar contamos con los historiadores José Lobo Romero y Miguel Caballero Rúa; la poetisa Marina Mejía; la promotora de cultura, Josefa María Valverde; el folclorista Juan Silvera; el maestro en artes escénicas, Pedro Pérez Casian; y Manuel Cantillo y Honorario Rúa, símbolos de la clase campesina.

Como conozco la enjundia profesional del doctor Fontalvo no me sorprende la seriedad de su estudio. Forma parte del grupo de investigadores de la Universidad Simón Bolívar que trabaja en las instalaciones de la Casa de la Cultura. Ahí lo veo llegar en las tardes con el ánimo dispuesto a responder al compromiso creador.

Ahora tomo entre mis manos su legajo y comienzo a saborear el deleite de la lectura. Y en verdad que se

trata de un documento digno de llegar lo más pronto posible a la imprenta.

Son muchos los capítulos, pero todos repletos de pesquisas y análisis correctos. El histórico arranca de la Conquista, pasa por la Colonia, con 1776, posible fecha de la fundación de su Palmar de Varela, para llegar a la Independencia y la República. A sus predios arriba el Libertador Simón Bolívar triunfante y juvenil, cuando apenas tenía el rango de Coronel. El Siglo XX le permite la condición de cabecera municipal y la dimensión actual. De 196 personas que habitaban en su territorio en 1887, cuenta ahora con 25.000.

A pesar de su cercanía a Barranquilla, Palmar de Varela sigue manteniendo una economía eminentemente agrícola y ganadera. Una vez que paseaba por su fecunda zona ribereña apreciaba con agrado los cultivos. Doña Anita todavía mantiene vivo el recuerdo de extensos yucales que parecían perderse en el horizonte. Ojalá esto siga así. Porque la ganadería extensiva erradica los sembrados. Cuando, desde el quinto piso del Colegio de Isabel López, que está situado en la loma de la Iglesia, extiendo la mirada en busca de los valles sembrados y los bosques ejidales de mi infancia, sólo puedo ver peladeros y tierras sin árboles de ganaderos ausentistas.

Aunque todavía los cultivos de yuca, maíz, millo, ajonjolí, hortalizas y frutas, se mantienen, el profesor

Fontalvo observa que los terratenientes ganaderos los reducen cada vez más.

Temas como los de la vivienda, la salud, la educación, la religiosidad, la cultura, las comunicaciones, el deporte, la política, la administración pública, etc., pasan por el examen minucioso del autor. Y se le puede descubrir, o imaginar, eufórico conversando con los ancianos y jóvenes para inventariar refranes y dichos propios de la sabiduría popular. De la misma manera indaga sobre gustos musicales autóctonos y recoge el cantar y el aporte poético de trovadores y literatos.

-oOo-

Al profesor Rubén Fontalvo sólo puedo decirle que no desmaye en el propósito de editar su estudio. Que lo haga por su pueblo y por la Univesidad Mientras tanto, yo esperaré esa tarde de gozo colectivo de presentación del libro en el Patio de Actos de la Casa de la Cultura. Entonces me sentaré al lado de él y del doctor Ricardo Guardiola para estrecharles sus manos amigas y pedirles públicamente que sigan estudiando la historia y la grandeza de sus pueblos colindantes y hermanos.

Avalúo de los bienes urbanos

Cuando inicié la lectura de este libro pensé que me esperaban dificultades por lo poco familiar del tema. La complejidad de una materia eminentemente especializada y técnica ajena a mis disciplinas intelectuales, resultaba poco atractiva. Pero, bastante equivocado estaba. A medida que pasaba hojas de *Avalúos de Bienes Urbanos*, el nuevo libro del doctor Elberto González Rubio, pude comprobar que la experiencia era distinta: tenía en mis manos un estudio con un tema de fondo de palpitante actualidad, el de la ética profesional.

Porque nada más necesario en su máxima valoración que el conocimiento y el ejercicio de la moral. Y en todas las páginas de su magnífico ensayo, Elberto González Rubio mantiene presente el compromiso del avaluador con una conducta que responda a sagrados preceptos de corrección y veracidad.

Balmes solía sentenciar que la mejor guía del entendimiento práctico es la moral. Porque ella no puede entenderse, al decir de Durkheim, como un sistema de verdades abstractas que se puedan derivar de alguna noción fundamental sentada como evidente, puesto que pertenece al orden de la vida.

Para González Rubio por encima de los conocimientos profesionales —por cierto, muy indispensables en varias disciplinas del saber (economía, sociología, derecho, arquitectura, ingeniería, etc.)— en el peritazgo debe predominar el espíritu de un conjunto de normas consagradas en el Código de Etica del Avaluador. Sus palabras aleccionadoras, son: "Aunque el ejercicio avaluatorio pueden ejercerlo profesionales de diferentes disciplinas académicas, al participar en un género común de ellas debe, desde los ángulos ético y jurídico, ajustarse a normas mínimas de conducta". Lo que obliga a pensar que todo valuador ha de estar por encima de las tentaciones del favoritismo o de la imparcialidad.

Recuerda el autor que en la Primera Convención Panamericana de Avaluadores, en 1949, en Lima, se aprobó el siguiente principio: El valor de todo inmueble, en un momento dado, es único, cualquiera sean los fines para lo que es avaluado.

El precepto anterior es tan necesario, digamos por caso, en la Colombia de nuestros días, cuanto el uso y

el abuso de lo contrario, es más bien lo común. En el territorio nacional las cárceles están llenas de alcaldes, concejales y otros funcionarios que han comprado y siguen comprando predios con dineros del erario público por muchas veces más de su valor real. De ahí la importancia —si se actúa correctamente— de acudir al profesional valuador, puesto que su misión no es la de fijar precio, sino la de calcularlo con fundamento de la evidencia y del análisis de la información obtenida. Porque nada más indigno, como lo enjuicia con énfasis el arquitecto e ingeniero civil González Rubio, que la colusión, al pactar o prestarse un perito para hacer daño a tercero.

En el asunto del precio del bien, o propiedad que se avalúa, meto un poco la cuchara, en mi condición de economista, para precisar definiciones. El autor, por ejemplo, hace saber que no pueden existir diferentes valores para una misma propiedad. Y esto es sensato. El valor es una cualidad inherente del objeto que le permite cambiarse por otro, de manera directa, o a través del símbolo dinerario.

El precio, por su parte, representa la expresión monetaria o nominal del valor. Los precios pueden cambiar (inflación, especulación, efectos de la oferta y la demanda, etc.), pero el valor, o cualidad intrínseca de la mercancía, siempre responderá a dicha especificación, aunque en el análisis interpretativo de su causa sean

muchas las teorías expuestas, unas eminentemente objetivas, como las del valor trabajo de los economistas clásicos ingleses y del marxismo alemán, y otras subjetivas y marginalistas, hasta la conciliación ecléctica. Por eso resulta equivocado hablar de avalúos (catastral, para remate, para expropiación, etc.), puesto que sólo puede existir uno, el que refleja el valor.

Elberto González Rubio ha escrito un manual que, de seguro, será bien recibido por los profesionales del avalúo, las empresas que necesitan de la peritación (bancos, oficinas de bienes raíces, etc.) y los organismos del Estado. Es una guía didáctica, pero ajustada al rigor de las exigencias técnicas y jurídicas. Y, sobre todo, y es esta la cualidad que más aprecio, una especie de catecismo sobre el correcto proceder y las virtudes que se desprenden de la moral y la ética.

Economía

El centralismo ha muerto. Viva el centralismo

El ilustre expresidente de la República, doctor Alfonso López Michelsen, publicó un artículo en la edición del domingo 10 de septiembre de EL HERALDO, con razonamientos sobre el centralismo. En dicho estudio pueden leerse frases y conceptos, a nuestro parecer, sencillamente desconcertantes, por provenir de quien provienen, hombre ecuánime, ilustrado y demócrata.

Para el doctor López Michelsen ya "se ha ido demasiado lejos en el camino descentralista", y "en este prurito descentralizador obran factores sicológicos, a veces irracionales... y ejemplos como el de la dilapidación de los recursos de Arauca, no demuestran que necesariamente el remedio esté en la descentralización". Esas son sus palabras.

Naturalmente, cada cual puede opinar sobre esos fenómenos propios de estas economías subdesarro-

lladas, socialmente injustas y con sistemas deficientes. Lo que sorprende es que un personaje de la política nacional favorecido en el pasado con el respaldo fervoroso de una región víctima de la discriminación centralista, pretenda desconocer una realidad, e incluso, continuar cuestionando a los habitantes de otros sitios distintos al triángulo centralista. Sobre todo cuando los acontecimientos en los actuales tiempos de máxima descomposición moral, en una Colombia registrada en el contexto mundial como el país más corrupto y violento del mundo, señalan que los grandes agentes de ese triste acontecer, son oriundos de la zona central.

Ante la temeridad en los juzgamientos santafereños de siempre, el exsenador, catedrático y jurista, doctor Ricardo Barrios Zuluaga, con la franqueza afirmativa propia de su tierra cienaguera, suele comentar: *"La moral no es patrimonio cachaco. Por eso poco debemos confiar en sus declaraciones solidarias de las épocas electorales. Ellos sólo son descentralistas cuando llegan a estas tierras desprevenidas y confiadas en busca de respaldo electoral, o los fines de semana a gozar de nuestras playas".*

Sin embargo, necesario es aceptar que los costeños y demás habitantes de regiones golpeadas por el centralismo, somos también responsables. Por ejemplo, bien sabido es que la Costa define en las elecciones presidenciales. En la última, sea el caso, le facilitó la

victoria al doctor Ernesto Samper. Pero carecemos de conciencia regional y defensiva para facilitar el entendimiento en la escogencia y respaldo de un paisano que aspire a la primera magistratura. En los momentos actuales, es fácil deducirlo, las condiciones son propicias. No hay en el interior un personaje aglutinante del respaldo popular. La mayor parte de los posibles reciben cuestionamientos en el debate del narcotráfico o la deslealtad. Sería, pues, la ocasión para insurgir unidos con un candidato ejemplar, más allá de las actitudes banderizas. Y, en verdad, que son centenares, las figuras (políticos liberales, conservadores e independientes, escritores, periodistas, académicos, profesionales, empresarios, religiosos, etc.) con merecimientos y cualidades. Lamentablemente, en vez de sopesar esta posibilidad, la dirigencia industrial, comercial y burocrática de Barranquilla, se adelanta a coquetearle a posibles candidatos santafereños que ya comenzaron a visitarnos.

Pero dejemos a un lado este tipo de comentario para tratar el tema del centralismo con la seriedad que merece.

El centralismo ha sido analizado por los economistas de América Latina como causa y efecto del subdesarrollo. Es herencia del colonialismo hispano que se ha extendido por desgracia hasta el presente. Todo territorio con expresión macrocéfala impide el cabal aprovechamiento de los recursos y la adopción de una

estrategia racional en el campo internacional. Es imposible competir con los mercados exteriores con mercancías procesadas a mil kilómetros de los puertos de embarques, a sabiendas de que el costo del transporte interno supera al marítimo. Y peor todavía —como así es— si la industria nacional necesita de materias primas.

Entre nosotros, fruto de un proteccionismo incondicional, la actividad manufacturera se ha localizado en zonas inadecuadas. La tal apertura se ha encargado de poner al descubierto estas fallas absurdas del centralismo.

El abandono de los campos, la violencia, el patrocinio de polos de desarrollo incongruentes, son fenómenos cosechados a través del centralismo. En busca de trabajo, por cuanto las inversiones y gastos de los ingresos del país apenas favorecen a tres ciudades y, muy especialmente, a la capital de la República, se desplaza la población. Y el fenómeno cumulativo toma gigantescas dimensiones. Cuando yo llegué por primera vez a Bogotá a finales de la década de los años cuarenta, era una ciudad con la misma cantidad de habitantes que Barranquilla. Después del 9 de abril de 1948, la era de la concentración centralista facilitó y agudizó el desequilibrio.

En fin, puede opinar el doctor López Michelsen lo que se le antoje. Pero los hechos son testarudos: En la misma edición de EL HERALDO comentada, y en

primera página, en el marco de las cuatro grandes ciudades, las estadísticas del Banco de la República, son reveladoras. De doscientas cincuenta edificaciones en Bogotá, en el mes de marzo, doscientas seis en Medellín, y ciento setenta y seis en Cali, apenas para Barranquilla fueron cuarenta y ocho. En el caso de la construcción de vivienda sucede igual. La agudeza del director de EL HERALDO al día siguiente, en uno de esos editoriales que comienzan en la primera página y tanto gustan, retrata el panorama: *"La solución para lograr la seguridad en La Candelaria no es menos monárquica: llevarse el Bloque de Búsqueda para que capture rateritos en la capital, mientras atracan y encueran al resto del país, es lo mismo que hubiera hecho la corona española si todavía estuviera mandando en este reducto del Sagrado Corazón".*

Por la descentralización en el Atlántico y la Costa

No dejan de ser preocupantes las juiciosas observaciones que se hacen a los síntomas centralistas de los grandes centros urbanos, y con particularidad de Barranquilla, con el resto del territorio de la región costeña. Hace poco, voceros de los departamentos de Sucre, Córdoba y Cesar se quejaban de la exagerada preponderancia de Barranquilla en el manejo y usufructo de recursos y prebendas. En el caso del Atlántico el fenómeno señala una situación anormal estudiada por nosotros desde hace ya varias décadas.

Barranquilla es la capital natural de la Costa. Su espíritu abierto y descomplicado, que se desprende de su génesis -fundada, sin pretenderlo, por pastores de pueblos vecinos atraídos por la abundancia de sus pastos y caños- se ofrece como segunda patria chica a los emigrantes. Su posición privilegiada en la desembocadura

del Magdalena, cuando este río jugaba un papel prioritario en el transporte y desarrollo económico del país, le permitió convertirse en uno de los principales centros comerciales e industriales de Colombia y en el primero de la Costa.

El esplendor de Barranquilla de los años treinta y cuarenta comenzó a disminuir, precisamente, a consecuencia del marcado centralismo capitalino y de la región andina. Desde entonces sus voceros, acolitados por el resto de los dirigentes y el pueblo costeño, se defienden de la discriminación, y procuran cambios políticos y económicos que aseguren estrategias descentralistas. Absurdo, pues, desde todo punto de vista, sería que Barranquilla le hiciera a la Costa lo que con tanto derecho y justicia rechaza cuando se lo hacen a ella.

En cuanto a la macrocefalia del Atlántico nada beneficioso sigue siendo para la ciudad. Por allá, por los años cincuenta, cuando nos tocó adelantar estudios regionales, pudimos observar que las ciudadelas y pueblos del Atlántico son simples sitios dormitorios que carecen de vida propia, fruto del predominio de Barranquilla. Distinto a otros departamentos, digamos por caso Valle, Cundinamarca o Antioquia, donde existen fábricas de alguna actividad económica en otras localidades distintas a Cali, Bogotá, Medellín, acá si apenas pueden mencionarse las empresas de buses que

transportan a los ciudadanos que todos los días tienen que venir a trabajar a Barranquilla. Entonces anotábamos que la caña de azúcar se producía en Luruaco y Los Pendales y venía a convertirse en ron a Barranquilla, en la Fábrica de Licores del Departamento, para enviarlo después a los pueblos. Lo mismo sucedía con el algodón de Repelón y las fábricas textiles; la leche de los hatos del sur y las pasteurizadoras y fábricas de queso, etc.

Las tierras del Atlántico han ido convirtiéndose en propiedad de ganaderos que habitan en Barranquilla. La ganadería poco aporta al ingreso comunitario porque ocupa muy escasa mano de obra. La falta de trabajo rural impide una demanda favorable para la misma producción barranquillera.

Ante esta realidad tan desventajosa para el territorio atlanticense se nos ocurre pensar en lo importante que sería promover un movimiento cívico y político que permitiera lograr una adecuada representación en la Asamblea Departamental que, de manera fraternal, trabajara con los diputados elegidos por la circunscripción de Barranquilla en favor del desarrollo armónico y justiciero de la ciudad y el resto del Departamento. Incluso el electorado de los pueblos debe considerar la importancia de elegir un Gobernador vinculado, en origen, conocimiento o conciente simpatía, con la causa regional.

No quiere decir esto que se propugnen exclusiones de sabor regionalista, sino que se responda a unos idearios de conveniencia departamental. Ahora, cuando Barranquilla es Distrito Especial, sólo se necesita de un buen Alcalde, como lo ha sido el actual, para propiciar el progeso y la solución de los servicios públicos. El Gobernador, en estos casos, habría de estar al cuidado del fomento de la descentralización y del bienestar de la población rural. De esta manera Barranquilla podrá seguir gozando del merecido honor de ser la generosa capital de la Costa y del Atlántico.

¿Integración o desintegración costeña?

En días pasados recibí una generosa y obligante invitación del señor Rector de la Universidad Popular del Cesar, doctor José Antonio Murgas Aponte, para que asistiera a un encuentro de Universidades Públicas con el señor Ministro de Educación y los señores directores del Icfes, Colciencias, Icetex y Findeter.

Por motivo de una reciente intervención quirúrgica que me impide largos viajes en carretera y, también, debo declararlo, por temor a los asaltos y crímenes que todos los días registra la prensa, me dirigí entusiasmado a las oficinas de Avianca a comprar pasajes.

Nunca antes, en mi condición de soldado de la costeñidad y de la integración regional, sentí los efectos del desaliento cuando las señoritas funcionarias de nuestra gloriosa empresa, me hicieron saber que para

viajar a Valledupar tenía que ir a Bogotá a tomar el avión que cubre esa ruta. Ya, en otra ocasión, cuando se me ocurrió indagar por qué una carta dirigida a Cartagena demoraba tanto en llegar, alguien me comentó que la correspondencia la despachaban primero a Bogotá y de allí a su destino.

Nada de esta realidad encaja en mis razonamientos. A cada instante leo y escucho noticias que informan sobre los alcances descentralistas de la flamante Constitución de 1991 y los correctos propósitos que animan a los responsables del quehacer político y económico en favor de la autonomía regional. Y hace apenas unas semanas Barranquilla festejó el nacimiento de la aviación comercial y del correo aéreo.

Me apena la realidad presente y recuerdo otros tiempos distintos en que los legendarios DC-4 de nuestra Avianca de entonces unían a la Costa y yo visitaba, con los arrestos de la juventud, a los amigos de Valledupar, Riohacha, Montería o Sincelejo. Incluso, durante 3 años, cuando tenía a mi cargo la cátedra de Economía Política en la Universidad de Cartagena, todos los lunes, bien temprano, me dirigía al aeropuerto para estar a las siete compartiendo responsabilidades con Gumersindo Serge, Jorge Child, Fabio Morón Díaz (hoy miembro de la Corte Constitucional), Carlos Villalba Bustillo (Consejero de Estado), Raúl Alameda y otros destacados educadores.

El absurdo del centralismo obliga a la dependencia general con la capital dominante, aunque sea a costa del sacrificio nacional. En los tiempos del imperio romano solía expresarse elocuentemente el dominio del Estado-ciudad, al pregonarse que todos los caminos conducían a Roma. Ahora, en Colombia, no solo conducen a Bogotá sino que nos obligan a transitarlos.

En la televisión veo y escucho a un joven personaje de la administración cesarense. Habla de proyectos de un nuevo y moderno aeropuerto en Valledupar, para que cumpla el papel de suplente, o alterno, en los vuelos nacionales o internacionales cuando los fenómenos atmosféricos, u otra clase de problemas, impiden el normal acceso de las aeronaves en Barranquilla, Cartagena o Santa Marta. Eso me parece interesante. Pero cuánto más lo sería si las voluntades costeñas se identificarán en el gran propósito de trabajar unidos por la integración y desarrollo armónico y justo de la región.

En este caso particular, por el regreso al ayer ejemplar, con aeropuertos al servicio de las comunicaciones y el progreso de los ocho departamentos de la Costa Caribe y, naturalmente, del resto del país.

De Barranquilla a Maracaibo

Mi buen amigo y mejor barranquillero, de los ñeros de antes, doctor Vicente Noguera Carbonell, no se imagina la otra sorpresita del tiempo que me llevé la semana pasada al disponerme a viajar a Maracaibo, para asistir al encuentro de rectores de las universidades de Venezuela y Colombia.

Hace cuarenta años, recuerdo bien, solía cubrir esa ruta, como se dice en el lenguaje de las agencias de viajes, en los "clipper" de la Panamerican, los "constellation" de la A.L.M., o los "jet" de Lacsa, en cosa de cuarenta minutos. Ahora, ¡vivir para ver y creer!, hay que ir a Bogotá a tomar el avión que va a Caracas para seguir de allí a Maracaibo.

Como quien dice, dos días de fastidiosos apuros en aeropuertos, con sus respectivas pernoctaciones en

hoteles. Ni el genial Simón Bolívar, en plena gesta libertadora se sometía a tantas dificultades. Porque, desde las lomas andinas descendía por el Magdalena, que es lo lógico, a embarcarse en Sabanilla o Santa Marta, para continuar a Maracaibo, la ciudad vecina del Caribe, nuestro mar.

Bueno, ante los obstáculos aéreos, bien temprano, al amanecer, salí rumbo a la bella, plácida y limpia capital zuliana. El viaje hasta Maicao podría ser un espléndido y placentero paseo si no fuese por el betamax. Porque la ruta la sirven empresas propietarias de buses modernos y cómodos, bien atendidos, que recorren, en una carretera aceptable, un territorio repleto de paisajes subyugantes: por un lado el azul de las aguas del Caribe y el verdor de los extensos sembrados de bananos; por el otro, las estribaciones de la Sierra Nevada y los muchos ríos y riachuelos con sus corrientes alegres y juguetones.

Después, la exótica llanura semidesértica de la Guajira, cubierta por miles de pequeños aromos que parecen paraguas empeñados en resguardar la tierra de la inclemencia del sol. No obstante, todo eso no puede gozarlo el pasajero, sometido, sin desearlo ni pedirlo, al tormento de soportar durante cinco horas la violencia, en su máxima expresión de sadismo y crueldad, como me sucedió a mí, con dos películas mexicanas y una norteamericana, sobre mafias, a pesar de que también viajaban niños y adolescentes.

Sin embargo, lo más curioso de la experiencia viajera, que constituye el motivo de esa crónica, resultó la realidad paradojal entre el dicho y el hecho. Porque fui a Venezuela, como lo hice saber en declaraciones al diario Panorama y en charla con mi amigo Pompeyo Márquez, Ministro de Fronteras, a respaldar los idearios y programas integracionistas de los dos países hermanos.

¡Pero qué sorpresa apabullante! Mientras en el recorrido de los cuatrocientos kilómetros de Barranquilla a la frontera, en la Colombia violenta y cargada de problemas no vimos un policía ni un soldado, ni nadie nos detuvo para interrumpir el libre tránsito, en los cien kilómetros que separan a la frontera de Maracaibo, en unas diez o más alcabalas, como allá llaman a los obstáculos antiintegracionistas, los guardias detuvieron al bus venezolano en que viajaba para mirar cédulas y toda clase de documentos de identificación, mientras, ¡otra sorpresa del tiempo!, se le solicitaba a las mujeres, únicamente, que bajaran para someterlas a registros.

Y como si todo eso fuera poco en el haber nada estimulante de la integración y la fraternidad, la tal "raya", o límite fronterizo, es sencillamente un sitio vergonzoso: unos cien metros de lodazales, con construcciones descuidadas de lado y lado y una frase, del Libertador, en una desaliñada pared, con su nombre entre comillas, no sé por qué.

Allí donde todo debiera ser símbolo de amistad y bienvenida, con jardines y estatuas del Padre de las dos Patrias, del Almirante Padilla y del General Urdaneta, los héroes de Riohacha y Maracaibo, las dos ciudades vecinas, todo es descuido y fealdad.

Al ver esa realidad solo se puede pensar que nuestros ministros de Relaciones Exteriores, tan dados a la retórica integracionista, jamás han conocido nuestras fronteras ni en retrato.

La afirmación regional

Vivimos tiempos de afirmación regional. Cuando se creía que al terminar el siglo las prácticas librecambistas y sus pregones de apertura obligarían a pensar en términos universales, con menosprecio de fronteras, el hombre parece afianzarse en el ámbito, sopesando valores que han servido para moldear su idiosincrasia.

Se desintegran imperios, se reclaman derechos y se defienden ancestros, costumbres, lenguas y religiones. Cada espacio geográfico particular reclama autonomía o respeto por el conjunto de valores que integran su personalidad.

Y eso está bien. Porque sólo así la nacionalidad adquiere consistencia. Distinto a lo que la fuerza determina, el absolutismo centralista, a la larga, en vez de unificar, disocia y alimenta reacciones que separan.

Cada nación, por lo tanto, debe propiciar conductas descentralizadas que conduzcan, de manera espontánea, al entendimiento de las regiones. Los pueblos, con la bandera de su alma en alto, se abren camino en la búsqueda de la justicia y en la defensa de sus intereses.

Hace unos quince años, en un diálogo publicado en la Revista Autonomía, el sociólogo Jorge Bolívar, me preguntaba si no se daba cierta contradicción en mis idearios bolivarianos e integracionistas de la América Latina y la defensa de la autonomía regional en cada país. Entonces le respondí: -Por el contrario, considero que la integración continental, o nacional, carecería de equidad y solidez, sin la debida autonomía regional. El Estado centralista está en crisis. Más aún en nuestra América Latina, donde ha sido también causal de subdesarrollo y dependencia. En las relaciones con el mundo exterior los llamados polos de desarrollo son puntos estratégicos de dependencia. A través de ellos se succionan los recursos nacionales. En el espacio interno, las grandes regiones operan como colonias tributarias de la capital y de otras ciudades.

Es cierto que la nueva Constitución y algunas leyes introdujeron modificaciones políticas, (elección popular de gobernadores y alcaldes, digamos por caso) y ofrecen perspectivas en el manejo de recursos, pero aun es mucho lo que debe lograrse.

En el caso de la Costa, la realidad exige cambios profundos. Las estadísticas señalan que la respuesta oficial es débil. Todavía la región Caribe, con sus ocho departamentos, muestra los déficits más altos en los problemas de la educación, la atención de salud y los servicios públicos. Mientras tanto, sus riquezas naturales se explotan sin cuidado racional, para conveniencia de las empresas extranjeras y el predominio centralista.

Recientemente, en el contenido de dos prólogos, David Sánchez Juliao y yo tratamos el tema de un fenómeno muy particular que se desprende del efecto depreciador del centralismo en la conducta de los pueblos subordinados. Por un lado, la disminución de la autoestima; por el otro, los complejos, la envidia, la insolidaridad.

Hay que no parecerse a sí mismo o a los tuyos, para poder ser valorado, opina David. Y si alguien reconoce méritos, comenté alguna vez, un segundo alega lo contrario, al hacer saber que eso no es así, porque él es amigo del personaje aludido, y lo conoce bien. Es decir, que por amigo, conocido, pariente, vecino o coterráneo, se carece de cualidades y virtudes.

Esta conducta no es nueva. En el mundo del subdesarrollo y la dependencia, siempre lo del centro del poder dominante es lo laudable y lo que se trata de imitar.

La dependencia económica y la amistad

El mundo del subdesarrollo y la dependencia ofrece casos verdaderamente sorprendentes. En el campo del comercio la realidad desborda la imaginación cuando el fenómeno centralista complementa el proceso.

Yo voy a referirme a un hecho curioso y paradójico. En la literatura económica latinoamericana aparezco como uno de los estudiosos de la dependencia estructural. Para ser más exacto, me hacen formar parte del grupo de analistas que cuestiona los efectos de una actividad productiva, financiera, tecnológica, cultural y, hasta política, generada en los grandes centros de poder de las áreas desarrolladas.

Y nada alego contra eso. Por el contrario, es el único patrimonio que puedo ofrecer a los míos en el inmo-

dificable compromiso adquirido en el campo de las letras, a través de la dirección de la Revista Desarrollo Indoamericano y de la redacción de algunos libros sobre la materia.

Pero, lo simpático y curioso del asunto, ¡sorpresas del tiempo!, es que gracias a la dependencia económica comercial, después de sesenta años, tuve la grata oportunidad de conocer a mi nuevo amigo Pedro Obregón, y convertirme en una especie de padrino del hermoso libro que esta noche se presenta, sobre la vida de dos hermanos que compartieron travesuras y sueños y que desde ahora formará parte de un anecdotario agradable y significativo en la historia de uno de los grandes de la pintura colombiana de todos los tiempos.

La historia es así: Por la década de los años treinta, tendría yo diez años de edad, era en mi familia famoso por recoger algodón. Así lo cuento en el libro *Del Recuerdo a la Semblanza*. A mi pueblo se le reconocía como productor de algodón perenne. Mi padre lo cosechaba en las rozas, que eran pequeños cultivos de pocas hectáreas, pero también lo compraba por libras y arrobas para después verderlo a los comerciantes que llegaban a Barranquilla. Por cierto, don Alberto De la Espriella, padre del escritor y catedrático de la Universidad Simón Bolívar, doctor Alvaro De la Espriella Arango, era uno de ellos. Don Alberto se hospedaba en mi casa. Entonces en los pueblos no había hoteles,

y las residencias de los amigos servían de albergue generoso y familiar a los visitantes. Como el algodón ofrecía la blancura de sus motas en el verano, los caminos en dicha estación eran transitables. En burros, mulas y, algunas veces, camiones, los sacos de algodón se despachaban a Barranquilla para después transportarlos a Europa.

En Liverpool, puerto de Inglaterra, quedaban las casas comerciales, o bolsas, donde se compraba y vendía el algodón cultivado en la India, América del Sur o Africa. Allí, a la fría Liverpool, ¡quién lo creyera, milagros de la dependencia!, llegaba don Pedro Obregón, padre de este Pedro que está a mi lado, a comprar algodón de Isabel López, mi pueblo, para la Fábrica de Tejidos Obregón, de Barranquilla, pionera de la gran industria textil colombiana.

En Liverpool don Pedro conoció a un colega en el oficio de los textiles que vivía en Barcelona. Y lo invitó a visitar la bella e industriosa ciudad española. En Barcelona cupido esperaba al elegante barranquillero. Apenas don Pedro conoció a una de las hijas del español, la distinguida señorita Carmen Rosés, el matrimonio no se hizo esperar. Al poco tiempo nacieron Carmen, Alejandro y Pedro.

Resulta, pues, interesante poder deducir en esta trama, que gracias al algodón que don Alberto compraba

en Isabel López y despachaba a Liverpool, fue posible el arribo a Barcelona de don Pedro, donde también cosechó sus tres frutos, uno de los cuales festeja con nosotros el bautismo de su último hijo, este libro *"Obregón, ¿fue siempre un genio?"*, pulcramente editado por Grijalbo bajo el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar, para bien de la literatura costeña y deleite del lector colombiano.

P.D. No puedo dejar de mencionar la satisfacción que prodigaba el hermoso espectáculo del Teatro Municipal Amira de la Rosa, colmado de barranquilleros que rindieron un homenaje a Alejandro Ogregón. La noche del martes pasado aproximadamente unas ochocientas personas -intelectuales, escritores, catedráticos, artistas, historiadores, dirigentes empresariales y amigos-, todos bajo un mismo sentimiento de admiración recordando la obra y la vida del maestro.

Algunas causas del subdesarrollo

En una columna pasada me refería a la propaganda antinatalista de los gobiernos y agencias oficiales de los países dominantes, de nuevo empeñada en responsabilizar a las regiones subdesarrolladas de su propia desgracia por la falta de un congelamiento efectivo al crecimiento de la población.

Y es bueno repetir una vez más —no obstante el aval histórico que los economistas conceden al poblamiento en el desarrollo económico y social de los pueblos— que en ningún momento se pretende perturbar la libertad de los cónyuges, ni mucho menos la estrategia que recomiende o estimule cada país en particular.

Tanto es así que en una de estas noches pasadas asistí al casamiento de Karen Marthe Turbay y Arturo Arias, y después de la ceremonia le comenté al señor Notario,

doctor Victor Armenta Palacio, y al padre de la novia, compañero de inquietudes universitarias y simpatizante del antinatalismo, doctor Leonello Marhte Zapata, que estaba en desacuerdo con uno de los fines del matrimonio, según el texto de nuestras disposiciones legales. Me refiero al motivo de la procreación.

Pienso yo, les dije, que en la parte pertinente a la precreación debe agregarse esta frase: Si es posible y conveniente. Porque en estos tiempos de bodas entre homosexuales (por cierto, difundidas por la televisión con riqueza de detalles, como si se tratara de príncipes y princesas), la imposibilidad procreadora no puede tomarse como causa nulatoria. Y lo mismo podría decirse, para el caso de la conveniencia, de los consortes con ciertas enfermedades, por ejemplo, el sida, o de la práctica autónoma del control por parte de los contrayentes.

Menciono la anécdota anterior para dejar constancia de la seriedad de los argumentos de los investigadores sociales de América Latina que han sabido clasificar, en el acontecer histórico, las verdaderas razones de la situación económica desventajosa que padecen las naciones del Tercer Mundo. El asunto, pues, es complicado y va más allá de la óptica superficial de los analistas extranjeros que suelen también referirse a motivos racistas, religiosos, o de círculos viciosos, composiciones sociales duales, etc., pero sin arriesgarse al exa-

men de los orígenes de dichos fenómenos. En verdad, las interpretaciones son tantas como libros escritos. Sin embargo, como conceptuaba uno de sus honestos expositores, Albert O. Hirshman, algunas de esas teorías que parecieron interesantes, han sido desmentida por los acontecimientos.

El subdesarrollo latinoamericano en el marco del capitalismo se inicia con el genocidio y la rapiña de la conquista. Culturas avanzadas y en formación fueron arrasadas. El crecimiento natural se distorsionó y las riquezas en general pasaron a servir al continente europeo.

En la Colonia el dominio aumenta para provecho exclusivo de la metrópoli. A la apropiación de los metales preciosos y del trabajo, se agrega la imposición de una política, una cultura y una religión distintas. Así, el mercantilismo europeo opera en los territorios coloniales de manera inversa, por cuanto se les obliga al papel, extendido en el tiempo hasta el presente de aparente independencia, de consumidores de manufacturas y exportadores de materias primas.

En el Siglo pasado el librecambio —ahora resucitado con tanto entusiasmo—, opera como estrategia de dominio europeo, bajo rótulos aparentes de igualdad y conveniencia, a través de la especialización internacional del trabajo. Contrario a todo eso, la entrega de

los recursos y el alejamiento de la industrialización, sirvieron para afianzar la brecha.

En este Siglo la apropiación de los recursos no sólo fue por conducto del comercio y sus precios desiguales, sino, de manera directa, con la presencia de los capitales extranjeros. Se hacen esfuerzos proteccionistas, es cierto, en respaldo de la industria incipiente, pero las grandes corporaciones imponen el dominio tecnológico y succionan posibilidades a través del pago de patentes, alquiler de tecnología e intereses.

El panorama se complementa con el afianzamiento del neoliberalismo, que barre los intentos nacionalistas y defensivos, para abrir las compuertas de la entrega. Ahora el malgasto de divisas en toda clase de mercancías, aunque buena parte de ellas sean suntuarias, está en el orden del día. El librecambio vuelve a ofrecerse como panacea en las economías subdesarrolladas, mientras las economías desarrolladas practican conductas proteccionistas. Y los recursos —petróleo, carbón, maderas, etc.,— se entregan a la voracidad de las multinacionales, para complementar, en el presente, el rosario de hechos causales del subdesarrollo.

Dos voces sensatas y autorizadas

La otra noche pasé un rato agradable escuchando la palabra sensata de un dirigente empresarial barranquillero. Pocas veces puede sacarse provecho de la voz autorizada que brota de la experiencia y del correcto proceder. Un grupo de personas conversaba sobre los problemas económicos colombianos y la nueva estrategia neoliberal. Una de ellas expresaba con entusiasmo simpatía por el librecambio, como también su rechazo a las concepciones ideológicas de los años sesenta, que tantas expectativas y esperanzas despertaron en la América Latina bajo el liderazgo de la Cepal y de los economistas comprometidos con el análisis de las causas de nuestras desventajas.

Fue entonces cuando el doctor Hernando Celedón Manotas se encargó de refutar los aligerados conceptos de su interlocutor, recordando que después de la admi-

nistración del doctor Carlos Lleras Restrepo (de orientación cepalina, correcto proteccionismo e intervención estatal comprometida con el desarrollo y el aprovechamiento de los recursos) en el país no volvió a establecerse ninguna industria de importancia.

También el doctor Celedón Manotas se refirió a los criterios de los que endiosan el simple crecimiento económico, o economicismo, que alimenta la desigualdad social y la concentración de la riqueza.

Para ilustrar sus puntos de vista, el gerente de Monómeros contó una anécdota que bien resume toda una expresiva realidad: Meses atrás visitó a Barranquilla una delegación de inversionistas japoneses: Cuando la recibieron en el aeropuerto, comenzaba a llover, uno de esos aguaceros muy propios de los meses invernales. De inmediato se apresuraron al hotel El Prado. La fuerte lluvia cubría los vidrios del automóvil y empañaba la visibilidad. Por eso los orientales no se dieron cuenta por dónde pasaban. Dos o tres horas después, cuando ya había escampado, los anfitriones invitaron a los recién llegados a conocer la ciudad. Naturalmente, tuvieron el cuidado de pasearlos por las calles de los barrios del Norte. Al mirar las mansiones residenciales los japoneses comentaban entre ellos en su idioma. Ya de regreso se les hizo la pregunta de rigor en estos casos: ¿Qué les parece Barranquilla? Entonces contestaron: Colombia, país pobre; Japón, país rico. Colombianos ricos; japoneses pobres.

Quería decir el doctor Celedón Manotas que la falta de austeridad en el vivir, la concentración de la riqueza por un lado, y la miseria por el otro, pesa sobre las posibilidades de utilizar los recursos en favor de un desarrollo económico y social conveniente. Contrario a lo anterior en el Japón los modestos apartamentos son albergue de gerentes, y la diferencia con los trabajadores no es tan marcada.

Por cierto que yo soy bastante conocedor de esa realidad. Cuando se iniciaba el gran proceso de industrialización de posguerra, al comienzo de la década de los años sesenta, recorrí todo el Japón, como invitado especial. Entonces dirigía la Planeación Regional en la Planeación Nacional. Fueron tres meses de estudios de la industria de ese país. Todas las fábricas de importancia las visité y compartí con sus dirigentes y obreros. Era tanto el respeto por la austeridad y el aprovechamiento del trabajo, que a las diez de la noche todos los establecimientos públicos de diversión, incluso los cines, cerraban. Recuerdo que en la populosa ciudad de Tokio, entonces con ocho millones de habitantes, sólo en un restaurante, podían mis colegas argentinos saciar la nostalgia de los beef.

Como agradable complemento de lo escuchado a mi paisano doctor Hernando Celedón Manotas, otro ilustre representante de la burguesía manufacturera, el escritor e ideólogo Hernán Echavarría Olózaga, acaba

de escribir en "Lecturas Dominicales", un artículo sobre "La Paz y la Tierra". Se trata sencillamente de un alegato correcto que pone el dedo en la llaga, como suele decirse. No es materia novedosa, porque siempre los economistas hablaron de eso, especialmente los tildados de comunistas o revolucionarios a ultranza. La gran importancia de lo dicho es por quien lo dice.

Para el doctor Hernán Echavarría el máximo problema del subdesarrollo colombiano está en la propiedad de la tierra, en manos de terratenientes citadinos que no la explotan e impiden que se de un sobrante agrícola mientras las ciudades se convierten en el albergue tugurial de los campesinos. En América Latina, dice el autor, el proceso de la industrialización encuentra tantas dificultades porque en ningún país se ha hecho la reforma agraria. Y agrega que en Colombia hasta los propios industriales prefieren invertir en propiedad raíz para aprovechar los bajos niveles de impuestos catastrales y esperar el engorde de la valorización. Por eso, opina, se hace necesario adelantar en el menor tiempo posible una reforma agraria adquiriendo el Estado tierras, al precio declarado por sus dueños no por precios comerciales, para entregárselas a los campesinos, porque de otra manera, concluye", lo que ha ocurrido en Chiapas, el Estado más al sur de México, donde el pueblo se ha levantado en guerrilla alegando que no tiene tierra ni empleo, es un ejemplo de lo que podría suceder en Colombia y en otros países latinoamericanos".

El neoliberalismo y lo propio

Nunca como en el presente se había manifestado con tanta magnitud el fenómeno de la dependencia ideológica. Las resucitadas tesis librecambistas, ahora expuestas bajo el pomposo ribete de neoliberalismo, dominan a plenitud en las esferas oficiales, gremiales y universitarias. Los vestigios defensivos del pasado se encuentran aún arrinconados, pese a los resultados funestos (casos de México y Venezuela) que se han cosechado. Los voceros criollos de las ideologías de los países dominantes no solo repiten los enunciados teóricos provenientes del exterior, sino que otorgan a dichas formulaciones, y a las ciencias sociales en general, el carácter de patrimonio de todos los pueblos.

Todo esto quiere decir, que se confunde la concepción abstracta de una ciencia, con las teorías explicativas de hechos concretos, enunciados en razón de un proceso

particular de conveniencia exclusiva para sus enunciadores. Se olvida, o se pretende ignorar para provecho de los olvidadizos, que no obstante el significado de la ciencia en su conjunto, lo social se entrelaza al momento histórico, al espacio geográfico y a la conducta política. Todo lo cual avala la necesaria validez de una estrategia propia.

En los textos de historia de las doctrinas económicas escritos en los países desarrollados, se pretende demostrar que la política mercantilista, que tanto aportó al surgimiento del capitalismo europeo a costa de un nuevo mundo conquistado y expoliado, fue la iniciación de una ciencia económica universal; y el bagaje teórico del liberalismo posterior, que afianzó el dominio de ese continente en la etapa industrial, se le rotuló, en sus principios librecambistas con una apariencia neutral y propia de la naturaleza (laissez faire, laissez passer), cuando en verdad respondía a la dinámica de una etapa del desarrollo del sistema para beneficio de las regiones dominantes de entonces.

Incluso, su estrategia teórica del crecimiento económico interno —de la división del trabajo— se amplió también a escala internacional, para confirmar los supuestos comentados: lo que se presagiaba como equitativo en las relaciones comerciales del mundo, con el respaldo del análisis "científico" de la especialización internacional del trabajo, de los costos comparativos,

etc., sólo sirvió en la práctica para afianzar la división entre países ricos industrializados y países pobres productores de materia prima.

Posteriormente, en este Siglo, la llamada nueva teoría económica Keynesiana de los años treinta, que pomposamente se autodenominó "teoría general" y se pregonó con ribetes de panacea universal, en verdad era la respuesta a una situación anormal de las crisis endémicas propias del sistema en los países conocidos con el nombre de centros cíclicos, que ante la realidad del escaso empleo de los recursos, contemplaban el derrumbe de las creencias en los ajustes espontáneos.

En nuestros días, ante la quiebra del socialismo soviético, la terminación de la guerra fría y el surgimiento de Europa y el Japón al lado de los Estados Unidos, con una tecnología que desborda la demanda interna, fácilmente se puede comprender que la apertura y la libertad absoluta de comercio, son las conductas de conveniencia para dichas potencias industriales, a costa de las posibilidades de las regiones sometidas, a las cuales se les doblega ideológicamente para que entreguen sus recursos a la voracidad de las multinacionales y consuman sin ninguna clase de reservas sus productos.

Por eso no es temerario afirmar que las doctrinas económicas y de otras ciencias sociales (sociología,

política, administración, etc.) extranjeras que hasta ahora nos han influído, poco tienen que ver con nosotros, y, por lo tanto, no pueden aceptarse como un legado universal de las ciencias sociales, sino, más bien, como la teoría explicativa de los fenómenos del crecimiento económico de los países donde se origina, y como la estrategia para su política, su modelo y sus conveniencias.

Por todo eso hay que repetir una vez más —aunque sea arar en el desierto en el marco actual del neoliberalismo— que corresponde a nosotros, economistas de América Latina, enunciar los preceptos teóricos de la estrategia de nuestro desarrollo. Y ese hecho sólo puede suponerse a través del estudio consciente del proceso histórico y de la realidad actual. Tantas veces se ha repetido —y hay que seguir haciéndolo— lo que dijo Andrés Bello: "América Latina tiene un camino: su propio camino". O a la manera poética de Pablo Neruda: "El destino de América Latina será hijo de nuestros hechos y de nuestros pensamientos".

¿Quiénes son los neoliberales?

Frecuentemente leo en los periódicos y escucho en discursos de personajes que manejan el Estado, tesis relacionadas con el libre cambio y la educación. Se dice, por ejemplo, que los personeros del liberalismo comercial, ahora conocido con el nombre de neoliberalismo, han sido los costeños, y se encuentra como responsable de la actual situación de desventaja, la diferencia entre el saber de las grandes potencias y los pueblos subdesarrollados.

Estos conceptos ligeros exigen aclaración, y así lo haremos en esta columna.

El estudio del pensamiento económico colombiano permite comprobar que los mandatarios e ideólogos de la Costa Caribe fueron siempre proteccionistas, mientras los del interior, particularmente los bogotanos,

aparecen como voceros del libre comercio. E incluso el comercio no oficial siempre, en su mayor parte, fue dirigido, y se sigue dirigiendo, desde la capital de la República. En días pasados, con motivo de la Navidad, acompañé a un mercado turístico a un amigo bogotano que quería comprar licores y electrodomésticos. Al quejarse del cambio en los precios, el expendedor le hizo saber que los grandes distribuidores de Bogotá los habían aumentado. Entonces nos enteramos que los mayoristas que alimentan esos centros comerciales residen en Bogotá. Los nuestros, de la Costa Guajira, sea el caso, son mercaderes menores.

Los más sobresalientes economistas de la época colonial, el cartagenero José Ignacio de Pombo, precursor de la política económica nacional, y Antonio de Narváez, defendieron con afirmación y convencimiento la protección de la industria nacional. De Pombo responde a las más avanzadas concepciones de los economistas clásicos, al valorar el trabajo. La verdadera utilidad de la industria, decía, es el precio del trabajo de los hombres que ocupa y por consiguiente alimenta. De Narváez no sólo denuncia el peligro de la importación sin freno que castiga a la industria criolla, sino también a la exportación primaria. La producción agrícola y minera, por ejemplo, según su criterio, debía ser procesada en estos territorios para recibir el beneficio del valor agregado.

En la República José María Castillo y Rada, el cartagenero Ministro de Hacienda de Bolívar y Santander, es proteccionista; y gracias a esa consecuente posición, florece la artesanía y la industria de entonces. Precisamente, la obra de Castillo y Rada la malogra el bogotano Florentino González, fiel repetidor de la estrategia librecambista inglesa de esos tiempos. Según este conocido septembrino, los aranceles sólo servían para favorecer a "ciertos industriales que en nada contribuyen al fomento de la riqueza nacional". Y como si eso fuese poco, agregaba: Impedir la entrada de los "artefactos que la Europa y la América del Norte pueden enviar a precios baratísimos, sería un contrasentido imperdonable. Hay que dejar a la inteligencia y a la actividad el campo libre para ventajas que la poca habilidad y la pereza pretenden conseguir con una protección onerosa". Esta línea de conducta la comparte Murillo Toro. Los resultados de tan desafortunadas posturas, escribió el costero Luis Eduardo Nieto Arteta, fue la ruina de la industria y la artesanía.

Rafael Núñez vuelve por el camino correcto. Es la antítesis del divulgador o gratuito copión de lo foráneo. Entiende a la economía como una ciencia política, espacial, histórica y dialéctica. Las verdades son siempre relativas, porque dependen del tiempo y de la medida en que se aplican, argumentaba. Si los ingleses son librecambistas, observó con acierto, es porque esa estrategia conviene a su industria que puede exportar

sus productos con precios altos, mientras necesita importar materia prima al menor costo posible. Y de manera enfática, conceptuó: "Es hora de que nos salvemos entrando valerosamente en el camino de la emancipación económica, sin la cual quedará reducida a estétil retórica la emancipación política".

En su discurso en la Universidad del Norte el señor Presidente de la República, doctor Ernesto Samper, dijo que el libre comercio se practicaba en la Costa desde hacía muchos años y también expresó que sus habitantes han trabajado para provecho del modelo centralista de Bogotá.

En verdad en estos dos conceptos hay que distinguir. Como ya se ha señalado lo del librecambio en la Costa, o neoliberalismo del presente, se aparta de la realidad. En el Gobierno pasado y en el actual los ministros de Hacienda que han manejado la política económica con los Presidentes, no han sido costeños. En cuanto al centralismo proteccionista, está en lo correcto. Porque el problema no es el proteccionismo sino su aplicación centralista.

¿Qué se dirá mañana de este caos?

La gente de paz piensa que estos años de violencia y descomposición social serán recordados en el mañana como una etapa oscura en la historia de Colombia. Y no es para menos: el crimen, en todas sus variantes, está a la orden del día. Campesinos masacrados; jóvenes que reciben ajusticiamientos en las barriadas humildes; niños víctimas de atropellos y del plomo; guerras intestinas que siembran terror y muerte. En fin, toda la gama del desprecio por la vida humana y la convivencia.

Pero, al lado de esa realidad que conturba, los economistas sopesamos la trascendencia negativa, también con circunstancias agravantes de delito, que se lleva a cabo a través de la estrategia neoliberal impuesta desde fuera para provecho exclusivo de los países dominadores.

Toda la riqueza nacional se entrega sin asomo de escrúpulos a la voracidad de las llamadas multinacionales. Empresas que fueron el fruto de esfuerzos y sacrificios nacionales, del trabajo y los recursos presupuestales, se venden sin regatear y con los ojos vendados, para responder a preceptos de esquemas neoimperialistas bautizados con el eslogan paliativo de "apertura" o "globalización".

Y es tanta la depreciación de la dignidad que hasta se humilla al hombre colombiano, al desconocer su capacidad laboral y reemplazarlo en los sitios de dirección y mando por extranjeros.

Son éstos, en verdad, momentos alejados de otros tiempos motivados por idearios de liberación y esperanzas.

En los inicios y afirmación de mi actividad política y profesional, allá en las décadas de los años cuarenta, cincuenta y setenta, la ideología pregonada se basaba en la defensa y cabal aprovechamiento de lo propio. Entonces la industrialización era objetivo fundamental. Y al desarrollo se le evaluaba desde el punto de vista económico y social.

Y todo esto respondía al simple estudio de la historia de las naciones. Europa y los Estados Unidos recorrieron primero el camino de la protección adecuada a

su industria antes de pensar en modelos librecambistas. Las etapas mercantil y preindustrial, sea el caso, fueron ricos muestrarios de barreras arancelarias, discriminaciones y correcto usufructo de los bienes disponibles.

Entre nosotros, la sustitución de importaciones, la nacionalización o, mejor dicho, colombianización del petróleo, el carbón y otros recursos considerados como estratégicos; la reforma agraria que pusiera fin al estéril latifundio; la distribución equitativa del ingreso; la intervención estatal en el manejo de la banca central; la orientación selectiva del crédito con fines productivos; el patrocinio de una integración regional, etc., engranaban anhelos sobre una política económica defensiva.

Nada de esto era improvisado ni gratuito. Respondía al legado de nuestros libertadores. Porque todos ellos pensaron en un camino propio.

En los años de la Segunda Guerra Mundial las circunstancias obligaron al aprovechamiento de lo oportuno. Como las potencias en conflicto volcaron sus esfuerzos a la producción bélica, se vieron obligados a algo así como conceder licencia para que los pueblos subdesarrollados resolvieran por su cuenta las cuestiones de consumo.

¿Y qué ha pasado después? Simplemente, el derroche irresponsable, el abandono de metas, la entrega dócil, la corrupción, el aceleramiento de la dependencia...

Sin embargo, en medio de este jolgorio de la entrega de recursos y empresas, de festín liberaloide que rinde culto a misteriosas fuerzas niveladoras del mercado, esta noche del cinco de noviembre de 1996, escucho una alocución del señor Presidente de la República, doctor Ernesto Samper Pizano.

En un lenguaje, aunque tímido, por lo menos distinto al conocido, como de regreso a la cordura y a la sensatez conveniente, el jefe del Estado explica medidas oficiales próximas que involucran controles a los precios de las mercancías para menguar el alza incontenible, a los servicios públicos, a la educación, etc.

Ante la realidad de los hechos, tozudos como se dice que son, las medidas paliativas en este presente caótico por lo menos sirven para valorar el arrinconado legado de las ideologías del ayer.

De nuevo al antinatalismo

En la década de los años sesenta escribí un libro publicado por Tercer Mundo, con el título de El Neomaltusianismo Doctrina del Neoimperialismo. Posteriormente los editores argentinos me comentaron que ese nombre era poco apropiado para una adecuada distribución continental y lo cambiaron, con mi anuencia, por el de Control de la Natalidad con Arma del Imperialismo. Después la Editorial Plaza & Janés hizo cinco ediciones, la última en 1986. Recientemente dirigí la edición del libro El Aborto en Colombia, del médico e investigador, doctor Leonello Marthe Zapata, y en el prólogo me permito hacerle a tan dilecto amigo y compañero de actividades universitarias, algunas observaciones en el campo del antinatalismo, aunque comparto sus juiciosas y acertadas conclusiones sobre el aborto, en el marco analítico médico-social.

Pienso ahora, ante esas constancias que gratifican el recuerdo, que debo decir algo a mis amigos al finalizar la Conferencia de El Cairo, cuyos debates y conclusiones fueron ampliamente divulgados por los medios de comunicación.

De nuevo se manejan cifras sobre el crecimiento demográfico y la cantidad de habitantes de países y continentes, para repetir sofismas sobre las causas del subdesarrollo y la miseria de los pueblos, y hasta se recomienda, no se sabe si en burla, que los mismos hambrientos y necesitados, deben gastar doscientos mil millones de dólares en preservativos, abortos y demás medidas anticonceptivas.

Sin entrar a debatir aspectos morales, ni mucho menos la autonomía de las personas para decidir su conducta familiar, la verdad es que el crecimiento de la población ha sido agente decisivo en el avance de la civilización y los cambios revolucionarios de la humanidad. Sin embargo, escribíamos ayer, los aumentos en el volumen de la población mundial sirven de motivo a los apologistas del pesimismo para señalar gravedad suma en la continuación de ese fenómeno. Maliciosamente, sin mencionar los hechos estructurales que genera la realidad social, deducen que sólo a través de la reducción del crecimiento poblacional, pueden lograrse un aceptable nivel de vida.

Treinta años atrás los pregoneros dogmáticos del antinatalismo declaraban, por ejemplo, que en Colom-

bia la solución del problema a la pobreza estaba condicionado a la baja de la rata de crecimiento de tres y medio por ciento, de entonces, a dos por ciento, de ahora. Sobre otros países, como la China de comienzos de Siglo, con endémicas hambrunas, afirmaban que nada bueno podía esperarse en su futuro.

La verdad es que hoy hemos llegado a nuestro país a la meta propuesta y la miseria se acrecienta y sólo en Bogotá se contabilizan dos millones de indigentes. Mientras tanto, China, con sus mil quinientos millones de habitantes, se da el lujo de haber erradicado el hambre y de registrar un crecimiento económico productivo de quince por ciento, el más alto del mundo.

En un país como Colombia, con los más variados recursos naturales y una densidad de población baja, no puede ser aceptado el argumento de ubicar la razón del subdesarrollo y la miseria en el exceso de población. Lo mismo puede decirse de América Latina en su conjunto.

Para el Instituto Agustín Codazzi, en apenas el setenta por ciento del territorio nacional hay más de cinco millones de hectáreas, en zonas planas, clasificadas como aptas para la agricultura y la ganadería tecnificada o intensiva. Otras siete millones de hectáreas se les considera parcialmente aptas para la misma actividad productiva, y diecisiete millones son adecuadas para

"cultivos permanentes, bosques y ganadería extensiva". No obstante, unos centenares de latifundios dedicados a la ganadería extensiva o al engorde, copan la mayor parte del territorio nacional. Hace unos años el Incora encontró que una sola propiedad comprendía medio millón de hectáreas. Y este estado de concentración en vez de disminuir aumenta, especialmente alimentado por el fenómeno del narcotráfico. Lo que quiere decir, como proclama el viejo razonar, "más alambre, más hambre". Y también, más tugurios en las ciudades, más desempleo, más violencia.

Ya los economistas se han encargado de inventariar las causas históricas y los obstáculos presentes de la situación desventajosa del llamado Tercer Mundo. En el próximo artículo las analizaremos.

Universidad

La Universidad y la cultura

Nada nuevo tengo que agregar a lo expresado desde hace unos veinte años sobre el papel que le corresponde a la Universidad en el campo de la promoción cultural.

La Universidad puede cumplir un encargo más importante que la de simple productora de profesionales. Así, al hacer buen uso de la autonomía, parte de sus inquietudes debe reposar en un trípode: misión receptora, compromiso de análisis e irradiación de enunciados para el estudio de la realidad social.

Lo anterior supone sobrepasar el antiguo concepto que de ella se tenía como conciencia crítica de la sociedad, al otorgarle, también, cierta función responsable y creadora, capaz de aportar sugerencias insinuantes en favor de un arte, una técnica y una ciencia al servicio de nuestro desarrollo.

Estos criterios los consideramos con alguna validez si se tiene en cuenta que en los medios universitarios se abusa de la rigidez esquemática para propagar interpretaciones de saber sectario o justificar la inacción.

En el compromiso de la Universidad con la cultura también, desde tiempo atrás, expresé opiniones particulares. Por ejemplo, las universidades se han hecho responsables de buena parte de la promoción cultural. Sin embargo, en muchos casos apenas ellas se manifiestan como simples conductos y expresiones de la dependencia cultural.

La cultura, a mi parecer, no puede medirse con la capacidad de imitar, copiar o repetir lo ajeno. Ni tampoco la erudición y el conocimiento de otras culturas es suficiente para evaluar la verdadera cultura. Por el contrario, en ciertas ocasiones cuando se hace gala de conocimientos del legado cultural foráneo y se desprecia lo vernáculo, sólo se disimula una ignorancia pedante.

La cultura, define el Diccionario de la Lengua, es el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social. Vale decir, la manera como se manifiesta la vida tradicional y la capacidad creadora de un pueblo.

No puede suponerse de lo anterior que se desconozca el concepto de la cultura como patrimonio universal, ni mucho menos se menosprecien o ignoren las distintas culturas. La historia de la humanidad, razonaba Eugenio d'Ors, es un congreso. Todo está dicho a medias y hay que continuar la deliberación. En el congreso, habría que agregar, se exige el deber del legado propio.

Cuando Arguedas saboreaba la cultura de sus antepasados Incas, solía exclamar: "Imitar desde aquí a alguien resulta algo escandaloso. En técnica nos superarán y dominarán, no sabemos hasta que tiempos, pero en arte podemos ya obligarlos a que aprendan de nosotros".

El compromiso con la cultura, pues, obliga a la creación. No basta el conocimiento si este no se utiliza para moldear autenticidades. Antes yo solía repetir cuándo clamaba —como sigo haciéndolo todavía— por la formulación de una teoría nuestra para el desarrollo económico y social de nuestra América Latina, que uno puede dudar de lo que oye, y hasta puede dudar de lo que ve, pero jamás dudará de lo que hace con sus propias manos.

En un librito que escribió David Sánchez Juliao y otros amigos, se cuenta que alguna vez yo visitaba a Atenas y una tarde asistí a la Academia de Platón. Entonces, con la ayuda de un intérprete conversé con sus miembros sobre el mensaje de La Política, la

República, y las obras de Heráclito y Demócrito, estos dos últimos mis favoritos por aquello de la dialéctica y el materialismo. Entonces uno de los académicos, un tanto sorprendido, me dijo: "Es usted un erudito". Y de inmediato le repliqué: —Erudito, no; subdesarrollado.

Porque una de las manifestaciones del subdesarrollo, en lo que atañe a la dependencia cultural, es saber más de lo ajeno que de lo propio.

Las Universidades y el lucro

La razón de ser de las universidades muchas veces no es comprendida. Se piensa que se trata de instituciones con ánimo de lucro, como suele decirse en el lenguaje del derecho comercial. La ignorancia, o el desconocimiento de las normas legales que regulan las actividades universitarias, patrocinan la confusión e impiden valorar la entrega y el altruismo de los fundadores y directivos de las casas de estudios superiores.

Cuando se habla de universidades privadas se confunde este término con propiedad particular, con dueños y beneficios dinerarios. En verdad son universidades no oficiales, vale decir, no sostenidas en sus presupuestos de gastos por los tesoros nacionales, departamentales o municipales.

Pero, como bien explica, sin cansancio, el doctor Rafael Bolaño, profesor de Derecho Civil, cuando se

acercan a su oficina a preguntar por los "dueños" de la Universidad Simón Bolívar, las corporaciones y fundaciones de beneficencia pública son personas jurídicas cuyos patrimonios, en caso de disoluciones, pasan a poder del Estado.

El artículo 637 del Código Civil es claro en esta materia, cuando dispone: "Lo que pertenece a una corporación no pertenece ni en todo ni en parte a ninguno de los individuos que la componen".

Y en el artículo 649 se complementa el mandato anterior, en lo referente a la disolución: "Disuelta una corporación, se dispondrá de sus propiedades, en la forma que para este caso hubiere prescrito sus estatutos; y si en ellos no se hubiere previsto este caso, pertenecerán dichas propiedades a la nación, con la obligación de emplearlos en objetos análogos a los de la institución".

Las universidades con carácter de corporaciones, según el artículo 638 del Código, deben ser regidas por salas u organismos integrados por sus fundadores o miembros, que gozan de facultades deliberativas y administrativas. "La voluntad de la mayoría de la Sala es la voluntad de la Corporación".

Lo triste de este desconocimiento, que nunca se sabe si es de buena o mala fe, digamos por caso, en el su-

puesto último, para jamás estimar o agradecer el esfuerzo o la obra de los directivos, comenta el doctor Bolaño, es escuchar a algunas personas cuando indagan por los montos de los dividendos.

Hay que tener paciencia, le dice al doctor Bolaño su compañero de trajines jurídicos, el doctor Antonio Spirko. Son estos, tiempos bajo el dominio de la moral pecuniaria. Ahora todo se mide o aprecia bajo el rigor del dinero. Y resulta difícil hacer comprender a las personas que aún existe la entrega y la voluntad de servicio a la sociedad.

Por ejemplo, cuando yo expreso públicamente los propósitos de extender las actividades de la Universidad Simón Bolívar a otras ciudades, suelo recibir respuestas de algunos de sus habitantes, pero casi siempre son de personas que ofrecen terrenos o casas en venta o alquiler. Hace unos días el maestro Edinson Roa hizo saber por las páginas de EL HERALDO, que iba a obsequiar una colección de sus pinturas a los museos de la Universidad. Y de inmediato muchas fueron las llamadas telefónicas que recibió en su apacible estudio de Galapa, criticándole su ejemplar y loable propósito.

En todas ellas, comenta el consagrado pintor y muralista, me dijeron que cómo iba a regalar lo que bien podía vender por buen dinero.

Podría suponerse que en algunas universidades no oficiales se exagera la nota. En días pasados una noticia hacía saber que un ex Ministro de Hacienda fue nombrado Rector de una Universidad bogotana, con un sueldo de un poco más de treinta mil dólares, o sea, más de treinta millones de pesos mensuales. Como quien dice, quince veces más del que recibe su colega de la Simoncho, como cariñosamente llaman los estudiantes a la Simón Bolívar, y eso, después de veintitrés años de servicio. Sin embargo, necesario es declararlo, no creo en la veracidad de esa información.

Las universidades son y han sido instituciones fundadas y dirigidas sin propósitos lucrativos. Sus directivos siempre se han distinguido por un actuar distinto al mercantil. Lo mismo puede decirse del catedrático o profesor. Porque la profesión de educador es plena en el sacrificio y la entrega. Un profesor es un maestro. Esto es, persona que tiene autoridad para enseñar una ciencia y mérito relevante en su medio.

Y que sea esta una feliz oportunidad para felicitar a las Universidades Autónoma del Caribe y del Norte, a sus fundadores, y a sus ilustres Rectores, doctores Mario Ceballos Araújo y Jesús Ferro Bayona, en sus veintinueve y treinta años de fecundas existencias.

Defensa de las universidades

La historia de la Universidad es la historia de la entrega y el servicio a la educación y la cultura. Buena parte de los grandes acontecimientos que han contribuido y contribuyen al desarrollo social, económico y cultural de la humanidad, se gestaron y se gestan en los claustros universitarios. Y nunca como ahora se le concede a los centros de educación superior un papel tan prioritario en el delicado compromiso que le corresponde de formar los profesionales que exige el desarrollo económico y social. Como suelen decir los economistas, el factor humano que egresa de las universidades constituye la máxima garantía de la organización social del presente.

Una de las grandes revoluciones de nuestro tiempo ha sido la democratización de la educación. En el campo universitario, por ejemplo, antes unas escasas ciudades

tenían este privilegio, y apenas para recibir en su seno a muy pocos educandos. En Colombia sólo Bogotá, Cartagena, Popayán, Medellín y Pamplona, gozaban de esa exclusividad. Nunca olvido los sacrificios de mis padres cuando decidieron cumplir con mis deseos de ir a Bogotá a estudiar Ciencias Económicas. Las cuatro vacas y las veinte hectáreas de tierra que aún le quedaban en Isabel López, tuvieron que ser vendidas. Entonces en Barranquilla nada más había escuelas y colegios de bachillerato. Y después de la decisión me esperaba el viaje de semanas por el río y el ferrocarril. Allá, en Bogotá, no pasaban de docenas los costeños universitarios. Yo me sentí reconfortado, en esa tierra extraña e introvertida de esos días, al encontrar en los predios de la Ciudad Universitaria a Juan B. Fernández Renowitzky, Mario Alcalá, Dilio Donado, Jaime Díaz Granados, Juan Padilla Valdiri y a otros jóvenes de estos litorales.

Ahora, olvidando ese pasado de limitaciones, desde ciertas esferas oficiales se pregona una campaña de descrédito contra las universidades, ignorando sus aportes, y con marcado desprecio a su misión de servicio al pueblo.

Se hace necesario, por lo tanto, que la comunidad sepa que no existen universidades privadas, desde un punto de vista de propiedad particular, como define el Diccionario de la Lengua, porque ellas son corpora-

ciones sin ánimo de lucro. El patrimonio de todas las universidades, de acuerdo con la ley, sean estas oficiales o no oficiales, pertenece al Estado. En cuanto al Icfes, tal como su nombre lo indica, debe seguir siendo el Instituto Colombiano de Fomento de la Educación Superior. Fue creado para eso, para fomentar el mejor desempeño de las universidades, y de ninguna manera para hacer papel policivo y desacreditador de los centros universitarios. Yo pertenecí dos veces a la Junta Directiva del Icfes, y jamás supe que ningún Ministro, directivo o funcionario de ese organismo se le ocurriera hacer protagonismo a costa de la imagen de las universidades. Todos ellos cumplían el mandato legal, al ofrecer asesorías, sugerencias y recomendaciones beneficiosas y saludables para la superación de deficiencias.

La tarde de la posesión del señor Presidente de la República tuve la grata oportunidad de saludar al nuevo Ministro de Educación, doctor Arturo Sarabia Better. Aproveché entonces los segundos para hacerle saber que la gente universitaria se llena de esperanza con su presencia en el Ministerio. Porque queremos que el Icfes responda al objeto de su creación, como también que se le de la oportunidad a un hijo de esta región de manejarlo, pues hasta la fecha nunca ha habido un director costeño, si exceptuamos al educador doctor Antonio Vallejo, quien se desempeñó, por cierto, con lujo de competencia, como Director encargado. Además, estamos seguros de que en el actual Gobierno, más allá

del estrecho criterio de edificios y computadoras, a la Universidad se le valorará como foco humanístico, en donde el libro, la creación intelectual, la correcta formación moral y técnica, constituyan su andamiaje.

Los abogados y las universidades

En días pasados visitó las oficinas de la Universidad Simón Bolívar el Senador Roberto Gerlein Echeverría con el propósito de matricular a un copartidario guajiro que, por problemas de salud, no podía hacerlo personalmente.

Entonces la doctora Anita de Bayuelo, le preguntó: - ¿Y qué piensa estudiar su pupilo?

- Pero, niña, le respondió con gracia de congresista y autorizado conocedor de la realidad colombiana el veterano político: ¿Qué otra cosa puede estudiar un guajiro? Naturalmente, ¡Derecho!

Esa anécdota encaja muy bien para referirse al tragicómico cuestionamiento del señor Ministro de Justicia a la profesión de abogado, en lo que tiene que ver con su abundancia.

Porque nada más repleto de ironía que la crítica oficial a un fenómeno propio de una organización social absurda e injusta. En un país donde la tierra reposa en manos de contados propietarios que la mantienen como instrumento de engorde o en ganadería extensiva; de concentración del capital, en buena parte dedicado a la especulación financiera, cuando no se escapa al exterior en busca de refugio o de intereses en dólares; de agudo centralismo que convierte a la periferia en zonas tributarias, en fin, de vulgar neoliberalismo dependiente malgastador de divisas en importaciones suntuarias o absurdas que atentan contra la agricultura y la manufactura nacionales.

Esa ha debido ser la primera conclusión del alto agente del Gobierno, al índagar en los muchos estudios serios que se han hecho sobre los problemas estructurales que limitan el mercado de trabajo, y obligan a la juventud a inclinarse, para poder sobrevivir, por una profesión con amplio campo de ejercicio.

Además, en una sociedad bajo el peso de la descomposición, considerada como la más violenta del mundo (violencia expresada en distintas formas y con orígenes diversos) el abogado está llamado a cumplir el significativo papel de acusador o defensor.

Y a lo anterior hay que agregar lo observado por un porfesional del Derecho y catedrático: Detrás de la

maniobra es fácil descubrir las orejas centralistas de los críticos. Por un lado, el interés de unas tres o cuatro universidades bogotanas de alcurnia que en el pasado dominaron la formación elitista de profesionales del derecho, limitadas en el presente en su influencia ante la democratización y descentralización de la enseñanza. Por el otro, el desprecio a los preceptos establecidos en la Constitución de 1991, complementados con normas que otorgaron responsabilidades a los centros de educación superior para dirigir sus destinos y redujeron las facultades del Icfes, el organismo oficial localizado en Bogotá, creado, como su nombre lo indica, como un instituto de fomento, y dotado después con funciones policivas quue, en buena hora, han terminado.

Con frecuencia las universidades son víctimas de observaciones temerarias que pretenden desconocer sus entregas, sacrificios e ideales. Y eso no significa negar que puedan darse deficiencias y anomalías, propias del subdesarrollo y de lo prevaleciente. Pero, por sobre todo, el espíritu de servicio y el apego a la moral se mantienen como guía en sus objetivos e idearios.

Si algo puede mostrarse como máximo logro en los tiempos actuales es, precisamente, la oportunidad que encuentra la juventud para ingresar a los claustros universitarios. Hace apenas medio siglo en Barranquilla, para entonces la segunda o tercera ciudad del

país en importancia económica y número de habitantes, no había una sola universidad. Entonces eran unos pocos privilegiados, apenas unas dos o tres docenas, los que podían trasladarse a Bogotá a estudiar derecho, medicina o ingeniería. Hoy son decenas de miles de universitarios en sus muy, por cierto, responsables ocho universidades.

Y en cada una de las capitales de los departamentos y en las ciudadelas del país están las universidades cumpliendo el sagrado deber de preparar profesionales en distintas disciplinas.

Para el caso de las facultades de Derecho el comportamiento es semejante. Por encima de la lamentable realidad nacional de corrupción y de violencia que desvirtúa formaciones, sus directivos y profesores siguen empeñados en entregar a sus discípulos conocimientos y principios. Que a la larga algunos egresados sean doblegados por comportamientos distintos, es otra cosa. Y eso puede suceder en las otras profesiones.

Todo lo cual permite concluir que el veredicto de encuestas superficiales no debe ser tomado alegremente por los voceros del establecimiento para desacreditar a una profesión y a las universidades. Ya es hora que el Estado, y el gobierno que lo representa, responda al reto de los cambios estructurales que permitan encontrar el camino que los colombianos anhelan.

Cuando el pueblo guajiro pueda aprovechar sus riquezas minerales, su estratégica posición geográfica, el legado de su cultura y su capacidad creadora, de seguro el doctor Gerlein Echevarría podrá servir de acudiente a sus amigos de la península en muchas y variadas profesiones.

Las Universidades de la Costa

En días pasados los rectores de las Universidades de la Costa se reunieron en las espléndidas instalaciones de la Universidad Autónoma del Caribe con el propósito de fundar el capítulo regional de la Asociación de Universidades de América Latina y el Caribe.

La Asociación, conocida con la sigla de Aualcpi, fue creada el mes de abril de 1993 en la Universidad Champagnat, Mendoza, Argentina, bajo los auspicios de su ilustre Rector, doctor Francisco Lucena Carrillo. Su finalidad es la de propiciar la integración de los pueblos latinoamericanos y la difusión de principios comunes que permitan valorar plenamente nuestra cultura, y comprometerse en la búsqueda de soluciones a los problemas sociales (hambre, enfermedades e ignorancia) que aquejan a buena parte de los habitantes del continente.

A esa primera reunión asistieron rectores de universidades de la Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, México, Nicaragua y Panamá. El próximo encuentro se llevará a cabo en la Universidad Católica de Honduras, en Tegucigalpa.

El encuentro en Uniautónoma fue sencillamente fraterno. Existe entre los educadores universitarios un espíritu solidario y de entrega en la sagrada misión de la enseñanza y el servicio a la comunidad. Las intervenciones de los asistentes, por ejemplo, permitieron conocer mejor el correcto razonar y la conducta adecuada de sus conductores.

El doctor Gabriel Betancur Mejía, Presidente Honorario de Aualcpi, vino desde Bogotá con un mensaje de los colegas andinos. El análisis que hizo de la educación superior en el país mereció el aplauso entusiasta de los asistentes. También el señor Rector Mario Ceballos Araújo explicó, con entusiasmo y dominio el tema, la razón de la nueva inquietud. Por su parte, los señores rectores Armando Zabaraín, Eduardo Acosta Bendeck, Augusto de Pombo Pareja, Luis E. Borja, Ramiro Moreno Noriega y José Eusebio Consuegra Bolívar, expusieron tesis de valiosos contenidos universitarios.

Para concluir, las universidades de la Costa aprobaron el proyecto de reglamento del Comité y eligieron

por unanimidad a los doctores Mario Ceballos Araújo, Presidente, Augusto de Pombo Pareja, Vice presidente, y María de Jesús Sierra, Secretaria general.

-oOo-

En una columna pasada mencioné el tema del colonialismo interno con una de las manifestaciones negativas del centralismo. En los países de expresión centralista las capitales, o centros de poder, para el caso de una nación, juegan el mismo papel de los países dominantes o imperialistas en relación con las regiones dominadas y dependientes.

Ante esa realidad se hace necesario acudir a estrategias defensivas y a actitudes niveladoras. Por ejemplo, observábamos entonces, no es correcto que a nuestras ciudades lleguen en bandadas las universidades bogotanas a organizar sucursales, mientras las nuestras permanecen reducidas a su espacio. Es necesario y justo que también las casas de educación superior de la Costa, de Antioquia, del Valle o de los Santanderes, se establezcan en Bogotá para servir a la juventud de esa ciudad, y para responder, con gratitud eficiente, la presencia en nuestros territorios de las instituciones de allá.

Esto es tanto más correcto en los alcances descentralizadores y de unidad nacional cuanto existe todo un pasado que informa de un ayer ejemplarmente distinto al presente inequitativo.

La primera imprenta que existió en Colombia, recuerda el doctor Augusto de Pombo Pareja, estaba en Cartagena. Y el primer linotipo lo tuvo el diario La Nación. Precisamente, agrega el doctor Mario Ceballos, en la década de los años treinta Pedro Pastor Consuegra hizo circular su periódico simultáneamente en Barranquilla y Bogotá.

Es ocasión apropiada, pues, para que las universidades de la Costa y de otras regiones se establezcan en Bogotá, donde serían recibidas con entusiasmo por los hombres universitarios y las colonias de paisanos residentes en la Capital, por cierto, más numerosas, en habitantes, que cualquiera ciudad mediana nuestra.

La Universidad del Atlántico

El Doctor Juan Pablo Llinás, quien como buen historiador mantiene su memoria despierta, me hace saber que no vio a los ex rectores de la Universidad del Atlántico en el acto que contó con la presencia del señor Presidente de la República, doctor Ernesto Samper Pizano.

Como respuesta al dilecto amigo sólo se me ocurre pensar que tal vez, como fuimos invitados en el mes de diciembre al terminar su mandato el Gobernador Gustavo Bell Lemus, ya era suficiente.

Sin embargo, deseo aprovechar la oportunidad de la fiesta que disfrutan las generaciones actuales con el feliz acontecimiento, para rendir un homenaje de admiración a tantos servidores de la causa universitaria en el transcurrir del tiempo.

Me valgo de la buena memoria del profesor José Stevenson y del doctor Eduardo Santos Ahumada para mencionar a algunos de los personajes que dejaron su huella en el Alma Mater. Ahí están, por ejemplo, los que orientaron su modesta pero significativa existencia del pasado, cuando las ilusiones y anhelos servían para superar dificultades y limitaciones presupuestales. En orden cronológico, los rectores de la Universidad del Atlántico, han sido: Abraham Téllez, Julio Enrique Blanco (dos veces), Rafael Tovar Ariza, Fernando Cepeda y Roca, Rafael Marriaga, Carlos Monroy Reyes, Alfredo López Durán, Alberto Goenaga, Santiago Zúñiga, Ernesto Cortissoz, Juan B. Fernández, Eberto González Rubio, José Lacorazza (dos veces), José Consuegra Higgins, Guillermo Rodríguez Figueroa, Antonio Caballero Villa, José Stevenson Collante, Antonio Vallejo, Eduardo Santos Ahumada, Andrés Pianeta, Esteban Páez Polo, Cristian Ujueta, Ernesto Camargo, Alvaro Ashton, Pedro Falco, J.J. Andrade, Armando Zabaraín Manco.

Intelectuales y catedráticos eminentes sirvieron con entrega a la grandeza de la Universidad: Alberto Assa, Alejandro Obregón, Liuba de Schmulson, Pedro Biava, Rodrigo Noguera Barreneche, Delia Donado, Fidelita Herrera, Margarita Galindo, Jorge Artel, Edinson Roa, Alvaro Castro Socarrás, Aquiles Escalante, Abel Avila, Homero Mercado, Eduardo Peña Consuegra, Osvaldo Consuegra, José Ramón Llanos, José P. Esmeral, y

tantos otros que supieron y saben responder a las misiones encomendadas.

La cosecha ofrecida por la Universidad a la comunidad ha sido sencillamente espléndida. En el campo de la ingeniería química, Eugenio Cabrera, Alvaro Del Valle, José Stevenson, Guillermo Rodríguez Figueroa, Mike Smulson, Jaime Fernández y muchos más sobresalen como directivos de empresas y educadores. Como abogados y políticos, Horacio Serpa Uribe, el Ministro corajudo símbolo de la gratitud y la amistad que se perfila como presidenciable; el senador José Name Terán; el ex Alcalde y penalista Miguel Bolívar Acuña; el ex Magistrado Luis Peñaranda, la magistrada Carmen Alicia de Bolívar, Gustavo Raad Mulford. De los economistas, tan cercanos a mis primeras actividades universitarias, están Silvio Llanos de la Hoz, José Watnik, Alcides Vargas, Iván Romero, Eduardo Santos Ahumada, Fernando Llinás, Jairo Parada, Pablo Matos, Eugenio Bolívar, Guido Nule Amín. Entre los arquitectos, Rolando Nassar, Vicente Vergel, Walter Suárez, Carlos Eduardo Esmeral, Matilde Maal, Ignacio Consuegra Bolívar, Gustavo Raad Mulford. Por los matemáticos, Antonio Martínez Charris, Oswaldo Dede; y, en las ciencias de la educación, área de sociales, Cristóbal Arteta, Ubaldo Meza, Arsenio Gutiérrez, Federico Santodomingo.

Reconozco que en estas menciones son bastante los que faltan, y a todos les ofrezco mis excusas, aunque

estoy seguro de que ellos se considerarán representados por sus condiscípulos y colegas.

No me atrevo a nombrar a los que hicieron de brillantes conductores de sus compañeros universitarios, pero sí debo decir que todavía sigo admirándolos. Los tiempos cambian y el pensar también. Hace poco leí un libro sobre la historia de la Universidad del Atlántico, y su autor, admirable líder que compartió conmigo idearios, omite esos interesantes tiempos que perduran en mi memoria, como muestra de vigorosa, sana y creadora inquietud insurgente.

En las distintas etapas de mi quehacer en la Universidad del Atlántico, la primera me obsequia los más gratos recuerdos. Eran los inicios de los estudios de Economía. Entonces mi afán se circunscribía a cuidar la existencia de la Facultad. En un viejo Plymouth, que compró Blanquita, mi hermana, con los recursos dinerarios de un "quinto" de la lotería del Atlántico que se ganó un miércoles afortunado, recogía todas las mañanas a mis discípulos. A veces había necesidad de llevar la silla o el banquito para sentarse porque casi se carecía de pupitres. Jornadas heróicas y horas de sencillez compartidas con tenacidad y esperanzas.

Todo esto resulta agradable recordarlo bajo el alero de la gratitud por los que ayer fueron. Como deben hacerlo, en el mañana, las generaciones venideras, cuando

disfruten el cómodo albergue de la ciudad universitaria, fruto de una norma legal, saludable iniciativa de un egresado agradecido, el Senador José Name Terán.

Nos duele la Universidad

No puedo negar mi pesar por los sucesos en la Universidad Nacional. Veo los noticieros de la televisión y la tristeza me embarga. Pienso en el pasado compartido con figuras ilustres de la academia, las letras y el quehacer político de hoy, y comparo. En las Sorpresas del Tiempo cuento algunas anécdotas de dos épocas distintas.

El ayer, de insurgencia y compromiso, con la cara descubierta, defendiendo ideas con ideas, y con máximo respeto por el claustro. Los predios de la ciudad Universitaria se cuidaban y en sus residencias se aprovechaba la oportunidad para responder, con máxima consagración, al estudio y al privilegio disfrutado. Directivos ajenos al cálculo electoral y al protagonismo estéril e incongruente.

Y no se trataba de burócratas ni de maestros empergaminados. Eran pensadores e ideólogos, definidos en sus orientaciones políticas —Gerardo Molina, Antonio García, Luis López de Mesa— pero, ante todo, educadores y maestros.

Una noche en Bogotá, cuando se presentaba uno de mis libros, asistió al acto el catedrático e Internacionalista, doctor Diego Uribe Vargas. Como estábamos en víspera de cambio de gobierno, uno de los periodistas allí presente le preguntó si sabía algo sobre el nuevo gabinete.

Entonces el doctor Uribe Vargas, tal vez por galantería, respondió que sólo había escuchado que a mí me nombrarían Rector de la Universidad Nacional.

Ahora no puedo negar que en la soledad de la habitación del hotel acaricié la ilusión de aceptar el honroso y delicado cargo para intentar retribuir, con el esfuerzo, lo mucho recibido. Sabía de sobra, por experiencia vivida, que la juventud universitaria constituye la más preciada reserva moral de la sociedad. Ella es muestrario elocuente de entrega y desprendimiento. Si en ciertas ocasiones la Universidad desvirtúa su imagen, la razón de la crisis se genera en el deterioro exterior. Cuando estuve al frente de la Universidad del Atlántico por voluntad exclusiva de la masa estudiantil, toda la comunidad —profesores, estudiantes y funcionarios— compartió la actividad creadora.

Entonces se ampliaron las bibliotecas, se duplicó la población estudiantil en un año, se construyó la cafetería (por cierto, para descanso de las clases y propiciar la conversación, en fin, darle el uso adecuado); se amplió la planta física con la antigua sede del Colegio de Barranquilla, se organizó una librería que vendía los libros a los estudiantes y profesores a precio de costo; se inició la publicación de libros y los conferenciantes extranjeros y nacionales comenzaron a disertar sobre temas de su especialidad; se restauró el Museo Arqueológico y en la Escuela de Bellas Artes la práctica y divulgación del folclor adquirió categoría prioritaria; se reconocieron los méritos de ciudadanos eminentes (Meira Delmar, Pedro Biava, Liuba de Schmulson, Benjamín Sarta, Jorge Artel; Julio Honinber, etc.); se instaló el gimnasio de pesas; se organizó la cafetería-comedor (para vender alimentos a los estudiantes con precios subsidiados por la Universidad) y la barbería, y los servicios médicos y odontológicos fueron ampliados.

Lo interesante del asunto es que cuando se dio la represión oficial la respuesta solidaria del estudiantado y los profesores estuvo allí presente, más allá de la alineación partidista.

Y, en verdad, en la Universidad del Atlántico, en su momento de esplendor, la juventud ha sabido reconocer la conducta de sus conductores. Testimonio elocuente

de seriedad fueron las administraciones de Julio Enrique Blanco, Juan B. Fernández Renowitzky, Fernando Cepeda y Roca, José Stevenson, Cristian Ujueta, Elberto González Rubio, Ernesto Cortissoz, y muchos otros, que supieron hacer adecuado uso del mandato.

Es cierto que acongojan las noticias de algunas universidades: Rectores muestra traseros, encapuchados maquillando con boñiga, cafeterías convertidas en garito, laboratorios bajo el peso del abandono y la desidia, y tantas otras cosas.

Pero, la Universidad colombiana, como institución, con su juventud estudiosa, sus profesores y correctos funcionarios, ahí está, en disposición y ánimo, con fe en el futuro, pese a las dificultades y confusiones de estos días.

El salto educativo

Como suele decirse en el lenguaje familiar de las satisfacciones me considero despachado en el campo de la conducción de la educación nacional. Al frente del Ministerio está un barranquillero, y eso es suficiente para complacencia. Como viceministro se desempeña un hijo del inolvidable maestro y amigo, doctor Gerardo Molina. No he tratado ahora, en su condición de personaje de la administración pública, al doctor Carlos Gerardo Molina. Pero, lo recuerdo de niño, al lado de sus ilustres padres en las tardes bogotanas de los años sesenta.

Precisamente, una de estas noches pasadas, en propósitos de regresar al ayer de tan agradables recuerdos, volví a mirar fotos que recogen testimonios de momentos compartidos con amigos que se fueron: allí están, acompañándome en las tertulias de Desarrollo Indoamericano, cuya edición número cien ya se aproxima,

Gerardo Molina, Darió Samper, Arturo Valencia Zea, Néstor Madrid Malo, Antonio García, Armando Barrameda Morán, Simón Guberek.

Y, para complementar un trío de beneplácitos, mi antiguo compañero de inquietudes académicas y planificadoras, el doctor Jaime Niño, orienta con experiencia y autoridad, las labores que le corresponden al Icfes.

Sin embargo, debo aclarar ya, no es ese el tema que me propongo tratar en esta columna. Acabo de terminar la lectura del folleto "El Salto Educativo", que recoge el programa de Gobierno del Ministro Sarabia Better, y me animo a comentarlo.

Se trata de un documento rebosante de buenos propósitos que compromete al mandatario en la solución de los problemas de la educación en todos los niveles. De lo que se trata, explica el propio autor, es de superar en poco tiempo, y en forma integral, una de nuestras más preocupantes debilidades: la precaria formación de nuestro recurso humano.

Con honestidad el mandatario reconoce las deficiencias de la educación y las limitaciones del gasto en el sector. Por eso se compromete con aumentos significativos que permitan una participación mayor en el contexto del Producto Interno Bruto. Sabe muy bien el doctor Sarabia Better que hasta ahora se ha hablado

mucho acerca de los déficits en las distintas ramas de la educación, y se hace necesario dejar a un lado la simple denuncia para pasar a enfrentar el problema. Porque todo proyecto es un sueño, o un racimo de buenas intenciones, mientras no ingrese al presupuesto. Como en la célebre canción, Sebastián debe romperse el cuero si pretende la muchacha, pues la cuestión es con dinero.

Y por eso, en su manifiesto, el señor Ministro hace saber que la inversión en educación básica será de setecientos dieciocho mil millones de pesos. Además, se piensa poner en funcionamiento más de dos mil bibliotecas, se otorgarán subsidios anualmente a medio millón de estudiantes, se ofrecerán ciento ochenta mil nuevos créditos y se ofrecerán becas-créditos por valor de treinta y cuatro mil millones de pesos en el área de la educación superior.

Al lado de lo cuantitativo el estudio del señor Ministro comenta las deficiencias de la enseñanza. El reducido número de horas, y la idoneidad de buena parte del profesorado y los métodos practicados, fomentan la deserción. Y este aspecto es fundamental. Porque no es tener unos conocimientos, sino que ellos respondan a los idearios y conveniencias de la comunidad. "La educación, opina con acierto el doctor Sarabia Better, debe contribuir al propósito nacional de formar un ciudadano más productivo en lo económico, más soli-

dario en lo social, más participativo y tolerante en lo político: más respetuoso de los derechos humanos y por tanto más pacífico en sus relaciones con sus semejantes; más consciente del valor de la naturaleza y, por tanto, menos depredador, integrado en lo cultural y por tanto más orgulloso de ser colombiano".

De todo el correcto razonar del Ministro y amigo, apenas, por aquello del centralismo y claridad en el análisis de hechos reales, no entendemos los exámenes de Estado en la educación básica, como tampoco en el nivel universitario. Porque él sabe muy bien, y así lo menciona, que de los bachilleres egresados apenas un veinticinco por ciento pasa al nivel superior. Lo que permite suponer que los tales exámenes sólo tienen la misión de limitar el acceso para disfrazar un problema. Porque, si el propio Estado otorga un título con fundamento en unos conocimientos, ¿cómo puede después poner en duda su propia autorización?

La Universidad y Sabanalarga

En la Universidad Simón Bolívar se festeja con suma complacencia la decisión de extender sus actividades académicas a Sabanalarga, la histórica y pundonorosa ciudadela del centro del Departamento del Atlántico.

Y, en verdad, ningún sitio más adecuado para mantener en su seno una casa de estudios superiores que esta pródiga urbe que tantos personajes en el área del saber le ha ofrecido a la nación colombiana.

En la cabecera municipal, como en sus corregimientos, muchas han sido las figuras que sobresalieron y sobresalen en la investigación científica e histórica, el derecho, la política, la academia y el magisterio.

Para solo referirme a los de esta mitad del Siglo, ahí están por ejemplo, José Agustín Blanco, el consagrado

historiador, miembro de la Academia de Historia de Colombia, y autor de los libros más célebres sobre la génesis y el desarrollo del Atlántico y sus localidades. También su padre, ya fallecido, fue renombrado educador; Juan Pablo Llinás Cuentas, Presidente de la Academia de Historia de Barranquilla, escritor, catedrático; Miriam Llinás de Ovalle, ex Alcaldesa de Barranquilla, hija de Julio Nicolás Llinás; Onofre Mendoza Peña, ex Magistrado y catedrático, ex Gobernador; Pedro Armesigal Cuentas, poeta; General Juan Berdugo; Abel Cepeda Hoyos, Notario; Juan Pablo Llinás Olarte, el médico, académico y administrador público, quien con ejemplar conducta dirigió los destinos de Bogotá. Por cierto, a su lado estuve entonces como miembro de la directiva planificadora. Evaristo Sourdis, ex candidato presidencial, ex Canciller y en su tiempo, Jefe del Partido Conservador; Pablo Emilio Manotas, ex Magistrado de la Corte suprema de Justicia. Luis Eduardo Manotas, jurista; Nicolás Llinás Vega, congresista, diplomático, ex Gobernador y ex Alcalde; Carlos Rodado Noriega, ex Ministro; Efraín Cepeda Sarabia, Senador de la República; Gumersindo Serje, parlamentario y educador; Aristides Manotas, catedrático; Aquileo Manotas, político; Gumersindo Serje Charris, Médico Homeópata; Efraín Cepeda Rodado, empresario, recientemente condecorado por el Senado de la República; José Antonio Cepeda, político y jurista; Enrique Mastrodoménico, economista. Heriberto Ahumada, Notario y destacado

dirigente de la Masonería; Hernán Berdugo, legendario conductor político liberal, congresista y jurista; Efraim Juliao, General de la República; José Mastrodoménico, intelectual; Miguel Vega Escobar, congresista, jurista; Clemente Salazar Movilla, congresista y jurista; Corina Salazar de Aguilera, política; Alejo Solano Manotas, ex Gobernador; Juan Pablo Manotas, ex Ministro, ex Gobernador, ex Alcalde; Hernando Manotas, ex Alcalde de Barranquilla; Ludovico Navarro, jurista, Magistrado; Cristóbal Navarra, médico y académico; Diego Llinás Manotas, historiador; Mayito Blanco, educadora; José María Blanco Núñez, ex Gobernador, jefe del gaitanismo; Marina Ariza Santiago, educadora; Edgardo Manotas Wilches, Congresista, jurista, etc. etc.

De los corregimientos, me limito a mencionar a los de Isabel López, mi aldea natal, y entre ellos, a Pedro Pastor Consuegra, el periodista y parlamentario, Director del diario La Nación; José P. Esmeral, Consejero de Estado, ex Magistrado y Director de El Liberal; César Esmeral Barros, Médico y ex Ministro, actual Director de Postgrado en Gerencia de Salud en la Universidad Simón Bolívar; José P. Esmeral Barros, ex Notario, catedrático y Gerente del Club Alemán; José Antonio Llinás Redondo, Ingeniero y Representante a la Cámara; Boanerge Díaz, ex Senador de la República; Antonio Redondo Fernández, Diputado; Antonio Redondo Padilla, Médico, Director de los Seguros Sociales; Diomedes Barros, educador, Rector del Colegio de Bachillerato, etc., etc.

Para responder a los sobrados merecimientos de Sabanalarga, la Universidad Simón Bolívar aspira a iniciar labores desde el próximo año de 1997 con dos o tres facultades adecuadas y al servicio de la cabecera municipal y la región circundante.

Ya la Universidad cuenta con experiencia en este campo. En Cartagena, San Andrés, Riohacha y Santa Marta está presente. Y muy pronto lo estará en la capital de la República. Porque hasta ahora la Costa se ha limitado a recibir en su seno a filiales de universidades bogotanas. Y ya es hora de que nuestras instituciones educativas, de sólido prestigio, manejo correcto y consagración pedagógica, hagan su presencia en ciudades del interior, especialmente en Bogotá.

Ultimamente hemos olvidado que la Costa fue pionera en actividades propias de la cultura, la insurgencia intelectual y política y la academia. La primera Sociedad de Amigos del País, que en los tiempos finales de la Colonia, era la organización intelectual más importante en Europa y estos territorios, se organizó en Mompós. En lo de independencia absoluta primero fue el 11 de noviembre que el 20 de julio; y así en muchas originalidades. Hace poco recordaba que la primera Sociedad Colombiana de Economistas se fundó en Barranquilla, lo mismo que la Sociedad Colombiana de Defensa de los Recursos Naturales.

Rueno, hay propósito definido de extendernos al dominante centro Andino. Pero antes se rendirá el merecido homenaje a nuestra Sabanalarga, la plácida ciudad de tantos méritos: el sitio, donde la inteligencia es peste, como se le llamaba en mi niñez.

América Latina

¿Son ridículas nuestras guerras?

En la nebulosidad de los recuerdos de la infancia reconstruyo el gracioso espectáculo de los días de conflictos bélicos en la bien lejana frontera con el Perú.

Los mercaderes que venían a Barranquilla en burros un día llevaron la noticia. Esa misma noche, porque ellos regresaban al morir la tarde, todo el pueblo estaba agitado, y las luces de las lámparas de gas crudo, o líquido, porque el otro no se conocía, sólo se apagaron, como caso insólito, cuando los gallos anunciaron las doce, la hora favorita de las ánimas para dejar las tumbas y salir a recorrer las calles.

Y muchas razones justifican la zozobra. Porque en los velorios los abuelos contaban pasajes de las guerras civiles, y el paso de los grupos armados de liberales y conservadores que reclutaban copartidarios y solían

cargar con las gallinas y los alimentos. Eso de guerra, en verdad, no encajaba en la mente bucólica de personas que apenas, en las borracheras de las fiestas patronales, si algunos exaltados se daban trompadas.

Semanas después unos señores de Sabanalarga, en compañía del Inspector de Policía y su secretario, montaron tribuna en la parte de la iglesia para arengar a los vecinos. Allí se habló de los bravos soldados de la Patria, verdaderos leones de Tarapacá, dispuestos a defender a Leticia, sin tener en cuenta las hormigas del grande de los conejos ni las víboras que devoraban tigres.

Era cierto que nadie sabía dónde quedaba la selva disputada y muchos confundían a Leticia con la hija de mana María, la de la calle Nueva, pero el miedo de la posible presencia de los peruanos, hizo milagros: Esa misma mañana fueron muchas las joyas que se donaron por la causa. Mi madre se sacó de su dedo anular el anillo de oro del matrimonio, y el ejemplo fue seguido por sus comadres.

En la noche, mi padre y su amigo de chanzas, Miguel Agustín, que eran lo que hoy podríamos llamar intelectuales con buen humor, siempre en disposición y ánimo para reírse a costa de la candidez de sus paisanos, se fueron a casa de Mardonio, el único reservista, ya viejo pero con fuerzas en los pulmones para hacer sonar la

corneta que le quedó como galardón de su paso por el cuartel, y después de darle medio cuarto de ron blanco, se lo llevaron a la loma de la iglesia con el manto cómplice de la noche sin luna, para que tocara la retirada.

Minutos después se podía oír el chapoteo de los hombres al pasar las aguas del arroyo en desbandadas rumbo a los bosques ejidales en busca de refugios.

Aquella noche fue como la caricatura del absurdo. Como nadie entendía la necesidad de matarse por selvas repletas de hormigas y culebras gigantes, ya que por todas partes los campos sobraban, el sonido de la corneta con mensaje militar generó estampida.

Muchos años después, en un homenaje que me ofrecían amigos en Maracaibo, un periodista me hizo preguntas sobre la controversia fronteriza de Colombia y Venezuela, que en esos días estaba al rojo vivo con ribetes de conflicto. Como acababa de pasar por la Guajira, muestrario de abandono de los poderes centrales, con miseria de ambos lados pero hermandad entre los unos y los otros, le contesté que no era idiota útil de los mandamás y oligarcas de Bogotá y Caracas, con ínfulas patrioteras desde sus cómodos sillones, sin haber pasado jamás por los desérticos parajes disputados.

Hoy, 29 de enero, cuando escribo esta nota, veo en la televisión las escenas que muestran a los presidentes

de Ecuador y Perú, dando informes, desde sus palacios de Gobierno, de los muertos enemigos en las zonas de combates, sin importarles los que todos los días fallecen de hambre en sus países, ni mucho menos la protesta de los indígenas que habitan en la selva disputada, que sólo quieren vivir en paz. Y como si todo eso fuese poco, como decía el Chapulín Colorado, EL HERALDO publica en la primera página la foto de una tanqueta peruana, repleta de soldados, rumbo al sitio de combate, con el nombre de "Mensajeros de Jesús", el Dios de la paz de todos los pueblos de América Latina, la Patria Grande de Bolívar y San Martín.

Sobre guerras absurdas

Quisiera escribir sobre los tristes sucesos de estos días en la frontera con Venezuela. Pero, una vez más, las sorpresas del tiempo están presentes. Amigos, en el ayer brillantes exponentes del legado bolivariano y de la correcta cordura (que permite interpretar fenómenos, apreciar causas y distinguir situaciones) tal vez, sin proponérselo, se dejan arrastrar por torbellinos patrioteros que fomentan los que sacan provecho del sentimiento pasional.

Sin embargo, tanto nos duele la Patria grande de Bolívar y de todos los libertadores, que se hace necesario dejar constancia de tristeza ante dos hechos cercanos a mi ascendencia. Soy campesino, por la perdurable ligazón del recuerdo de la infancia y el ancestro que moldea caracteres. Y siento como mía la tragedia del hombre que acaricia con sus sueños el paisaje rural y cultiva la tierra para alimentar a los suyos y a los

otros. Y estoy al lado de los que se ven obligados a abandonar el techo que construyeron en momentos de esperanzas.

No encuentro, no podré encontrar jamás mientras me cubra la sombra del legado bolivariano, razón jurídica, moral ni patriótica, para expulsar a familias enteras de sus humildes parcelas. En uno de mis libros, al tratar sobre un tema con rasgos parecidos, que sirve para apreciar una arista muy sugerente del humanismo, transcribo un pasaje de Unamuno donde cuenta la historia de soldados egipcios, prisioneros de los etíopes, tildados por sus antiguos compatriotas de traidores por no haber regresado a la patria años después de terminado el conflicto. Entonces ellos, ya casados y con hijos, respondieron: La Patria es donde cae nuestro semen y germina.

Y, de igual manera, o un poco más, me confundo y me apeno ante una realidad inhumana y dolorosa: El saber que los hijos de Colombia (la de Santander, Rafael Uribe Uribe, Alfonso López Pumarejo y Jorge Eliécer Gaitán) se ven obligados a dejar su entorno y abandonar sus raíces, en busca de un espacio vital, porque en su país la tierra está en manos de dueños que la mantienen en menesteres distintos a los de la producción. Uno solo de esos propietarios se da el lujo, en aras de la santa propiedad privada, de ofrecerle en obsequio al propio Gobierno más de treinta mil hectáreas incultas

localizadas en la zona fronteriza, con el fin de repartirlas entre los expatriados.

Y esto es apenas una pequeña cantidad en el mundo del latifundio colombiano. Porque a cada momento las publicaciones especializadas denuncian el fenómeno de la concentración. Decenas de propietarios ausentistas con propiedades territoriales de cientos de miles de hectáreas cada una. Recientemente un columnista observaba que las grandes utilidades de industriales y financistas no se reinvierten en los mismos sectores, sino en la adquisición de tierras en busca del llamado engorde.

Ante esta realidad apabullante, surge la pregunta. ¿Puede ser civilizada y cristiana esta situación? Puede haber autoridad moral para el correcto alegato contra el mal trato que dan los otros, cuando somos insensibles ante nuestros propios problemas?

La Constitución pasada hablaba de la propiedad y su función social. En el sano, y, hasta, por cierto, tímido intervencionismo estatal de los años cuarenta y sesenta, los afanes de reformas agrarias estaban a la orden del día. No sólo como salvaguardia de la justicia social, sino además, como factor positivo e ineludible del desarrollo económico.

Ojalá esta experiencia negativa en la vida de pueblos hermanados en la historia y en la esperanza de un

destino mejor, por lo menos sirva para que los personeros del Salto Social, acometan las reformas que permitan asegurar a los campesinos un lugar adecuado en procura de su permanencia y laboriosidad.

Para concluir, resulta grato comprobar que, más allá de la ofuscación, las mentes lúcidas armonizan en los anhelos de convivencia pacífica de nuestros pueblos. La semana pasada recibí correspondencia. El historiador Juan M. Morales Alvarez, Director del Instituto de Investigaciones Históricas, Bolivarium, de Caracas, me dice: "Hoy leo en la prensa sentimientos anticolombianos, a raiz de los sucesos de Cararabo. Es verdaderamente lamentable que estos hechos sucedan, cuando la verdad es que ni venezolanos ni colombianos hemos diseñado políticas fronterizas adecuadas. Lo que está sobre el tapete es la incapacidad de ambos gobiernos para hacer frente al sin número de dificultades que aquejan a ambas naciones, hermanas por nacimiento, y problemáticas por su vecindad". Conceptos similares expresa el doctor Gerardo Picón, Decano de Postgrado de la Universidad Nacional de Coro. Por su parte, la Universidad Simón Bolívar y los intelectuales académicos barranquilleros, se preparan para recibir, con afecto fraterno, una honrosa delegación de la Universidad del Zulia, encabezada por su ilustre Rector, doctor Angel Lombardi.

El pensamiento latinoamericano

En días pasados, con motivo de la reunión de los economistas de la Costa en Cartagena, fui invitado a dictar una conferencia sobre el pensamiento económico y social latinoamericano.

En estos tiempos de máxima expresión de la dependencia ideológica y cultural, regocija sobremanera comprobar que, no obstante el predominio avasallador del razonar importado de las potencias dominantes, se valore el legado original de nuestros analistas de ayer y del presente.

Sin embargo, bueno es recordar que Cartagena ha sido, en el acontecer nacional, cuna de las figuras más representativas del pensar auténtico. Ese valioso aporte se inicia en las postrimerías de la Colonia, con el afirmativo razonar de Antonio de Narváez y la Torre y

José Ignacio de Pombo, para extenderse en la Independencia y la República, en la brillantez de José María del Castillo y Rada, Rafael Núñez y Manuel María Madiedo.

Y ahora, como en el pasado, la Sociedad Bolivarense de Economistas, dirigida con tenacidad ejemplar por Florentino Rico y Ruderico Trujillo, acoge en su sede a los colegas de la región para que vuelvan a escuchar la palabra de Jorge Child, Raúl Alameda, Isidro Parra Peña, Fernando Llinás y otros profesores que, en los años de estudiantes, les explicaron principios de la política económica, desde una óptica defensiva y de búsqueda de conveniencias en el marco de las relaciones internacionales.

Lo desconcertante del sometimiento intelectual es comprobar que las teorías ahora en boga, supuestamente originarias de los centros de poder, se expusieron con claridad primigenia en nuestros territorios. Y, naturalmente, tenía que ser así. Porque la teoría no se inventa alegremente. Ella se deduce de una realidad y de la interpretación de hechos y fenómenos.

Por ejemplo, Juan de Matienzo y los otros analistas, en sus observaciones en los sitios cercanos a las minas de oro y plata que jamás hasta entonces el mundo había conocido, pueden apreciar que los productos adquieren allí precios muchas veces superiores a los de otras partes. Igual sucede en Sevilla con relación a otras

ciudades de España. De ese acontecer deducen la teoría cuantitativa de la moneda.

Es exactamente lo que pasa en las materias del subdesarrollo y la dependencia, y por eso no es nada soberbio ni excluyente el razonar de los economistas del Tercer Mundo, cuando han declarado con responsabilidad y acierto, que el estudio y verificación de las causas del subdesarrollo, como la formulación de estrategias para superarlo, corresponde a ellos, por cuanto es en sus países donde se soporta el tratamiento desigual y las desventajas acumuladas en la dinámica histórica del capitalismo.

Tiene razón Oreste Popescu, cuando con el respaldo de su erudición sin límites, declara que si Alfred Marshall podía darse el lujo, desde el punto de vista europeo, de afirmar que en el campo de la Economía Política todo estaba ya en Adan Smith, nosotros podemos replicar, incluyendo al consagrado escocés, que todo estaba ya en el razonar latinoamericano.

Porque los analistas de la Escolástica Tardía, como los llamó Joseph Schumpeter, se adelantaron en años y siglos a los que luego fueron aceptados como exponentes de teorías que ahora recogen los volúmenes de las doctrinas económicas.

Y, oportuno es aclarar, com bien lo hace Popescu en su clásico libro "Estudios en la Historia del Pensamiento

Económico Latinoamericano": aunque algunos de los pioneros que escribieron en el siglo XVI nacieron en España, todos ellos pertenecen a la historia cultural de México, Perú, Argentina, Colombia, Guatemala, etc., porque acá se formaron y asimilaron la realidad:

Por cierto que coincidían en las interpretaciones. Matienzo, Tomás de Mercado, Luis López, Pedro de Oñate, Luis de Molina, y tantos otros, explicaron con sobrada claridad novedosas hipótesis sobre el Justo Precio, la Teoría Subjetiva del Valor, la Teoría Cuantitativa de la Moneda, etc.

El precio, definían, es la justa medida del valor vendible expresado en dinero. Lo mismo que dijo un poco más de trescientos años después Marshall, al escribir que "el precio es el valor de cada cosa expresado en dinero". En mi texto Apuntes de Economía Política, publicado en la Editorial Tercer Mundo en dos ediciones en la década de los años sesenta, transcribo dicha definición, aunque con criterio distinto en la explicación del valor, ya que ellos trajinaron por los predios del subjetivismo utilitarista, mientras yo sigo la línea del objetivismo del trabajo.

Los cien años de Mariátegui

Durante un año, desde junio de 1994 a junio de 1995, los intelectuales del Perú, con el respaldo moral de ideólogos de toda la América Latina, conmemoraron los cien años del nacimiento de José Carlos Mariátegui.

A Mariátegui se le distingue como uno de los pensadores auténticos de nuestro subcontinente. En los momentos más significativos de la inquietud creadora de las últimas décadas, su obra ha sido estudiada con admiración y respeto, y la juventud ha encontrado en su razonar fundamentos doctrinarios para respaldar la insurgencia. En los años sesenta sus 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, que comprende el volumen 2 de los veinte tomos de sus obras completas de la Colección Amauta, emulaba con los manifiestos de Marx y Lenin en la lectura apasionada de los universitarios.

Lo interesante de la obra de Mariátegui es que sesenta años después de su muerte, conserva su vigencia. Como fue un investigador original, la autenticidad lo inmortaliza. Al decir de uno de sus apologistas, ahí resisten, en pie, los fundamentos de sus análisis críticos, esperando impugnadores. Aunque, en verdad, mejor sería conceptuar, que sus tesis e idearios permanecen en el tiempo como un reto en el futuro de las realizaciones en favor del desarrollo social de nuestros pueblos y en la búsqueda de su destino.

El festejo del nacimiento, hace un siglo, de Mariátegui, tiene un sugerente significado para Latinoamérica. En el mundo del subdesarrollo la dependencia es el fenómeno más digno de análisis. Y todo lo que signifique compromiso en la adopción de conductas liberadoras, merece respeto y beneplácito. Especialmente, si el aporte se origina en el área del saber. Hace más de treinta años, los científicos sociales latinoamericanos, siguiendo la huella de Mariátegui, declararon solemnemente en memorable reunión de economistas en la ciudad de México, que la teoría del desarrollo y la estrategia para superar el subdesarrollo actual, sólo puede ser formulada desde los propios países que padecen las situaciones desventajosas.

Desde dicho punto de vista, bien puede aceptarse que el pensamiento mariateguiano debe ser motivo de análisis permanente, con el objeto de seguir sacándole

provecho en el estudio de los problemas que continuan aquejándonos.

En buena hora los hijos del gran Mariátegui, Sandro, Javier, José Carlos y Sigilfredo, han tenido el cuidado de editar la obra de su padre y de rendir un tributo permanente a su memoria, al dedicar buena parte de sus actividades a la difusión de su pensamiento.

Recuerdo que en los provechosos meses que pasé en Lima en 1971 como conferencista en la Universidad Nacional Federico Villarreal, en las noches solía visitar a doña Ana Chiape de Mariátegui, la esposa y compañera del reconocido escritor. En compañía de Humberto Espinosa Uriarte, entonces Rector, Carlos Capuñay Mimbela, Decano de la Facultad de Economía de la Universidad de San Marcos, Virgilio Roel, Max Getulio Luna Bustamante y Jaime Serruto Flórez, Presidente de Unidad Latinoamericana, nos reuníamos en su casa para escuchar anécdotas. Doña Ana conservaba vivo el recuerdo de los años compartidos con su esposo, y emocionada por la grata reminiscencia de momentos felices, hacía de la conversación una especie de ritual que obligaba al silencio placentero cuando comenzaba el relato.

Para la Revista Desarrollo Indoamericano le hice entonces unas preguntas cuyas respuestas fueron publicadas en la edición No. 16. La autenticidad ideológica

de mi marido, me dijo al iniciar el diálogo, se ejemplifica plenamente en la concordancia de su vida y su obra. El mismo destacó alguna vez esta particularidad cuando afirmó: "Mi pensamiento y mi vida constituyen una misma cosa, un único proceso". Quien lo trató de cerca, como fue mi caso, apreció de inmediato esta confluencia armónica de pensamiento y vida. Por eso vivió austeramente, con la vocación del estudioso y el sentido afirmativo de un auténtico revolucionario, plenamente identificado y comprometido con la verdad de nuestro tiempo. En el vasto repertorio de sus lectores y amigos, de obreros, estudiantes e intelectuales, sostuvo siempre la necesidad del estudio de la realidad, más allá del frío digmatismo esclérotico, paralizante y de consigna repetida y acatada acríticamente como dogma de fé. De ahí que pueda decirle, agregaba, que como compañera de Mariátegui que fui, me siento satisfecha de las extraordinarias proyecciones de su obra. Porque la vida de Mariátegui es una sucesión ininterrumpida de humanismo. Y a pesar de encontrarse su cuerpo postrado de una silla de ruedas, se mantenía siempre lúcido, vigilante, indemne, con su espíritu de ideólogo en alto.

En casi todos los países del mundo las más destacadas personalidades formaron parte de comités conmemorativos de los cien años del nacimiento de Mariátegui. La Comisión Nacional del Perú estuvo integrada, entre otros, por Eduardo Núñez, Cesar Miró, Luis Alberto Sánchez, Sara Beatriz Guardia, José Luis Ayala y sus hijos Sandro, Javier y José Carlos.

Volver a Venezuela

La vivencia del reencuentro con el grato acontecer rebasa satisfacciones. Sentir de nuevo el mensaje afectuoso de la palabra compartida con amigos del ayer... volver a contemplar el paisaje que anidaba en el recuerdo... caminar otra vez las calles repartiendo miradas a vitrinas y transeúntes... todo eso, en fin, constituye la razón placentera del viajero.

Dichas sensaciones agradables fueron motivo de disfrute en la reciente visita a Venezuela.

Maracaibo, como siempre, encantadoramente cálida con sus calles amplias y limpias. Lástima que sus habitantes se hayan acostumbrado a un clima artificial. Porque, como ellos mismos comentan, la bella novia del lago, es la ciudad más fría del país: los Maracuchos pasan del aire acondicionado de las casas al de los automóviles y oficinas. Y se pierden, en las noches,

del tenue frescor que ofrece la naturaleza en estas maravillosas costas caribeñas.

Una noche las treinta y cinco personas que integraban la delegación de la Universidad Simón Bolívar recorrían la vieja Maracaibo de hermosos parques iluminados, y edificaciones del ayer cuidadosamente mantenidas, y a doña Josefina de Marthe, como siempre, graciosamente despistada, se le ocurrió prevenir a sus compañeros para que no siguieran por una callejuela, por temor a atracadores. Entonces doña Teresita Manzano de Consuegra, respondió: Ojalá fuese así, para tener la oportunidad de ver a alguien...

En Caracas el asunto es más desconcertante. Por el privilegio de la altura sus habitantes gozan de una temperatura generosa, semejante a la de Medellín. Pero todo el mundo se queja del calor, y también se encuentran sometidos a la dependencia de los acondicionadores de aire.

Sin embargo, en la cuna del Libertador algunas calles se mantienen repletas de ciudadanos que parecen sacar el máximo provecho al paseo peatonal, como en un definido propósito de descanso al agitante espectáculo de las avenidas repletas de vehículos. En el sector de Sabanagrande, por ejemplo, la urbe adquiere dimensión humana: allí las familias degustan gigantescos helados mientras caminan, y los ancianos, en cómodas sillas y

mesas apropiadas, gozan el sano emular de una partida de ajedrez.

La actividad intelectual venezolana estimula y satisface. La vida universitaria de Maracaibo se mantiene en permanente actividad creadora. Llegamos allá con talegas repletas de libros para los amigos, y regresamos de la misma manera, con decenas de ellos que nos obsequiaron sus autores, todos profesores de las Universidades del Zulia y Rafael Urdaneta, con las cuales la Universidad Simón Bolívar mantiene intercambio de publicaciones. Allí estaban las obras de Angel Lombardi, Lilia Boscón, Neuro Villalobos, Angel Larreal, Eloy Párraga Villamarín, Gastón Parra, y tantos otros, poetas, novelistas, economistas y sociólogos.

En Caracas, a la fecunda labor de las academias se suma el admirable quehacer de organismos de fomento. En sesiones especiales de la Academia de Ciencias Económicas y de las Corporaciones Fundafuturo y Fundapatria compartí con los historiadores y científicos sociales, Ramón J. Velásquez, ex Presidente de la República; Luis Vallenilla, Presidente de Cavendes; María Teresa Castillo, Presidenta del Ateneo; Armando Córdova, Presidente de la Academia de Ciencias Económicas; D.F. Maza Zavala, Académico y Presidente del Banco Central; Isbelia Sequera, ex Presidenta de la Academia; Gonzalo Rodríguez, de la Academia de Historia y ex Presidente de la Corte

Suprema de Justicia; Román Rojas Cabot, de la Academia de Historia; Gerardo Santeliz Carrasco, Director de Parmalat y asesor presidencial; Ismael Puerta Flores, de la Academia de Ciencias Económicas; Guillermo García Ponce, miembro del Congreso; Carlos Rafael Silva, académico y Presidente del Banco del Caribe; Héctor Carbonell; Manuel Antonio Diaz, Director de Fundafuturo; Tomás Carrillo Batalla, escritor fecundo y académico.

Hemos estado en Venezuela saboreando con su gente la alegría de existir. Se llega un momento en la vida en que estrechar una mano amiga resulta suficiente para llenar la copa. Y, más aún, cuando la palabra y el sentimiento sirven para el beneplácito del análisis ideológico en la mesa redonda, o para dejar constancia de la eterna gratitud.

El Papa y la vida

Siempre los mensajes de los Sumos Pontífices se dan a conocer en tiempos oportunos para la humanidad. Así, la Rerum Novarum representó en su momento histórico un alegato moral y de revolucionaria concepción en el campo de la justicia social, más allá de los estrechos límites del pensamiento capitalista en el tratamiento del tema de los salarios. Con responsabilidad pastoral, reconocido valor y los piés bien puestos sobre la tierra, León XIII denunció a los patronos y al sistema. Sus palabras fueron: "Por lo que toca a la defensa de los bienes corporales y externos, lo primero que hay que hacer es librar a los pobres obreros de la crueldad de hombres codiciosos que, a fin de aumentar sus propias ganancias, abusan sin moderación alguna de las personas, como si no fueran personas sino cosas".

Ahora Juan Pablo II se expresa sobre el Evangelio de la Vida que está, según sus palabras, en el centro del mensaje de Jesús, el hijo de Dios.

El mundo sucumbe ante la más grande irracionalidad y violencia de los últimos tiempos. El predominio absoluto de valores materiales dinerarios reduce la existencia a simple objeto al servicio de conveniencias particulares. Cuanto tienes, cuanto vales, parece ser la única consigna y norma reguladora. Los crímenes constituyen la distracción de lectores de periódicos u oyentes de noticias. Los medios de comunicación, sobre todo la televisión, reducen su papel al fomento de la violencia en sus distintas expresiones. Especialmente en Colombia, la agradable Patria de otros tiempos, ahora convertida en la zona más insegura del planeta.

Pero, en medio de esta apabullante realidad que doblega ánimos, la voz del Jefe de la Iglesia Católica semeja un canto de esperanza. Su Encíclica es un mensaje de un profundo contenido humano, de solidaria ternura, de correcta interpretación del legado religioso con la realidad presente.

Hace unos días asistí al entierro de un amigo. Y recuerdo que mi pena fue doble: por el fallecimiento de aquella persona cercana a mis sentimientos, y por haber escuchado la lectura de un pasaje de libros sagrados, de algo así —y ojalá esté equivocado— parecido a la glorificación de la muerte. Después mi buen amigo Gustavo Raad, me mostró un poema suyo de contenido semejante. Ante mi cordial protesta, el arquitecto y poeta se apresuró esa misma tarde, a mandarme Evan-

gelium Vitae. Y no se imagina el alivio que trajo su obsequio en mi sentir conturbado.

Alguna vez comenté en esta columna que la Navidad era la gran fiesta de la vida, porque simbolizaba el regocijo del nacimiento de un ser especial. Ahora el Papa recuerda que la alegría mesiánica constituye también el fundamento y alegría por todo niño que nace. Y transcribe el designio de Dios: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia". Y esa vida pródiga y abundante no acepta exclusiones. Con su autoridad de gran Prelado, el Papa explica y complementa en alegato diáfano: "Lo sublime de la vocación sobrenatural manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana incluso en su fase temporal. En efecto, la vida en el tiempo es condición básica, momento inicial y parte integrante de todo el proceso unitario de la vida humana".

Y no se trata de preservar la simple existencia, digamos por caso, subsistir, a la espera de una compensación futura por los sufrimientos soportados en el presente: Con admirable compromiso histórico, el Sumo Sacerdote retoma la doctrina de correctas posiciones del pasado para compartir plenamente los criterios del Concilio Vaticano II, cuando treinta años atrás, denunciaba delitos y atentados contra la vida humana, además de la miseria, la explotación de las masas, las enfermedades endémicas, el abandono de los niños, en otras palabras, la injusticia social.

Y he aquí el contenido de esa proclama: "Todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, la torturas corporales y mentales, incluso los intentos de coacción psicológica; todo lo que ofenda la dignidad humana como las condiciones intrahumanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; también las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables; todas esas cosas y otras semejantes son ciertamente oprobios..."

Sin embargo, como lo reconoce el Papa, "por desgracia ese panorama", después de tres décadas, "en vez de disminuir, se ve más bien agrandado". Y es esa una verdad que nos avasalla y atemoriza. No obstante, hay que reconocerlo como alivio alentador, las palabras de Juan Pablo II en defensa de la vida, abren caminos y esperanzas.

El Papa y la mujer

El doctor Gustavo Raad, arquitecto, poeta, cuentista y fervoroso cristiano, me informa que muy pronto el Papa se pronunciará sobre los derechos de la mujer. El está complacido con los mensajes que recibí del Vaticano y de la Arquidiócesis de Bogotá, con motivo del pasado comentario que hice en esta columna a la Encíclica sobre la vida.

Para mí fue también muy satisfactorio la lectura de las generosas y estimulantes palabras de jerarcas máximos de la religión de nuestros pueblos, que quiere el doctor Raad que reproduzca hoy.

Ellas dicen así:

"Tengo el gusto de comunicarle que el Santo Padre ha leído el artículo suyo publicado en "EL HERALDO" con motivo de la publicación de la Encíclica

"Evangelium Vitae", y le expresa sus sentimientos de profunda gratitud por la adhesión a su Magisterio.

"Me complace comunicarle que Su Santidad desea agradecerle este sincero gesto de comunión eclesial, y con la esperanza que usted continúe proclamando y defendiendo el valor y el carácter inviolable de la vida humana en medio de la sociedad actual, le imparte, como prenda de abundantes dones divinos, la Bendición Apostólica, que complacido hace extensiva a sus seres queridos.

"Aprovecho esta oportunidad par expresarle mis sentimientos de consideración y estima.

Monseñor L. Sandri, Asesor, Vaticano".

"Hemos leído su artículo publicado en "EL HERALDO". Lo felicito. Es importante que ante la cultura de la muerte defendamos la vida y recordemos con valentía a Jesucristo Señor de la Vida.

Pedro Rubiano Sáenz, Arzobispo de Bogotá".

Y volviendo al tema de los derechos de la mujer, nada más oportuno que los correctos propósitos del conductor de la Iglesia Católica.

Porque, no obstante los avances obtenidos por la mujer en los países del Nuevo Mundo, Europa, parte de Asia y Africa, todavía no puede hablarse de una to-

tal igualdad en el disfrute de derechos, oportunidades y tratamientos.

Y, utilizando palabras del lenguaje religioso, es necesario y justo, que los personeros de la justicia social y la moral continúen adelante en sus meritorias inquietudes en defensa del ser humano, y con especialidad de la mujer.

Lamentablemente, hay que observar, en algunos casos se ha dado en la mujer cierto tipo de confusión en los tiempos actuales. Así, algunas veces parece que las conquistas logradas involucran también el legado de malas costumbres y vicios de los hombres. Por ejemplo, en las reuniones sociales son las mujeres las que se destacan como fumadoras o tomadoras de licor. Las jóvenes, en especial las universitarias, suelen utilizar en sus conversaciones las palabrotas del vulgo de otros tiempos. En muchos casos la tendencia parece ser la de semejar al hombre en los comportamientos. Antes, a este tipo de mujer se le llamaba machorra, en acepción un poco distinta a la definida por el Diccionario de la Lengua, que se limita a considerar la infecundidad y solo acepta machota. Machorra era la mujer que imitaba en su comportamiento a los varones. Aunque, bueno es aceptarlo también, los muchachos, con sus cabellos largos, aretes y bluyines apretados, parecen en disposición y ánimo, de conducta semejante, en el caso contrario. A ellos, sea el caso recordarlo, antes, graciosamente se les tildaba de chaplandanes.

Podría decirse que son los tiempos y las costumbres. Pero ojalá la confusión se deje atrás, sobre todo en lo que se refiere a la diferencia en los conceptos de libertad y libertinaje. Porque puede darse el caso, como ya se comprueba, que la liberación de la mujer sea utilizada por el machismo para continuar poniéndola al servicio de sus caprichos.

Bienvenido, pues, por la importancia de la materia, el nuevo pronunciamiento del Jerarca del Catolicismo, Juan Pablo II.

La prepotencia del poder

En la historia de la humanidad los imperios de conductas paternales han sido escasos. Siempre el poder y el predominio de la fuerza conducen al abuso. El manejo del destino de los pueblos por parte de una sola potencia a la larga arroja resultados funestos. Ahora, como en el pasado, los poderosos conquistan y dominan en una u otra forma. Apenas, en períodos de equilibrio, cuando dos o más estados dominadores no comparten idearios o conductas y, por uno u otro motivo, temen arriesgarse a choques o conflictos, las naciones menores en capacidad bélica, pueden gozar de cierta confianza en sus derechos soberanos.

En el acontecer histórico los territorios de lo que hoy se conoce como América Latina ofrecen variadas experiencias. La conquista se facilitó por el papel desempeñado por la Iglesia de entonces. Desde El Vaticano

se distribuian los territorios entre las naciones conquistadoras. Culturas que asombraban a los propios sanguinarios fueron arrasadas. Los mismos genocidas, después arrepentidos, como es el caso del padre Las Casas, describen aquella barbarie como nunca antes practicada por los Atilas de otros tiempos.

Después de la Independencia, en los años de predominio de Inglaterra en los mares, muchas fueron las veces que su flota desembarcó marinos o violó las costas en procura de pago de deudas o de distintos pretextos.

El Libertador Simón Bolívar sopesaba realidades y sabía aprovechar las circunstancias a sabiendas de que era necesario cuidarse y estar prevenido para el futuro. Los españoles para nosotros, escribía el genial visionario, ya no son peligrosos, en tanto que los ingleses lo son mucho, porque son omnipotentes; y, por lo mismo terribles... Los ingleses y norteamericanos son unos aliados eventuales y muy egoístas.

Mientras las potencias europeas guerreaban en su propio continente, los Estados Unidos aprovecharon la oportunidad para expandirse a costa del mundo latinoamericano. México, Cuba, Puerto Rico, Colombia, etc., fueron las víctimas.

En la segunda mitad del presente siglo dominaron el planeta dos potencias atómicas, con nivelación de

fuerzas que imponía respeto y equilibrio. Durante varias décadas, gracias a ese contrapeso, los llamados pueblos del tercer mundo gozaron de relativa seguridad. Muchas fueron las veces en que la Unión Soviética y los Estados Unidos tuvieron que dar paso atrás en sus afanes intervencionistas.

Al desintegrarse la Unión Soviética y dejar a un lado el sistema socialista, los Estados Unidos quedaron solos en el ruedo de los acontecimientos.

Y la historia vuelve a repetirse. Los excesos del poder se tiñen de soberbia e intolerancia. De nuevo las invasioens se repiten bajo cualquier disculpa o argumento. Panamá, Haití, Granada, son las víctimas. Y ahora, otra vez, parece tocarle el turno a Colombia. La amenaza ya circula en los predios del Congreso norteamericano y las ganas deben sobrar en el Pentágono.

Me imagino cuánto deben lamentar ahora los antiguos furibundos adversos del sovietismo la ausencia de la lejana potencia que obligaba al equilibrio.

Fuimos amigos de la Unión Soviética. Admiramos de cerca sus logros en el campo de la justicia social, del desarrollo y de la cultura. Al lado de sus científicos sociales, de sus obreros y campesinos compartimos horas inolvidables de alegría y amistad fraterna. Pero siempre, con la honestidad política indispensable,

pensamos y seguimos pensando, en la búsqueda de un camino propio.

Sin embargo, más allá de la opinión que se tenga de la ideología capitalista o socialista, y circunscrito a los terrenos de la soberanía de los pueblos, debemos declarar que resulta peligroso para el mundo que su destino responda de las decisiones de una nación, si ellas se apartan del juicio reposado y humanístico, para inclinarse a la suficiencia arrogante.

Carlos Martín Leyes y la política

Nunca como ahora el quehacer político había sido tan maltratado en Colombia. Al desmedro de las instituciones, a consecuencia de los daños morales causados por actividades ilícitas, se suma el constante e incansable descrédito que soporta por parte de los medios de comunicación.

Prensa, radio y televisión parecen emular en campañas encaminadas a enlodar la imagen de la política. Incluso, los propios agentes de su ejercicio activo, desde posiciones radicales oposicionistas, menoscaban al Congreso, máximo símbolo de la representación del pueblo en un sistema democrático.

La política, hay que tener presente, es una ciencia, un arte y un poder. Y como toda disciplina humana, la política se rige por reglas que utilizan los gobernantes

y legisladores para responder a la confianza de sus gobernados y electores.

Los griegos son de los primeros en interesarse por el estudio de la política. Ellos calificaban como políticos a los que se preocupaban por los temas de la comunidad, y a los apolíticos los tenían como ignorantes.

Como dijera Aristóteles, el hombre es un animal político. Y es que desde la gens y la tribu hasta nuestros días, en cada etapa de la humanidad la política ha sido el ejercicio loable por excelencia.

Los partidos políticos, por su parte, representan conquistas del hombre en la búsqueda de su participación activa en los destinos de la vida común.

Como es fácil suponer, la política, como toda gestión de la conducta humana, está sujeta a deterioros que desfiguran su papel y trascendencia. Es entonces cuando el arte de su manejo se convierte en vulgar artificio para provechos personales y egoístas.

Sin embargo, debe suponerse que las crisis que maltratan a la política y a los partidos, en el marco de la democracia, han de ser superadas a través de la corrección de las fallas, y con la exclusiva voluntad y juicio del pueblo en su conjunto. De ninguna manera, agentes y personeros de intereses económicos particulares, o

jerarquías religiosas, pueden convertirse en personeros autorizados de la comunidad. Cuando esto sucede la democracia cede las riendas a la plutocracia o a la teocracia, y la historia de la humanidad conoce sus resultados funestos.

-oOo-

En los días actuales, ante la depreciación que soporta la política y los partidos, suele recordarse gratamente el ayer más correcto. En el ámbito local, sea el caso, se valora el adecuado proceder de los personajes que condujeron a la política y llevaron la vocería del pueblo en las corporaciones públicas y el gobierno.

De esa pléyade de ciudadanos meritorios, Carlos Martín Leyes ocupó lugar destacado. Hechura de su esfuerzo, constancia, responsabilidad y conducta cristalina, supo cumplir a cabalidad las exigencias del buen sentido aplicado a la moral,

Don Carlos, como lo llamaban sus amigos y admiradores, aprendió la política en el trajinar de la vida. Así lo recomiendan los analistas del oficio para distinguir a los políticos de los politólogos, como ahora apellidan a los catedráticos de la teoría de esta materia.

Dinamismo y pulcritud resumieron la existencia de Carlos Martín Leyes. Poco conoció la tregua y el descanso. Cumplía con las misiones que le encomen-

daban sus electores, y su labor en el Congreso la recogen leyes de beneficio colectivo. Lo mismo puede decirse de su paso por el Ministerio de Comunicaciones, de imborrables huellas en el campo de la radio y la televisión. En cuanto a su profesión académica, de químico, varios fueron los laboratorios y empresas que fundó, y que se mantienen representando parte del sector industrial de Barranquilla.

Como padre, don Carlos supo sembrar y cuidar los frutos. Ahí están sus hijos, dignos exponentes de las virtudes del progenitor: Pedro, el político, gobernante y empresario con la dimensión de su padre; Carlos, el jurista y administrador; y Nora y Ruby, consagradas señoras del hogar.

Para todos ellos, y para doña Maruja, la matrona compañera y esposa que le sobrevive, las más sentidas condolencias.

Academia

Elías Muvdi y el idioma

El pasado Día del Idioma ofreció a los barranquilleros la oportunidad de un doble festejo. Porque, al tradicional, que exalta la conducta del buen uso de la lengua, se agregó el homenaje rendido al gramático y escritor doctor Elías Muvdi.

Y nada más oportuno que ese gesto solidario y de simpatía de la comunidad. El reconocimiento de la Academia Colombiana de la Lengua a la fructífera labor creadora del estudioso, jurista y filólogo, llenó de complacencia a los cientos de admiradores que, gustosos, acudieron a compartir el agasajo programado por la organización cívica y cultural, "Manos Amigas de Barranquilla", dirigida por Julita Gallardo de León, Merce de Hani, Dorita de Slebi, Helenita de Pereira, Rosita de Tcherassi, Judith de Acosta, Alfredo de la Espriella, Abraham Mlayers y Alfonso Vergara Vergara.

Fue una noche de fiesta del buen decir. Los magníficos discursos de Meyra Delmar, Julita Gallardo De León, Elías Muvdi y Jesús María Guillén (con su "poemólogo" repleto de gracia), respondieron con holgura a la ceremonia. Por la seriedad de su trabajo intelectual el doctor Elías Muvdi goza de prestigio y su obra se valora con respeto y simpatía en Colombia y otros países de habla hispana.

El cuidado por el buen uso del idioma es labor laudable. El idioma es parte fundamental de la cultura de un pueblo.

Es cierto que el castellano tiene entre nosotros un origen poco digno de recuerdo. Fue el fruto de la imposición en una conquista genocida, rapaz y destructora de culturas. Y todas las conquistas, en todos los tiempos, como todas las invasiones, deben ser siempre impugnadas. Pero ya la lengua de Cervantes forma parte de una historia triétnica de quinientos años.

Todos los idiomas son respetables, y más cuando han brotado de las entrañas y el acontecer de un pueblo. Como el polaco, digamos por caso, el de la cita que hizo el doctor Muvdi en su discurso. Porque, en ese ejemplo, la lengua simboliza la patria.

Los pueblos están en la obligación de propiciar el cuidado y defensa de su lengua para evitar deforma-

ciones. Eso no quiere decir que se limite el enriquecimiento. Pero es necesario evitar las deformaciones y abusos de jergas y extranjerismos.

En estos tiempos de marcada influencia de los medios modernos de comunicación (radio y televisión), la pureza de la lengua se deteriora con rapidez. Hasta en la muy castiza Popayán escuché en reciente visita los "okey" y "chaos" importados en las telenovelas venezolanas. Por cierto, esos términos que tanto desentonan en el vocabulario de la capital caucana, me hicieron recordar la anécdota que cuenta David Sánchez Jiliao y Roberto Burgos Ojeda: A comienzos de los años sesenta era yo profesor en la Universidad del Cauca. Empezaba entonces el apogeo de la economía japonesa, y el gobierno y las empresas de ese país enviaban a los jóvenes profesionales a otras naciones a perfeccionarse en el conocimiento de sus lenguas y economías.

Para Popayán fue un acontecimiento, registrado por la prensa local, la llegada de un asiático a su Universidad. Días después el doctor Antonio José Lemus Guzmán, ilustre Rector y hombre de letras muy dado a la conversación agradable y salerosa, comentaba: "¡Qué suerte la de este hijo del imperio del Sol Naciente. Venir a Popayán desde el otro lado de la bolita del mundo, dizque a pulirse en español y a estudiar economía en la ciudad donde mejor se habla el castellano en el planeta, y le toca como profesor el doctor Consuegra, que sólo habla costeño!".

Antes el problema de la pronunciación en la Costa era el "comerse" las letras. Ahora son palabras enteras las que se engullen. En los grandes almacenes a las señoritas las obligan a decir, cuando informan los precios, mil siete treinta, veinte mil ocho cuarenta...

El cliente debe entender que son mil setecientos treinta pesos, veinte mil ochocientos cuarenta pesos, etc. En el diálogo corriente nadie habla de millones, miles o cientos de pesos. El interlocutor está obligado a adivinar la cifra, pues al preguntarse cuánto cuesta o costó algo, la respuesta es: treinta, cuarenta y cinco, novecientos, etc., ya se trate de millones, miles o cientos de pesos.

Al saludar los jóvenes universitarios apenas se reducen a un simple "buenas", sin importar que sea tardes o noches. Y cuándo las domésticas o señoras de la casa responden el teléfono, y se les pregunta por alguien, interrogan con una simplicidad alejada de Carreño: "¿De parte...? Y la correcta información de antes: "Familia tal, a sus órdenes..." se le ha reducido a un insólito "¿Sí?".

Bueno, serían observaciones para nunca acabar. Y, además, esta es materia propia para el análisis autorizado del maestro y amigo, doctor Elías Muvdi.

Costumbres y Tradiciones

Por la vida y las buenas costumbres

La medida adoptada por el señor Alcalde de Bogotá sobre protección a las buenas costumbres y al porvenir de la juventud, apenas si se asemeja en mínima parte a normas que conocí en países de culturas milenarias y reconocida importancia económica. Lo mismo podría decirse de la regla que, en momento afortunado, estableció la autoridad caleña en lo concerniente a los permisos para portar armas.

En la década de los años sesenta residí unos meses en la Universidad Sofía, de los Jesuitas, en Tokio. Entonces me tocó asistir a unos cursos de economía japonesa y planeación del desarrollo en la Universidad de Tokio. De noche los participantes, que éramos todos funcionarios de las oficinas de planeación de países asiáticos, latinoamericanos, africanos y europeos y asesores presidenciales, gustábamos de salir a recorrer la

muy iluminada calle Guinza y las pintorescas barriadas de la extensa ciudad a degustar saque caliente, el suave vino de arroz. Pero esos gratos paseos se iniciaban bien temprano, pues a las diez de la noche todos los establecimientos de servicios y diversiones (restaurantes, bares, cabarés, cines, etc.) cerraban sus puertas. Los japoneses decían que era necesario descansar para volver al trabajo con cuerpo relajado y mente despejada. Entonces los transeúntes gozaban plenamente del deleite de mirar vitrinas y conversar en las aceras y en las calles peatonales.

A finales de los setenta observé que en la Unión Soviética sucedía lo mismo, apenas con la diferencia de una hora, pues los espectáculos y ventas duraban hasta las once de la noche.

En cuanto al porte de arma por parte de particulares nadie ni siquiera podía imaginarse su posibilidad. Esta peligrosa modalidad sólo era conocida en los Estados Unidos, tal vez como herencia de sus tiempos de vaqueros y conquista del Oeste, que suelen magnificar en las películas. Las armas estaban en los cuarteles, porque jamás vi en esos países, o en Europa, uniformados portando armas, si se hace la exclusión de las simbólicas guardias en sitios de veneración patriótica. Los agentes de policía, por lo regular —y así era también entre nosotros en el pasado— estaban provistos únicamente de bolillos.

Todo eso respondía de manera lógica a conductas comprometidas con estrategias de desarrollo económico y de defensa en las buenas costumbres. Pueblos como esos empeñados en lograr metas de crecimiento para el bienestar comunitario, estaban en la obligación de evitar el desgaste y derroche de posibilidades. Tal vez buena parte de esa sana intervención oficial facilitó los resultados positivos que obtuvieron dichas naciones en los años posteriores.

Cosa distinta, por cierto, al libertinaje de estos tiempos que genera tanta descomposición social y aplasta los criterios del ayer. En días pasados, por ejemplo, un personaje de la televisión, afirmaba con orgullo, que ahora Bogotá era una gran ciudad digna de rango de metrópoli porque contaba con una "zona rosa".

Quien posee un arma, con salvoconducto o no, se supone, es para usarla. De ahí los múltiples casos que registra la prensa de homicidios por toda clase de causas, algunas de ellas baladíes, como el choque de vehículos, piropos a mujeres o, paradógicamente, para robar el propio adminículo. Esta realidad permite argumentar que no debe otorgarse licencias a unos pocos mientras la gran mayoría de la población vive desguarnecida, bajo el signo de la confianza que se supone debe garantizar el Estado.

Es diferente la libertad al libertinaje. La libertad es don divino, al decir de San Pablo. Pero no hay que

olvidar que "la libertad se destruye más por sus excesos que por sus enemigos". Sujetarse a las reglas de la razón es la verdadera libertad, afirmaba Plutarco. Y a las buenas costumbres, podría agregarse. Porque, como bien suponía el crítico, las costumbres suelen convencer más que los razonamientos, hasta el punto de que algunos reclaman se hagan más costumbres que leyes. Y las costumbres y las leyes deben estar al servicio de la vida, ya que no hay vidas humanas grandes y pequeñas. Todas son iguales. Lo importante es lo que se haga con ellas, y eso depende de las costumbres. Si no se tomara la vida como una misión, observaba Tolstoi, dejaría de ser vida para convertirse en infierno.

Ojalá —que viene del árabe y significa, y quiera Dios— el señor Alcalde de Barranquilla siga el ejemplo de sus colegas de Bogotá y Cali, en procura de la imagen pacífica y tolerante de esta ciudad siempre en disposición y ánimo de la alegría y la diversión provechosa.

Estas costumbres de ahora

Sobre el concepto de costumbres las opiniones siempre han estado divididas. Para algunos constituyen patrimonio digno de resguardarse en cofre de oro. Para otros representan lastres que obstaculizan el progreso. San Agustín y Pascal pensaban que la costumbre es una segunda naturaleza. Girardín, por su parte, creía que no era indispensable hacer leyes sino buenas costumbres. Contrario a esos pareceres, Balzac opinaba que las costumbres son la hipocresía de las naciones. Y Ramón y Cajal, compartiendo esos criterios, pensaba que la rutina y la costumbre, a menudo, imponen los actos más absurdos.

Lo cierto es que lo establecido en el paso del tiempo condiciona criterios y conductas que adquieren valores representativos de una determinada organización social.

Y eso no significa que la tradición y la usanza deban ser impermeables a las circunstancias y a la permanente dialéctica que la dinámica de la existencia supone. Porque, en verdad, lo que, a nuestro entender merece un poco de análisis, es todo ese ramillete, un tanto negativo, de la imitación, que involucra la dependencia cultural y la superficialidad de las modas.

En estos días, por ejemplo, hemos podido observar como personas y familias caen en la trampa de lo que los compatriotas bogotanos gustan en llamar ordinariez. Ahora, por ejemplo, se invita a un matrimonio, o al cumpleaños, y en la tarjeta se exigen los regalos, al indicar donde deben comprarse. Y, como si todo eso fuera poco, al decir de Chapulín, a los menos se les recuerda su segunda categoría a través de la simple tarjeta de participación.

¿Será todo ese nuevo estilo importado de Miami? Bueno, lo que si parece venir de allá es la moderna vestimenta: Camisetas amplias que permiten apreciar en plenitud los sobacos y pechos cubiertos de vellos, en un expresivo mensaje de machismo, como para que todo el mundo sepa que se trata de hombres de pelo en pecho y remolinos en el trasero, como jocosamente solía decirse antes. Sin embargo, bueno es aclarar, todo lo que a los "vicarios" nos fastidia, no proviene de los civilizados del norte. También los compatriotas oriundos de las regiones andinas, antes tan apegados

al pudor y al recato, se la pasan sin camisas, a cuero pelado, en sus tiendas y en las puertas de su casa.

¿Y qué decir de las jovencitas, con sus pantaloncitos calientes, como en un eterno veraneo playero, y roturas a propósito en las coquetas y saltarinas ancas?

No obstante, tal vez lo que más confunde es el deterioro del civismo. La otra tarde esperaba en el automóvil, en la calle 76, concurrida vía de toda clase de vehículos. En ese momento un señor de aproximadamente unos veinticinco años, con apariencia de dueño, no de empleado, salió de un almacén y arrojó en toda la mitad de la avenida una caja de cartón, por cierto, de gran tamaño. Entonces imaginé el origen de tantas cajas que encuentro a mi paso en las calles barranquilleras. Los árboles, que antes se cuidaban, ahora se trozan para que puedan verse mejor las altas rejas protectoras y la fachada de la nueva casa adquirida. O, a lo mejor, para evitar obstáculos al sonido estridente del "equipo", que debe escuchar el vecino a las buenas o a las malas.

En la calle, una tarde de paseo, comento estas cosas con la tía Tata, recién llegada de Cuba. Y entonces ella me dice que en La Habana y Santa Clara, los jóvenes, y no tan jóvenes, como acá, andan en lo mismo, muy lejos de Carreño, el de la urbanidad. En otras palabras, le comento, ya el asunto no puede atribuírsele al

capitalismo decadente. Más bien hay que retomar a Cicerón para exclamar con un poco de nostalgia y un tanto de resignación: ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!

Barranquilla, la bella

En columna pasada me referí al hermoso espectáculo de las luces navideñas que adornan a la ciudad, y me atreví a conceptuar que tal vez sobresalían en la América del Sur.

Esta opinión no la comparte el reconocido columnista Flash, quien piensa que lo expresado por el politólogo argentino, doctor Jorge Julio Greco, al mencionar el caso de Buenos Aires, puede ser más bien simple galantería de visitante.

En verdad, debo aclarar, como entonces lo hice, que me refería a las residencias, no a las calles, casi siempre adornadas en todas partes por la gestión oficial. Precisamente, el buen amigo Rafael Salcedo Vengoechea, al leer mis comentarios, expresó: En otras urbes debe ser como era antes acá, cuando las familias adineradas y excluyentes hacían sus pesebres dentro de sus casas, nada más para los suyos.

Con motivo del festejo de la edición número cien de la Revista Desarrollo Indoamericano, vinieron a compartir el regocijo con la familia bolivariana, ilustres académicos de Bogotá, Cartagena, Pasto, Medellín, Ibagué, Cali, etc. Y a doña Anita se le ocurrió contratar, para pasearlos, los servicios de uno de los trenes de recreo que hacen la delicia de los niños.

Esa misma noche, después del acto de la Casa de la Cultura, recorrimos las calles plenos de amistad y regocijo espiritual. El doctor Pedro Vicente Obando, Rector de la Universidad de Nariño y su señora, y Pedro Pablo Rivas, Director del Centro de Estudios Latinoamericanos, gozaban el asombro de las miles de bombillitas amarillas, verdes y rojas adornando imágenes y símbolos, en las versiones modernas del histórico y sagrado acontecimiento. De la misma manera, Isidro Parra Peña, Raúl Alameda, de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, los escritores Carlos y Jorge Eliécer Pardo, y sus señoras, hacían saber que en Bogotá, Pasto e Ibagué, todavía la nueva y buena costumbre no llegaba.

Lo interesante del asunto es que este año el engalanamiento se ha extendido a todos los barrios. En todas partes, —norte, sur, oriente u occidente— pueden verse los arbolitos navideños y las luces multicolores. En los barrios de habitantes con ingresos bajos, el ingenio creador del pueblo supera dificultades, y con sus propias manos elabora los adornos.

Todo esto permite decorar el ambiente. Y de noche Barranquilla está ahora más bella que nunca. Incluso, las caprichosas brisas que no quieren llegar, parecen acolitar la exhibición al dejarla libre de perturbaciones.

Yo gozo la alegría de las luces y de la gente. Es como si hubiese un deseo unánime de esperanza, más allá de la violencia, la conducta nefasta y el acontecer social injusto. El tren se había alquilado por dos horas, pero fueron cinco las compartidas. Ni la Costa, ni Barranquilla, me sorprende, exclama complacido el doctor Obando. A veces somos insensatos, pues teniéndolo todo en Colombia, se nos da por ir a ver lo extraño. Algunos, por ejemplo, atraviesan el país en los aviones rumbo a los Estados Unidos o Europa, sin conocer siquiera a su región. En buena hora, concluye, los que dirigimos la Universidad, estamos aquí, una vez más, para estrechar lazos.

Y tiene razón el colega universitario. El mundo del subdesarrollo es rico en las manifestaciones de dependencia cultural que no permiten valorar lo propio. Bien conocido es el actuar de las señoras pudientes de Caracas y Maracaibo, que tanto se quejan ahora de las medidas de control de divisas por estar acostumbradas a viajar a Miami los fines de semana a hacer la "compra del mercado". Vale decir, en busca de las caraotas, el café, la yuca y los plátanos de origen venezolano. Pero, cosa parecida sucede entre nosotros, siempre con el complejo extranjerizante o centralista a cuesta.

Por todo eso, para responder a unos idearios pregonados en las cien ediciones de Desarrollo Indoamericano, y porque así es en realidad, muestro con orgullo a los ilustres visitantes las calles iluminadas con arreglos decembrinos de la bella Barranquilla.

¿Barranquilla, ciudad sin memoria?

He oído decir que Barranquilla es una ciudad sin memoria. Esto para referirse al poco cuidado que sus habitantes dedican al recuerdo de sus acontecimientos o a la preservación adecuada de sus monumentos históricos.

Hace ya muchos años nunca pude comprender lo que se hizo con el bello Edificio Palma y con los jardines del Chop Suey. De mi pueblo venía la familia a contemplar el colorido y la gracia arquitectónica de una construcción que adornaba el Paseo Bolívar. Y en la inquieta juventud departíamos con Jorge Eliécer Gaitán en comidas sencillas, pero bajo el grato paisaje de un entorno de jardines, flores y fuentes, en el restaurante de graciosa mezcla china y tropical.

¿Y qué paso? De Bogotá nos mandaron una mole gris y de Medellín locales comerciales.

En el Parque de los Fundadores y del Periodista la conducta toma señales de vandalismo. A las figuras del progeso y de las letras se les destruyen los bustos y descabezan las estatuas.

Hace poco vi en la televisión a funcionarios distritales, con pico en manos, iniciando la demolición de un coliseo precisamente llamado monumental. Ese escenario que ha podido adecuarse como una concha acústica, especie de Media Torta bogotana, al servicio de espectáculos artísticos, o en sitio de práctica de deportes de los niños, digamos por caso, de la muy nuestra bola de trapo, y de disfrute de barriadas populares en parques familiares se derrumba para construir edificios de apartamentos, como si la ciudad no contara con espacio para este tipo de proyecto.

Barranquilla es una urbe sin limitaciones físicas. Sus planicies naturales le permiten extenderse por todas partes, incluso al otro lado del amurallado Río Magdalena.

Y como si todo eso fuera poco (siempre utilizo la célebre frase de un personaje del Chapulín Colorado cuando me refiero a lo insólito y propio de Ripley), la Avianca quiere vender al mejor postor el mausoleo de los mártires y precursores de la aviación comercial de las Américas que está en el Cementerio Universal.

En carta del primero de noviembre, víspera del día sagrado de los difuntos, la Gerente Regional de esa empresa orgullo de Barranquilla, se dirige al doctor Alberto Donado Comas, Administrador del Cementerio Universal, en los siguientes términos: "Atendiendo recomendaciones de la División Administrativa Bogotá, solicitamos a ustedes se nos informe si existe algún trámite o requisito fijado por la Administración del Cementerio Universal para que Avianca pueda proceder a vender el mausoleo de su propiedad. Así mismo, solicitamos su colaboración para la obtención de un avalúo comercial actualizado de dicho mausoleo".

Como es sabido, el Cementerio Universal se encuentra bajo la protección de la Sociedad de Hermanos de la Caridad, institución sin ánimo de lucro que preside el médico y escritor Leonello Marthe Zapata.

Precisamente, en estos días el mundo intelectual festeja la pulcra edición de Grijalbo del libro del doctor Marthe Zapata sobre la historia del Cementerio Universal, ilustrado con fotografías de los mausuleos y tumbas de grupos de familias ilustres de Barranquilla y de personajes sobresalientes, como son las familias Rasch Isla, Santodomingo, Mancini Alzamora, y de Pedro Biava, Luis F. Sosa, Pedro Pastor Consuegra, etc.

Ya decía yo en el prólogo del libro del doctor Marthe Zapata que los cementerios al estilo tradicional cumplen

papeles de museos para los investigadores de artes y costumbres de los pueblos. Gracias a los cementerios y tumbas los arqueólogos descifran los misterios y modos de existencia de civilizaciones y culturas del ayer. Frecuentemente los medios de comunicación informan sobre los hallazgos en las tumbas de los egipcios, incas o romanos que sirven de material valioso para el mejor conocimiento del mundo del pasado.

El doctor Leonello Marthe Zapata, Presidente de la Sociedad Hermanos de la Caridad, no sale del asombro. Piensa preguntar si la venta del mausoleo de Avianca incluye los restos mortales de los que allí gozan del reposo eterno.

En su carta de respuesta, bajo el peso de la pena, expresa: "Barranquilla es la cuna de la aviación colombiana y las primeras víctimas de ese acontecer fueron intrépidos soldados del progreso nacidos aquí y en Alemania. Y en el mausoleo de la antigua Scadta, ahora Avianca, están los mártires de la aviación. Son muchos los mausoleos de nuestro cementerio dignos de admiración. Por eso hemos solicitado su reconocimiento como Monumento Histórico Nacional. Aspiramos a preservar esta parte de la historia de Barranquilla, y evitar en lo posible que sus mausoleos sean motivo de mercadeos que atropellen el respeto que se merecen ejemplares ciudadanos del existir ya ido".

Sobre la historia de nuestras ciudades

Tres amigos me visitan en este caprichoso mes de abril, con brisas decembrinas, cielo azul y sin asomo de nubes invernales. Cada uno trae su recado e inquietud, pero el atardecer esplendoroso parece embriagarlos. Por más de una hora se olvida lo previamente programado para el diálogo. El sol, más dilatado que nunca y con rojo encendido, invita a la contemplación: Perezosamente cae en el horizonte como en busca de las aguas agitadas del Caribe.

El periodista Jaime Santiago dirige un semanario sobre temas ecológicos y quiere que le cuente un poco de la historia de las primeras actividades que se realizaron en Colombia en favor de la naturaleza en las últimas cuatro décadas.

Gustavo Raad Mulford viene por una bella tarjeta pulcramente impresa en Maracaibo por La Carreta, con

Consuegra Bolívar, que el famoso restaurante de carne al estilo argentino del tío Omar y la tía Martha, obsequiaron a los contertulios el día de los enamorados.

Y el profesor Rubén Fontalvo, estudioso del pasado y el presente de su pueblo natal, Palmar de Varela, entrega las originales de su libro, que él califica de documentos para la historia ecológica y cultural de ese importante municipio ribereño.

Después del ocaso entramos en materia. Cada uno explica la razón del compromiso intelectual que adelanta. Se escuchan argumentos y síntesis con la música de fondo de las olas y los vientos. Porque, como dice un amigo, mi casa es una casa con mar de patio. Yo gozo de sus exposiciones y saco provecho. Cuando me toca el turno me valgo de la ocasión para disfrutar temas que forman parte de tareas del ayer y de hoy.

De la historia de mi pueblo que viví en la infancia, hago del recuerdo endulzado un cómplice favorito. Paul Gerardy solía aconsejar que nunca se intente convertir el recuerdo en historia porque puede peligrar el toque poético. Otro soñador alega que vivir en el recuerdo es la forma más perfecta de existencia. Porque un poco de recuerdo grato es suficiente para borrar sufrimientos y penalidades. La memoria es capaz de reproducir siempre una imagen tan bella como el original, decía Shopenhauer.

Sin embargo, nada de esto pretende disminuir el rigor de la historia como ciencia de los acontecimientos. Ya lo dijo Cicerón: "La historia es el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la escuela de la vida, la mensajera de la antigüedad".

Cuando la investigación histórica se complementa con el recuerdo, la simbiosis resulta apasionante. Ensoñación gratificante y descripción de hechos verdaderos son elementos de singular significado en el relato oral o escrito.

A los amigos presentes les hago saber que encuentro digno de alabanza la respuesta acertada de los intelectuales de Palmar de Varela y de Santo Tomás al compromiso de compilar, estudiar y difundir la historia de sus patrias chicas. Un pueblo que no conoce y valora su pasado no puede correctamente construir su futuro. Siempre en el presente está la huella del acontecer remoto, con su legado de cultura, esfuerzos, logros e identidad.

En mi biblioteca tengo un sitio especial para los libros que recogen la historia de nuestras ciudades y poblaciones. Allí están las de Hugo Angel, Luis Duque, Juan Friede y Jaime Jaramillo, biógrafos de Pereira; Gustavo Arboleda, con sus tres tomos sobre Cali; Pedro María Revollo, José Agustín Blanco, Miguel Goenaga y Benjamín Sarta, estudioso del ayer de Barranquilla; Eduardo Lemaitre, Roberto Arrázola, Gustavo Bell, M.

A. Pineda y Manuel Tejada, con sus obras valiosas sobre Cartagena; Emiliano Diaz, Gerardo León, que rinden tributo a Pasto; Daniel Ortega, a Bogotá; Enrique Gaviria, a San Andrés; Antonio Julián, Arturo Bermúdez, Manuel José del Real y Julián Manuel Zapatero, a Santa Marta; Aquiles Escalante, hijo mimado de Baranoa, recoge la historia del Municipio de las ciruelas. Y tantos otros historiadores: Diego Castrillón, Rafael Darío Jiménez, Jorge Diaz Granados, Jaime Villarreal, José Palacio, José Enrique Finol, Gerardo Pombo, Rafael Oñate, David E. Peña, etc.

Todas las obras de los autores mencionados, repito, las conservo con afecto especial. Porque la gratitud encuentra en esta clase de homenaje al terruño, una de las expresiones más dignas del aprecio.

Este sentimiento y esta afición las conoce muy bien el médico y escritor Leonello Marthe Zapata. Pero eso, al comienzo de la semana me trae el hermoso regalo "Tesoro de Santa Cruz de de Mompox". Ya tenía la "Arquitectura Colonial de Santa Cruz de Mompox". Aprovecho la oportunidad para mostrarla a los amigos visitantes y disfrutar los escritos de Germán Téllez, Alfredo Iriarte, David Ernesto Peña, y las deleitosas fotografías de Germán Montes Veira, Mauricio Uribe y Sonia Vargas.

Tanto me impresiona la belleza arquitectónica de Mompox que al artquitecto y poeta magangueleño, doc-

tor Gustavo Raad Mulford, le hago saber que cuenta con mi respaldo moral en las aspiraciones de su terruño por alcanzar la capital del Departamento de Bolívar. A Mompox lo ha salvado su aislamiento, le digo. Y no está preparada para recibir los embates inmigratorios de estos tiempos. De seguro, en pocos años, los personeros del "progreso" de otros sitios romperían su tradicional armonía arquitectónica. En cambio, Magangué, como puerto acostumbrado al movimiento comercial, cuenta con experiencias para defenderse y sacar provecho de la apetecida sede de gobierno.

Mompox y el desconocimiento de lo nuestro

En el aeropuerto encuentro a los intelectuales Irene y León Weeber, directores del programa "Cultura para un Desarrollo Propio", de regreso al paradisíaco Curazao. De allá vinieron a conocer a Mompox, la bella urbe patrimonio de la humanidad.

Los amigos expresan regocijo por la grata experiencia. Les tocó viajar en uno de esos buses llamados lecheros, que se detienen en todas partes. Salieron a las seis de la mañana para llegar a las seis de la tarde, pero piensan que la belleza colonial de la ciudad, el apacible existir de sus habitantes y el virtuosismo creador de los artesanos, recompensa con creces las incomodidades del viaje.

Mientras Irene habla emocionada de Mompox, siento vergüenza. Como miembro de una organización social subdesarrollada y dependiente, me doy el lujo de conocer casi todo el mundo, menos mi región. Y eso que en todos mis escritos reclamo la valoración de lo nuestro, el aprecio del paisaje criollo y la búsqueda de la autenticidad.

Siempre me quejo de la insensatez barranquillera. Es tal vez la única ciudad del mundo que vive a espaldas de su mar y de su río. Al bello Magdalena lo taparon con construcciones industriales y bodegas, y a Puerto Colombia y sus alrededores apenas ahora empiezan a descubrirla. Unos de esos descubridores son los ingenieros y arquitectos Alfredo Chiquillo, José Luis De Vivo y Hugo Vargas Acuña, quienes construyen un moderno edificio, que yo llamo el "Coloso de Pradomar", encima de un montículo para ver mejor la belleza de un paisaje costanero con castillso de Salgar y Bocas de Cenizas.

Hace un par de semanas de Isabel López llegó Nerys, la nueva asistente de Doña Anita en los quehaceres domésticos. A pesar de sus treinta años y tres hijos, jamás había visto el mar. Y antes, la "Mella", de Juaruco, corregimiento de Tubará, apenas a unos cinco kilómetros de la playa, al mirar el Caribe, exclamó sorprendida: ¡Este jagüey si es grande!.

Recuerdo a Mompox como un sueño. Hace exactamente cincuenta años recorrí presuroso sus estrechas

calles. El "Vasquepé" arribó una tarde a recoger pasajeros, y el capitán permitió que los jóvenes estudiantes bajáramos por unas horas a disfrutar la exótica expresión de la arquitectura añeja. Entonces al caudaloso Magdalena lo surcaban palacetes que permitían disfrutar un viaje fluvial placentero. El recorrido de Barranquilla a Puerto Salgar duraba una semana, pero en verdad a nadie eso le importaba. Por el contrario, las demoras eran agradables. La buena mesa criolla, la atención esmerada y el baile de todas las noches, con orquesta y papayera, y sin ruidosos parlantes ni chillones "equipos de sonido": todo al natural, como el paisaje de follaje espeso y los perezosos caimanes en las orillas recibiendo el sol.

Ahora me cuentan que Mompox permanece igual. Tal vez los caprichos del Río, que tomó otro rumbo, la han librado de inmigraciones extrañas a su pasado y a su cultura. Esta misma tarde me he reunido con amigos intelectuales y miembros de la familia bolivariana y los invito a visitar a Mompox. Gustavo Raad, de la progresista y también bella Magangué, hace saber que sus paisanos nos esperan para la presentación del libro "Cantos, Cuentos, Otros Sueños y Acuarelas". De allí, en chalupa, porque ya los espléndidos buques del ayer sólo existen en el recuerdo, volveré a sentir el alegre chapoleo de la corriente, cuando me dirija a deleitar de nuevo la vista, mirando las paredes blancas de las casas e iglesias de Mompox.

Sobre tradición y buenas costumbres

En todos los tiempos las modas han cumplido un papel modificador en los usos y costumbres, especialmente en el vestir. Y se podría opinar que también, al lado de los grupos o personas que introducen las novedades, existen otros, fieles a lo establecido y respetuosos de la tradición. De la puja de estas dos fuerzas resulta el equilibrio, sano y de conveniencia, que involucra lo apropiado de lo nuevo en el molde de lo prevaleciente.

Se ha dicho que el hombre es un animal de costumbres. Costumbres, por cierto, que sufren modificaciones y responden a las exigencias de los cambios sociales.

El asunto es saber apreciar los méritos que involucra la tradición y el aporte adecuado de las innova-

ciones. Ni poca llama que no alumbre al santo, ni mucha que lo queme, recomienda el sabio refrán.

Los pueblos con personalidad mantienen respeto por sus costumbres. Lamentablemente, en el mundo del subdesarrollo y de la dependencia cultural, el esnobismo doblega identidades y caracteres.

Barranquilla, por ejemplo, es víctima de la imitación. Es lo que llama el doctor Juan Pablo Llinás, quien continua con su saco y corbata en templos y sitios respetables, la miamización de la urbanidad. Señoras y señoritas con pantalones calientes por todas partes, y señores maduros y jóvenes con pantalonetas, camisillas que dejan ver los sobacos, y pies descalzos, o con simples chancletas. Incluso los profesores se dejan arrastrar por caminos distintos a los que corresponde a su misión y jerarquía.

Ante esta realidad, tan distante del prestigio adquirido por Barranquilla como la ciudad de los grandes modistos, diseñadores y Agujas de Oro, en días pasados escuché la cordial protesta de algunos de ellos. El catedrático Eduardo Peña Consuegra y el médico Juan José Sánchez no entienden la exhibición de piernas velludas, por lo regular flacas y torcidas que parecen en discordia con la estética. Si se tratara de intentar un retorno a las raíces, para usar los aretes y cabellos largos de los antepasados indios, o las abarcas de nuestros

campesinos, estaría bien. Pero es la televisión la que impone la usanza.

Mi vecino doctor Gerardo Pombo, por razón de actividad y realizaciones, es el más duro crítico. Como ferviente admirador del folclor y la música terráquea de ayer, compañero del Maestro Aquiles Escalante en las ejecutorias de Cirdamayer, y autor del valioso libro "Kumbia, legado cultural de los indígenas del Caribe Colombiano", de vez en cuando comparte minutos de holguras en el supermercado del barrio con mi sobrino Danilo De Castro, con sonrisitas irónicas al mirar los piernas-peludos y semidescamisados.

Y en cuanto al lenguaje sí que faltaría jabón para lavar bocas, como antes decían las púdicas mamás. Mujer moderna que se respete, para no hablar de los hombres que siempre han gozado de licencia, debe mantener a flor de labios palabrotas censuradas en el ayer. Las muchachas universitarias saludan a sus compañeros con expresiones que podrían sonrojar a la Nena Jiménez, la contadora de chistes verdes.

Sin embargo, nada de eso es tan preocupante como lo que puede apreciarse en otro campo de la pérdida de valores y comportamientos. En nuestros días, por ejemplo, el automóvil parece representar algo más digno de cuidado que los propios seres queridos. Mientras en las calles los maridos modernos acompañan

a sus señoras de ombligos y muslos descubiertos, sin importarle mucho las miradas o roces de los transeúntes, hay de quien toque su automóvil, le cierre el paso o lo rasguñe. La prensa informa casi todos los días de los homicidios cometidos por furibundos conductores intolerantes en este campo.

En fin, hay que tener paciencia y esperar que pase el vendaval. Mientras tanto, los que aprecian el legado de los abuelos, naturalmente, sin pisar los linderos de la mojigatería, están en la obligación de afianzarse en los predios de costumbres saludables.

Sorpresas gratas de diciembre

Siempre diciembre es bienvenido. Es el mes de la Navidad, la fiesta de alegría y de los niños. Y esta vez, además de las brisas esperadas y el cielo azul que invita al disfrutre, recibo sugerencias y noticias gratas.

El Rector José Consuegra Bolívar llega bien temprano el martes para decirme que la columna dedicada a los escritores costeños ha debido terminar insinuándole a los padres de familia que entre los aguinaldos a sus hijos no olviden los libros. El y doña Magdalena están ganando la batalla librada contra el nintendo y la televisión que doblegaban a José Rafael y Arlencita.

Lo anterior me parece oportuno y necesario. Nunca como este año las vitrinas se encuentran repletas de la juguetería electrónica extranjera. El neoliberalismo aperturista induce al derroche y facilita el dominio de

la producción foránea. Ya la creación artesanal autóctona de otros tiempos de sencillez, armonizada con el entorno de Belén, quedó arrinconada.

En mi niñez todo era simple, pero con la belleza de lo natural y propio. Los niños esperaban la noche del nacimiento para tocar pitos alborotosos y reír en festejo del suceso divino. Y por la mañana temprano, con el anuncio de los gallos de las cinco, a buscar debajo de la cama el camioncito de madera o el librito de portada en colores y letras grandes.

Como entonces los libros no abundaban, de tanto leerlos los aprendíamos de memoria. Rinrin Renacuajo, Los Maderos de Sanjuán, Genoveva de Bravante, las Fábulas de Esopo, Simón el Bobito, la Vorágine y María (en resúmenes), etc.

Cuando converso por teléfono con el escritor Ramón Molinares sobre estas buenas costumbres del ayer, recibo la visita de la poetisa Ligia Alcázar de Artel. Trae entre sus manos un nuevo libro, "Tras la Flor del Curcurí", y lo encuentro muy oportuno para obsequiarlo a los hijos de familiares y amigos.

Ligia aprovecha al máximo su imaginación creadora y se va de paseo a la selva amazónica a conversar con árboles, flores, pájaros y ranas. Mundo maravilloso y desconocido a la vez que fantástico y atrayente, co-

menta en el prólogo Fanny Montoya. "Mundo habitado por seres irreales, solidarios y respetuosos que pretenden ofrecer ejemplos a los humanos..."

Para rebosar la copa de satisfacciones, en la tarde se asoma a la puerta de la calle el doctor Leonello Marthe Zapata. Esta vez la sonrisa y la alegría se le pueden adivinar desde lejos. Ha recibido una carta del Presidente de Avianca, doctor Gustavo Alberto Lenis. Me la lee en voz alta y juntos compartimos el beneplácito de su contenido. De manera clara y ejemplar conducta, el doctor Lenis deja constancia del respeto que le merece la memoria de los héroes colombianos de la aviación comercial. Sus palabras son: "Nos permitimos informarle que nunca ha sido nuestra intención enajenar nuestro Mausoleo del Cementerio Universal. En nuestros registros aparecía que Avianca era propietaria de unos nichos y, por lo tanto, supusimos que se referían a espacios sencillos que podríamos vender, dado que no es nuestro interés mantener ese tipo de propiedades. Cabe reiterar que para la Compañía es de fundamental importancia conservar la memoria de sus gestores y el valor histórico que reviste dicho Monumento. En este sentido es claro que estaremos atentos como hasta ahora, a efectuarle el mantenimiento y a ejecutar las labores de conservación que permitan otorgarle los cuidados que una obra de esta naturaleza demanda. Reciba un cordial saludo y los mejores deseos porque la obra que se han propuesto

de convertir al Cementerio Universal en un Monumento Histórico Nacional, tenga una feliz culminación en muy corto tiempo".

Es esta una respuesta correcta de Avianca y de su Presidente, doctor Gustavo Alberto Lenis. Actitud, por cierto, que reconforta, digna de un conductor de una empresa orgullo de una ciudad y un país.

Bendito Carnaval

Siempre se ha pensado que los carnavales, entre otras cosas, cumplen la loable misión de hermanar a la gente. Son como una especie de paréntesis en el absurdo discriminatorio de la organización social prevaleciente. Porque, al sonar de los tambores, la flauta de millo, acordeones y clarinetes, la magia del jolgorio permite el milagro del encuentro compartido de ricos y pobres, blancos y negros, jefes y subalternos.

Por todo lo anterior no entendí la separación de las fiestas, con desfiles distintos en el Norte y el Sur. Y, tal vez por eso, a pesar del esplendor y la alegría interminable de la Batalla de Flores, estuve más complacido en la Gran Parada, con su muestrario elocuente de tributo al ancestro, al folclor y a la tolerancia. Allí estaba el derroche de las sedas multicolores de cientos de marimondas y garabatos; el sereno ritmo de las cuambiamberas en grupos con historia; los danzarines de

pies descalzos y piel de ébano... y, para dar complemento a la componenda comprensiva, el conjunto de los "recicladores", compañeros de oficio de los mismos que humillaban en Bogotá, mientras acá se les aplaudía en el desfile.

Durante diez horas contemplé las marchas del sábado y el domingo. El doctor Florentino Rico, quien vino de Cartagena y por primera vez asistía al espectáculo, estaba sorprendido por el orden y la cordura. Nada de vulgaridad ni destapes importados al estilo carioca. Y, con la caracterización debida, los disfraces de siempre: hombres sin cabeza, cabezones con la cara de la farándula política, pero lejos del odio y ambiciones rastreras de sus protagonistas; bandas musicales llegadas de la zona Andina, con jóvenes de mejillas coloradas al natural, interpretando a su manera, porros y vallenatos; extraterrestres barrigones, como si también en los lejanos planetas las ascárides hicieran su agosto; cantinflas que obligaban al recuerdo de épocas gratas; el mago Borletti, tan confiado como si estuviese en el escenario más cómodo, con trucos que despertaban el aplauso de chicos y grandes; dictadores, al estilo de Hitler, apropiadamente rediculizados.

En fin, la cuota ancestral, con los negros africanos de lanzas y escudos como símbolos ornamentales; danzarines indios que tejían, en el dinámico círculo, la trenza imaginada, y comparsas de paraguas que permitían percibir el aporte hispano.

Como estoy bien situado, puedo extender la mirada y comprobar que las filas de bailarines parecen no tener comienzo ni fin. Al paso de las cumbias cierro los ojos para sentir más cerca el tambor y la flauta que marcan el ritmo a las polleras. Pero no hay tiempo para ensueños. El Toro Grande, el Torito, el Paloteo, el Golero, y tantas otras agrupaciones del pasado, ofrecen su virtuosismo encantador. Y en medio de la algarabía juvenil, los ochentones de la tercera edad, con sus parejas contemporáneas, sin pizca de cansancio.

En verdad estos carnavales que acaban de pasar llenaron las expectativas. Hasta en el Festival de Orquestas de nuevo las melodías criollas, variadas y sabrosas, volvieron a escucharse, recuperando un poco de espacio en el dominio monorítmico merenguero.

Esta fiesta que desborda en alegría, folclor y diversiones debiera ser motivo de aprecio y divulgación en un país doblegado por la violencia. Sin embargo, son otros los sucesos que entusiasman a los medios de comunicación.

Bueno, que el pueblo costeño siga cultivando su espíritu carnestoléndico, con su cupo de autenticidad, tradición, costumbres populares y sana diversión.

Y que el año entrante, se unan las dos rutas que esta vez separó, para que las comparsas y disfraces, como

en los tiempos de ayer, recorran la ciudad de sur a norte, a fin de que el carnaval permita deducir como eran las fiestas en la sociedad comunal del ayer, y como podrían ser en un futuro más tolerante y de menos actitudes de diferenciación.

Carnaval, bendito seas

Seguí al pie de la letra el tema de la Reina Katia y su corte. Porque, en verdad, quien lo vive es quien lo goza. Y eso no significa estar con el capuchón puesto en el torbellino del jolgorio. No. Es sentir, en cualquier sitio, en la puerta de la casa, en la acera de la calle, o en la silla de rueda, el mensaje del tampor y de la flauta de millo, e intentar descifrar el simbólico disfraz que, en conjunto y al lado de las danzas legendarias, resumen la esplendorosa expresión de la alegría de vivir. Yo, por ejemplo, en mi lecho de convaleciente de una intervención quirúrgica, disfruté el espectáculo gracias a la magia de la imagen televisada.

El carnaval es la fiesta más auténtica del alma costeña. Distinta a las otras, religiosas o patrióticas, nadie piensa en agradecer favores o suplicar mercedes para gozos en el más allá. La vida es para disfrutarla como debe ser: plena de alborozo, libre de amarguras

y rencores. No me busques pa peleá, búscame pa parrandeá, va cantando el pregonero, como para dejar clara constancia del único sentimiento que anida en el espíritu. Y parranda, en este caso, es sana diversión compartida que deambula para esparcir regocijo.

Pero el carnaval también es afirmación étnica y cultural. El folclor, que es la cultura de un pueblo, encuentra en el carnaval, el escenario apropiado. En el carnaval se afirma la identidad. Hace días el doctor Ricardo Barrios Zuluaga me hacía saber que dejó a Bogotá y se vino a residir a Barranquilla para que sus hijos se afiancen en las costumbres de la tierra. Y el viernes, víspera de carnaval, llamó por teléfono y me dijo que dejaba la ciudad por cuatro días, para esconderse en un balneario. Entonces le observé que su familia perdería la mejor oportunidad de apreciar los valores ancestrales representados en la música, las danzas y los cantos.

Porque en los carnavales se aglutina el folclor de la región costeña. Barranquilla se convierte en el proscenio del arte caribeño. Y, además de eso, en las comparsas y disfraces se recoge la historia y el sentir de un pueblo con idiosincrasia propia. Las grandes jornadas liberadoras de los indios, los negros y los criollos se representan en las danzas, y los disfraces sirven para ridiculizar normas sociales y personajes dominantes.

El jurista, catedrático y ex congresista me escucha, y el miércoles de ceniza, comentó complacido: El carnaval disipa penas, agranda deleites y reafirma identidad. Tenía usted razón. Abandonar a Barranquilla en su fiesta, es un simple escapismo desafortunado... Sin embargo, después se queja de la privatización del espectáculo, con decenas de palcos que niegan la oportunidad al pueblo de hacer uso del derecho público de las calles. De un pueblo ajeno a la violencia y orgulloso de su celebración, que se lo merece todo. Entonces aprovecho la oportunidad para contarle una anécdota de Amira de la Rosa, que menciono en escritos anteriores, y retrata el carácter de los pueblos. Eran los tiempos del General Gustavo Rojas Pinilla, quien vino a Barranquilla en época de carnavales protegido por cientos de soldados. Y doña Amira contaba:

—En una Semana Santa, en Sevilla, un veterano de procesiones explicaba a su pariente campesino los detalles del desfile. Allí va nuestro Señor, cargando la Cruz. Le sigue la santísima Virgen María y San José, los padres, relataba el sevillano. ¿Y esa señora que viene allá atrás, quién es?, preguntó el campesino. Esa, mi querido pariente, es mejor ni mencionarla. Es nada menos que la mujer de Poncio Pilatos, la que pidio a su marido que perdonaran al Señor , y casi impide la fiesta...

Como puede apreciarse, decía con gracia la escritora y poetisa, nuestros compatriotas del interior no nos

conocen. ¿Para qué ese derroche de soldados y fusiles? ¿Cómo se les puede ocurrir que un barranquillero va a perturbar su fiesta atentando contra un Presidente, por más dictador que sea?

Carnaval, política y violencia

La otra noche fui con la familia a ver el desfile carnavalesco de uno de los clubes sociales y nuevamente pude gozar la alegría contagiosa de los espectadores. La calle ochenta y cuatro semejaba un Magdalena humano, en plenitud de regocijo que inducía a la confianza.

Estos horribles tiempos de descomposición social esparcen temores y desconfianzas. Yo he dejado de escuchar los noticieros porque las pesadillas remplazan el plácido sueño. La televisión es un rico muestrario del crimen y la conducta despreciable. Antes, los personajes de la escena eran los que sobresalían en el servicio público, la promoción de la cultura o la búsqueda del bienestar social. Ahora son los que actúan fueran de ley. Cada uno de sus movimientos, opiniones

o procederes, se convierte en la noticia que merece el despliegue. Nada tiene importancia para los llamados medios de comunicación sino se enmarca en los linderos del delito.

Toda esa realidad apabullante a la larga obliga a la preocupación y el miedo. Barranquilla, que fue oasis de paz en las violencias pasadas, también ahora sucumbe en un transcurrir inseguro. Crímenes diarios a cargo de personas intolerantes armadas —con permisos oficiales o sin ellos—, sicarios y bandas de delincuentes.

La actividad política nacional se enmarca en el signo del personalismo destructor. Como acertadamente lo describía el señor Director de EL HERALDO en reciente editorial, la oligarquía centralista santafereña envuelve al país en el ropaje de sus ambiciones personales. Jóvenes que pertenecen a una misma familia, grupo social y generación que estudió en los mismos colegios y universidades y siempre ha gozado de privilegio de sus estratos, comprometen al país entero en sus rivalidades y ambiciones de poder.

Al lado de esa realidad desconcertante los problemas económicos y sociales se agudizan. El neoliberalismo sigue su marcha como estrategia globalizadora al servicio de los intereses extranjeros dominantes. La libre importación ofrece sus frutos que agudizan al

subdesarrollo y la dependencia. Aumenta el desempleo, la desigualdad social adquiere proporciones alarmantes, y los recursos naturales sacian los apetitos de los grandes monopolios internacionales.

Pero vuelvo al otro mundo costeño para apreciar el significado de los carnavales como símbolo de alborozo comunitario y cultivo de tradiciones y folclor.

Lo más importante de las fiestas es el transcurrir en paz. Esta nota la escribo antes de la iniciación de la Batalla de Flores y el máximo deseo es la concordia. Recuerdo los carnavales de mi infancia pueblerina y juventud en Barranquilla. Eran fiestas de disfraces sin temor al abuso, ni mucho menos al crimen. Las danzas servían para expresar complacencias con los orígenes raciales; y los disfraces, en algunos casos, enjuiciaban hechos y ponían al ridículo a personajes y situaciones. A los salones populares, digamos por caso, los "cariocas", se iba a bailar con la cara descubierta, pintada o cubierta, sin prevenciones ni miedo. La sencillez y la originalidad estaban presentes en las comparsas, máscaras y atavíos.

Me atrevo a recoger el sentimiento de amigos y compañeros de inquietudes intelectuales e ideológicas para expresar anhelos por unos carnavales pacíficos. Pero, también, por la búsqueda, después de ellos, de una identificación insurgente que permita el ecuentro

de los que sueñan con la democracia, el descentralismo, la justicia social, la política económica defensiva, la defensa de los recursos naturales, el desarrollo independiente, la plena valoración de las raíces culturales y el respeto a la vida y dignidad humanas.

El teléfono y las conversaciones

La otra noche escuché de labios de un escritor los comentarios más desconcertantes, por lo menos para mí, que siempre he practicado lo que bien podríamos llamas costumbre muy particular del quehacer literario. En una reunión muy concurrida mi admirado amigo se burlaba de los prosistas y poetas que gustaban de leer a sus allegados sus recientes creaciones. Concretamente se refería a un autor ya fallecido, por cierto de cultura universal, que incursionó con sapiencia en la disciplina jurídica y dejó huellas en la poesía y el cuento. Otros contertulios, por su parte, repetían el viejo chiste burlón de los dos versificadores que se amenazaban con la lectura de sus inspiraciones.

Como yo me la paso leyéndole a los amigos lo que escribo y lo que escriben otros y también escuchando

lo de ellos, me sentí conturbado. Es esa en mi criterio, una especie de necesidad que exige dicha práctica en busca de beneplácito. La otra tarde recibí una llamada telefónica de Ramón Molinares, y desde el saludo reconoció en mis respuestas y comentarios alegría y euforia. Entonces me indagó si acababa de escribir algo. Y estaba en lo cierto. En estos casos, le comenté, nos sucede como a las gallinas: antes de poner el huevo dan vueltas por el nido. Después, alborozadas, cacarean como si quisieran comunicarle al entorno la llegada del fruto de sus entrañas. En verdad todo parto, por muy doloroso que sea, genera disfrute digno de compartirse.

Mis amigos me llaman de todas partes, incluso de ciudades lejanas, como México o Buenos Aires, para darme a conocer sus escritos. Porque, valga la curiosidad, ¿para qué serviría un teléfono en manos de un escritor? Me imagino que el auricular es utilizado en conversaciones adecuadas al oficio o afición de cada cual. Si se deja a un lado el benéfico ritual de los parientes en cuestiones de saludos, ha de suponerse que el comerciante lo emplea para hablar de negocios, los enamorados lo disfrutan en sus requiebros, etc. Y entonces se puede preguntar: Si los empresarios charlan por teléfono, o personalmente, de compras, ventas y producción de mercancías, y los políticos de elecciones y debates, y ellos se leen informes, proyectos o discursos, ¿por qué no pueden hacerlo los escritores con sus creaciones?

En los cafés de Bogotá, allá en la vida de estudiante de los años cuarenta, los descansos servían para recibir con agrado en la mesa colectiva de estudio, al poeta sin acceso a la prensa y a la imprenta para escuchar sus poemas. Siempre he lamentado de no haberme detenido el tiempo suficiente ciertos días cuando presuroso, camino a la Ciudad Universitaria, dejaba de escuchar el porro que el maestro José Barros había compuesto la noche anterior. Lo recuerdo caminando la Carrera Séptima en busca de oyentes, apenas en compañía del ararreo de las melodías que años más tarde formaron parte del patrimonio de nuestra música costeña.

Es cierto que la conversación ha tenido sus simpatizantes y desafectos. No te pares a escuchar las conversaciones que se tienen, dice el Eclesiastés, no sea que oigas a tu siervo murmurar contra tí. Y Lin Yutang, opinaba: "Un placer como el de una conversación perfecta es necesariamente raro, porque los que son sabios rara vez saben hablar y los que hablan rara vez son sabios".

Pero otra cosa es la conversación a través de la lectura, porque para escribir hay que pensar. Y nadie puede hacer sentir mejor el sentimiento, o el espíritu, como opinaba Nietzsche, que el propio responsable de lo escrito. Cuando se asiste a la presentación de un libro lo que ofrece más gozo es la lectura del autor de sus propias páginas. Entonces es más fácil comprender la

razón del mensaje y compartir la angustia, la dicha o la esperanza. Escuchar la ronca voz de Jorge Artel leyendo versos de "Tambores en la Noche", o la melodiosa palabra de Meira Delmar en sus cantos al "Sitio del Amor", son momentos inolvidables que contribuyen a valorar el lado azul de la existencia.

Ojalá mi admirado amigo cambie de parecer, para llamarlo de vez en cuando de mañana, en procura de comenzar bien el día al escuchar la lectura de sus relatos cortos.

La Iglesia de San Roque y el Cementerio Universal

Dos gratas noticias relacionadas con el patrimonio histórico de Barranquilla, saboreo en estos días. La prensa informa que la Iglesia de San Roque, la de las bellas torres empinadas que engalanan la Calle de las Vacas, ha sido declarada monumento arquitectónico. Y el doctor Leonello Marthe Zapata me muestra los originales de un libro sobre el significado del Cementerio Universal en el ayer y el presente de la ciudad.

Buena parte de mis recuerdos de niñez involucran a la Iglesia de San Roque. Como sucedía en mi Isabel López con el 8 de diciembre, día de la Inmaculada, también acá, el 16 de agosto se esperaba todo el año para gozar las festividades del santo patrón del pueblo barranquillero.

La ancha y arenosa Calle de las Vacas era, durante nueve días, el sitio obligado de la gente para gozar en plenitud los tradicionales actos. Misa y procesión con señoras y señoritas estrenando vestidos bajo el rigor del comportamiento respetuoso; corralejas en las tardes, sin la sangre de los circos; y de noche, los fuegos artificiales y el boxeo.

De la fiesta de mi pueblito me era familiar la misa, la procesión y la corraleja. Pero nunca gocé el brillo de las luces de los castillos, ni mucho menos de la "bola de candela" y el tronar de los buscapiés que lanzaba a su paso la Vaca Loca.

Los castillos obligaban a la contemplación de la magia de los colores y al regocijo de las chispas juguetonas. Después del éxtasis colectivo el aplauso era unánime cuando, en todo el centro de la armazón, aparecía un lienzo con la imagen del milagroso venerado y su perrito de ojos tiernos.

La Vaca Loca propiciaba la locura general. Gritos y correr de la muchedumbre en muestra del más sano jolgorio. Todo era risa y alegría compartida con saltos y movimientos para esquivar triquitraques tronadores.

Pero, además de la fiesta -genuina expresión de alborozo libre de peligros o molestias- cada fin de semana, cuando iba al Mercado Público a encontrarme con mis paisanos en el Camión de Manuel Redondo, aprove-

chaba la ocasión para contemplar, sentado en el sardinel, la majestuosidad de las torres de la Iglesia. A mi me impresionaba la altura, que parecían tocar el cielo, y el encanto de su forma cónica, com los cipreses que el abuelo Eusebio aclimató en el patio de su casa.

Ahora, con la generosidad de tantos años, recibo la tarjeta de invitación del Padre Stanley Matutis, el desvelado guardián de la Parroquia, a la misa en honor de los periodistas en su día nacional. Allí estaré de nuevo el 9 de febrero, para volver a contemplar, desde la acera de enfrente, las torres de mi infancia.

Y pienso hacerlo en compañía del doctor Marthe, con el propósito de insinuarle a los amigos periodistas que se sumen al justo anhelo de la Sociedad Hermanos de la Caridad, empeñados en lograr el reconocimiento del Cementerio Universal como parte valiosa de la cultura y la historia de Barranquilla.

La organización caritativa y filantrópica que preside el doctor Leonello Marthe viene empeñada en el cuidado, reconstrucción y embellecimiento de las tumbas de grandes ciudadanos barranquilleros de este Siglo. Precisamente, los originales que la semana pasada recibí, relatan la ejemplar historia de sus visionarios fundadores, ilustrada con fotos que permiten apreciar el valor artístico y cultural de los sepulcros prodigiosamente conservados.

La zanahoria y los Alcaldes

Lo de zanahorio forma parte del decir bogotano como sinónimo de inocencia, ingenuidad o candidez. El pintoresco Alcalde Mockus ahora se vale de la figura para respaldar medidas encaminadas a proteger la comunidad.

A mi parecer, tales providencias no deben calificarse así. Pero, en fin, cada quien tiene su estilo. Y, digo lo anterior, al valorar, en su verdadero objetivo, acertadas decisiones oficiales en favor del rescate de sanas costumbres perdidas y de defensa de conductas que se acomoden a la realidad nacional y conveniencias futuras.

Tanto aprecio el correcto proceder de algunos mandatarios municipales que me llenó de tristeza escuchar comentarios adversos y ridiculizadores en los noticieros de Telecaribe, al empeño del señor Alcalde

de Cartagena por disminuir el ruido de los escandalosos "equipos de sonidos". Complacida con ese proceder de las autoridades de la ciudad patrimonio de la humanidad, la doctora Carmelita Ibarra de Consuegra, cartagenera de pura cepa que añora la placidez de las calles amuralladas y el rumor del mar, prepara maletas antes de tiempo en deseos de tomar la vía de la Cordialidad, para ir a gozar plenamente de las vacaciones.

Porque en verdad resulta fastidioso el abuso de vecinos y de dueños de automóviles que han convertido a las ciudades de la Costa en vivideros bulliciosos. Juarez, el gran mexicano, hizo saber que el derecho de uno termina donde comienza el de los otros. Así, en cada hogar la música que gusta a sus moradores debe ser para ellos, y no para la cuadra o el barrio.

En los años sesenta viví en el Japón y tuve la oportunidad, como invitado especial de su Gobierno, de recorrer el país y visitar sus fábricas y centros culturales. Eran los tiempos de la iniciación de una nueva etapa, distinta al belicismo, en un definido propósito de alcanzar objetivos económicos mundiales a través del trabajo y la disciplina. Aunque el ingreso per capita no estaba al nivel de las otras potencias, el Japón era un territorio industrializado y con una población varias veces superior en cantidad, a la colombiana. Sin embargo, en Tokio, entonces con ocho millones de habitantes, y demás ciudades, toda actividad social y de servicio ter-

minaba a las diez de la noche. Cines, televisión, bares, restaurantes, etc., cerraban sus puertas a esa hora. Recuerdo a los amigos argentinos, acostumbrados a caminar las calles de Buenos Aires hasta la madrugada , en paseos casi solitarios por Guinza, la avenida principal.

En la Unión Soviética, cuando esta nación emulaba con los Estados Unidos en el dominio militar, político y económico del mundo, a las once de la noche, todos los días de la semana, los borrachitos, trasnochadores y las familias que gozaban las sanas diversiones, tenían que dirigirse al lecho en busca del reposo y la recuperación de energías.

Esas normas y ese comportamiento ciudadano es fácil de comprender. Para rendir adecuadamente en el trabajo nadie puede darse el lujo de extender el jolgorio más allá de lo prudente. Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, como solía decir el ocurrente Maestro Darío Echandía. Toda persona, sea el caso, tiene derecho al solaz y el divertimiento. Incluso, en estos tiempos de agitación y estrés, se recomienda para la buena salud. Pero sobrepasar límites no resulta aconsejable, más si se tiene en cuenta el ambiente de violencia e inseguridad que azota al país.

Lamentablemente en las propias familias y clubes sociales estas prácticas nocturnales se fomentan. En mi juventud los bailes se iniciaban a las seis o siete de

la noche. Ahora los muchachos invitan a mis nietos, apenas en la pubertad, a las fiestas programadas para las diez que comienzan a las once. Yo nunca he podido entender esa tardanza agotadora, al menos que se trate de rendir tributo a la dependencia de las telenovelas que dominan ciertos horarios.

Los países subdesarrollados, con grupos sociales derrochadores y poca mentalidad futurista deben comprender que en la defensa de sus recursos naturales y en la capacidad del trabajo creador de su gente están las puertas que puedan conducir a un destino distinto.

Tubará y su cultura

Este 12 de octubre que acaba de pasar fue esplendorosamente significativo en la valoración del ancestro y el patrimonio cultural de un pueblo. Ese día Tubará se engalanó para dejar constancia de su orgullo atávico y su definido propósito de cuidar la herencia de sus antepasados.

No se trataba de festejar "descubrimientos" ni inicios de conquistas genocidas. Por el contrario. En la plaza central estaba la juventud al lado de sus padres, educadores y gobernantes locales, para reafirmar admiración y respeto a costumbres, principios morales y modos de vida y convivencia que los artistas del ayer dejaron plasmadas en piedras.

En feliz concurrencia el señor Alcalde Baldomero Barraza Molina y los intelectuales Alvaro Suescún, Manuel Sánchez, Isabel Patricia Vargas, Nayibe

Castañeda, Elena Llanos, Madenis Herazo, Guidel Santiago, Elmer Vásquez y Clemente Mendoza, habían preparado el encuentro con arqueólogos, antropólogos, catedráticos, artistas, funcionarios públicos, estudiosos y simpatizantes de los valiosos testimonios que aún se conservan y constituyen motivo de orgullo y veneración por parte de los descendientes de las tribus que habitaron la región.

Tubará ofrece condiciones adecuadas para la reafirmación ancestral. Es uno de los pueblos situados en la cúspide de una serranía de altura significativa en las tierras bajas del Atlántico. Con Piojó goza de ese privilegio. Su paisaje quebrado es distinto y, por lo tanto, agradable. Además, al bajar las lomas está el mar.

Sin embargo, el motivo del encuentro era eminente histórico-científico. Los que han estudiado sus testimonios estaban allí, desde temprano, para dar a conocer el fruto de investigaciones, lecturas y análisis. Ese día le correspondió a Carlos Angulo Valdés y José Agustín Blanco. Fueron exposiciones maestras respaldadas con la autoridad y el prestigio de dichos conferencistas. Tanto que el doctor Rafael Bolaño Movilla, subyugado por el tema y la palabra fácil del Maestro José Agustín, obligó a su comadre Rosa Castro que dejara para más tarde el destape de las ollas con chicharrones, yuca blanca y otras sabrosuras autóctonas apropiadas para el momento.

En los días siguientes el programa ofreció el atractivo de la visita al arroyo Cajamarú y al cerro Morro Hermoso, para tratar de interpretar, con la ayuda de los profesores Mendoza, Angulo, Escalante, etc., los símbolos de artistas, sabios y profetas que en las piedras milenarias dejaron constancia de sus creencias y mitos. Y hasta llegaron también delegaciones de otras culturas autóctonas de la Costa, danzarines y conjuntos folclóricos que utilizan instrumentos musicales de nuestros naturales y en los repertorios predomina la cadencia propia de sus ritmos.

Mis recuerdos de Tubará de la niñez y juventud son sencillamente gratos. Mi madre nació a la sombra de su paisaje. De niño disfrutaba los paseos escolares que permitían el juego del escondido más divertido, pues las callejuelas onduladas facilitaban el resguardo. Después, en la madurez, los hermanos Coll, jefes liberales gaitanistas de entonces, con su amor al terruño, me estimularon para que organizara, en nombre de la Universidad Simón Bolívar, el Museo Arqueológico. La Universidad adquirió una casa apropiada y muchas piezas precolombinas, todo lo cual se puso al cuidado del estudiante de entonces y abogado de hoy, doctor Carlos Vargas.

La semana pasada la Facultad de Trabajo Social, con sus directivos, profesores y estudiantes, organizó en los jardines de su Sede Académica una exposición de

reliquias de cerámicas. El profesor Félix Consuegra facilitó muestras de su Colección privada, y durante varios días estuvo presente para explicar a los jóvenes los valores arqueológicos y antropológicos de las culturas arrasadas en el ayer. Allí, con satisfacción, volví a encontrarme con el legado Mocaná.

Estado, peaje y Puerto Colombia

En la edición del jueves pasado EL HERALDO publicó un artículo del ex Presidente de la Argentina, doctor Raúl Alfonsín, verdadera síntesis maestra del deterioro del Estado en los días presentes de neoliberalismo.

Pasaron los tiempos de la teoría y la práctica del Estado interventor responsable, con la sagrada misión en sus manos de regular las actividades económicas, en procura de una distribución equitativa del producto entre los distintos agentes y sectores de la sociedad.

Sobre todo se ha puesto fin a la iniciativa oficial de atender las inversiones en la infraestructura con el objeto de propiciar el desarrollo y superar los obstáculos y deficiencias.

En el ayer el Estado tenía la obligación de construir y mantener en adecuadas condiciones las carreteras y los servicios públicos, y hasta fundaba bancos que pudiesen aprovechar los campesinos, artesanos y pequeños comerciantes.

En Colombia, en los cambios transformadores de los años treinta, las nuevas normas legales recogieron la ideología progresista de entonces. El artículo 32 de la reforma constitucional de 1936, con la facultad que otorgaba al Estado para intervenir en la producción, distribución y consumo de la riqueza, fue tal vez el aporte revolucionario más importante de esos años de positivos logros políticos.

Contrario a lo que podría llamarse, en el contexto del capitalismo, hecho propicio de una economía social, el Estado actual se dedica a entregar a la voracidad del capital extranjero o nacional las empresas organizadas con el esfuerzo de la comunidad en su conjunto, y a delegar en la iniciativa privada funciones que alimentan la desigualdad y la injusticia.

Cuando los ingresos presupuestarios alcanzan cifras jamás imaginadas en el pasado, el Estado actual se desprende apresuradamente de su deber histórico. Puede alegarse que en las esferas oficiales hay corrupción y deficiencias, pero esas son lacras que se extienden a todos los sectores, y que el Estado y la política están en la obligación de corregir más allá del facilismo y la

dependencia ideológica neoliberal, o al estilo del esposo cornudo que vende el sofá para librarse de la infidelidad de la cónyuge.

Lo que está pasando con el peaje que se pretende instalar en la zona semiurbana que separa a Barranquilla de Puerto Colombia, es muestra elocuente de lo comentado. De manera arbitraria y con la soberbia centralista de los funcionarios radicados en las alturas bogotanas, el Ministerio de Transporte declara que no puede darse un paso atrás en el cobro de un peaje, porque esa privilegiada concesión se le otorgó a una empresa particular. Y se llega hasta el abuso de cerrar los accesos a otras vías con el fin de facilitar las máximas ganancias.

Al Gobierno y a este nuevo Estado poco le importan la suerte de miles de habitantes que obtienen su sustento de los visitantes, ni mucho menos de los obreros y desposeídos barranquilleros que llegan a las playas los domingos.

El llamado turismo de las playas de Puerto Colombia y Salgar es, exclusivamente, de las familias de escasos recursos y de la clase media baja de Barranquilla, apenas, en la mayor parte, con dinero para comprar gaseosas o compartir una mojarra.

Ante esa realidad nada más justo que el ejemplar reclamo de la comunidad porteña. Con esta protesta

los habitantes de Puerto Colombia no sólo defienden un derecho, sino que también le han recordado a Barranquilla y al país su ingratitud. Porque su muelle coadyuvó positivamente al progreso nacional y fue instrumento principal en la época de máxima prosperidad barranquillera.

Barranquilla, pues, debe sumarse a la correcta y pacífica actitud porteña. Ya es hora, sea el caso, que los señores senadores y representantes del Atlántico citen al recinto del Congreso de la República a los voceros del Ministerio del Transporte.

Estos episodios nos permiten pensar que ha llegado el momento de iniciar la gran tarea de recuperación del Estado para el pueblo. Porque, como lo señala acertadamente el ex Presidente Alfonsín, ya el problema "no es la existencia de un Estado al servicio de una clase dominante o explotadora, sino la expropiación inversa, o privatización que esa clase ha hecho del Estado".

Mar, árboles y vallas

Estos días invernales de altas temperaturas también ofrecen compensaciones.

La lluvia no ha sido dañina, como en otras temporadas, pese a los pronósticos de Max Henríquez.

Yo digo éso, porque la otra noche escuchaba a nuestro experto, orgullo de Barranquilla y de la región, alertando a los turistas bogotanos y andinos sobre lluvias y tormentas que jamás llegaron este fin de semana que acaba de pasar. (Escribo hoy lunes, 23 de septiembre).

Más que grandes aguaceros, han caído chaparrones y serenos suaves que parecen acercarse a la ternura.

La otra tarde fui testigo de algo nunca imaginado. Siempre pensé que la lluvia no era curvilínea al cubrir

los espacios. Y no es así. Un mar tranquilo y de gris claro me permitió contemplar un nuevo panorama: la lluvia caía en la misma forma de las nubes, con figuras sorprendentes y caprichosas, como las que se descubren en el cielo cuando se juega con los niños.

Las lluvias regulares llenaron de verde la serranía que nace en Pradomar. Es como si se estuviese contemplando el intenso verdor de zonas lluviosas de los Andes. También los matarratones de las cercas que siguen la ruta de los diez kilómetros de carretera que une a Puerto Colombia y Barranquilla, están esplendorosos y quietos como gozando el descanso de la ausencia de vientos.

Este paisaje complementa la placidez del Caribe, teñido de colores y sin atropellos.

Pero no todo es placentero. Ahora encuentro que esta parte de la carretera al mar la están llenando de vallas horribles, de bloques de cemento armado, que al decir de ingenieros y arquitectos, el material utilizado en ellas, bien podría servir para cubrir todos los huecos de las calles de Barranquilla.

En vez de sembrar árboles o matas apropiadas para separar y embellecer, los bloques de cemento obstruyen y afean.

¿Con qué fin se colocan esas barreras de mal gusto?

Bueno, no sé. Pero me invade el temor de que al mismo personaje desafecto de la estética de la ciudad que pintorreó los árboles, se le puede ocurrir prolongar las vallas mencionadas por toda la Avenida Olaya Herrera.

Ya me han comentado que peligran las arboledas abiertas de los bulevares del Prado con proyectos traídos de fuera.

El paisaje de Barranquilla son sus árboles. Desde el ayer taparon la presencia del majestuoso Magdalena con paredillas de fábricas y depósitos de mercaderías. Otras ciudades ofrecen diferentes distintivos. Y la naturaleza tropical ayuda con su exuberancia. En cada mes o estación las flores regalan el colorido de su presencia. Y con orgullo se puede mostrar al visitante el morado de los robles o el amarillo de los lluvia de oro.

Sin embargo, la cultura de los árboles es motivo de permanente acoso. Unas veces la Empresa de Energía Eléctrica y la de Teléfonos, que aún permanecen en el pasado antiestético, los mutilan sin piedad; y otras, los compatriotas llegados de otros sitios, lo primero que se les ocurre es arrasarlos para que el frontis de las tiendas quede despejado.

Siempre estamos quejándonos de todo lo bello que obsequia la naturaleza. Ahora añoramos las brisas; y

después, en el verano fresco, nos fastidian los alisios. Y cuando todo es sequedad, echamos de menos el invierno generoso.

Parece como si el descontento dominara los ánimos para impedirnos gozar en plenitud de lo existente. Ante esa actitud desacopladora, me afano en insinuarle a los amigos y familiares, a dejar a un lado la dependencia de la televisión, para gozar el gratuito espectáculo de un atardecer porteño, del sonido de la lluvia, o de la verdura de los árboles.

La Navidad de ayer y hoy

Este diciembre ha entrado caprichoso. En otros tiempos el día primero amanecían las brisas refrescantes y el cielo azul y limpio, sin rasgos de las nubes invernales. Sin embargo, en los campos se aprecia el efecto de las lluvias intensas de todo el año. Todavía el verdor prevalece y las campanitas, con sus enredaderas interminables y el color violeta de sus flores, alegran los caminos. Yo las gozo en la estrecha carretera que va desde la Ye hasta Puerto Colombia, y traigo a la memoria el recuerdo de la niñez. Entonces, en mi pueblo, salíamos los niños con los maestros y las Hijas de María a recoger flores silvestres para adornar el altar de la Virgen, el día de las velitas. Y allí estaban los racimos del matarratón, tan parecidas a las aristócratas orquídeas, los cortejos, de eterna duración; los blancos San José y las siemprevivas.

De inmediato se arreglaba el pesebre, y todos los campesinos participaban. Cada uno llevaba su presente:

calabazos, totumas tiernas en forma de vacas y cabras, con palitos clavados para semejar las patas; ramitas y hojas secas que sirvieran de lecho al recién nacido, el Niño Jesús; la estrella de papel blanco de cometa diseñada por Blanca Zula, la alumna aventajada en trabajos manuales. Y, a los lados, los padres, San José y la Santísima Virgen María.

Todo era sencillez y autóctono, como dice la Historia Sagrada que fue. De noche se cantaban, a la luz de la luna y el frescor de los vientos, los villancicos. Algunos de ellos perduran en mi memoria: La Noche Buena se viene, la Noche Buena se va; y nosotros nos iremos, y no volveremos más.

Alguna vez escribí sobre la Navidad del pasado. Entonces la iglesia de mi aldea le faltaba el techo por causa de un incendio. Pero eso también tenía su encanto. Porque, como el cielo estaba repleto de estrellas, todos los niños lo mirábamos para gozar del privilegio de encontrar primero la de Belén.

Cuando se acercaba la media noche el espectáculo corría a cargo de los niños. En esos momentos gozábamos de licencia para anunciar el nacimiento con toda clase de ruidos que expresaran alegría: pitos, silbidos, palmadas, matracas. Todo era la sencillez en su máxima expresión. Nadie esperaba nada en recompensa, porque no daban aguinaldos de juguetes.

Los niños, con nuestras propias manos, nos hacíamos los trompos, los carritos jalados con cabuya, las flautas de millo.

Ahora todo ha cambiado. Son tiempos de luces y nuevas costumbres. Dos amigos del sur me visitan, el argentino Jorge Greco, que tanto quiere a Barranquilla, y el paraguayo Juan Bautista Rivaroli Paolo. Los llevo a ver las casas adornadas de los barrios del Norte. Aquello parece un derroche, pero yo les comento. Es mejor que gasten el dinero acá y no en el exterior. Y, además, el espectáculo sirve de sana distracción a todos los habitantes de la ciudad. Y ellos comprueban que las interminables filas de automóviles y de buses procedentes de los barrios lejanos del sur, también admiran la muy original emulación de los vecinos.

Mis amigos observan la integración religiosa en los arreglos luminosos y multicolores. Y yo les explicó: Eso es Barranquilla. Porque sólo en una ciudad libre de dogmatismo, el jolgorio espiritual se universaliza. Así, en el arreglo del antejardín de la residencia, está el Papa Noel, venidoo del Norte, de religión protestante, con su barriga amplia, símbolo de la opulencia de esas tierras de nieve, compartiendo los arreglos con los "nacimientos" de la fe católica. Incluso, en algunos de ellos había budas y mezquitas. Ahí está la gente de Barranquilla, ajena al dogmatismo, respetuosa del pensar ajeno.

Entonces Greco, dice: En mi Buenos Aires querido somos muy individualistas, para no decir, egoístas; y a ningún porteño se le ocurre iluminar con luces de Navidad su casa para que los vecinos gocen del espectáculo. Y en otras ciudades, aún perduran prejuicios y limitaciones de tipo religioso. Por su parte Rivaroli Paoli hace saber que de regreso a Asunción le va a decir a su señora, creyente hasta los tuétanos: -No me acompañaste a Barranquilla, porque pensabas que todo el tiempo me la pasaría hablando de libros con mis amigos de la Universidad Simón Bolívar. Pero te perdiste de conocer miles de casas con la Navidad más iluminada de América del Sur.

Navidad y luces

La Navidad y diciembre obsequiaron alegría y ánimo festivo. Es cierto que algunas cosas no se dieron como se esperaba. Digamos por caso, la iluminación de las calles y la presencia de brisas más frescas. Ya era tradicional el obsequio de la empresa que maneja el servicio de energía al engalanar las calles con luces alucivas a los festejos. Pero este año que pasó, por obra y gracia de la entrega del patrimonio económico del país a la voracidad de la capital extranjero, nada se hizo. Y, a propósito, nuestro hermoso aeropuerto sufrirá la misma suerte, precisamente, cuando los noticieros de televisión hacen saber que el de Cartagena sigue igual, o peor, después de varios mesesd de habérsele confiado a una compañía eruopea.

La semana pasada estuve en el Ernesto Cortissoz, y lo encontré limpio y presentable, apenas con deficiencia en el servicio de aire acondicionado. ¿Acaso arreglar

esos aparatos es tan complicado, que no lo pueden hacer los barranquilleros? ¿Qué se hicieron los Móseres, los Diepa, los de Páramo, los de Unducol, los de Thermotar, etc., pioneros en Colombia de esa actividad industrial?

Todo lo están vendiendo en Colombia y en América Latina en aras del neoliberalismo, la apertura y la globalización. ¿Y por qué no incluyen en el remate al Palacio de Nariño y al Capitolio Nacional con todos sus huéspedes, sitios donde están los patrocinadores de esas estrategias?

Bueno, sigamos con el tema. No hubo luces blancas en forma de pasacalles, pero, en cambio, y a manera de espectáculo sobrado, los antejardines de las residencias sirvieron de deleite a la vista. Colorido, palmeras engalanadas, mixtura de creencias y símbolos de continentes lejanos, expresión de complacencia familiar, en fin, exuberancia en la entrega y el deseo de agradar.

Y, lo más interesante: ya este espectáculo desbordó los límites de un barrio, y esta vez se extendió a toda la ciudad. Yo lo disfruté con amigos de distintas partes. Una noche, con Otto Morales Benítez, el escritor prolífero; Antonio Cacua Prada, Presidente de la Academia de Historia; Isidro Parra-Peña, Presidente de la Academia de Ciencias Económicas; Gastón Parra, Vice Rector de la Universidad del Zulia; Carlos Tinoco,

Rector de Iafic, de Cartagena, y decenas de ilustres personalidades de Venezuela, Ecuador y Argentina, subimos a un "trencito", para gozar con los niños contemplando los arreglos navideños.

Después lo hice con el historiador nariñense Vicente Pérez Silva, su familia y amigos. Con nosotros estaba la hermana Patricia, religiosa, hija de Vicente, que presta sus servicios en la Universidad Católica de Mozambique, en la martirizada Africa. Al terminar el paseo, ella comentó: Ojalá esa multitud de luces nunca se apague...

Ya en mi casa, con la cabeza recostada a la almohada, pensé en las palabras de la hermana Patricia. Cada ciudad ofrece su encanto y su gracia. Cartagena, sus murallas y la ciudad antigua; Santa Marta, San Pedro Alejandrino y la bahía; Popayán, la Semana Santa; Bogotá, el poder capitalino, etc. Barranquilla, por su espíritu festivo y su gente súbdita del jolgorio, mostraba los carnavales, como Río de Janeiro, La Habana o Nueva Orleans.

Ahora se le viene a sumar a la Arenosa esta sana, divertida y complaciente exhibición de motivos navideños que, por ser festividad regocijadora, encaja en su carácter currambero.

Y, en verdad, qué beneficioso sería para estos tiempos de violencia y escasa confianza poder gozar —por lo

menos en toda la estación del verano, de ausencia de lluvias y agradable frescor en las noches— la oportunidad de recibir amigos de otros países o ciudades de Colombia, para mostrarles, con vecinos y familiares, las casas iluminadas de Barranquilla.

Podría decirse que todo eso es un derroche innecesario. Yo también lo critiqué alguna vez. Pero, después, supe aclarar que el arte de la decoración y buena parte de los materiales utilizados, ocupan mano de obra local. Además, para el caso de los ricos, es preferible que no todo lo gasten en Miami, y más bien se queden acá a ver complacidos desde sus ventanas las miradas dichosas de los niños y adultos.

El progreso de Barranquilla

El historiador Juan Pablo Llinás me llama por teléfono para decirme que está escribiendo un ensayo sobre la realidad y el futuro económico de Barranquilla. Quiere saber opiniones. Entonces le respondo que en la edición del jueves 11 de mayo, EL HERALDO publicó un magnífico estudio del periodista Jorge Montaño que recoge cifras alentadoras de un informe de la Cámara de Comercio.

Se trata de un conjunto de datos sobre inversiones en distintos sectores de la actividad económica en los primeros dos meses del presente año que, comparados con los del mismo período de 1994, señalan un aumento de doscientos ochenta y siete por ciento.

Y aprovecho la oportunidad para hablar con mi buen amigo sobre temas que los economistas gustan complicar con términos y redacciones enmarañadas.

Porque, en verdad, las cosas no son como las pintan. Es cierto que cada ciencia tiene y utiliza su propio lenguaje, pero todo puede expresarse de manera que los cristianos entiendan, como solía decirse en el ayer. Por ejemplo, antes en las recetas de los médicos solo los farmaceutas descifraban las palabras. Y bastantes complicaciones en la salud de los pacientes produjeron las equivocaciones por esos garabatos enredados.

Alguna vez a Keynes, el más famoso exponente del pensamiento económico capitalista en este siglo, después de haber escrito varios libros, entre ellos su Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero, todos de difícil lectura y comprensión hasta para los propios economistas, le preguntaron los integrantes de una comisión oficial, qué debía hacerse para superar el marasmo de los años treinta, y contestó: Rompan calles hoy y remienden mañana.

Y así era de sencillo el asunto a pesar de sus lucubraciones teóricas sobre la eficacia marginal del capital, la demanda efectiva, o la propensión marginal a consumir y el multiplicador. Porque en la fase negativa del ciclo, que se conoce con el nombre de deflación o crisis, con su máxima expresión de desempleo y no ocupación de los recursos, lo que se haga en la utilización de la mano de obra, habrá de servir de fuente de ingreso, vale decir, de agente animador de la demanda, del consumo, de la recuperación y el ensanche.

También le recuerdo al doctor Llinás que la inversión, que viene a ser la parte del ingreso que no se consume, es hecho fundamental para sopesar la situación de una economía. Y de las distintas clases de inversiones, a la del sector industrial le corresponde el papel más importante. Se supone que la industria paga los mejores salarios, o por lo menos, cierto tipo de industria. Todo esto sin desconocer el papel que juega la agricultura, el comercio y los servicios.

Recientemente la revista Semana ofreció a sus lectores una información relacionada con las cien empresas más grandes de Colombia. Las cifras correspondientes a las utilidades son sencillamente elocuentes. Y esto sería digno de expectativa si dichos beneficios cristalizaran, como supone la hipótesis teórica, en inversión, o sea, en nuevas empresas. Pero, lamentablemente, como se sabe, la mayor parte de esos recursos dinerarios se orientan a la especulación financiera, se evaden al exterior, o se utilizan en construcciones suntuarias y tierras de engorde.

Y, además, no se fundan nuevas empresas que produzcan mercancías que se importan, sino más bien se malgastan posibilidades en una lucha de competencia sin razón lógica, entre monopolios. Por ejemplo, y aquí recojo el criterio del doctor Hernando Celedón Manotas, ya el país cuenta con suficientes fábricas de gaseosas y cervezas mientras carece de tantas otras, tan necesarias para la superación del subdesarrollo.

Pero, volviendo a Barranquilla, y más allá del registro estadístico, la ciudad ofrece síntomas significativos de recuperación. Lamentablemente no son muchas las nuevas fábricas; y las ya existentes, de propiedad de barranquilleros, las están adquiriendo capitales foráneos. Pero el comercio se amplía, los servicios públicos tienden a mejorar, los centros educativos y las universidades preparan profesionales y los barrios populares reciben atención oficial. Ojalá el centralismo absurdo, oficial y privado, permita, para bien de la ciudad y del país, aprovechar la localización estratégica de Barranquilla y la experiencia de sus habitantes que, desde hace tanto tiempo, aprendieron a servir al progreso.

El patrimonio de Curramba

Hace unos días pasé una mañana compartiendo tristezas con amigos. Asistí a entierros de distintos recuerdos y expresiones. En una sala de velatorio despedí a Marceliano Polo Restrepo, el buen amigo de la juventud y compañero de inquietudes periodísticas.

Marceliano formó parte de lo que bien podría llamarse periodismo heróico. Fue, para nosotros, el de los gratos tiempos de la insurgencia y el compromiso creador. Entonces la profesión se aprendía en la labor sin tregua. Nadie que tuviese inclinación por el quehacer esperaba turno en lo ya establecido. Cada uno, por su cuenta, se arriesgaba a organizar su gaceta, o su noticiero radial. Y por eso eran muchos los pequeños periódicos que circulaban cada semana, cada quincena, cada mes, o cuando se pudiese.

Los sitios para la redacción poco importaban. Unas veces eran las mesas del Café Roma; otras, las de la Lonchería Americana, o la Librería Nacional. De noche, en las imprentas, a veces sirviendo de ayudante a los cajistas. Y los sábados, orgullosos, a recorrer el Paseo de Bolívar, para escuchar el grato grito de algunos voceadores amigos, que incluían en su repertorio de ofertas, los nombres de las modestas publicaciones al lado de EL HERALDO y La Prensa, los dos grandes diarios que simbolizaban la tradición periodística de Barranquilla.

Del grupo de jóvenes desprevenidos de esos años, recuerdo, además de Marceliano, a Luis Felipe Palencia Caratt, José María del Castillo, Alfonso Castro Bermúdez, Rafael Lafaurie, Aniano Iglesias, Jorge Vélez, Roberto Gómez, Johny Castro, Armando Barrameda Morán, Rafael Rasch, Porthos Campo Pineda, Olegario Pertuz, José Francisco De la Hoz, Aureliano Gómez Olaciregui, Manuel Figueroa, César Roncallo, José Angel Bolaño. Lástima que ese día, ya porque siguieron el camino sin retorno, y otros, tal vez por no saber de la nueva infausta, allí no estaban todos.

A las doce de esa misma mañana llegué al Cementerio Universal. Una matrona de Isabel López, doña Patricia Rada de Fernández, había fallecido en Barranquilla. Y a sus funerales vinieron sus paisanos. En la puerta encontré decenas de ellos, y les dije: Pasen

ustedes todos para sumarnos al acompañamiento y después admirar la restauración de este lugar que es parte de la historia de la ciudad. Porque, en verdad, la obra adelantada por la organización Sociedad Hermanos de la Caridad, que fundó hace 127 años el doctor Eusebio De la Hoz, es digna de admiración y gratitud.

Con entrega cívica ejemplar, distinguidas personalidades ocupan su valioso tiempo en procura de la preservación de monumentos y de respeto al pasado. El médico Leonello Marthe Zapata, el educador José Stevenson Collante, el Capitán Luis Correa, el abogado Segundo Santiago, el comerciante Jorge Maid, el Mayor Gustavo Lux, el doctor Federico Nobman, don Aníbal Osman, el doctor Luis Carrasquilla, el médico Antonio Beltrán Galindo y el doctor Alberto Donado Comas, me invitaron a compartir, en la noche, una reunión social y de trabajo. Le rendían un homenaje al doctor De la Hoz y preparaban programa de acciones futuras.

Entonces intervine para reconocer la labor adelantada. Y les hice saber que a persar del sol del mediodía, recorrí con mis paisanos las callejuelas de las tumbas para apreciar monumentos y cuidados. Barranquilla es, en términos generales, una urbe de mala memoria. Cuenta con pocas estatuas o símbolos que expresen gratitud. Hasta se descabezan las escasas imágenes. Todo lo contrario a ese proceder, los amigos de Leonello

Marthe mantienen al Cementerio Universal como un verdadero campo santo que honra la memoria de buena parte de los barranquilleros sobresalientes de todos los tiempos.

En pasado estudio de Yomaira Lugo Consuegra, que publicara la edición dominical de EL HERALDO, se resaltaba el significado de los cementerios en el legado cultural de los pueblos. Desde un punto de vista, el Cementerio Universal, así con el esmero que resguarda y embellece la Sociedad de Hermanos de Caridad, es señal estimulante de los que sirven en silencio a la ciudad. Y, bueno es recordarlo, son muchos. Y muchos también los que la quieren.

La otra noche, en una tertulia familiar se conversaba sobre este tema. Yo enumeraba defectos, con el propósito de apreciar reacciones. Y ahí estaban las señoras refutando mis argumentos y valorando las virtudes de su tierra. A la cabeza de ellas, como buena abogada, la magistrada Carmen Alicia de Bolívar, expresaba a borbotones su amor por Barranquilla y la espontánea decisión de servirle, siempre en procura de su progreso. Todo ese conjunto de procederes y sentimientos del ayer y de hoy, constituyen, en buena hora, el patrimonio de Curramba.

Los Cortissoz, la aviación y la gratitud

Sobre la gratitud se ha escrito mucho. Por tratarse del sentimiento más apreciado, siempre ha sido motivo de valoraciones y enjuiciamientos. José Martí, al referirse a la respuesta de la gente por el beneficio recibido, solía afirmar que la gratitud, como ciertas flores, no se da en la altura, y reverdece mejor en la tierra buena de los humildes. Juan Zapata Olivella, el poeta y narrador que nunca se cansa de amar tanto a Cartagena, me escribe para describir el homenaje que se le rindió a Jorge Artel, en plena fiesta novembrina, en la iglesia de la Santísima Trinidad del barrio Getsemaní con nutrida concurrencia de "gente sencilla, que es siempre la más agradecida, ajena a la orgullosa vanidad de intelectuales y de los de arriba". Mi tío Carlos Higgins, patriarca de Juan de Acosta, con su mochila repleta de experiencias, se muestra más radical y abarca a todos. Sus palabras, al referirse al tema, son: "Después

que coman del plato de comida que te piden y das, quiébraselos en la cabeza, para que entonces hablen con gusto".

Tal vez por ser escasa, desde siempre se ha pensado que "no hay en el mundo exceso más bello que el de la gratitud". Y ésta, en mi concepto, distinto a los mencionados, bien puede cultivarse en todos los climas y lugares. Pues, lamentablemente, su contrario, parece regla soberana que, como tal, permite las excepciones. Me refiero a la ingratitud, que al decir de Ramón y Cajal, tiene tres clases de exponentes: Los que callan el favor recibido, los que lo cobran y los que lo vengan.

Toda esta introducción la hago para dejar constancia de las gratas y estimulantes horas que disfruté la noche de la presentación del libro "Ernesto Cortissoz, Conquistador de Utopías", de Miguel García Bustamante.

¡Cómo reconforta el espíritu el encuentro con el reconocimiento colectivo! En el momento de los discursos, las miradas parecían detenidas ante el retrato del pionero ejemplar. Ni un susurro cuando Alfredo de la Espriella, con su fácil decir, inició el acto. Ni mucho menos al leer doña Hilda Strauss sus páginas sentidas y dulcemente escritas. Después habló Fernando Cortissoz y se leyeron mensajes. Pero, cuando intervino Ernesto, e hizo el recuento de los grandes del ayer que supieron responder al compromiso convirtiendo a

Barranquilla en la vanguardia del progreso, los labios se abrieron de manera espontánea para cantar el himno de Amira de la Rosa y Pedro Biava.

Fue esa, sencillamente, una noche espléndida que me permitió encontrar el camino del sueño sin mucha espera. Porque, la verdad sea dicha, Barranquilla no es ciudad muestrario de lúcida memoria. Tanto es así, que sin la más leve protesta, permitió que un extranjero mandamás de sus riendas, aplastara la correcta costumbre de llamar sus calles con nombres se sucesos históricos, de personajes, o de simples recuerdos costumbristas, para clasificarlas con la frialdad de los números, muy propios para otros temperamentos. Todas las ciudades del mundo, hasta diez o veinte veces más populosas que Barranquilla, (París, México, Buenos Aires, Lima, Caracas) aprovechan sus calles y avenidas para rendir homenaje y reconocer méritos. Acá, las pocas estatuas, que se pueden contar con los dedos de la mano, muchas veces son víctimas de los vándalos.

Pero en fin, los actos programados para conmemorar el nacimiento en Barranquilla de la aviación comercial en las Américas, merece la solidaridad de todos sus habitantes. Hace setenta años murió Ernesto Cortissoz en accidente aéreo. Lo que quiere decir, no sólo fue precursor sino también mártir. El relato posterior de Clarita Cortissoz de Strauss resume la visión y grandeza del compromiso y la entrega: "Mi mamá le rogaba a

mi papá que no se metiera en los aviones, que no volara. Ella les tenía pánico... Ella siempre insistía: —Ernesto no te metas en esos cacharros, mira que eso es peligroso. El contestaba: —No Teté, eso no es peligroso... ¡eso es la maravilla!"

¿Futbolistas o niñas?

Mucha molestia me causa la fastidiosa campaña de los periodistas del interior contra Barranquilla por su clima tropical. Y más desconcertante aún, la repetidera de los conceptos críticos por parte de los propios redactores deportivos y locutores locales.

¿Qué propósitos reales se desprenden de la cantaleta del excesivo calor y la humedad? ¿Acaso lo que se pretende es socavar el derecho, bien ganado en la historia, de ser Barranquilla sede de la Selección Colombia? ¿Es que se quiere dar argumentos a los perdedores para que pidan otra ciudad como sede?

El clima forma parte de la personalidad de cada región. Nadie tiene autoridad para descalificar ambientes ni condiciones atmosféricas. Si un lugar es habitado por personas, alguna gracia o provecho encuentran

esas personas. La Patagonia es tal vez la región más fría del mundo, y allí están chilenos y argentinos disfrutando los gélidos vientos.

Al escuchar a los futbolistas, entrenadores chilenos y locutores de la televisión, con el estribillo de la insoportable temperatura barranquillera, como queriendo decir que no era apta para competencia deportiva, y que afectaba el rendimiento de los visitantes australes, el cubano-venezolano Héctor Carbonell, que vive en Caracas y está por acá disfrutando el calorcito caribeño, comentaba: "¿Los futbolistas de ahora son deportistas o niñas de piel delicada?". Además, agregaba, yo vengo del sur, en una gira turística, y en Santiago no se puede respirar por la polución.

La ridiculez máxima de los comentarios críticos y de la actitud amerengada fue lo relacionado con la colocación de bloques de hielo y abanicos gigantes en los camerinos, debajo de las sillas y catres de reposo de los jugadores chilenos, tal como se hace con los cadáveres, en sus ataúdes, para que no se descompongan.

Cada pueblo debe disfrutar lo que la naturaleza le regala. Y necesario es aclarar que una cosa es lo existente por voluntad del carácter de lo natural, y otra cosa la consecuencia nefasta de la conducta humana.

Digno de reproche, por ejemplo, es la contaminación que ensombrece el habitar de las grandes ciudades. La

neblina de Santiago, el lloviznar de Bogotá, sus alturas que permiten climas fríos, todo eso, ofrece sus encantos. En días pasados, precisamente escribía sobre el ánimo quejumbroso de algunas personas: el frío bogotano, o el calor costeño, son motivo de comentarios cotidianos. Y decía entonces que en mis viajes a Bogotá gozaba hasta de su cielo encapotado.

Por cierto, en mi última visita a la capital compartí con amigos en la residencia de la escritora Pilar Moreno de Angel, Vice Presidenta de la Academia Colombiana de Historia, situada en la falda de los cerros. Allí el clima es más fresco que en el resto de la ciudad y la vista es prodigiosa, con la sabana al fondo. Doña Pilar cuenta con la biblioteca más acogedora que soñar pudiera un bibliófilo. Decenas de miles de volúmenes empastados con lujo y maestría artesanal de España y Colombia, y documentación original completa de la historia nacional.

Después de gozar el espectáculo del paisaje exterior, el frescor de la suave brisa que acaricia los amplios ventanales y el gratificante mensaje de los estantes repletos de páginas impresas, sonreí al pensar en los momentos que pasó la ilustre académica en Isabel López, la tierra del cañonero Toño Rada, el de los dos goles al equipo chileno del ayer, en un medio día, del sol ardiente afuera y cuarenta grados a la sombra. Entonces ella me hizo saber, como también lo repitió

esa noche en la sesión pública de la Academia, que mantenía en su memoria el recuerdo grato de las horas agradables que pasó en mi aldea escuchando porros, y el hablar bullanguero de un pueblo complacido con su honrosa presencia.

Ojalá los hermanos chilenos, descendientes de los bravos soldados de Bernardo O'Higgins, los que pelearon en las nieves y páramos, en los desiertos de Arica, sin quejas ni pretensiones, hayan gozado, como también los periodistas, andinos y curramberos, de la hermosa arboleda de los mangos, ceibas y nísperos que rodean el clásico hotel El Prado, y del placentero encuentro, apreciable con el tierno azul, de estos días invernales, de las aguas tibias del Caribe.

De regreso a Bogotá

El tema de nuestro tiempo es el de la inflación. El alza de los precios de las mercancías y servicios golpea cada vez más a los sectores de ingresos medios y bajos.

Cuando viajaba a Bogotá la semana pasada, precisamente, con un discurso sobre las teorías interpretativas de la inflación debajo del brazo, leí en el avión una noticia publicada en EL HERALDO, del Departamento Administrativo Nacional de Estadística, Dane, acerca del costo de vida en las principales capitales del país. En dicha información se hacía saber que Barranquilla era la ciudad más barata, en donde el índice de los precios sólo había subido en cero catorce por ciento.

Ese extraño dato me hizo recordar lo sucedido a doña Anita quien, con motivo de un acto social en la Univer-

sidad Simón Bolívar, unos pocos días antes se acercó a una panadería popular, de las instaladas en la carrera 20 de Julio, en busca de un exquisito pan con mermelada de guayaba que acostumbraba a comprar a mil pesos la unidad. Y la sorpresa fue poco grata: Ya el precio estaba a mil quinientos pesos. Vale decir, con cincuenta por ciento de aumento en el primer alimento de los humanos en una semana.

Como economista, acostumbro a las observaciones de los hechos relacionados con esa disciplina. En las visitas al comercio bogotano, por ejemplo, pude constatar que los precios de todas las mercancías y servicios son inferiores a los de Barranquilla. Incluso los de contrabando. Por eso, con gracia y acierto, el sociólogo Jorge Bolívar, comentaba: Ya el centralismo le ha quitado a la Costa hasta la natural condición de ser la entrada del contrabando. Ahora llega directamente a Bogotá por vía aérea para distribuirlo después al resto del país.

La realidad es que en Barranquilla todo es más caro, diga el Dane lo que quiera decir.

-oOo-

A los amigos bogotanos les criticaba su exagerado inconformismo. De todo se quejan, a pesar de gozar de condiciones extremadamente favorables en relación con el resto del territorio nacional, sus calles son amplias y

cancías nacionales y extranjeras ofrecidas en miles de almacenes es simplemente sorprendente. Desde los sitios altos puede apreciarse la pujanza de las construcciones de edificios modernos. Es tanto el esplendor que obliga a deducir que la riqueza del país se disfruta allí.

Tuve la oportunidad de visitar varias veces el norte y el centro de Bogotá. El norte es la intensidad del modernismo. El lujo de los almacenes y centros comerciales, las avenidas bien cuidadas, la diciente emulación de las edificaciones, en fin, el interminable desfile de automóviles de últimos modelos, obligan a pensar en el disfrute de sus habitantes de la comodidad y el lujo.

Sin embargo, yo me hallaba a gusto cuando paseaba la Séptima. Tal vez por el dominio del recuerdo, el encanto bogotano lo encuentro en sus calles antiguas. En ellas se aprisiona buena parte de la historia colombiana. Capitolio, Casa de Nariño, Museos, Monserrate, vitrinas repletas de emparedados y aceras cubiertas por abalorios y toda clase de artículos que se venden en el mercado de "agáchate y coge", aún representan la autenticidad y el espíritu capitalino.

Llegué a Bogotá por primera vez hace medio siglo. Entonces, desde el punto de vista del modernismo, Barranquilla era más ciudad. Quiero decir, la superaba en los servicios telefónicos, de energía, acueducto,

transporte, de aeropuerto, etc. Apenas le faltaba a Barranquilla las universidades.

Ahora las cosas han cambiando. Bogotá es una metrópoli en manos del gigantismo. La apacible ciudad del ayer la atropella el acelerado existir del presente. No obstante, con los amigos bolivarianos, me empeñé en volver a saborear las caminatas propias para la conversación que antes llamaban septimazos. Y por las amplias aceras diálogo y saludo a los amigos del ayer y a los costeños que también transitan en busca de paisanos y de noticias de su tierra natal.

Y, como para darle fuerza a la remembranza, el clima contribuyó con su aporte: De mañana, un sol andino apaciguador del frío; y en las tardes, la suave llovizna que acaricia y humedece rostros.

La Guajira y la gratitud

La universidad Simón Bolívar ha tenido la oportunidad en sus veintitrés años de existencia de recibir en sus aulas buena parte de la juventud estudiosa de la Guajira.

En el mundo de la educación hay un dicho muy conocido: "Estudiante, ingrato; egresado, agradecido". Pero esta regla no se cultiva en la Guajira: los tres días que los directivos bolivarianos compartieron con sus discípulos fueron de fiesta, con derroche de atenciones amistosas.

Egresados que ocupan cargos en la actividad pública y privada (jueces, legisladores, docentes, empresarios, etc.) y estudiantes, formaron un solo grupo para expresar complacencia y reconocimientos.

Riohacha es una ciudad sencillamente bella. Todavía se puede gozar plenamente de la pureza del mar, la

limpieza de las calles y la confianza de sus habitantes. En sus predios nadie parece forastero, porque a todos se les trata como vecinos. La fiesta de la Vieja Mello, como cariñosamente llaman a la Virgen de los Remedios, permite saborear las gratas costumbres emanadas del ancestro, el legado histórico y la cultura autóctona.

Del hotel, situado en la espléndida Avenida La Marina, fuimos caminando hasta la Catedral, para gozar mejor el espectáculo de las familias conversando en las puertas de las casas.

En la plaza, con la estatua del Almirante Padilla como queriendo resguardar el regocijo, nadie perturba. En medio de la aglomeración reina la cordial compostura. Con vestidos de estreno y sonrisa de siempre, se aguarda el momento para hacer la fila en procura de las velas amarillas de la procesión. En la mañana corresponde reclamarlas a los hombres, y en las tardes a las damas. Todo es orden y alegría hasta llegar al altar mayor, donde el señor Obispo, rodeado de sacerdotes, las entrega a los feligreses después de estrecharles las manos.

En Riohacha, el periodista Germán Rojas, Director de "Guajira Gráfica", cumple el ejemplar detalle, de tanta significación en estos tiempos de abundante egoísmo y envidia, del reconocimiento. Todos los años

condecora a las personas que han sobresalido en los campos del saber y del servicio a la comunidad. En las acogedoras instalaciones del Centro Cultural Anai Mai fue la fiesta de la premiación, con un millar de asistentes que acolitaban el agasajo.

Después, al día siguiente, una caravana encabezada por el doctor Odilón Redondo Maestre, nos acompañó a Maicao. Allá, también, estaban los bolivarianos dispuestos a compartir. Bien temprano, en Riohacha, en casa del doctor Roberto Guillot, el opíparo desayuno con tortuga, queso blanco, patilla, arepa y chicha, sació apetitos. Sin embargo, al mediodía los estómagos, al saber de la cita en "Las Flores del Asado", con las tres clases de chivos, (al friche, guisado y asado), estaban de nuevo con ánimos para degustar las sabrosuras de la comida típica de Maicao.

Maicao, a nuestro parecer, es ciudad de doble vida. Una, la del comercio bullanguero y caluroso, mundo de marchantes forasteros y de inmigrantes mercaderes. Otra, la expresión del terruño, con hijos de allí y otras partes que trabajan en favor de su progreso y la cultura.

Ya de regreso, al hacer el inventario del tiempo compartido con la gente y el paisaje guajiro, se añora el retorno, para volver a sentir el estimulante mensaje de la gratitud.

Cultura

Jorge Artel, el poeta, el amigo y el hombre

En estos días pasados dos hechos contradictorios tuvieron que ver con Jorge Artel. El primero, desagradable e incorrecto; el segundo, grato y complaciente. En el diario El Espectador se publicó una noticia, no sabemos con qué oculto propósito del informante, donde se hacía saber, con amplios titulares, que el poeta Jorge Artel se moría de hambre en Barranquilla. Sea esta la oportunidad, al despedirlo con el afecto fraternal de veintidós años de inquietudes e ideales compartidos, para aclarar, que en su doble condición de miembro fundador de la Sala General de la Universidad Simón Bolívar, y jubilado como servidor del Estado colombiano, recibía ingresos monetarios para atender las exigencias de su vida sencilla. Además, la casa donde residía en la urbanización El Concord, era de su propiedad, obsequio generoso de un filántropo. Como comentó su hijo Jorge Jasim hace

unos segundos, disfrutó su vejez, libre de problemas morales o económicos.

Contrario de eso, la semana antepasada compartí actividades académicas con intelectuales de Panamá. Con gran regocijo en todos los sitios de tertulia preguntaban por Jorge Artel y Ligia Alcázar, los consagrados poetas de Colombia y Panamá, que en un momento afortunado de las letras, unieron sus existencias para ser felices. En la Universidad de Panamá recuerdan sus brillantes dedicaciones al fomento de la cultura. Jorge Artel prestó sus servicios como catedrático y funcionario en esa ilustre Casa de Estudios Superiores. Allá dejó la huella de su personalidad y de su inteligencia creadora. Pero, en verdad, en todo el Istmo se le aprecia como un hijo de la gran Patria del Libertador que, en los momentos de trabajo, dificultades, alegrías esperanzas, participó con entusiasmo y entrega en gloriosas jornadas universitarias y de respaldo a la soberanía.

Ahora nos toca llorar su partida. Me cuenta su hijo Miguel Humberto que en su lecho de enfermo seguía pendiente de su Universidad Simón Bolívar. Complacido con la reciente creación de la Facultad de Sicología, lo animaba para que ingresara a ella como fueron sus deseos desde años atrás. La noticia de su muerte la recibí cuando salía a visitarlo, para llevarle el saludo de sus colegas panameños.

En *Las Sorpresas del Tiempo* relato mi encuentro con Jorge Artel. Hace unos veintitrés años dirigía los destinos de la Universidad del Atlántico. Eran momentos de ilusiones y alborozos. Se organizaban bibliotecas, se creaban facultades, se publicaban libros. Poco tiempo se disponía entonces para el protocolo y el formalismo. Por eso, cuando el doctor Alvaro Castro Socarrás, Secretario General, entró en mi despacho y me dijo, "aquí está Jorge Artel", le respondí de inmediato: —Hágame el favor de nombrarlo Director de Cultura, y cuando tome posesión lo espero para conversar sobre el programa de labores. Yo no conocía personalmente al poeta, quien llegaba a los predios de la Universidad con el propósito de leer sus poemas, y sólo salió del asombro de mi recibimiento el día siguiente cuando regresó a la Rectoría a juramentarse.

Desde entonces los dos rendimos tributo a la amistad. Bolívar solía decir que la amistad es un himno, y estoy seguro que lo cantamos con el rigor de la armonía. Aquí, en la Casa de la Cultura, propicié un encuentro con Nicolás Guillén, otro de los grandes de la poesía negra de la América Latina. Nunca olvidaré sus sonrisas de niños cuando jugaban *"Tingo Tengo"* con las funcionarias de la Universidad, mientras saboreaban bizcochos y recitaban versos.

Al prologar sus *"Tambores en la noche"* en 1986, dije que hasta esa fecha a Jorge Artel se le tenía como

la mejor expresión de la poesía negra colombiana, no obstante que sus críticos lo colocaban al lado de Castañeda Aragón, para compartir la exquisita misión de mensajeros de la belleza marina. Pero ya Artel era reconocido como el Poeta Nacional de Colombia. Lo cual permitía saber, que al lado de su canto al ancestro pregonado con orgullo, se valoraba, además, en su exacta dimensión, el mensaje universal del hombre que vivía en plenitud su sugerencia del paisaje y el destino solidario de su raza.

Yo quise y seguiré queriendo a Jorge Artel, por bueno y honesto. Para mí fué siempre el compromiso en el ropaje de una simpatía casi infantil. Nunca supo de los odios, ni de los complejos egoistas, ni de las envidias que desvirtuan la dignidad. A cada instante, como lo moldeó en el canto, oía galopar en los vientos los temblores de cadenas y rebeliones, mientras hundía los remos de la angustia en la tibieza de la noche. Eran los minutos de sosiego en que quería descubrir, en la ruta interminable de las olas, las huellas de las naves que trajeron a sus abuelos... Y, no solo para compartir con ellos amarguras y dejar constancia del rechazo al yugo y a la infamia del ayer esclavista, sino, además, para gritar engreido que recogía la herencia del dolor y el sonido de los tambores como poeta de su pueblo.

Nos entristece la partida corporal de Jorge Artel, pero aquí estará para siempre en la hermosa lección de su

vida. Y no ahorraremos esfuerzos para conservar el contenido ejemplar de su entrega, el aliciente de sus sueños humanísticos, el mensaje de la amistad que mucho ofrece y poco exige. Es cierto que ya no podremos juntos mirar atardeceres. Pero, ¡quién sabe! A lo mejor, como él mismo me lo dijo alguna vez en una esquela, habrá ahora necesidad de utilizar el ensueño para intentar conversaciones y contemplar "otras tantas alboradas en Pradomar, mientras a lo lejos tiemblen las estrellas y el Caribe repita su canción azul".

Simpatía por nuestra música

Comparto la opinión de Hernando Cervantes Acosta. En carta que publica EL HERALDO en edición del pasado mes de marzo don Hernando expresa su pesar por la inexplicable discriminación que soporta nuestra bella música soteña en los bailes organizados en los clubes sociales y "casetas".

Ya esa anomalía la observé en los festivales de orquesta, convertidos en muestrario de merengues dominicanos.

El asunto es tan absurdo cuanto nuestra región costeña siempre ha sido cuna de música variada, con numerosos aires para todos los gustos, como el porro, la cumbia, el paseo vallenato, el merengue, la puya, etc.

Ahora se da en los bailes y en los medios de difusión musical —televisión y radio— una especie de depen-

dencia hacia el merengue dominicano y la salsa puertorriqueña, que convierte el espectáculo en distracción cargada de monotonía. Hasta las nuevas generaciones de Valledupar se agrupan en orquestas que remedan a las extranjeras, sin querer comprender que la tierra vallenata se le admira en el mundo por ser la cuna de una expresión folclórica y de unas tonadas que ponen en alto el ingenio creador de un pueblo.

A tan lejos llega la inconsecuencia que algunos se mortifican por los éxitos de Carlos Vives, y se la pasan presagiando una pronta disminución del respaldo y la simpatía a la originalidad desplegada en el canto, los arreglos y las interpretaciones de legendarias composiciones.

No se trata, en estos comentarios, de algo parecido a xenofobia musical. Nada de eso. La música es un arte universal, patrimonio de la humanidad. Pero cada pueblo y cada territorio tienen su propio paisaje, su historia y sus sentimientos. Y en este caso, ni más faltaba que los que hemos dedicado buena parte de las inquietudes intelectuales a la promoción de la latinoamericanidad, fuésemos ahora a impugnar el arte que se cultiva en países hermanos. Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, como solía decir el viejo zorro político del ayer.

Antes, por ejemplo, en cada tanda las orquestas interpretaban cinco o seis ritmos distintos y de diferentes

regiones y países. Entonces se podía bailar el bolero y la guaracha cubanos, el merengue dominicano, el porro sabanero, la cumbia, el paseo, y hasta los corridos mexicanos y los pasodobles españoles.

Había tonalidades para personas maduras y jóvenes. Ahora, lamentablemente, esta época de computadores, discotecas y pretendida uniformidad de sexos, la complacencia por la música popular y bailable está reducida a una casi solitaria expresión.

Y lo que más conturba es que en Barranquilla y Cartagena, dos ciudades símbolos de un carácter musical y una idiosincrasia distintiva, ciertas orquestas excluyan en sus repertorios el legado vernáculo de sus auténticos compositores y artistas, mientras en Bogotá, Medellín, México, Buenos Aires, etc., la cumbia y el porro se mantienen en cartelera.

Nada más en meses pasados la prensa informaba que en Cali, llamada la capital de la salsa puertorriqueña, su juventud supo reaccionar ante la presencia del magistral Carlos Vives, abriendo los brazos y el espíritu del jolgorio para aplaudir y gozar con su conjunto.

Y, más aún, y fue esta una experiencia aleccionadora, una noche pasada, en el matrimonio de su hija festejado en el Hotel El Prado, mi buen amigo Jorge Jofre, de origen argentino, contrató una orquesta bajo el com-

promiso de interpretar, ante todo, y sin relegar la foránea, nuestra música.

Por eso mucha razón tenía en protestar el doctor Salvador Brand, quien vino desde San Salvador, con su señora Celia y su cuñada Bety, a gozar los carnavales y a bailar cumbia y porro, y no encontró bailadero donde se escucharan sus alegres notas. Para esa gracia, comentó el consagrado y jovial tratadista de la Economía, hubiera ido a Santo Domingo. En buena hora mis amigos tropezaron a los profesores Aquiles Escalante y Gerardo Pombo, quienes se los llevaron a Cindamayer, a gozar con lo nuestro.

Barranquilla y su leyenda

Casi todos los años, los 7 de abril, los que saben de eso gustan de escribir sobre la fundación de Barranquilla. Esta vez lo hicieron en EL HERALDO los profesores Aquiles Escalante y Luis Felipe Palencia Caratt.

Lo anterior no tendría nada de raro, porque es de usanza generosa y gallarda recordar y rendir tributo a efemérides notables.

El asunto que nos amina el comentario es que el tema siempre se expone con cierto carácter polémico, pues los investigadores no se han puesto de acuerdo en lo concerniente con fechas y orígenes del poblamiento. Por ejemplo, el profesor Escalante, sin querer comprometerse en la polémica, recuerda los planteamientos del arqueólogo Carlos Angulo y del historiador José

Agustín Blanco. El primero, estudioso de nuestras raíces primitivas, encontró cementerios indígenas en el perímetro de la ciudad, y el segundo pone en duda lo expuesto por Domingo Malabet sobre la participación de los galaperos en los asentamientos originarios. Por su parte, el profesor Palencia Caratt poco se entusiasma con la fecha de su fundación insinuada por el General Juan José Nieto, la de 1629.

No deseo yo entrar en discusiones, y mucho menos con maestros en la materia. Apenas señalar mi simpatía por la leyenda, si es que así puede llamarse el hermoso relato que desde mi infancia escuchaba de labios de mi abuela paterna, doña Sunamite Barros, quien con cierto aire de complacencia ancestral, solía mencionar la participación en el suceso de su pariente en la lejanía de los siglos, don Nicolás de Barros.

En verdad las grandes ciudades cuentan con su leyenda. Ahí está la de Rómulo y Remo y su loba nodriza, bien simbólica en estos tiempos presentes de ecología y de comprensión y defensa de los integrantes del reino animal. Y muchas otras. Pero tal vez ninguna tan significativa, expresiva y bella como la de Barranquilla. Saber que esta urbe nació como sitio atractivo, especie de oasis, para calmar la sed y alimentar hambrientos, es algo digno de divulgar con orgullo.

Que a la orilla de sus caños y del caudaloso Magdalena los vecinos tenían que acudir en los inclementes

veranos en busca de refugio, es un hecho merecedor de mención y honores. Y eso ha sido y sigue siendo Barranquilla: albergue de los necesitados, posada segura del peregrino y de los inmigrantes.

El profesor Palencia Caratt me decía la otra noche que Barranquilla nació algarete y libre como el viento y las voces buenas. Yo le contradigo un poco: algarete, en nuestro decir costeño, es algo así como sin rumbo y destino. Y la verdad es que su riqueza y abundancia naturales estaban ahí, bien definidas, espontáneas y pródigas.

La historia de Barranquilla es la historia del hospedaje acogedor y el inicio promisorio. Primero fueron los hacendados y campesinos aledaños; después los pioneros de la navegación, el comercio y la industria. Más tarde, los inmigrantes y refugiados. Al concluir las dos guerras mundiales acá llegaron los europeos y asiáticos en busca de paz y trabajo. Por cierto, ahora no se comprende por qué los europeos cierran sus puertas a los habitantes de otros continentes expoliados por ellos en tiempos de conquistas y ambiciones, o tomados como residencias cuando en sus patrias el hambre y la miseria obligaban al exilio.

En estos últimos años de conflictos internos y violencia fratricida, Barranquilla ha seguido, como siempre, ajena a la discriminación y el mezquino

regionalismo, con las puertas abiertas y su sonrisa desprevenida.

¿Que Barranquilla carece de pergaminos y actas de fundación? En buena hora. Las fundaciones involucran la arbitrariedad sanguinaria de conquistadores que tomaban posesión de lo ajeno con autorización de jerarcas religiosos y en nombre de reyes colonialistas.

Ojalá Barranquilla nunca olvide su origen, su historia o su leyenda, si así quiere llamársele.

¿Bogotá, Santafé o Bacatá?

Un día de esos que uno tiene desafortunado, de lengua suelta, llegué a una oficina de correos y, de manera gratuita, me puse a despotricar de los ilustres constituyentes que regresaron a la poco grata de recordar época de la conquista española, para resucitar el nombre impuesto a nuestra capital por Gonzalo Jiménez de Quesada.

Dije entonces que aquello tal vez respondía a los complejos de grupos aristócratas dominantes que creen sacar provecho de su origen europeo y soslayan el legado de raíces autóctonas. Ahora mi admirado amigo doctor Juan Pablo Llinás, Presidente de la Academia de la Historia de Barranquilla, me observa que lo más triste del asunto es que en los corrilos políticos de entonces llegó a comentarse otra versión: todo respondía a cierta lambona zalamería con un gobernante español en víspera de tramitarse un empréstito.

Fuera lo que fuese la verdad es que nunca he comprendido el por qué de un regreso a un pasado poco acorde con lo que bien podría considerarse la época más grandiosa en la historia de la ciudad. Porque es en los inicios de la Independencia cuando Bolívar y los otros héroes, en momentos acertados y reivindicativos, liberan a la capital del virreinato del nombre colonial, para ponerla a tono con su verdadero ancestro y su nueva responsabilidad. En ese momento, Bogotá, la ciudad de los muiscas, era nada menos que la capital de una buena parte del territorio suramericano, lo que ahora corresponde a Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá.

Con el doctor Llinás, en mi biblioteca-refugio, converso sobre el tema. El trajo un libro ("Historia de Bogotá", redactado por Alfredo Iriarte) y lee: "Fue el General con los más de sus capitanes y soldados al puesto y estando todos juntos el Gonzalo Jiménez se apeó del caballo y arrancando algunas yerbas y paseándose por él, dijo que tomaba posesión de aquel sitio y tierra en nombre del invictísimo emperador Carlos Quinto, para allí fundar una ciudad en su mismo nombre, y subiendo luego en su caballo, desnudó la espada diciendo que saliese si había quien contradijese aquella fundación porque él la fundaría con sus armas y caballos".

La sonrisa aparece en nuestros labios y al unísono recordamos la célebre frase del Inca heróico que tildó

de loco al mandamás europeo que otorgaba licencia para tomar posesión de lo ajeno. Naturalmente, también obliga al comentario jocoso el criterio, poco meritorio, de haber sido fundada, con caballos y mosquetes, en Teusaquillo, el sitio de descanso del jefe de gobierno de los Chibchas.

Aunque a Jiménez de Quesada se le cataloga de letrado al compararlo con otros conquistadores analfabetos, bueno es recordar que en codicia y crueldad nada tenía que envidiarle a ninguno de ellos: "La insaciable sed del oro lo llevó a los mayores extremos de inhumanidad y barbarie", comenta Henao y Arrubla. Además del gonocidio propio de toda conquista, y en este caso, agravado por la desigualdad en las armas y la sevicia, Jiménez de Quesada sometió a tortura y ahorcó a sus propios aliados.

En la Colonia, al decir de su biógrafo Daniel Ortega Ricaurte, Santafé no pasó de ser una ciudadela "soporífera, de muy lento progreso no obstante sus dos siglos y medio de fundada, durante las cuales pareció dormir imperturbable un sueño de piedra, herencia de conquistadores, de rezo y siesta".

Por el contrario, cuando comienza a llamársele Bogotá, en plena insurgencia, y en el Congreso de Cúcuta se escoge como capital de los territorios libres, su espíritu despierta y merece el honroso título de Atenas Suramericana.

¿Qué el esnobismo exige cambios? Bueno, entonces han debido regresar al origen, Bacatá, tierra del más principal señor que vivía en ella, como escribía un cronista.

Por mi parte, "con el encanto vago de las cosas, que embellecen el tiempo y la distancia", yo la seguiré llamando Bogotá, para expresar con ese nombre la perenne gratitud a la romántica y generosa capital de los años cuarenta, de bibliotecas repletas de lectores, diálogos políticos caminados en la carrera séptima, tertulias de cafés, graciosos loquitos del tranvía, jardines, parques y aulas apropiadamente utilizadas en el estudio, interminable sabana apacible, en fin, de todo eso que alimentaba el horizonte de nuestras ilusiones juveniles.

La prohibición de las citas

De la película el cartero hay una escena que siempre recuerdo. Es aquella del hermoso y significativo diálogo entre los dos personajes aparentemente disímiles. Neruda lee una de las cartas que Mario le piensa mandar a Beatrice, y le comenta: Pero estos verso son míos... Entonces el romántico cartero le responde: La poesía no es de quien la escribe, sino de quien la necesita.

Ahora opino que lo mismo puede decirse de la ciencia y del pensamiento escrito en general. Así se lo he hecho saber a Ramón Martínez Escamilla, catedrático e investigador del Instituto de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, y a Virgilio Roel, Director de Postgrado de la Universidad Nacional Federico Villarreal y Profesor Titular en la Universidad Mayor de San Marcos, del Perú. Estos

dilectos amigos y reconocidos exponentes del pensamiento económico latinoamericano, me solicitan autorización para reproducir en las revistas de sus universidades el reciente discurso que pronuncié en la Academia Colombiana de Historia, sobre el origen laltinoamericano de las teorías de la inflación.

Porque, en verdad, yo no entiendo esta nueva modalidad —seguro fiel copia de las costumbres marcadamente mercantilistas que llegan de los Estados Unidos— de prohibir a los lectores la divulgación, hasta en simples citas, del contenido de libros y revistas, sin la expresa autorización de autores y editores.

Por ejemplo, en los libros editados por algunas universidades bogotanas he leído esa advertencia. De Panamá, el poeta y cuentista Justo Arroyo, me envía la Revista "Lotería", que ahora dirige, y también aparece la tal prohibición.

Por este asunto he perdido la amistad del maestro Oreste Popescu, el investigador social latinoamericano que más admiro. Me había mandado un ensayo sobre historia económica, para que lo publicara en la revista Desarrollo Indoamericano. Y cuando estaba impreso, próximo a circular en el contenido de la edición No. 100, me informó que ya este material pertenecía a la Universidad argentina donde prestaba sus servicios. En verdad no comprendí, como tampoco comprendo

todavía, como puede ser pecaminoso para una casa de estudio y enseñanza, que se conozca en otras partes el fruto del esfuerzo responsable de sus profesores.

Entonces me pregunto: ¿Y qué hace un historiador o investigador con esos documentos impresos? ¿La prohibición incluye recitar los poemas o mencionar el aporte en charlas, conferencias o cátedras? Los historiadores Julián Sabogal Tamayo, de la Universidad de Nariño, autor del libro "Historia del Pensamiento Económico Colombiano", y Medófilo Medina, de la Universidad Nacional, que me visitan, tampoco comprenden esa conducta. Menos aún, comentan, cuando se aparta de los lineamientos de organismos oficiales que promueven lo contrario.

Sea el caso de Colciencia, que valora y exige como requisito, testimonios de citas que hayan hecho otros autores de los escritos publicados en libros y revistas, de los aspirantes a participar en el Programa de Apoyo a los Investigadores.

Es correcto que el trabajo intelectual merezca respeto y estimación. Un escritor es un artesano laborioso que se entrega a la creación intelectual casi sin descanso. Y sus derechos deben ser siempre reconocidos. El plagio, por ejemplo, se eleva a la categoría de delito.

Sin embargo, si se escribe y se publica es para que los lectores y la comunidad utilicen de la manera más

provechosa el fruto de la investigación y la creación intelectual.

Los poetas Oscar Flórez Támara y Gustavo Raad viven orgullosos porque la otra tarde en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, Roberto Martínez, empedernido solterón y galán, les hacía saber que utilizaba sus versos para nuevas "conquistas".

Sobre los homenajes

Se opina que el hombre, a cierta edad, queda sólo para recibir honores. Es como si se le comparara con los árboles, más apreciados, cuando se cosechan los frutos. Podría decirse que, con el paso del tiempo, al evaluar resultados de los esfuerzos, se valora y reconoce el legado.

Sin embargo, no siempre ocurre así. En el apogeo de la entrega y la creación, los gestores de los cambios y de la realización meritoria, suelen escuchar el estimulante sonido del aplauso, o la palabra solidaria que agradece y compensa.

Estos hechos de prístina enmarcación espiritual constituyen una máxima razón en el sacrificio, o en el logro de objetivos anhelados. Tal vez Simón Bolívar, cuando tanto se afanaba en el cuidado de su gloria, hacía del reconocimiento del pueblo la suprema ambición. Con

cuánto orgullo repetía lo mucho que apreciaba el título de Libertador, y con cuánta alegría, disfrutaba con sus soldados las flores y laureles en cada plaza libertada.

En la conducta de los hombres varias pueden ser las causas de sus afanes y ambiciones. En nuestros días, por ejemplo, el dinero parece prioritario. Es simple consecuencia de las costumbres y modalidades económicas prevalecientes. Otras veces el poder apasiona sentimientos y actuares. Pero, por encima del proceder prosaico, el cultivo del amor y de los idearios sigue en pie con su participación adecuada.

Claro está que hay necesidad de ciertas aclaraciones. Por ejemplo, no obstante el agrado por la ofrenda, ha de suponerse que ella brota de manera espontánea, y jamás debe ir más allá de lo prudente. Porque ni lisonja ni mezquindad son aconsejables.

En otras palabras, el homenaje hay que darlo en su justa medida, y recibirse sin alardes ni escrúpulos falsos. Y mucho menos hacer de la modestia el instrumento de un oculto y distinto sentir. Ya opinaba con autoridad Marañón sobre esta materia: "En ciertas ocasiones, al rechazar un honor no es humildad, sino explícita soberbia, afán de superar a los que han aceptado antes todos los honores. Pocas veces asoma, como en este caso, con tanta nitidez a la superficie del alma, la violencia del subconsciente".

Y ese concepto del sabio español es acertado: aunque ya se haya obtenido una presea, todos los días el acontecer brinda oportuniddes para ganarse otras. Y nadie debe darse el lujo, so pena de trajinar por los predios del engreimiento, de despreciar al modesto admirador que reconoce complacido.

En los terrenos de la adulación los conceptos también exigen aclaraciones. No tejais a nadie una corona de laureles demasiado grande, porque puede deslizarse al cuello como un cepo, opinaba Hebbe.

Con su manera satírica pero correcta de apreciar el comportamiento humano, Bernard Shaw, al referirse al honor y a los merecimientos, aconsejaba, sin pretender disminuir el significado de la gratitud, que sólo es prudente creer en el mérito cuando en verdad se ha logrado. De otra manera es mejor conservarse limpio y brillante al lado de una ventana para mirar el mundo. Porque nunca debe sacrificarse el honor para ganar honores.

En todo momento las personas rinden homenaje a sus semejantes. Al maestro que educa en los actos académicos de fines de años sus discípulos le estrechan la mano con afecto.

Los festejos de cumpleaños son ocasiones favoritas para ofrendar a la madre y al padre en el ámbito fami-

liar. Los gobernantes saborean complacidos el reconocimiento público. Y las lápidas resumen, con la blancura y el mensaje del mármol tallado, el supremo contenido del testimonio por lo hecho.

Sea cual fuere, pues, la forma de conceder honores, siempre la persona a quien se le ofrece, si estos se ajustan adecuadamente a una realidad, ha de aceptarlo complacido, y más que una recompensa, como compromiso, para continuar adelante en el camino de la correcta respuesta a la razón de existir.

Una buena obra de Comfamiliar

Como un tónico reconfortante fue para mí la presentación que hizo Comfamiliar de sus nuevas instalaciones culturales en el barrio del Prado.

Y digo lo anterior porque desde días atrás venía soportando el peso de tristes aconteceres que conturban el ánimo. Por medios informativos me enteré que la junta de preservación del patrimonio histórico de Barranquilla, en el campo de la arquitectura, había sido amenazada de muerte por personas que no quieren permitir ninguna clase de limitaciones en el negocio de la construcción. De dicha junta, en representación de Colcultura, y ad honorem, formaba parte mi hijo, el arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar.

Ignacio adelantó estudios de especialización en conservación de monumentos en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es, lo que pudiéramos llamar,

un artista en el sentir y actuar. Como me dice Juan Zapata Olivella en carta de ayer, ese tipo de suceso empaña la imagen de una ciudad que siempre fue reconocida por el espíritu cívico de sus habitantes. Y más aún, agrega Juan, cuando se desprecian conductas y procederes. Porque, para él, Ignacio, el soñador y acuarelista, pertenece a un mundo distinto del predominante, tan sometido al rigor de los quehaceres dinerarios.

Bueno, la tarde del viernes 19 de este mes de mayo, compartí con amigos del ayer el recorrido por salas restauradas de una casa de comienzos del Siglo, ahora puesta al servicio del fomento cultural. En la mañana de ese mismo día leía con regocijo las ocho páginas que EL HERALDO le dedicó al feliz acontecimiento, debidamente ilustradas con fotografías.

El acto de inauguración fue sencillo y pródigo. Allí estaban escritores, artistas, empresarios, deportistas, en fin, lo que podríamos estimar como amplia representación de lo que suele calificarse fuerzas vivas de la ciudad. Monseñlor Félix María Torres bendijo las instalaciones y el doctor Julio Luis Jácome de la Peña, explicó, en corto pero sustancioso discurso, la razón del esfuerzo de Comfamiliar en favor del desarrollo de la cultura y la valoración de la historia creadora de Barranquilla. Y en homenaje a una de las figuras destacadas en el campo de las realizaciones de la Caja de Compensación Familiar del Atlántico, el doctor Jairo

Certain Duncan hizo entrega de un pergamino de gratitud a don Darío Alvarez Londoño.

Ahora puedo escribir con beneplácito, que es hermosa y acogedora la sala principal de lectura de la Biblioteca de esta nueva sede del intelecto. Al frente de ella está Carmen Alvarado de Escorcia con derroche de estusiasmo. El segundo piso fue acondicionado para servir de exposición permanente a los artistas. En la grata compañía de Meira Delmar, Pedro Obregón, Jaime Abello, Alfredo De la Espriella, Margarita Baena, Judith de Acosta Madiedo, Ramón Illán Bacca, volví a admirar las pinturas y esculturas de Alejandro Obregón, Enrique Grau, Fernando Botero, Alvaro Barrios, Angel Loochkarth, y otros.

En verdad que es estimulante todo esfuerzo que se haga en favor de la cultura en momentos en que la ciudad da muestra de un despertar económico. Al conversar con los responsables de los sectores de la industria y el comercio, se aprecia optimismo. Esto facilita la superación de congojas.

Regreso en la noche contento al Paraíso, mi barrio, y hasta lo imagino algún día libre de la polución de las fábricas. Mientras admiro la carrera 58, que ahora prolongan, con sus robles florecidos, recuerdo el buen trabajo de Fernando Del Castillo, Iván Pérez y Tulio Tinoco, los responsables de la restauración. Entonces

comento con Doña Anita lo mucho que aprecio la labor de Comfamiliar. Y ella me informa que algo tenemos nosotros que ver con eso. Porque desde hace veinte años pagamos tributo de afiliados, a través de la Universidad Simón Bolívar. Yo, en mi existir de despiste, no tenía conocimiento. Pero, de inmediato, le respondo: Bueno, con esta bella obra, me siento plenamente compensado.

Bolívar y
Los Libertadores

La vigencia de Bolívar

En noches pasadas fui invitado por el Club Rotario de Barranquilla para que disertara sobre las ideas económicas de Simón Bolívar. Y me satisfizo sobre manera el interés y entusiasmo de los distinguidos asistentes, todos ellos personajes del civismo y de la vida económica e itelectual de la ciudad.

En verdad, el mensaje doctrinario que legó el Libertador conserva su vigencia, y en momentos de confusión y crisis, como los que se dan en estos tiempos de neoliberalismo, globalización comercial y soberanía depreciada, adquiere la dimensión de reto histórico.

Contrario al sumiso proceder, el ideario bolivariano simboliza la conducta auténtica y defensiva al servicio de los intereses de estos pueblos, de su desarrollo económico y de la solución de los problemas sociales.

En el campo de la estrategia política, de los modelos económicos y el ordenamiento jurídico, para Bolívar todo debe ajustarse a la realidad. Cuando los economistas comprometidos con el destino de América Latina hemos dicho que es obligación nuestra estudiar los distintos hechos y fenómenos que determinan el subdesarrollo y la dependencia con el objeto de formular las teorías económicas adecuadas, sólo estamos respondiendo a los lineamientos bolivarianos de los gloriosos años. Así, al inaugurar el Congreso de Angostura, Bolívar en aras de lo genuino y auténtico, dijo: "Las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales. ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!".

Para Bolívar la integración de los países latinoamericanos es condición indispensable en el campo de la plena independencia y la soberanía. Mientras exista el actuar separado en las relaciones económicas con las grandes potencias, el sometimiento seguirá. Porque, como le advertía, en carta, a Bernardo Monteagudo, cuando se hace "el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil".

Y en el esquema integracionista defensivo, Bolívar sopesaba el peligro de los convenios por separado de

estos países con las grandes potencias. "El tratado de amistad y comercio, entre la Inglaterra y Colombia, le observaba a Santander, tiene la igualdad de un peso que tuviera una parte de oro y la otra de plomo. Vendidas estas dos cantidades veríamos si eran iguales. La diferencia que resultara, sería la igualdad necesaria que existe entre un fuerte y un débil. Este es el caso; y caso que no podemos evitar".

Contrario a la estrategia reprochada, Bolívar propende por el comercio entre los propios latinoamericanos, y con el mayor número de países de otros continentes.

En el campo de la búsqueda de la industrialización la doctrina bolivariana se aparta del libre cambio, que condena a la producción primaria en el modelo de la especialización internacional del trabajo, pregonada entonces por Inglaterra, tal como ahora sucede con la globalización y la apertura. El Libertador es diáfano en la defensa de lo nuestro para nuestra conveniencia. En el discurso de instalación del gobierno de las Provincias Unidas, en 1815, discurre. "Todo era extranjero en este suelo. Religión, leyes, costumbres, alimentos, vestidos, eran de Europa, y nada más debíamos hacer ni aún imitar. Un vasto campo se presenta delante de nosotros que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses".

En sus conceptos sobre crecimiento y fomento, Bolívar supone el desarrollo integral; esto es, económico y social. Si sopesa la importancia de la producción agrícola, piensa también en la reforma agraria. En plena lucha liberadora decreta la distribución de tierras entre los campesinos: "Cada individuo, de cualquier sexo o edad que sea, recibirá una fanegada de tierra en los lugares pingües y regados; y en los lugares privados de riego y estériles recibirá dos... los terrenos destinados a pacer los ganados serán comunes a todos los individuos".

Años después las medidas son más completas: "Los jueces, ordena, repartirán a cada familia tanta extensión de terreno cuanto cómodamente puedan cultivar cada una". Y como parte del criterio de fundamentar la "prosperidad nacional para las dos grandes palancas de la industria: el trabajo y el saber", ordena la educación obligatoria y estimula la actividad científica.

En fin, se podría concluir, como bien lo comentaban los generosos invitadores del Club Rotatorio, nunca como ahora, cuando la prepotencia económica y política extranjera impone derroteros, el volver a Bolívar, a su ideario, sería tanto como encontrar un sendero adecuado para una correcta actitud defensiva.

Bolívar y San Martín

La Universidad Simón Bolívar se ha dado a la tarea de rendir culto a la memoria de los héroes de América Latina.

El Museo Bibliográfico Bolivariano es un homenaje al Libertador. Ya en las vitrinas colgadas de las paredes se exhiben más o menos unos mil libros que recogen su pensamiento y las biografías que sobre su vida y obra han escrito los historiadores del mundo. Allí está lo que hasta ahora se ha podido compilar de Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Panamá, otros países de América Latina, Estados Unidos, Europa, Rusia, China, etc.

Sin embargo, también el Museo cuenta con recintos especiales en honor de otros libertadores, como son los casos de la Sala Santander, la Sala Urdaneta y la Sala Castillo y Rada.

El definido propósito de la Universidad es el de rendir tributo de gratitud a los gestores de la independencia, en el límite de sus actuaciones liberadoras, cuando todos actuaban unidos bajo el único estímulo de la independencia de la gran Patria Americana.

Para entonces las pasiones partidistas que la política genera, las ambiciones de poder o el síndrome regional, no encontraban cabida en mentes y sentimientos que solo respondían al sublime compromiso de la libertad de los pueblos y la autonomía de estos territorios.

Y esta conducta de la Universidad tiene su explicación. Lamentablemente, algunos escritores se empeñan en continuar alimentando rencores, al interpretar a sus maneras, y con exageración, las diferencias, por ejemplo, entre Bolívar y Santander, con ánimos que reflejan más sabor regionalista que intención ideológica. Por cierto, en el Museo, y en su debido estante, están mancomunados los autores desafectos a Bolívar y otros Libertadores.

No quiere decir lo anterior que la historia se mutile o trastoque. Pero una cosa es relatar hechos, incluso interpretarlos a la luz del momento y su acontecer, y otra embarcarse en suposiciones con el propósito de extender hasta el presente las animosidades del pasado.

Contrario a lo anterior, en la Universidad Simón Bolívar se realza la positiva coincidencia de los que en

días gloriosos tomaron el camino correcto de la emancipación.

Este proceder se extiende a los patricios de la América Latina, honrando también su memoria. Así, la Biblioteca Central lleva el nombre de José Martí, con su busto colocado en la entrada, y una exposición permanente, en el salón principal, de sus obras completas. El segundo piso del Museo Bolivariano se llama José de San Martín, y sirve, además de sede del Capítulo de Barranquilla de la Sociedad Sanmartiniana de Colombia.

En el campo de las publicaciones la Universidad patrocina, al lado de los estudios en el área de las ciencias sociales, económicas y políticas, que constituyen las materias principales de su enseñanza, la publicación de los libros históricos y biográficos.

En feliz desarrollo de ese empeño, esta vez se entrega a la comunidad bolivariana y a los lectores en general de Colombia y demás países de América Latina, una biografía del General José de San Martín, escrita por Antonio Cacua Prada, una de las figuras más destacadas de la investigación histórica y el pensamiento creador de nuestro tiempo.

Como bien lo recuerda el educador Jorge Enrique Molina Meriño en la nota de introito que escribió para la primera edición, San Martín, como el genial Bolívar,

O'Higgins, Artigas, Hidalgo, Morelos, Sucre, o Martí, soñó con una América Latina Unida. San Martín lega a la posteridad frases lapidarias que resumen su pensamiento y su querer en lo concerniente al destino de las nuevas repúblicas. Estas son algunas de ellas. "Las naciones americanas deben unirse si quieren ser respetadas". "No hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y la libertad americana". "Ante la causa de la América está mi honor; yo no tendré patria sin él y no puedo sacrificar un don tan precioso por cuanto existe en la tierra".

Bolívar, San Martín y la integración

San Martín y Bolívar abrazan la causa de la integración latinoamericana. Desde la Carta de Jamaica el Libertador se ilusiona con la integración: "Yo deseo más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria". Y en mensaje a los hijos de la Patria de San Martín, desde el Cuartel General de Angostura, el 12 de junio de 1818, les declara: "¡Habitantes del Río de la Plata!. La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea unidad en la América Meridional".

En la misma fecha amplía este ideario al expresarle a Juan Martín Pueyrredón: "Una sola debe ser la patria

de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad. Excelentísimo señor: Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes, y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuramos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte, el pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas. Yo espero que el Río de la Plata, con su poderoso influjo, cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración".

Y cuánta vigencia tiene el razonar de San Martín y Bolívar. La prepotencia extranjera de hoy humilla a sus patrias y las pone al servicio de sus intereses políticos y económicos. Subdesarrollada y dependiente, la América Latina desunida es fácil presa del dominio foráneo. Lejos de los anhelos de sus libertadores, parece, no un continente, sino un archipiélago. De nada le sirve contar con recursos naturales y toda clase de bienes. Al carecer de una estrategia defensiva y hermanada, sus riquezas se escapanm para agrandar el poder de sus sometedores.

Sobre estos temas y acerca de la existencia ejemplar de José de San Martín escribe el maestro Antonio Cacua Prada:

Cacua Prada pertenece a esa clase de hombres que despiertan admiración y confianza desde el primer trato. Miembro de la Academia Colombiana de Historia, Rector Universitario y actual Presidente del Instituto Sanmartiniano, ha escrito valiosas obras que engrandecen la bibliografía nacional. De prodigiosa fecundidad e incansable capacidad creadora, su obra, representada en decenas de libros, abarca distintos horizontes del saber. Educador, periodista y ensayista, parece no conocer la fatiga ni el descanso. La razón de su existencia se fundamenta en el cuidado del buen proceder ciudadano, la respuesta al deber familiar y la entrega sin límites al quehacer intelectual.

Con la sencillez que lo caracteriza, tan propia de su personalidad y madurez intelectual, el doctor Antonio Cacua Prada explica la razón de este magnífico libro: "Es objetivo del Instituto Sanmartiniano de Colombia hacer efectivo los ideales de unión americana que propiciaron los Libertadores Simón Bolívar y José de San Martín, y nada mejor para ello que conocer la verdad de sus vidas, de su obra y de su pensamiento. Este ensayo biográfico es un sencillo homenaje a la perenne memoria del general San Martín como libertador de pueblos, creador de patrias y propiciador de la integración continental".

Bolívar y el periodismo

En el mes de abril fueron huéspedes de la Universidad Simón Bolívar una delegación de la Universidad del Zulia encabezada por su ilustre Rector, historiador y filósofo Angel Lombardi, y de la cual formaron parte reconocidos exponentes del pensamiento social de Venezuela, los doctores Gastón Parra Luzardo, Director del Centro de Estudios Latinoamericanos; Carmen Hernández de Tudares, Directora de Relaciones Internacionales; José Francisco Ortiz, Director de Información y del periódico Universidad; Omar Baralt Méndez, miembro de la Comisión de Fronteras, y Lilia Boscán, catedrática.

Los distinguidos visitantes vinieron cargados de libros. Decenas de volúmenes sobre historia, literatura, economía, sociología, etc., publicados por la centenaria casa de estudios maracucha, que permiten apreciar su importancia. Porque, en el caso de las universidades,

encaja bien la conocida sentencia que habla de los frutos cuando se desea valorar resultados. Las universidades forman profesionales, pero con el respaldo de los libros. Los libros recogen la sabiduría de los tiempos y el mensaje del presente.

Como buen bolivariano he iniciado la lectura del muy apreciado obsequio de los colegas con el análisis crítico del maestro Lombardi a la obra del historiador y político José Gil Fortoul y el original ensayo del costarricense Ignacio de la Cruz, "Bolívar: Su concepción del periodismo".

En el estudio del doctor Lombardi encuentro un documento que permite sopesar los efectos de la pasión política. Al llegar a Maracaibo la noticia de la muerte del Libertador, el Gobernador del Estado de Zulia se dirige al gobierno central de Caracas para comunicar con alborozo el suceso. Sus palabras son muestrario de odio e ingratitud. Hasta colma la irreverencia religiosa al agradecer a Dios el favor de haberle quitado la vida. Como una página curiosa de esos días, transcribo el mensaje mencionado:

"Un acontecimiento de tanta magnitud y que debe producir bienes innumerables a la causa de la libertad y al bien de los pueblos, es el que me apresuro a comunicar al Gobierno por el conducto de US, y por medio de un oficial que solo lleva esta comisión. Bolívar, el

genio del mal, la tea de la discordia, o mejor diré el opresor de su patria, ya dejó de existir, y de promover males que refluían siempre sobre sus conciudadanos. Su muerte, que en otras circunstancias y en tiempo del engaño pudo causar el luto y la pesadumbre de los colombianos, será hoy sin duda el más poderoso motivo de sus regocijos, porque de ella dinama la paz y el avenimiento de todos. ¡Qué desengaño tan funesto para sus partidarios, y qué lección tan imprevista a los ojos de todo el mundo, al ver y conocer la protección que por medio de este suceso nos ha prestado el Supremo Hacedor! Me congratulo con US. por tan plausible noticia".

En las calles bogotanas, también, cuando salía camino al destierro, los lacayos de los madamás de entonces, le gritaban "longaniza", por el color moreno y la flacura.

Pero volvamos al Bolívar periodista.

De la Cruz nos recuerda que en 1810, cuando regresó de Londrés, trajo consigo una imprenta. Y en 1816, solicita y recibe de Petión, además de armas y dinero, un equipo impresor. Dos años después fundó el "Correo del Orinoco". Y cuando escribe a Fernando Peñalver, tiene el cuidado de anotarle: "Mándeme usted de un modo u otro una imprenta, que es tan útil como los pertrechos". Alfonso Rumazo González, en su Bolívar Periodista, observaba muy bien, cuando comenta: "No

hacía sus campañas militares sino llevaba consigo una imprenta. No le bastaba la fundación de periódicos en tal o cual ciudad". Y Jesús Sajona Hernández, en su obra Vigencia de Bolívar en el Periodismo Venezolano, escribe: "En el alto Perú llevaba en la mula trasera la carga de una imprenta, del tamaño que fuese e iba distribuyendo dondequiera en hojas volantes las impresiones. Sacó en esta etapa el periódico el Centinela en Campaña, y en la ciudad de Trujillo fundó un periódico".

Bolívar es consciente del papel que le corresponde al periodismo en la vida de los pueblos. Si estuviera en nuestro poder promover la multiplicación de los periódicos, escribía, propenderíamos a ello gustosos, porque estamos persuadidos de la utilidad que reporta a toda la masa de la nación. Por eso, en carta al General Páez, define a la prensa como "tribunal espontáneo y órgano de los pensamientos ajenos".

El periodista Ignacio de la Cruz termina su estudio con las siguientes palabras: "Desvelado interés por el periodismo domina al Libertador. Lo había estudiado en sus detalles. Lo medía en su importancia. Un instrumento, dotado de gracia y sutileza, poblado de cosas útiles para la causa de la libertad, es, en el pensamiento de Bolívar, el periódico".